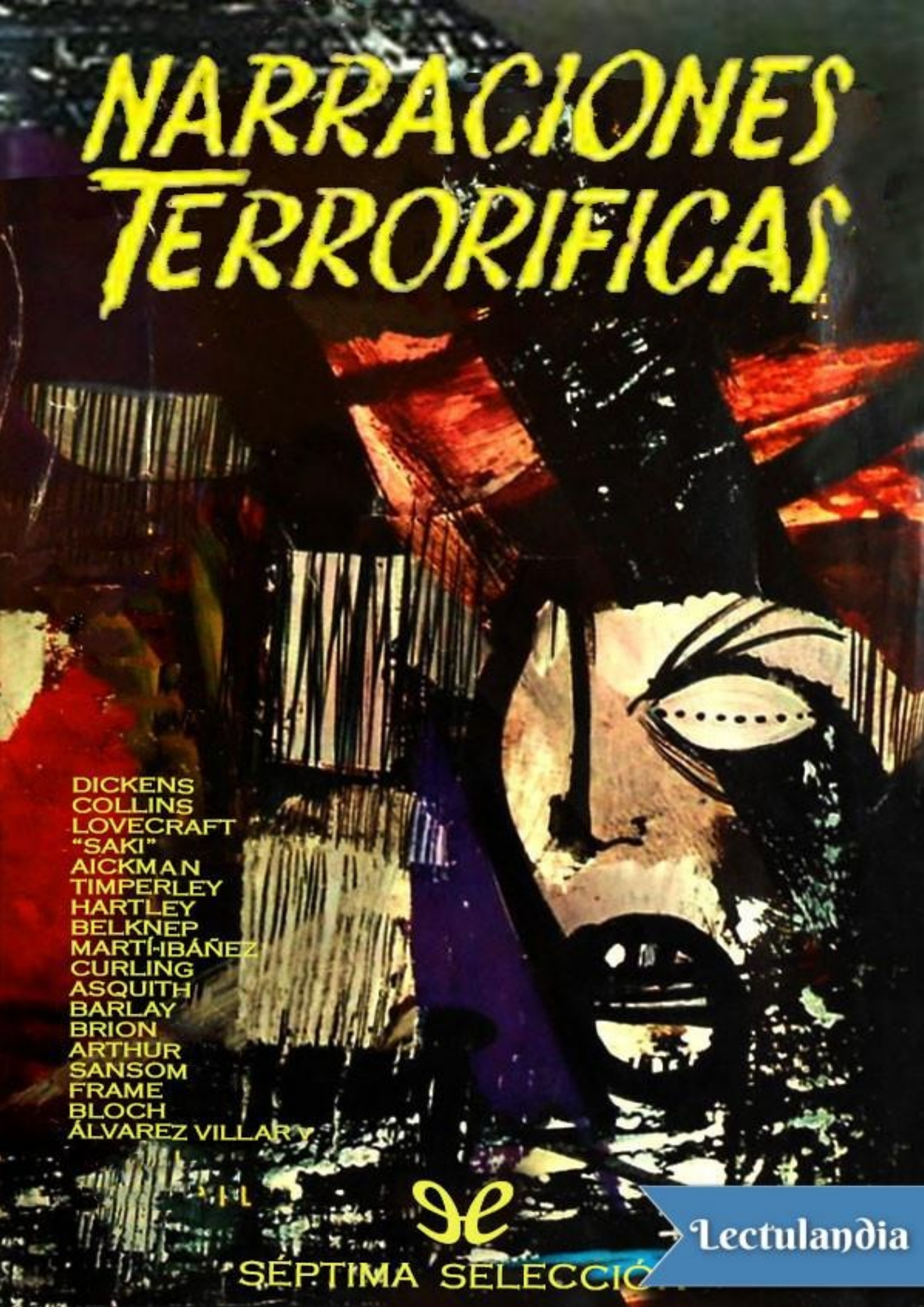
NARRACIONES TERRORIFICAS



DICKENS
COLLINS
LOVECRAFT
"SAKI"
AICKMAN
TIMPERLEY
HARTLEY
BELKNEP
MARTÍ-IBÁÑEZ
CURLING
ASQUITH
BARLAY
BRION
ARTHUR
SANSOM
FRAME
BLOCH
ÁLVAREZ VILLARY

SÉPTIMA SELECCIÓ

Lectulandia

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

Lectulandia

AA. VV.

Narraciones terroríficas - Vol. 7

Narraciones terroríficas - 7

ePub r1.0
Titivillus 08.09.16

Título original: *Narraciones terroríficas ACERVO. Vol. 7*
AA. VV., 1966
Selección: José A. Llorens
Escaneo: Walter Lombardi
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NARRACIONES TERRORÍFICAS

Antología de cuentos de misterio

(SÉPTIMA SELECCIÓN)

Selección de

JOSÉ A. LLORENS

EL CAPITÁN ASESINO

Charles Dickens

Si todos nosotros conociéramos nuestras propias mentes (en un sentido más amplio que el de la acepción vulgar de esa frase), sospecho que descubriríamos que nuestras niñeras son responsables de la mayoría de los rincones oscuros de los cuales nos vemos obligados a apartarnos, contra nuestra voluntad.

El primer personaje diabólico que se introdujo en mi apacible infancia fue un tal Capitán Asesino. Aquel individuo debió de ser un vástago de la familia de Barba Azul, aunque en aquella época yo no tenía la menor sospecha de tal consanguinidad. Al parecer, su insinuante nombre no despertó ningún prejuicio contra él, ya que fue admitido en la mejor sociedad y poseía una inmensa riqueza. La misión del Capitán Asesino era el matrimonio, para saciar con sus tiernas esposas un apetito caníbal. El día de su boda, hacía adornar los dos lados del camino que conducía a la iglesia con unas extrañas flores; y cuando la novia le preguntaba: «Querido Capitán Asesino, nunca había visto flores como ésas… ¿Cómo se llaman?», él contestaba: «Se llaman Aderezos para Corderitas», y estallaba en una horrible carcajada, llenando de inquietud a los acompañantes de la novia al mostrar por primera vez sus blancos y afilados dientes. Todos los caballos del Capitán Asesino eran blancos como la leche, con una mancha roja en el lomo que él procuraba ocultar con los arreos. Ya que la mancha *aparecía* en los caballos a pesar de que todos eran blancos como la leche cuando el Capitán Asesino los compraba. Y la mancha era de sangre de la joven desposada (a ese terrorífico detalle debo mi primera experiencia personal de un estremecimiento y de heladas perlas de sudor en la frente). Después de celebrar el banquete de bodas y de despedir a sus nobles huéspedes, el Capitán Asesino se quedaba a solas con su esposa. Al día siguiente, tenía la costumbre de sacar de una alacena un tablero de plata para amasar y un rodillo de oro. Hay que aclarar que el Capitán Asesino, mientras duraba su cortejo, preguntaba siempre si su futura esposa sabía confeccionar un pastel; y si por naturaleza o educación ignoraba aquel arte, debía aprenderlo. Bien. Cuando la esposa veía que el Capitán Asesino sacaba el tablero de plata y el rodillo de oro, recordaba aquel detalle y se subía las mangas de su vestido de encaje para hacer un pastel. A continuación, el Capitán sacaba un enorme recipiente de plata, harina, mantequilla, huevos y todo lo necesario, excepto el relleno para el pastel. La encantadora esposa preguntaba: «Querido Capitán Asesino, ¿de qué va a ser el pastel?» Y él contestaba: «De carne.» La esposa insistía: «No veo la carne por ninguna parte.» Y el Capitán replicaba jocosamente: «Mira en el espejo.» Ella miraba en el espejo, pero continuaba sin ver carne, y entonces el Capitán estallaba en una ruidosa carcajada. Luego, frunciendo repentinamente el ceño, desenvainaba su espada y le ordenaba a su esposa que amasara la harina con los demás ingredientes. De modo que ella amasaba la harina, dejando caer unos grandes lagrimones sobre ella a causa de lo pesado de la tarea. Cuando la pasta estaba

preparada y colocada en el recipiente de plata, el Capitán decía: «*Yo* veo la carne en el espejo.» Y entonces la esposa volvía a mirar al espejo, a tiempo para ver cómo el Capitán le cortaba la cabeza con su espada; y luego cortaba el cuerpo de su esposa a pedacitos, los aderezaba con sal y pimienta, rellenaba con ellos el pastel, lo hacía cocer en el horno y se lo comía todo.

El Capitán Asesino se había comido así a numerosas mujeres, cuando se encontró en el caso de escoger esposa entre dos hermanas mellizas. Al principio no sabía a cuál de las dos escoger, ya que a pesar de que una de ellas era rubia y la otra morena, las dos eran igualmente hermosas. Pero la rubia le amaba, y la morena le odiaba, de modo que escogió a la rubia. La morena hubiera impedido que se celebrara la boda de contar con medios para ello, pero no pudo hacer nada; sin embargo, la noche anterior a la boda, llena de sospechas hacia el Capitán Asesino, se introdujo en el jardín de la casa del Capitán trepando por la tapia y le espió a través de una rendija de la persiana de una ventana. Desde allí vio cómo el Capitán Asesino se afilaba los dientes. Dos días después, como de costumbre, el Capitán hizo que su rubia esposa amasara la harina y los otros ingredientes, y cuando la pasta estuvo preparada le cortó la cabeza a la desdichada, la hizo pedacitos, los aderezó con sal y pimienta y rellenó con ellos el pastel, lo hizo cocer en el horno y se lo comió todo.

La hermana morena, al enterarse de que su hermana había muerto, adivinó la verdad y decidió vengarse. De modo que se dirigió a la casa del Capitán Asesino y llamó a la puerta. Y cuando salió el Capitán, le dijo: «Querido Capitán Asesino, ahora que mi hermana ha muerto quisiera casarme contigo. Siempre te he amado, pero estaba celosa de mi hermana.» El Capitán quedó encantado y la boda se concertó para muy pronto. El día anterior al de la ceremonia, la hermana morena volvió a introducirse en el jardín de la casa del Capitán y volvió a espiarle a través de la ventana, viendo cómo afilaba sus dientes. Ante aquel espectáculo, la muchacha prorrumpió en una horrible risotada. El Capitán, sobresaltado, abrió la ventana y taladró con su mirada la oscuridad, tratando de descubrir la fuente de aquella extraña risa. Pero no vio a nadie.

Al día siguiente se celebró la boda, y al otro día el Capitán Asesino ordenó a su nueva esposa que amasara la harina y los otros ingredientes, y cuando la pasta estuvo preparada le cortó la cabeza a la desdichada, la hizo pedacitos, los aderezó con sal y pimienta y rellenó con ellos el pastel, lo hizo cocer en el horno y se lo comió todo.

Pero, antes de empezar a amasar la harina, la hermana morena había ingerido un veneno de efectos terribles, destilado de ojos de sapos y patas de arañas; y apenas el Capitán Asesino había engullido el último bocado cuando empezó a hincharse, y a ponerse azulado, y a gritar. Y continuó hinchándose y poniéndose azulado, y gritando desesperadamente, hasta que su cuerpo llegó desde el suelo hasta el techo y de pared a pared; y luego, a la una de la mañana, estalló con una fuerte explosión. Al oír aquel estrépito, todos los caballos que se encontraban en los establos, blancos como la leche, enloquecieron súbitamente y, rompiendo sus trabas, echaron a correr,

atropellando a todos los que habían tenido algo que ver con el Capitán Asesino (empezando por la familia del herrero que había afilado sus dientes), hasta que todos estuvieron muertos. Luego, los caballos se alejaron al galope.

LA MUJER DEL SUEÑO

Wilkie Collins

I

HACÍA poco más de seis semanas que me había establecido en la comarca, cuando fui llamado por el médico de una ciudad vecina para celebrar una consulta sobre un caso muy grave.

La noche anterior, tras una larga cabalgada, mi caballo resbaló arrastrándome en su caída, pero, por su suerte, su lesión fue más grave que la mía. Así, al no poder contar con los servicios del animal, me vi obligado a tomar la diligencia (aún no había ferrocarril en aquel tiempo). Confiaba estar de vuelta el mismo día, por la tarde.

Una vez terminada la consulta fui a la posada más importante de la ciudad para aguardar la diligencia. Pero llegó tan llena que no me quedó otra solución para regresar a mi casa, gastando la menor cantidad de dinero posible, que alquilar un calesín. El precio que me pidieron me pareció exorbitante y, por esto, me decidí a buscar otra posada con menos pretensiones.

Pronto encontré una casa de apariencia apropiada, deslucida y sencilla, con aspecto anticuado y que, evidentemente, hacía años que no había sido pintada. El posadero, en este caso, no pretendería grandes beneficios y tan pronto como llegamos a un acuerdo, tocó la campanilla del patio para ordenar el calesín.

—¿Aún no ha regresado Roberto del recado? —preguntó el encargado de la posada al camarero que había acudido a la llamada.

—No, señor, aún no ha regresado.

—Bien, en este caso despierta a Isaac.

—¡Que despierte a Isaac! —repetí—. Esto resulta extraño. ¿Es que sus mozos duermen durante el día?

—Éste sí —dijo el posadero, sonriendo de una manera enigmática.

—Y también sueña —añadió el camarero.

—Pero no se preocupe usted —replicó el patrón—. Llama a Isaac, el caballero está esperando su calesín.

El comportamiento, tanto del patrón como del camarero, indicaba mucho más de lo que uno y otro habían dicho. Esto me hizo sospechar que quizás había algo que podía interesarme profesionalmente. Pensé que no estaría de más echar una ojeada al mozo antes de que el camarero le despertara.

—Un momento —interpuse—. Me gustaría ver a ese hombre antes de que se despertara. Soy médico y, si esta singular manera de dormir y soñar procede de algún defecto cerebral, quizá pueda hacer algo por él.

—Me temo que hallará su dolencia fuera del alcance de la medicina —dijo el posadero—. Pero si usted desea verle, no hay ningún inconveniente.

Me acompañó a través del patio; por un corredor, descendimos al establo. Abrió una de sus puertas y, quedándose fuera, me dejó pasar.

Me encontré en un establo partido en dos compartimientos. En uno había un caballo masticando su ración de maíz; en el otro, un viejo dormido sobre la paja.

Me agaché para observarle. Tenía la cara enjuta, cansada. Sus cejas estaban dolorosamente contraídas, la boca apretada y torcida hacia las comisuras. Las mejillas hundidas y arrugadas y sus pocos cabellos grises denotaban una historia de pasados sufrimientos y desventuras. Cuando le miré por vez primera respiraba convulsivamente pero, inmediatamente, empezó a hablar en sueños.

«Levantaos», oí que decía en un murmullo precipitado a través de los dientes. «Levantaos. ¡Asesino!»

Movió con lentitud su brazo escuálido hasta apoyarlo en su garganta, temblando ligeramente, y se volvió sobre la paja. Luego, apartó el brazo de la garganta, alargó la mano hacia el lado que se había vuelto y la cerró, como si se agarrara al borde de alguna cosa. Vi que sus labios se movían, y me aproximé a él.

«Ojos grises claros, el párpado izquierdo caído; cabellos rubios… con una raya dorada… brazos blancos con vello… manos pequeñas, aristocráticas, con un matiz coloreado bajo las uñas. El cuchillo… siempre el cuchillo maldito… primero a un lado, luego al otro. ¡Ah! ¡Demonio! ¿Dónde tienes el cuchillo?»

Alzó la voz al proferir esta última palabra y se excitó. Vi que temblaba sobre la paja; su arrugada cara quedó torcida. Levantó las manos, dando una boqueada rápida e histérica, y chocó contra el pesebre, debajo del cual estaba tendido. El golpe le despertó. Tuve el tiempo preciso para escabullirme por la puerta y cerrarla, antes de que abriera completamente los ojos y recobrara el sentido.

—¿Conoce usted la vida de este hombre? —pregunté al posadero.

—Sí, señor. La conozco muy bien —contestó—. En realidad es una historia bastante extraña. Casi nadie la cree pero, a pesar de ello, es cierta. Basta mirarle —continuó el posadero, abriendo de nuevo la puerta del establo—. ¡Pobre diablo! Está tan agotado que se ha dormido otra vez.

—No le despierte —dije—. En realidad no tengo prisa. Esperaré hasta que vuelva de su recado el otro mozo. Y, mientras tanto, tomaré un bocado junto con una botella de jerez, y quizás usted podría ayudarme a terminar con ella.

Como había supuesto, la cordialidad de mi posadero se acrecentó gracias a su propio vino. Empezó a mostrarse comunicativo con respecto al hombre que dormía en el establo, y, poco a poco, fui sonsacándole toda la historia. Aunque los acontecimientos pueden parecer extravagantes e increíbles, los relato aquí tal como me fueron contados y tal como sucedieron.

II

Hace algunos años vivía en los suburbios de una gran ciudad de la costa oriental de Inglaterra un hombre de condición humilde llamado Isaac Scatchard. Hacía trabajos de palafrenero y, ocasionalmente, cuando los tiempos eran mejores, se empleaba como mozo de cuadra de alguna casa particular. Aunque era un hombre honrado y trabajador, daba continuos tumbos en su trabajo. Su mala suerte era proverbial entre sus vecinos. Perdía todas las buenas oportunidades, aunque no por su culpa. Nunca lograba que le pagaran puntualmente el salario quienes le tenían a su servicio. «El desgraciado Isaac» era su sobrenombre en el vecindario y, desde luego, nadie podía negar que lo merecía.

Su participación en la adversidad era mucho mayor de la que normalmente soporta cualquier persona. Isaac contaba únicamente con un consuelo para reconfortarse, aunque era de índole negativa: no tenía esposa e hijos que pudieran incrementar su ansiedad. Quizá se debiera a mera insensibilidad, o quizás a una renuncia generosa para no involucrar a otras personas en su destino desgraciado, pero lo cierto es que había llegado a la mitad de su vida sin haber contraído matrimonio y sin haberse aventurado, ni una sola vez, desde los dieciocho hasta los treinta y ocho años, a la agradable inculpación de un noviazgo.

Cuando estaba sin trabajo, vivía con su madre, viuda. Mistress Scatchard, dentro de su humilde condición, era una mujer que estaba por encima del término medio, en cuanto a capacidad y modales. Había conocido tiempos mejores, como suele decirse, pero nunca hablaba de ellos ante los visitantes curiosos. Aunque extremadamente cortés con todo el mundo, jamás mantuvo intimidad con sus vecinos. Procuraba satisfacer, aunque con dificultad, sus sencillas necesidades confeccionando prendas por encargo de algún sastre. Se ingeniaba para conservar la casa bien arreglada para su hijo, cuando regresaba impulsado por su mala suerte.

Isaac se aproximaba rápidamente a los cuarenta años y se hallaba como de costumbre sin empleo, aunque no por culpa suya. Una mañana de un frío otoño salió de la casucha de su madre y emprendió una larga caminata hacia el interior. Su intención era presentarse en casa de un caballero donde, según había oído, necesitaban un mozo de cuadra.

Faltaban solamente dos días para su cumpleaños. Antes de la partida, mistress Scatchard, con su acostumbrado cariño, le hizo prometer que regresaría a tiempo de poder celebrar juntos aquel aniversario, naturalmente, de acuerdo con sus escasos medios. Podía cumplir con facilidad este deseo de su madre, aunque se viera obligado a pernoctar dos veces durante el viaje.

Saliendo el lunes por la mañana, tanto si lograba o no la nueva plaza, estaría de regreso para la comida de su cumpleaños, el miércoles a las dos en punto.

Como sea que el lunes por la noche llegó demasiado tarde a su destino, para poder solicitar la plaza deseada durmió en una posada del pueblo; y el martes, a primeras horas de la mañana, se presentó en la mansión del caballero, para ocupar el puesto vacante. Como siempre, le persiguió su inexorable mala suerte. Las excelentes

cartas de presentación que exhibió, avalando su persona, no le sirvieron para nada; su larga caminata había sido en vano. El día anterior la plaza de ayudante de cuadra había sido otorgada a otra persona.

Isaac aceptó este nuevo desengaño como una cosa natural. Su mente no era vivaz, tenía la sensibilidad embotada y la flemática paciencia que suele caracterizar a las personas de comprensión tardía. Con sencilla amabilidad dio las gracias al mayordomo del caballero por haberle recibido y se despidió sin dar muestras de desaliento en su cara o actitud.

Antes de partir para su casa, se informó en la posada que en su viaje de regreso podía ahorrarse algunas millas siguiendo otro camino. Contando con una información completa, que le fue repetida varias veces, sobre las diversas desviaciones que debía seguir, emprendió la marcha. Anduvo durante todo el día. Sólo hizo una parada para tomar un bocado de pan y queso y, cuando ya oscurecía, se levantó viento y comenzó a llover. Para empeorar su situación, se hallaba en una parte del país que le era completamente desconocida, aunque sabía que le quedaban unas quince millas para llegar a su destino. La primera casa que encontró era una fonda solitaria, al pie de la carretera y en las inmediaciones de un bosque selvático. Aunque el lugar era solitario, resultaba un gran alivio para un hombre perdido, hambriento, sediento y con los pies enlodados. El posadero era persona cortés y de aspecto respetable. Como el precio que le pidió por la cama era bastante razonable, Isaac optó por un descanso confortable durante la noche.

Era un hombre sobrio por naturaleza. Su cena consistió en dos lonjas de tocino y dos rebanadas de pan casero y una pinta de cerveza. No fue a la cama inmediatamente después de esta frugal comida, sino que se quedó con el posadero hablando de su triste situación y continua mala suerte. Después, pasaron a charlar de la carne de caballo y de las carreras.

Ni el posadero ni los pocos jornaleros que entraron en el establecimiento dijeron absolutamente nada que pudiera excitar las menguadas y entumecidas facultades imaginativas de Isaac.

Poco después de las once, cerraron la posada. Isaac acompañó al posadero, llevando un candelabro mientras cerraba las, puertas y ventanas de la planta baja. Con sorpresa, se dio cuenta de la reciedumbre de los cerrojos, barrotes y de los postigos reforzados con plancha de hierro.

—Comprenderá usted. Aquí vivimos muy aislados —dijo el posadero—. Hasta ahora nunca han intentado robarnos, pero es preferible estar bien protegidos. Cuando no tenemos huéspedes, yo soy el único hombre de la casa. Mi esposa y mi hija son miedosas y las criadas también. ¿Otro vaso de cerveza antes de ir a la cama? ¿No? No comprendo cómo es posible que una persona tan sobria como usted se halle sin ocupación. Aquí es donde dormirá usted. Esta noche es el único huésped. Supongo que se habrá dado cuenta de que mi mujer ha hecho todo lo posible para que se encuentre cómodo. ¿Está completamente seguro de que no tomaría otro vaso de

cerveza? Bien, bien, buenas noches.

Eran las once y media en el reloj del corredor cuando subieron al dormitorio. La ventana de la habitación daba al bosque, que llegaba hasta la parte posterior de la casa.

Isaac cerró la puerta, colocó el candelabro sobre la cómoda y se preparó para acostarse. Aún soplaba el viento frío de otoño y resultaba terrible oír, en el silencio de la noche, su quejumbroso e irregular lamento. Isaac se sentía desvelado. Resolvió, mientras se metía en la cama, conservar la bujía encendida hasta que comenzara a adormilarse, pues le resultaba insoportable la sola idea de estar despierto en la oscuridad, oyendo aquel fúnebre e incesante gemido.

Quedó dormido. Se cerraron sus ojos y se durmió sin que asomara por su mente la idea de apagar la bujía.

La primera sensación consciente después de haber quedado dormido fue un extraño escalofrío que recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies y un dolor tan penetrante y angustioso en su corazón que jamás había experimentado. El escalofrío solamente perturbó su sueño, pero el dolor le despertó al instante. En un momento pasó del estado de inconsciencia al de vigilia. Sus ojos se abrieron y sintió que sus facultades mentales estaban completamente claras.

La vela se había quemado hasta el final, pero el pabilo se había tumbado, irradiando momentáneamente, dentro de la pequeña habitación, una luz clara e intensa.

A los pies de su cama y delante de la puerta cerrada, había una mujer con un cuchillo en la mano, mirándole.

Quedó mudo de terror, pero sin perder la claridad de su conciencia. Permaneció inmóvil mirando a la mujer. Ella no pronunció ninguna palabra mientras se miraban fijamente, pero inició un movimiento lento hacía el lado izquierdo de la cama.

Sus ojos la siguieron. Era una mujer hermosa, con cabellos rubios y ojos grises claros, con el párpado izquierdo caído. Se dio cuenta de estas particularidades, que quedaron grabadas en su mente, antes que aquella mujer hubiera dado la vuelta a la cama. Sin palabras, sin ninguna expresión en su semblante, sin que sus pasos produjeran ruido alguno, se fue aproximando más y más. Al fin, lentamente, levantó el cuchillo. Él movió su brazo derecho hacia la garganta para cubrirla, pero cuando vio caer el cuchillo, lanzó sus manos hacia el lado derecho de la cama y, dando un brinco, apartó su cuerpo hacia este mismo lado, en el preciso instante que el cuchillo caía sobre el colchón a una pulgada de su espalda.

Mientras ella retiraba con lentitud el cuchillo, sus ojos se fijaron en su brazo y mano. Un brazo níveo, bien formado, con un suave vello sobre su blanca piel. Una mano delicada, aristocrática, con el encantador remate de unas uñas ligeramente coloreadas.

Retiró el cuchillo y retrocedió pausadamente hasta los pies de la cama; allí se detuvo unos segundos, mirándole; luego avanzó, silenciosamente, sin dar expresión

alguna a su hermosa cara y sin que sus pasos furtivos produjeran el menor ruido. Avanzó hacia el lado derecho de la cama donde él se hallaba.

Mientras se aproximaba levantó de nuevo el cuchillo y él se apartó hacia el lado izquierdo como antes; el cuchillo, con una acción deliberada, perpendicular del brazo, cayó sobre el colchón. Esta vez, sus ojos pasaron de la mujer al cuchillo. Se asemejaba a las navajas grandes que a menudo había visto usar a los jornaleros para cortar el pan. Sus dedos delicados no ocultaban más que dos terceras partes del mango; se percató de que era de hueso, con una hoja limpia y brillante, que parecía nueva.

Por segunda vez retiró el cuchillo, lo escondió en la amplia manga de su vestido y párose luego junto a la cama, observándole. Durante un momento la vio en esta posición, pero luego el pabilo de la vela cayó dentro del hueco del candelabro. La llama decreció hasta convertirse en un diminuto punto azul y la habitación quedó a oscuras.

Pasó un instante y el pabilo se encendió de nuevo, humeante, por última vez. Sus ojos miraban angustiosamente al lado derecho de la cama cuando surgió la última chispa de luz, pero ya no distinguió nada. La hermosa mujer del cuchillo había desaparecido.

La sensación de que de nuevo se hallaba solo debilitó la opresión terrorífica que le había enmudecido durante todo aquel tiempo. La subconsciente clarividencia que la misma intensidad de su pánico había comunicado misteriosamente a sus facultades le abandonó de repente. Su cerebro se hizo confuso, su corazón latía apresurado. Sus oídos se abrieron por primera vez, desde la aparición de aquella mujer, a la sensación del doloroso e incesante quejido del viento entre los árboles. El convencimiento de la terrible realidad de lo que había visto le hizo saltar de la cama gritando: «¡Asesinos! ¡Levántense! ¡Levántense!», y se precipitó a través de la oscuridad hacia la puerta.

Estaba cerrada, igual que la había dejado al acostarse.

Sus gritos habían alarmado a los habitantes de la casa. Oyó las exclamaciones confusas, aterrorizadas de las mujeres. Vio aproximarse al posadero por el corredor, con una linterna encendida en una mano y una escopeta en la otra.

—¿Qué pasa? —preguntó el posadero, sin aliento.

—Una mujer con un cuchillo en la mano —farfulló Isaac—. En mi habitación, una hermosa mujer, de cabellos rubios; me apuñaló dos veces.

Las pálidas mejillas del posadero palidecieron más todavía. Miró a Isaac ansiosamente a través de la vacilante luz de la linterna; su cara comenzó a colorearse de nuevo y se alteró su voz y actitud.

—Pero parece que ha errado las dos veces —dijo.

—He podido escabullirme cuando bajaba el cuchillo —prosiguió Isaac, en el mismo tono—. Ha dado en la cama las dos veces.

El posadero entró en la habitación con la linterna. Antes de un minuto salió de nuevo al corredor, en un estado de violenta cólera.

—¡El demonio ha volado con usted y con la mujer del cuchillo! No hay ninguna señal en las sábanas. Pero ¿qué se cree usted? Venir a una casa y asustar a una familia hasta hacerles perder el juicio; sólo por una pesadilla.

—Me voy —dijo Isaac en un susurro—. Prefiero estar en la carretera, bajo la lluvia y en la oscuridad, camino de mi casa, antes que volver de nuevo a la habitación, después de lo que he visto en ella. Déjeme una luz para vestirme y dígame qué le debo.

—¡Pagar! —gritó el posadero, entrando con semblante desabrido en la habitación —. Encontrará su cuenta en la pizarra cuando baje. No le habría admitido ni por todo el oro que pueda usted tener, sabiendo de antemano su forma de soñar y de gritar. ¡Mire la cama! ¿Dónde está el corte del cuchillo? ¡Mire la ventana! ¿Está forzado el cerrojo? ¡Mire la puerta! Yo mismo oí cómo la cerraba. ¿Está hundida? ¡Una mujer con un cuchillo en mi casa! Debería usted avergonzarse.

Isaac no replicó ni una sola palabra. Se puso sus vestidos y luego descendieron juntos.

—Las dos y veinte minutos —dijo el posadero, mientras pasaban por delante del reloj—. Una hora muy apropiada para asustar a la gente.

Isaac pagó su cuenta. El posadero le acompañó hasta la puerta principal y le preguntó, con una mueca despreciativa, mientras levantaba los fuertes cerrojos:

—¿Ha tomado este camino la mujer asesina?

Se separaron sin más palabras. La lluvia había cesado, pero la noche era oscura y el viento helado. Poco importaba a Isaac la oscuridad, el frío o la incertidumbre sobre el camino hacia su casa. Si hubiera sido arrojado dentro de una selva durante una tempestad, le habría resultado un alivio, después de lo que había sufrido en el dormitorio de la fonda.

¿Qué era la hermosa mujer del cuchillo? La creación de un sueño, o bien un ser procedente de un mundo desconocido, a quien los hombres llaman fantasma. No pudo descubrir el misterio —ni lo hubiera conseguido—, aunque ya era el mediodía del miércoles y se hallaba, después de haberse extraviado muchas veces, ante la puerta de su casa.

III

Su madre salió a recibirle. Su cara le indicó inmediatamente que algo había pasado.

—He perdido el empleo, pero ésta es mi suerte. Madre, la noche pasada soñé o

quizá vi un fantasma. Piense lo que quiera. Me asusté de tal forma que perdí el juicio y aún no lo he recobrado totalmente.

—Isaac, tu cara me asusta. Ven junto al fuego. Entra y cuéntamelo todo.

Él estaba tan deseoso de narrar como ella de oír, pues durante todo el viaje de regreso había pensado que su madre, con su comprensión más rápida y superior inteligencia, sería capaz de poner en claro el misterio que no podía explicarse por sí mismo.

Aunque sus pensamientos eran confusos, el recuerdo de su sueño aún estaba vivo en su mente.

La cara de su madre denotó preocupación, que fue aumentando en el transcurso del relato. No le interrumpió ni una sola vez, pero cuando terminó, aproximó su silla a la suya, le echó los brazos al cuello y dijo:

—Isaac, tú has tenido una pesadilla la madrugada de este miércoles. ¿Qué hora era cuando se te apareció la mujer del cuchillo?

Isaac reflexionó sobre lo que el posadero había declarado cuando pasaron junto al reloj, al salir de la posada. Descontando con la máxima aproximación posible el tiempo transcurrido entre el momento en que abrió la puerta de su dormitorio y cuando pagó la cuenta antes de partir, contestó:

—Más o menos, alrededor de las dos de la madrugada.

Su madre retiró de repente su brazo.

—Este miércoles es tu aniversario, Isaac; y tu naciste a las dos en punto de la madrugada.

La mente de Isaac no era lo suficientemente despierta para comprender el significado del miedo supersticioso de su madre. Quedó admirado y pasmado cuando ella se levantó de súbito de la silla, abrió un viejo escritorio, tomó pluma, tinta y papel y luego dijo:

—Tú tienes muy mala memoria, Isaac; y como yo soy ya una mujer vieja, la mía no es mucho mejor. Deseo que todos los detalles de este sueño nos queden bien grabados para recordarlos, dentro de unos años, tal como son ahora. Cuéntame otra vez todo lo que me has dicho hace un momento cuando has descrito a la mujer del cuchillo.

Isaac obedeció y quedó maravillado cuando vio que su madre cuidadosamente anotaba sobre el papel todas las palabras que iba pronunciando. «Ojos grises claros», escribió cuando llegaron a la parte descriptiva. «El párpado izquierdo caído. Cabello rubio, con una raya dorada. Pequeñas manos aristocráticas, con un matiz coloreado en las uñas. Una navaja con mango de hueso, que parecía nueva.»

A todos estos detalles mistress Scatchard añadió el año, mes, día de la semana y hora en que la mujer del sueño apareció ante su hijo. Luego cerró cuidadosamente el papel en el escritorio.

En ninguna ocasión Isaac pudo inducir a su madre a que hablara del sueño. Guardaba un silencio obstinado e incluso rehusó hacer referencia al papel que

guardaba en el escritorio. Pronto se cansó Isaac de sus esfuerzos para romper este terco silencio, y el tiempo, que borra todas las cosas, también borró gradualmente la impresión que le produjo el sueño. Al principio pensaba en él, pero terminó olvidándolo completamente.

Este resultado se consiguió más fácilmente gracias a algunos cambios importantes que mejoraron considerablemente su situación. Comenzaron poco después de aquella noche terrible. Por fin sus largos y pacientes sufrimientos bajo la adversidad fueron recompensados con un excelente empleo, que conservó durante siete años. A la muerte de su amo quedó no solamente con un excelente certificado de conducta, sino también con una consoladora pensión legada como premio a su comportamiento por haber salvado a su señora en ocasión de un accidente. Así, pues, Isaac Scatchard volvió a la casa de su anciana madre, siete años después del sueño de la posada, disponiendo de una pensión suficiente para el sustento de ambos y con independencia para el resto de su vida.

La madre, cuya salud había empeorado durante los últimos años, mejoró considerablemente, tanto por los cuidados que se pudo prodigar como por haber quedado libre de la ansiedad producida por la falta de dinero. Cuando llegó el cumpleaños de Isaac pudo sentarse a la mesa y comer con su hijo.

Al anochecer, mientras Scatchard se dio cuenta de que la botella de medicina, un tónico, que ella solía tomar, estaba vacía, a pesar de que tenía la idea de que aún quedaban un par de dosis. Isaac decidió ir a la farmacia inmediatamente. Hacía una noche tan lluviosa y fría de otoño como aquella otra memorable en que se extravió y durmió en la posada de la carretera.

Cuando entró en la farmacia se cruzó con una mujer vestida pobremente que salía con precipitación. Aunque sólo pudo dirigirle una fugaz mirada le sorprendió su semblante y la siguió con los ojos mientras descendía los peldaños de la entrada.

—¿Se ha fijado en esa mujer? —le preguntó el dependiente de la farmacia, detrás del mostrador—. Creo que hay algo extraño en ella. Me ha pedido láudano para poner en un diente cariado. Como el patrón estará fuera durante media hora, le he dicho que no estaba autorizado a vender venenos a las personas extrañas. Se rió de una forma curiosa y me dijo que regresaría dentro de media hora. Si espera que el patrón la sirva, creo que quedará desengañada. Se ve claro el propósito de suicidio.

Estas palabras aumentaron extraordinariamente el repentino interés que Isaac había sentido por la mujer momentos antes.

Tan pronto como tuvo la botella llena, salió a la calle y la buscó con avidez. Se paseaba lentamente, arriba y abajo por la acera opuesta. Isaac se dio cuenta, con sorpresa, de que su corazón le latía aceleradamente. Cruzó la calle y le habló.

Le preguntó si le ocurría algo. Ella mostró su estropeado chal, su mísero vestido, su ajado y sucio sombrero; luego, se colocó bajo un farol para que la luz cayera sobre su pálida pero hermosísima cara.

—¿Es que parezco una mujer acomodada y feliz? —preguntó con una risa

amarga.

Hablaba con un acento y entonación tan puros que Isaac sólo lo había oído anteriormente de labios de algunas damas. Sus actos más insignificantes parecían tener la fácil y negligente gracia de una mujer de buena cuna. Su piel, a pesar de la palidez motivada por la pobreza, era tan delicada como si hubiera pasado su vida disfrutando de todas las comodidades que sólo la riqueza puede comprar. Incluso sus pequeñas y bellas manos conservaban su blancura.

Poco a poco, contestando a sus preguntas, se fue hilvanando la triste historia de aquella mujer. No es necesario contarla aquí, pues se encuentra una y otra vez repetida en los informes de la policía y escritos descriptivos sobre similares intentos de suicidio.

—Mi nombre es Rebeca Murdoch —dijo la mujer al terminar—. Sólo me quedan nueve peniques. Pensaba gastarlos en la farmacia, para asegurarme un buen pasaje para el otro mundo. Para mí no puede ser peor que éste. ¿Por qué debo quedarme aquí?

Además de la natural compasión y tristeza que provocaron estas palabras y conmovieron su corazón, Isaac sintió dentro de sí una misteriosa influencia que le conturbaba, mientras aquella mujer estuvo hablando, que trastornó sus ideas y casi le privó de la facultad de hablar. Como contestación a sus últimas palabras de desesperación, sólo pudo decirle que impediría su suicidio, aunque tuviera que seguirla durante toda la noche.

Su áspera y temblorosa seriedad pareció impresionarla.

—No quiero imponerle esa molestia —contestó ella, cuando repitió su amenaza —. Al hablarme bondadosamente, usted me ha dado nuevos deseos de vivir. No es necesario hacer protestas o promesas ridículas. Puede creerme sin ellas. Para asegurarse, vaya mañana a las doce al prado de Fuller, y me encontrará con vida. No, no quiero dinero. Mis nueve peniques me servirán para alojarme esta noche.

Saludó con un movimiento de cabeza y se marchó. Isaac no intentó seguirla; la creyó. «Es extraño; me ha convencido», se dijo; y se alejó aturdido hacia su casa.

Al llegar, su mente estaba tan absorta en su nuevo incentivo que, cuando entró con la botella de medicina, no se dio cuenta de lo que su madre estaba haciendo. Durante su ausencia había abierto el antiguo escritorio y estaba leyendo atentamente un papel que guardaba en su interior. En todos los aniversarios de Isaac, desde que había escrito literalmente los detalles de aquel sueño terrible, tenía la costumbre de leer el papel y reflexionar sobre su contenido.

A la mañana siguiente, se dirigió al prado de Fuller.

Había hecho bien en creerla sin reservas. Estaba allí, puntual, para responder de sí misma. Las últimas y débiles defensas del corazón de Isaac contra la fascinación que Rebeca comenzaba a ejercer sobre él, se hundieron y desaparecieron para siempre en el transcurso de aquella memorable mañana.

Cuando un hombre, anteriormente insensible a la influencia de las mujeres, al

llegar a su edad madura, concibe una pasión, es muy difícil que consiga liberarse de su tiranía, cualesquiera sean las circunstancias desfavorables que encierre. El encanto de ser tratado con familiaridad y cariño por una mujer distinguida habría sido un peligroso espejuelo para un hombre como Isaac a la edad de veinte años. Pero resultaba más peligroso en la edad madura, cuando los sentimientos de cualquier clase, una vez aceptados, echan raíces con más firmeza en la naturaleza moral del hombre.

Unas cuantas entrevistas furtivas, después de la mañana pasada en el prado de Fuller, completaron su apasionamiento. En menos de un mes, desde el día en que la vio por primera vez, Isaac Scatchard consintió en dar a Rebeca Murdoch un nuevo interés en su existencia y la oportunidad de recobrar la fama perdida, prometiéndole hacerla su esposa.

Ella había tomado posesión de sus sentimientos y de sus facultades. Ella acaparó sus pensamientos. Le dirigía en todos los aspectos, incluso instruyéndole en la forma más adecuada para dar la noticia a su madre de su próximo matrimonio.

—Si tú le dices en seguida cómo me encontraste y quién soy —dijo astutamente la mujer—, moverá cielo y tierra para impedir nuestra boda. Dile que soy la hermana de uno de tus compañeros de trabajo. Pídele acceda a conocerme antes de entrar en detalles y déjame el resto a mí. Yo procuraré ganármela de manera que me quiera más que a ti, antes que se entere de mi pasado.

El motivo del engaño tenía suficiente justificación para Isaac. La estratagema propuesta le remediaba su ansiedad y calmaba su conciencia intranquila en lo referente a su madre. Pero faltaba algo para que su felicidad fuera perfecta, algo intangible, algo que se traslucía continuamente; no lo experimentaba cuando estaba lejos de Rebeca Murdoch, sino, aunque parezca extraño, cuando estaba con ella. Era toda bondad. Nunca le hizo notar su inferior capacidad o sus rústicos modales, y mostraba el más dulce anhelo para serle agradable en las más pequeñas trivialidades. Pero, a pesar de esto, nunca pudo sentirse completamente tranquilo junto a ella. Cuando se encontraron por vez primera, junto con la admiración que le produjo su semblante, tuvo la vaga sensación de que la había visto anteriormente. Su amistad, posterior no destruyó esta incertidumbre.

Anunció a su madre el compromiso matrimonial precipitada y confusamente, omitiendo detalles, según le había sido indicado. Mistress Scatchard mostró entera confianza en su hijo; le echó los brazos al cuello, diciéndole que la noticia le daba gran alegría. Tenía verdaderos deseos de conocer a la mujer que su hijo había elegido. Convinieron la presentación para el siguiente día.

Era una hermosa y soleada mañana. El pequeño comedor de la casa estaba lleno de luz, cuando mistress Scatchard, feliz y expectante, vestida de fiesta para el acontecimiento, esperaba a su hijo y a su futura nuera.

Puntualmente Isaac, nervioso y apresurado, condujo a su futura esposa dentro del comedor. Su madre se levantó para recibirla; avanzó unos pasos, sonriente, miró a Rebeca y se paró repentinamente. Su cara, sonrosada un momento antes, se volvió blanca; sus ojos perdieron la expresión de mansedumbre y bondad, adquiriendo una mirada perdida, de tenor. Sus brazos extendidos cayeron inertes, y retrocedió tambaleándose.

—Isaac —murmuró, agarrándole fuertemente del brazo, cuando éste le preguntó alarmado si se encontraba enferma—. ¡Isaac! ¿Es que la cara de esta mujer no te recuerda nada?

Antes de que pudiera contestar, antes de que pudiera volver la mirada hacia donde estaba Rebeca, su madre le señaló el escritorio y le dio la llave.

—¡Ábrelo! —dijo, en un rápido y desalentado susurro.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué se me trata así? ¿Es que tu madre quiere insultarme? —preguntó Rebeca, enojada.

—¡Ábrelo, y dame el papel que hay en el cajón de la derecha! ¡Rápido, rápido, por amor de Dios! —dijo mistress Scatchard, apartándose aterrorizada.

Isaac le dio el papel. Ella lo miró durante un momento, luego siguió a Rebeca que orgullosamente abandonaba la sala, y la sujetó. Precipitadamente levantó las largas y anchas mangas de su vestido y miró sus brazos y manos.

El miedo reemplazó a la expresión de enojo en la cara de Rebeca, mientras se liberaba de la vieja mujer. «Loca», se dijo para sí, «Isaac nunca me lo dijo». Y abandonó el comedor.

Isaac intentaba seguirla, cuando su madre se volvió y le impidió la salida. Le oprimía el corazón ver el desconsuelo y terror en la cara de su madre.

—Ojos grises claros —dijo ella, en tono temeroso, bajo y triste, señalando hacia la puerta abierta—. El párpado izquierdo caído; cabellos rubios, con una raya dorada; brazos blancos con ligero vello sobre su piel, pequeñas manos aristocráticas, con un matiz coloreado en las uñas. ¡Isaac! ¡La mujer del sueño!

Aquella tenue duda que nunca había sido capaz de dominar en presencia de Rebeca, se hacía ahora concreta. Había visto su cara antes, siete años antes, el día de su cumpleaños, en el dormitorio de la solitaria posada.

—¡Guárdate, hijo mío! ¡Guárdate, Isaac! Isaac, déjala marchar y quédate conmigo.

Algo oscureció la ventana del comedor mientras ella pronunciaba estas palabras. Sintió un súbito escalofrío y miró de soslayo a la sombra. Rebeca Murdoch había regresado. Les observaba con curiosidad a través de los visillos de la ventana.

—He prometido casarme, madre —dijo él—. Y debo hacerlo.

Las lágrimas inundaron sus ojos mientras hablaba y empañaron su vista, pero aún pudo distinguir en la ventana aquella cara fatal que comenzaba a alejarse.

La cabeza de su madre se reclinó sobre su pecho.

—Se ha desmayado —susurro él.

—Tengo el corazón destrozado, Isaac.

La besó. La sombra, mientras tanto, había vuelto a la ventana, y la cara fatal miraba con curiosidad.

IV

Tres semanas más tarde Isaac y Rebeca se unieron en matrimonio. Toda la obstinación que existe en la naturaleza moral del hombre se había adherido a su pasión fatal, había enraizado en su corazón.

Después de aquella primera entrevista en el comedor de la casa, ningún argumento pudo inducir a mistress Scatchard a ver de nuevo a la esposa de su hijo. No quería ni hablar de ella, cuando Isaac intentaba defender su causa después del matrimonio.

Esta conducta no se debía a que hubiera descubierto la anterior degradación de Rebeca. Esta circunstancia no fue objeto de ningún comentario entre madre e hijo. Isaac, para salvar la paz de su hogar, admitió aquella primera suposición de Rebeca de que la edad y las enfermedades habían afectado la mente de mistress Scatchard. Incluso permitió que su esposa le recriminara no habérselo confesado antes del compromiso matrimonial, por temor a que la verdad pudiera implicar un riesgo. El sacrificio de su probidad frente a su abrumador desengaño resultaba insignificante y poco le costó a su conciencia después de los que ya había hecho.

Pero el momento de despertar de su error no estaba lejano. Después de unos meses pacíficos de vida matrimonial, cuando el verano marchaba a su fin y se aproximaba el mes de su aniversario, Isaac se dio cuenta del cambio de carácter de su esposa. Se volvió áspera y despreciativa; trabó amistades peligrosas, a pesar de sus objeciones, sus súplicas y mandatos. Pronto descubrió, que después de cada discusión, Rebeca buscaba el olvido en la bebida. Poco a poco, después de que tuvo noticia de que su esposa andaba en compañía de bebedores empedernidos, Isaac adquirió la espantosa certidumbre de que ella también estaba alcoholizada.

Antes de que ocurrieran estas calamidades domésticas, Isaac se hallaba triste y disgustado. La salud de su madre, según podía ver con claridad cada vez que la visitaba, decaía rápidamente, y en secreto se recriminaba a si mismo como la causa de los sufrimientos mentales y corporales que sufría. Cuando a estos remordimientos se añadió la vergüenza y miseria motivada por el descubrimiento de la degradación de su esposa, se desmoronó ante esta doble prueba.

Su madre, a pesar de su enfermedad, fue la primera en notar su cambio y la

primera en oír su último y peor disgusto con su esposa. El día en que le hizo la humillante confesión, ella sólo pudo llorar, pero en la visita siguiente ya había tomado una resolución, con respecto a sus aflicciones domésticas que le asombraron y aun le alarmaron. La encontró dispuesta a salir, y al preguntarle el motivo, recibió esta contestación.

—Yo no voy a vivir mucho tiempo, Isaac —dijo—. Y no moriré tranquila si no hago todo lo posible para conseguir la felicidad de mi hijo. Quiero sobreponerme a mis temores y sentimientos. Voy contigo a ver a tu esposa; intentaré llevarla por el buen camino. Dame tu brazo, Isaac, y déjame hacer la última cosa que puedo en este mundo para ayudarte, antes que sea demasiado tarde.

No podía desobedecerla y juntos partieron lentamente hacia su casa.

Era la una de la tarde cuando llegaron. La hora de comer, y Rebeca se hallaba en la cocina. Esto facilitó el que su madre pudiera entrar sigilosamente en el comedor y él pudiera preparar a su esposa para la entrevista. Como era temprano, había bebido poco, y la encontró en un estado menos áspero y caprichoso que usualmente.

Regresó al comedor junto a su madre, algo más tranquilo. Su esposa pronto le siguió y la reunión entre ella y mistress Scatchard resultó mejor de lo que él hubiera aventurado a predecir. Aunque observaba con secreto recelo a su madre, que si bien se controlaba perfectamente en otros aspectos, cuando hablaba no podía mirar a su esposa cara a cara. Cuando Rebeca comenzó a poner la mesa se sintió aliviado.

Puso la mesa, llenó un cesto con el pan y cortó una rebanada para su esposo; luego regresó a la cocina. En aquel momento, Isaac, que aún miraba ansiosamente a su madre, quedó sobrecogido al ver el horrible cambio de su cara, semejante al de la primera entrevista con Rebeca.

Sin que pudiera pronunciar una palabra, su madre susurró:

—¡Llévame a casa! ¡A casa, Isaac! ¡Ven conmigo y no regreses nunca más!

Temía pedirle una explicación. Sólo pudo indicarle que se callara y la ayudó a salir rápidamente. Cuando pasaban junto al cesto del pan, se paró y señaló:

—¿Has visto con qué cortaba el pan tu esposa? —preguntó en voz baja.

—No, madre, no lo he visto.

—¡Mira!

Miró. Una navaja nueva, con mango de hueso, se hallaba en el cesto junto a la rebanada de pan. Temblando extendió su mano para cogerla, pero en el mismo momento se oyó un ruido en la cocina y su madre le agarró el brazo.

—¡El cuchillo del sueño, Isaac! Estoy asustada; sácame de aquí antes que regrese.

Casi no podía sostenerla. La visible y tangible realidad del cuchillo le sobrecogió de pánico y destruyó cualquier duda que hubiera podido conservar hasta aquel momento. Mediante un esfuerzo desesperado, consiguió el suficiente dominio de sí mismo para poder ayudar a su madre a salir de la casa, tan silenciosamente que «la mujer del sueño» (así la llamaba en su pensamiento) no se percató de su partida.

—¡No regreses, Isaac, no regreses! —imploró mistress Scatchard, cuando él se

alejaba, después de haberla acompañado.

—He de coger el cuchillo —contestó sin aliento.

Su madre intentó disuadirle, pero él salió precipitadamente sin más explicaciones.

Al llegar a su casa, pudo comprobar que Rebeca había bebido y estaba furiosa. En la cocina, la comida estaba tirada bajo la rejilla del fogón. El mantel había desaparecido de la mesa. ¿Y el cuchillo?

Imprudentemente preguntó por él. Ella acogió satisfecha la oportunidad que ofrecía la pregunta para fustigarle. ¿Deseaba el cuchillo? ¿Podía darle alguna razón? NO. Entonces no se lo daría ni aunque se arrodillara a sus pies. De posteriores discusiones se pudo colegir que lo había comprado muy barato y, por tanto, lo consideraba de su especial pertenencia. Isaac se dio cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos para obtener el cuchillo de una manera directa. Se decidió a buscarlo por su cuenta cuando se le presentara la ocasión.

La búsqueda resultó infructuosa. Llegó la noche y abandonó la casa para vagar por las calles. Tenía miedo de dormir en la misma habitación que ella.

Pasaron tres semanas. Rebeca seguía enojada y no quería ceder en la cuestión del cuchillo y él, todavía atemorizado, no quería dormir en la misma habitación. Vagaba por las noches, o dormía en el comedor o permanecía sentado junto a la cama de su madre. En la primera semana del mes siguiente, su madre murió. Faltaban solamente diez días para su aniversario. Isaac estuvo a su lado hasta el último momento y recibió sus postreras palabras.

—No regreses, hijo mío. No regreses.

Pero necesitaba volver, aunque sólo fuera para vigilar a su esposa. Ésta, exasperada hasta el límite por su manifiesta desconfianza, quería añadir, para vengarse, otra espina más, y durante los últimos días de la enfermedad de su madre, declaró su intención de ir al funeral. A pesar de cuanto él hizo o dijo, ella, con aviesa terquedad, mantuvo su palabra. El día señalado para el entierro, excitada por la bebida, se presentó a su esposo, con la pretensión de acompañar a la comitiva hasta la sepultura de su madre.

Este último ultraje, acompañado de gestos y palabras injuriosas, le enloquecieron por un momento. Y la pegó.

Se arrepintió en el mismo instante de haberla golpeado. Ella se acurrucó silenciosamente en un rincón del comedor, mirándole con fijeza. Era una mirada que helaba su sangre caliente y producía escalofríos. Era preciso arriesgarse hasta que terminara el entierro, y sólo había un medio para estar seguro. La encerró dentro del dormitorio.

Cuando regresó, horas más tarde, la encontró sentada junto a la cama. Su mirada parecía inquieta. Había un paquete sobre su falda. Se levantó y le miró silenciosamente. Cuando habló lo hizo con una extraña calma en su voz, un extraño reposo en los ojos y una extraña compostura en sus modales.

—Ningún hombre me ha pegado dos veces —dijo—. Y mi esposo no tendrá una

segunda oportunidad. Abre la puerta y déjame partir. De ahora en adelante no volveremos a vernos.

Antes de que pudiera contestar, pasó frente a él y abandonó la casa. La vio marchar calle arriba.

¿Volvería?

Durante toda la noche vigiló y esperó, pero no se oyeron pisadas cerca de la casa. Al día siguiente, vencido por la fatiga, se acostó, vestido, con la, puerta cerrada, la llave sobre la mesa y la bujía encendida. Su sueño fue tranquilo. La tercera, la cuarta, la quinta, la sexta noche pasaron sin ningún acontecimiento. En la séptima noche aún se echó vestido en la cama, con la puerta cerrada, la llave sobre la mesa y la bujía encendida, pero su mente estaba más serena.

Durmió sosegadamente; no obstante, su sueño no fue reparador. Por dos veces se despertó sin ninguna sensación de inquietud. Mas la tercera vez sintió el mismo inolvidable dolor penetrante en su corazón que la noche de la posada.

Sus ojos se dirigieron hacia el lado izquierdo de la cama y allí estaba.

¿Otra vez la mujer del sueño? ¡No! Su esposa, la realidad viviente, mas con la misma cara que el espectro del sueño, el hermoso brazo en alto, el cuchillo cogido por su delicada y blanca mano.

Al verla, saltó sobre ella, pero no pudo impedir que escondiera el cuchillo. Sin una palabra por su parte, sin un grito por parte de ella, la ató a una silla. Con una mano tanteó la manga y allí, donde la mujer del sueño lo había escondido, tenía el cuchillo su esposa. Un cuchillo con mango de hueso que parecía nuevo.

En medio de la desesperación de aquel terrible momento su cerebro se mantuvo claro, su corazón, en calma. La miró fijamente, con el cuchillo en la mano y pronunció estas palabras:

—Tú me dijiste que no nos volveríamos a ver y has regresado. Ahora me iré yo; me iré para siempre. Yo digo que no nos veremos jamás, y mi palabra no quedará incumplida.

La dejó y penetró en la noche. En la calle hacía un viento frío y el olor de las recientes lluvias empapaba el aire. Mientras andaba rápidamente, más allá de las últimas casas de los suburbios, el lejano reloj de la iglesia tocó un cuarto. Preguntó la hora al primer guardia que encontró.

El hombre consultó su reloj y, medio dormido, contestó: «Las dos, las dos y cuarto de la madrugada.» ¿Qué día del mes era el que acababa de empezar? Calculó desde la fecha del entierro de su madre. Era el día de su cumpleaños.

¿Con el presagio del sueño había escapado del peligro? ¿O había recibido únicamente un segundo aviso?

Mientras esta siniestra duda se adentraba en su mente, paró, reflexionó y regresó a la ciudad. Estaba resuelto a mantener su palabra, a no verla más. Pero una nueva idea había surgido en su mente; debía vigilarla y seguirla. El cuchillo estaba en su poder y un vago e inexplicable miedo supersticioso le dominaba. «Quiero saber adónde va,

ahora que cree que la he abandonado», se dijo a si mismo, mientras entraba sigilosamente en su casa.

Aún era de noche. Había dejado la bujía encendida en el dormitorio, pero cuando miró por la ventana no había luz. Penetró con cautela por la puerta. Recordó que al salir la había cerrado; ahora estaba abierta.

Volvió a salir y se quedó vigilando la casa hasta la llegada del día. Entonces se aventuró a entrar. Escuchó, no oyó nada. Miró dentro de la cocina, en el fregadero, el comedor, y no halló nada. Entró finalmente en el dormitorio, estaba vacío. En el suelo había una ganzúa que delataba el medio utilizado por ella para penetrar aquella noche. Era el único rastro.

¿Adónde había ido? Nadie se lo pudo decir. La oscuridad cubrió su fuga.

Antes de abandonar la casa y la ciudad para siempre, dio instrucciones a un amigo y vecino para vender los muebles a cualquier precio, y aplicar su producto a la indagación del paradero de su mujer. Las instrucciones fueron seguidas honradamente, pero la información resultó inútil. La ganzúa abandonada en el piso del dormitorio quedó como la última e inútil huella de la mujer del sueño.

V

Al llegar a este punto de la narración, el posadero hizo una pausa y, volviéndose hacia la ventana de la habitación donde nos hallábamos sentados, miró en dirección al patio de la cuadra.

—Hasta aquí —dijo—, le he contado lo que me dijeron. Lo poco que falta lo he averiguado Por mí mismo.

»Dos o tres meses después de los acontecimientos que le he referido, Isaac Scatchard se presento aquí, arrugado y envejecido prematuramente, tal como usted le ha visto ahora. Tenía buenos certificados que le avalaban y me solicitó un empleo. Sabiendo que era pariente lejano de mi esposa le di una oportunidad, en consideración al parentesco y, realmente, me gustó a pesar de sus extrañas costumbres. Es tan sobrio, honrado y voluntarioso como no hay otro en Inglaterra. En cuanto a su desasosiego por la noche y a su forma de dormir durante el día cuando no tiene trabajo, ¿quién se extrañará, después de oír su historia? Además, nunca se enfada si se le llama, de manera que no tengo de qué quejarme.

—¿Supongo que tiene miedo que se repita aquel terrible sueño?

—No —replicó el posadero—. El sueño le viene con tanta frecuencia que ya lo soporta resignadamente. Es su esposa la que le mantiene despierto durante la noche,

según me ha confesado.

—¡Qué! ¿Es que se tienen noticias suyas?

—No, ninguna. Pero Isaac cree que ella vive y le vigila. Yo pienso que no desearía quedarse dormido a las dos en punto ni por el rescate de un rey. «Las dos de la madrugada, dice él, es la hora en que cualquier día ella se presentará.» Es cuando más lamenta no haber recuperado el cuchillo. No le preocupa estar solo, si está despierto, excepto la noche anterior a su cumpleaños, que es cuando cree realmente que su vida está en peligro. Desde que está con nosotros, sólo ha celebrado un cumpleaños. Se pasó toda la velada con el mozo que hace un turno de noche. «Me está buscando», es todo lo que dice, cuando alguien le pregunta sobre la única inquietud de su vida. «Me está buscando.» Puede que tenga razón; quizá le está buscando. ¿Quién lo sabe?

—¡Quién lo sabe! —digo yo.

EL PANTANO-LUNA
HERBERT WEST, REANIMADOR
HORROR EN RED HOOK

H. P. Lovecraft

EL PANTANO-LUNA

DENYS Barry se había marchado a alguna parte de aquella remota y pavorosa región, desconocida para mi. Yo estaba con él la última noche que pasó entre los hombres, y oí sus gritos cuando sucedió la cosa; pero la policía y todos los campesinos del condado de Meath no pudieron encontrarle, ni a él ni a los otros, a pesar de que efectuaron una minuciosa búsqueda. Y ahora me estremezco cuando oigo croar las ranas en un marjal, o veo la luna en lugares solitarios.

Había conocido mucho a Denys Barry en América, donde se enriqueció, y le había felicitado cuando compró el antiguo castillo que se alza junto al pantano en el soñoliento Kilderry. Su padre había llegado a América procedente de Kilderry, y allí era donde Denys Barry deseaba disfrutar su riqueza entre escenas y paisajes atávicos. Antepasados suyos gobernaron Kilderry en otras épocas y edificaron y habitaron el castillo, pero aquellas épocas habían quedado muy atrás, de modo que durante generaciones el castillo permaneció vacío y fue convirtiéndose en una ruina. Después de su marcha a Irlanda, Barry me escribió a menudo, contándome que el viejo castillo estaba recobrando, torreón por torreón, su antiguo esplendor, que la hiedra trepaba lentamente por las restauradas murallas tal como había trepado siglos atrás, y que los campesinos le bendecían por su amor al terruño y por los beneficios que su oro reportaba al pueblo. Pero con el tiempo surgieron problemas, y los campesinos dejaron de bendecirle, y huyeron del pueblo como de un lugar apestado. Y entonces Barry me escribió una carta pidiéndome que fuera a visitarle, ya que estaba solo en el castillo sin nadie con quien hablar a excepción de los nuevos criados y obreros que había traído del Norte.

La causa de todos aquellos conflictos era el pantano, según me contó Barry la primera noche que pasé en el castillo. Había llegado a Kilderry al atardecer de un día de verano, cuando los resplandores de la puesta de sol iluminaban el verde de las colinas y arboledas y el azul del pantano, en medio del cual se erguía una pequeña isla con unas antiguas ruinas que brillaban de un modo espectral. La puesta de sol era muy hermosa, pero los campesinos de Ballylough me habían prevenido contra ella, diciéndome que Kilderry se había convertido en un lugar maldito, y confieso que casi me estremecí al ver los altos torreones del castillo bañados en el fuego del ocaso. El automóvil de Barry me había recogido en la estación de Ballylough, ya que Kilderry se encuentra apartado de la vía férrea. Los aldeanos habían rehuido al automóvil y a su conductor, un hombre del Norte, pero se acercaron a mi y me susurraron aquellas advertencias al oído cuando vieron que me dirigía a Kilderry. Aquella misma noche, Barry me contó los motivos de aquella actitud.

Los campesinos se habían marchado de Kilderry porque Denys Barry iba a desaguar el gran pantano. A pesar de su amor a Irlanda, América había impreso su huella en él, y estaba dispuesto a convertir el espacio ocupado por el pantano en tierras de labor. Las leyendas y supersticiones de Kilderry no le impresionaron lo más

mínimo, y se echó a reír cuando los campesinos se negaron a ayudarle, y luego le maldijeron y se marcharon a Ballylough con sus escasas pertenencias. Barry envió a buscar obreros del Norte, y cuando sus criados le abandonaron los sustituyó con otros de la misma procedencia que los obreros. Pero estaba solo entre extranjeros, y por ello me pidió que fuera a visitarle.

Cuando oí los temores que habían impulsado a los campesinos a marcharse de Kilderry me reí con tantas ganas como se había reído mi amigo, ya que eran unos temores de una naturaleza vaga, descabellada y casi absurda. Estaban relacionados con alguna desatinada leyenda del pantano, y con un maléfico espíritu guardián que moraba en las antiguas ruinas de la isla que se erguía en medio de aquellas aguas. Hablaban de extrañas luces que danzaban en la oscuridad nocturna, y de vientos helados cuando la noche era cálida; de formas fantasmales vestidas de blanco que paseaban sobre las aguas, y de una imaginaria ciudad de piedra hundida bajo la pantanosa superficie. Según los campesinos, una terrible maldición pesaría sobre el que se atreviera a tocar o a desaguar el pantano. Existían secretos, decían, que no debían ser descubiertos; secretos que habían permanecido ocultos desde la famosa plaga que diezmó a los hijos de Portholan, en los fabulosos años más allá de la historia. En el *Libro de los Invasores* se cuenta que todos aquellos hijos de los griegos están enterrados en Tallaght, pero los ancianos de Kilderry decían que una ciudad fue salvada de la ruina por su deidad benéfica, la luna; de modo que sólo fue enterrada por las boscosas colinas cuando los hombres de Nemed llegaron de Scythia en sus treinta naves.

Tales eran las absurdas leyendas que habían provocado la huida de los campesinos de Kilderry, y cuando las oí no me extrañó que Denys Barry se hubiese negado a escucharlas. Sin embargo, Barry estaba muy interesado en las antigüedades, y se proponía explorar cuidadosamente el pantano una vez estuviera desaguado. Había visitado con frecuencia las blancas ruinas de la isla, pero, a pesar de que eran muy antiguas, y de que su aspecto difería por completo de la mayoría de ruinas que se encuentran en Irlanda, estaban demasiado maltrechas para revelar posibles épocas de esplendor. Ahora, los trabajos de desagüe estaban a punto de empezar, y los obreros del Norte no tardarían en despojar al misterioso pantano de su capa de verde musgo.

Cuando Barry me hubo contado todas esas cosas me sentí muy soñoliento, ya que el viaje había sido pesado y Barry estuvo hablando hasta una hora muy avanzada de la noche. Un criado me acompañó a mi habitación, la cual se encontraba situada en un apartado torreón desde el cual se dominaba la aldea, la llanura que se extendía al borde del pantano y el propio pantano; desde mi ventana pude ver, a la luz de la luna, los silenciosos tejados de las casas desocupadas por los campesinos y que ahora albergaban a los obreros del Norte, y también la iglesia parroquial con su antiguo campanario, y las ruinas de las islas del pantano brillando, blancas y espectrales. En el momento de quedarme dormido imaginé que oía unos leves sonidos procedentes de la lejanía; sonidos que eran selváticos y semimusicales, y que provocaron en mi una

extraña agitación que coloreó mis sueños. Pero al despertar a la mañana siguiente supe que todo había sido un sueño, ya que las visiones que había contemplado eran más maravillosas que cualquier sonido de flautas silvestres en la oscuridad nocturna. Influida por las leyendas que Barry había contado, mi mente había vagado en sueños por una ciudad situada en un verde valle, donde las estatuas de mármol, las quintas y los templos, los entallados y las inscripciones, hablaban muy alto de la gloria de la antigua Grecia. Cuando le conté ese sueño a Barry, ambos nos echamos a reír; pero mi risa fue más natural, porque mi amigo estaba algo perplejo por la conducta de sus obreros del Norte. Por sexta vez consecutiva habían dormido más de la cuenta, y al despertar parecían amodorrados, como si no hubiesen descansado, a pesar de que la noche anterior se habían acostado muy temprano.

Pasé aquel día callejeando solo por la aldea bañada por el sol, charlando con los ociosos obreros, ya que Barry estaba ocupado con los proyectos finales de su obra de desagüe. Los obreros no se mostraban demasiado alegres, ya que la mayoría de ellos estaban intranquilos a causa de un sueño que habían tenido, y que en vano trataban de recordar. Les hablé de mi sueño, pero no parecieron interesados hasta que me referí a los extraños sonidos que creía haber oído. Entonces me miraron de un modo muy raro y dijeron que también a ellos les parecía recordar unos extraños sonidos.

Por la noche, Barry cenó conmigo y me anunció que empezaría el desagüe dentro de dos días. La noticia me alegró, pues aunque no me gustaba ver desaparecer el musgo, y el brezal, y los pequeños arroyos y lagos, sentía un creciente deseo de enterarme de los antiguos secretos que el pantano podía ocultar. Y aquella noche mis sueños de flautas pastoriles y peristilos de mármol llegó a un repentino e inquietante final; ya que sobre la ciudad del valle vi descender una peste, y luego un espantoso alud de fango que cubría los cadáveres tendidos en las calles y sólo dejaba intacto el templo de Artemisa, donde la anciana sacerdotisa de la luna, Cleis, yacía fría y silenciosa con una corona de marfil en su cabeza de plata.

Ya he dicho que desperté súbitamente alarmado. Durante unos instantes no supe si estaba despierto o durmiendo, ya que el sonido de las flautas seguía llegando a mis oídos; pero cuando vi en el suelo los helados rayos de la luna dibujando los contornos de una entramada ventana gótica, llegué a la conclusión de que estaba despierto y en el castillo de Kilderry. En alguna parte, un reloj dio las dos. Y, a lo lejos, continuaban resonando las flautas, desgranando una extraña melodía que me hizo pensar en una danza de faunos. Desasosegado, me levanté y empecé a pasear de un extremo a otro de la habitación. Por casualidad me acerqué a la ventana que se abría al Norte y miré a través de ella hacia la aldea silenciosa y la llanura que se extendía al borde del pantano. No experimentaba el menor deseo de contemplar el paisaje, ya que lo único que quería era dormir; pero las flautas me torturaban, y tenía que hacer o ver algo. ¿Cómo podía sospechar lo que iba a contemplar?

Allí, a la luz de la luna que inundaba la espaciosa llanura, desarrollábase un espectáculo que ningún mortal, después de haberlo presenciado, podría olvidar. Al

sonido de las misteriosas flautas, un cortejo de silenciosas figuras se deslizaba de un modo fantasmal, como un coro de danzantes de una antigua deidad nocturna. La amplia llanura, la dorada luz de la luna, las formas ondulantes, causaban un efecto que casi me paralizó; pero en medio de mi temor observé que la mitad de aquellos incansables y mecánicos danzarines eran los obreros a los cuales creía dormidos, en tanto que la otra mitad, extraños seres vestidos de blanco y de naturaleza indeterminada, aunque recordaban a las pálidas náyades de las fuentes encantadas del pantano. No sé cuánto tiempo permanecí contemplando aquel espectáculo desde la solitaria ventana del torreón antes de hundirme repentinamente en un profundo sueño, del cual me despertó el sol matinal, muy alto ya en el cielo.

Al despertar, mi primer impulso fue comunicar todos mis temores y observaciones a Denys Barry, pero al ver la luz del sol brillando a través de la entramada ventana quedé convencido de que no había ninguna realidad en lo que creía haber visto. Los fantasmas me atraen, pero nunca he sido lo bastante débil como para creer en ellos; de modo que en aquella ocasión me limité a interrogar a los obreros, los cuales durmieron hasta muy tarde y no recordaban nada de la noche anterior, excepto unos nebulosos sueños de estridentes sonidos. El asunto de los espectrales sonidos me intrigaba enormemente, y me pregunté si los grillos de otoño habrían llegado prematuramente para turbar la noche y acosar las mentes de los hombres. Más tarde vi a Barry en la biblioteca ocupado en sus proyectos para la gran tarea que debía iniciarse al día siguiente, y por primera vez experimenté un asomo de la misma clase de temor que había hecho huir a los campesinos de la aldea. Por algún motivo desconocido, me asustaba la idea de turbar al antiguo pantano, e imaginaba terribles espectáculos en lo insondable de sus profundidades. No me parecía prudente sacar a la luz aquellos pavorosos secretos, y empecé a buscar un pretexto para marcharme del castillo y de la aldea. Pero nada más insinuarle aquella idea a Barry, estalló en una burlona carcajada, de modo que no me atrevía a continuar.

Si los acontecimientos de aquella noche fueron realidad o simple ilusión es algo que nunca podré saber a ciencia cierta. Desde luego, trascendieron de la materia normal de cualquier sueño; y existe el hecho de aquellas inexplicables desapariciones. Me retiré muy temprano. Sentía un extraño temor, y durante un largo rato no pude conciliar el sueño en el profundo silencio del torreón. La noche era oscura, ya que la luna se encontraba en su menguante y no aparecería hasta la madrugada. Tendido en la cama, pensé en Danys Barry, y en lo que sucedería en el pantano cuando se hiciera de día, y experimente un deseo casi frenético de echar a correr a través de la oscuridad, coger el automóvil de Barry y huir hacia Ballylough, fuera de las tierras amenazadas. Pero antes de que mis temores pudieran impulsarme a la acción me quedé dormido, y contemple en sueños la ciudad del valle, fría y muerta bajo un manto de espesas sombras.

Probablemente, lo que me despertó fue el estridente sonido de las flautas, aunque al abrir los ojos mi atención quedó atraída por algo muy distinto. Me había quedado

dormido dando la espalda a la ventana que se abría sobre el pantano, por donde debía levantarse la luna, y en consecuencia esperaba ver reflejada su luz en la pared opuesta, delante de mi; pero no estaba preparado para lo que contemplaron mis ojos. La luz brillaba en efecto sobre la pared, pero no era la luz de la luna. El resplandor rojizo que penetraba a través de la ventana gótica era terrible y taladrante, y toda la habitación refulgía con una claridad intensa y sobrenatural. Mi reacción inmediata fue la normal en tales casos, ya que únicamente en las novelas los hombres responden de un modo dramático y conveniente a la situación. En vez de buscar a través de la ventana la fuente de aquella extraña luz, empecé a vestirme atropelladamente con la idea de huir. Recuerdo haber cogido mi revólver y mi sombrero, pero no llegué a utilizar el primero ni a ponerme el segundo. Al cabo de un rato, la fascinación del rojo resplandor fue más intensa que mis temores, y me acerqué a la ventana mientras el incesante y enloquecedor sonido de las flautas vibraba a través del castillo y sobre la aldea.

Encima del pantano había un diluvio de llameante claridad, escarlata y siniestra, que parecía brotar de las antiguas ruinas de la isla. No puedo describir el aspecto de aquellas ruinas. Seguramente había enloquecido, ya que las vi irguiéndose mayestáticas y recientes, espléndidas y rodeadas de columnas, con el llameante reflejo de sus mármoles taladrando el cielo como la cúspide de un templo en la cima de una montaña. Al sonido de las flautas vino a unirse un redoblar de tambores, y mientras contemplaba la escena con estremecido pavor me pareció ver unas formas oscuras y saltarinas siluetadas contra la visión de mármol y refulgencia. El efecto era aterrador y fascinante al mismo tiempo, y hubiera permanecido indefinidamente pegado a la ventana de no haber oído el sonido de las flautas que parecía aumentar en intensidad a mi izquierda. Temblando de pavor y de éxtasis, crucé la habitación circular y me dirigí a la ventana de la parte Norte, desde la cual podía ver la aldea y la llanura que se extendía al borde del pantano. Allí, mis ojos volvieron a dilatarse de asombro, como si no acabara de apartarlos de una escena increíble, ya que por la espectral llanura avanzaba una procesión de seres inconcebibles incluso en la más horrorosa de las pesadillas.

Medio deslizándose, medio flotando en el aire, aquellos fantasmales seres vestidos de blanco retrocedían lentamente hacia las inmóviles aguas del pantano y las ruinas de la isla, en fantásticas formaciones que sugerían alguna antigua y solemne danza ceremonial. Sus ondulantes y transparentes brazos, guiados por el odioso sonido de las flautas invisibles, parecían marcar el ritmo a un grupo de obreros que les seguían con pasos maquinales, como arrastrados por una torpe pero implacable voluntad demoníaca. Cuando las náyades llegaron al pantano, sin cambiar su ruta, una nueva hilera de hombres zigzagueó ebriamente surgiendo del castillo por alguna puerta situada debajo de mi ventana, cruzó el patio y fue a unirse a la columna de obreros que se encontraban ya en la llanura. A pesar de la distancia, supe inmediatamente que eran los criados del castillo, ya que reconocí la obesa figura de la

cocinera, cuyo grotesco aspecto resultaba ahora de lo más trágico. Las flautas resonaban de un modo horrible, y oí de nuevo el redoblar de los tambores procedente de las ruinas de la isla. A continuación, las náyades fueron hundiéndose en el agua con movimientos gráciles, mientras la hilera de seguidores, sin alterar el paso, se sumergían torpemente detrás de ellas y se desvanecían en medio de un diminuto vértice de burbujas, las cuales apenas podía ver a la claridad escarlata. Y cuando el último de aquellos desdichados, la obesa cocinera, se hubo hundido pesadamente en el agua, las flautas y los tambores callaron, y los cegadores rayos rojos procedentes de las ruinas se apagaron bruscamente, dejando a la aldea maldita sola y desolada a la pálida luz de la luna.

Mi estado mental era de indescriptible caos. No sabiendo si estaba loco o cuerdo, dormido o despierto, creo que lo que me salvó fue un misericordioso torpor. Hice cosas tan ridículas como ofrecer plegarias a Artemisa, Latona, Demetrio, Perséfona y Plutón. Todo lo que recordaba de una juventud clásica acudió a mis labios a medida que los horrores de la situación despertaban mis más profundas supersticiones. Me daba cuenta de que había sido testigo de la muerte de toda una aldea, y sabía que estaba solo en el castillo con Denys Barry, cuya osadía había atraído una maldición. Al pensar en él me acometieron nuevos terrores y caí al suelo; no desmayado, sino físicamente indefenso. Entonces noté la helada ráfaga procedente de la ventana que daba al Este, donde se había levantado la luna, y empecé a oír los aullidos en el castillo, debajo de mi. Aquellos aullidos alcanzaron un volumen y una calidad que no pueden ser descritos, y aun ahora me estremezco al pensar en ellos. Lo único que puedo decir es que eran proferidos por alguien a quien yo había conocido como un amigo.

El viento helado y los impresionantes aullidos debieron haberme despertado de mi estupor, ya que mi siguiente impresión es la de haber corrido como un demente a través de oscuros pasillos y habitaciones y cruzado el patio en medio de la pavorosa noche. Me encontraron al amanecer vagabundeando como un idiota por las afueras de Ballylough, pero lo que me desquició por completo no fue ninguno de los horrores que había visto u oído antes. Lo que murmuraba estúpidamente se refería a un par de fantásticos incidentes ocurridos durante mi huida: incidentes que carecían de significado, pero que continúan acosándome cuando estoy solo en ciertos lugares pantanosos o a la luz de la luna.

Mientras huía de aquel maldito castillo a lo largo del borde del pantano oí un nuevo sonido: corriente, pero distinto a los que había oído antes en Kilderry. Las estancadas aguas, desprovistas por completo hasta entonces de vida animal, hervían ahora con una horda de ranas enormes y viscosas, las cuales creaban incesantemente en un tono aflautado que contrastaba extrañamente con su tamaño. Los animales relucían, hinchados y verdes, a la luz de la luna y parecían mirar fijamente a un punto determinado. Seguí la dirección de la mirada de una rana muy gorda y muy fea, y vi la segunda de las cosas que acabaron de trastornar mis sentidos.

Extendiéndose directamente desde las antiguas ruinas de la isla que se erguía en medio del pantano, a la claridad de la luna, mis ojos captaron una leve y temblorosa luminosidad que no proyectaba ningún reflejo sobre las dormidas aguas. Y, avanzando a lo largo de aquel pálido sendero, mi febril imaginación captó una delgada sombra que se retorcía lentamente: una sombra de vagos contornos que parecía luchar contra unos invisibles demonios que la arrastraban de un modo implacable.

A pesar de lo enloquecido que estaba en aquel momento, vi en aquella espantosa sombra un monstruoso parecido —una repugnante, increíble caricatura— con el que hasta entonces había sido mi amigo Denys Barry.

HERBERT WEST, REANIMADOR

I

Desde la oscuridad

De Herbert West, que fue mi amigo en la escuela y en otra vida, sólo puedo hablar con sumo terror. Este terror no es debido a las siniestras circunstancias de su reciente desaparición, sino que fue engendrado por la naturaleza de las tareas a las cuales dedicó su vida, y adquirió por primera vez consistencia hace más de diecisiete años, cuando estábamos en el tercer año de nuestra carrera en la Facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic de Arkham. Mientras él estaba conmigo, la rareza y el diabolismo de sus experimentos me fascinaban por completo, y yo era su compañero más íntimo. Ahora que ha desaparecido, y el hechizo se ha roto, el miedo es mayor. Los recuerdos y las posibilidades son siempre más espantosos que las realidades.

El primer incidente de carácter horrible en el curso de nuestras relaciones constituyó la impresión más fuerte que yo había experimentado hasta entonces, e incluso ahora el recordarlo me produce una intensa repulsión. Como ya he dicho, sucedió cuando estábamos en la Facultad de Medicina, donde West se había distinguido ya por sus descabelladas teorías acerca de la naturaleza de la muerte y de la posibilidad de vencerla artificialmente. Sus opiniones, ampliamente ridiculizadas por los profesores y por sus compañeros de estudios, estaban basadas en la naturaleza esencialmente mecánica de la vida; West buscaba el medio de hacer funcionar el mecanismo orgánico del género humano por medio de una acción química, después del fallo de los procesos naturales. En sus experimentos con diversas soluciones reanimantes, West había matado y tratado a un incalculable número de conejos, gatos, perros y monos, y en varias ocasiones había obtenido señales de vida en animales supuestamente muertos; en muchos casos señales violentas; pero no tardó en darse cuenta de que el perfeccionamiento de su sistema, si es que en realidad era posible, requeriría necesariamente toda una vida de investigación. También se dio cuenta de que, dado que una misma solución no actuaba igual sobre distintas especies orgánicas, necesitaría sujetos humanos para posteriores y más especializados estudios. Aquí fue donde entró en conflicto por primera vez con las autoridades de la Universidad, las cuales le prohibieron rigurosamente la continuación de sus experimentos.

Yo había sido siempre excepcionalmente tolerante con los trabajos de West, y con mucha frecuencia discutía con él acerca de sus teorías, cuyas ramificaciones y corolarios eran casi infinitos. Sosteniendo con Haeckel que toda forma de vida es un

proceso físico y químico, y que la llamada «alma» es un mito, mi amigo creía que la reanimación artificial de un muerto podía depender únicamente del estado de los tejidos; y que a menos que se hubiera iniciado el proceso de descomposición, un cadáver provisto de todos sus órganos podía ser devuelto a la vida mediante el tratamiento adecuado. Que la vida física o intelectual podía resultar perjudicada por el leve deterioro que incluso un breve período de muerte producía en las células cerebrales, era un hecho admitido por West. Al principio, sus esfuerzos estuvieron encaminados a encontrar un reactivo que restableciera la vitalidad antes de que se produjera realmente la muerte, y sólo los repetidos fracasos en animales le habían demostrado que los movimientos de la vida natural y los de la artificial eran incompatibles. Entonces procuró que sus ejemplares fueran «frescos», inyectando sus soluciones en la sangre inmediatamente después de la extinción de la vida. Esta circunstancia provocó el escepticismo de los profesores, los cuales opinaban que en ninguno de los casos se había producido la verdadera muerte. No se detuvieron a considerar el asunto de un modo más atento y razonable.

Poco después de que la Facultad le prohibiera continuar sus experimentos, West me confió su decisión de procurarse de algún modo cadáveres recién enterrados, y proseguir en secreto los experimentos que no podía realizar a plena luz. El oírle hablar en aquellos términos resultaba un poco repulsivo, ya que en la Universidad no nos habíamos procurado nunca ejemplares anatómicos por nosotros mismos. Cuando el depósito de cadáveres resultaba insuficiente, dos negros del distrito se ocupaban del asunto, y rara vez eran interrogados. West era entonces un joven bajito, delgado, de facciones delicadas, cabellos rubios, ojos azules y voz suave, y no pude evitar cierto desasosiego al oírle afirmar tranquilamente que el cementerio de la hoyanca sería más conveniente que el de la Christ Church, porque prácticamente todos los cadáveres de la Christ Church eran embalsamados; una circunstancia ruinosa, desde luego, para las investigaciones de West.

En aquella época yo era su activo y esclavizado ayudante, y West me consultaba todos sus problemas. Cuando se trató de encontrar un lugar adecuado para llevar a cabo nuestro repugnante trabajo, pensé inmediatamente en la desierta granja de Chapman, detrás de la Meadow Hill, donde instalamos una sala de operaciones y un laboratorio, tras haber tapiado las ventanas para ocultar nuestras tareas nocturnas. La granja se encontraba lejos de cualquier camino y no era visible desde ninguna otra casa, pero todas las precauciones eran pocas, ya que los rumores acerca de extrañas luces en la abandonada granja, esparcidos por algún caminante casual, atraerían el desastre sobre nuestra empresa. Nos pusimos de acuerdo en decir, caso de ser descubiertos, que se trataba de un laboratorio químico. Poco a poco equipamos nuestra siniestra guarida con materiales adquiridos en Boston o requisados de la Universidad, y nos procuramos palas y picos para los numerosos enterramientos que tendríamos que llevar a cabo en la bodega. En la Universidad utilizábamos un incinerador, pero el aparato era demasiado caro para nuestro modesto laboratorio. Los

cadáveres eran siempre un engorro, incluso los cadáveres de los pequeños conejillos de Indias que utilizaba West en sus experimentos clandestinos en la casa de huéspedes donde vivía.

A partir de entonces perseguimos las notas necrológicas locales como vampiros, ya que nuestros ejemplares requerían unas cualidades especiales. Lo que nosotros necesitábamos eran cadáveres enterrados poco después de su muerte y sin embalsamar; preferiblemente libres de deformaciones producidas por la enfermedad, y en posesión de todos los órganos, desde luego. Las víctimas de accidentes eran nuestra mejor esperanza. Transcurrieron varias semanas sin que se presentara nada adecuado, a pesar de que hablábamos con los encargados del depósito de cadáveres y con las autoridades del hospital, aparentemente en interés de la facultad, con tanta frecuencia como podíamos hacerlo sin despertar sospechas. Nos enteramos de que la Universidad tenía el derecho de prioridad en todos los casos, de modo que podría ser necesario permanecer en Arkham durante el verano, para aprovechar la época de vacaciones. Sin embargo, la suerte nos favoreció, ya que un día oímos hablar de un caso poco menos que ideal: un joven obrero se había ahogado la mañana anterior en la Summer’s Pond, y había sido enterrado por cuenta del Ayuntamiento sin demoras ni embalsamamiento. Aquella misma tarde localizamos la tumba, y decidimos empezar a trabajar poco después de la medianoche.

Fue una tarea repulsiva, a pesar de que en aquella época no experimentábamos aún el horror especial a los cementerios que habían de infundirnos posteriores experiencias. Llevábamos palas y lámparas de petróleo, pues si bien se fabricaban ya linternas eléctricas, no eran tan satisfactorias como las actuales, provistas de filamentos de tungsteno. La excavación resultó lenta y sórdida —podría haber resultado horrendamente poética si hubiéramos sido artistas en vez de científicos—, y oímos con alivio el sonido de nuestras palas al chocar contra la madera del ataúd. Cuando el féretro quedó completamente al descubierto, West levantó la tapa y sacó el cadáver. A continuación paleamos duramente para devolver a la tumba su aspecto anterior. La tarea nos había puesto nerviosos, de un modo especial por la rígida y pálida compañía de nuestro primer trofeo, pero conseguimos hacer desaparecer todas las huellas de nuestra visita. Cuando hubimos apisonado la última paletada de tierra, metimos el cadáver en un saco de lona y nos dirigimos a la granja de Chapman.

Sobre una improvisada mesa de disección, a la luz de una potente lámpara de acetileno, el ejemplar no tenía un aspecto tan espectral. Había sido un robusto y aparentemente poco imaginativo mocetón de tipo plebeyo —fuerte esqueleto, ojos grises y pelo castaño—, un animal sano sin sutilezas psicológicas, probablemente con procesos vitales del tipo más sencillo y más saludable. Ahora, con los ojos cerrados, parecía más dormido que muerto; aunque las expertas comprobaciones de mi amigo no tardaron en dejar aclarada la cuestión. Al fin teníamos lo que West tanto había deseado: un verdadero cadáver del tipo ideal, listo para recibir la solución preparada de acuerdo con los más cuidadosos cálculos y teorías para uso humano. La tensión

por nuestra parte se hizo muy intensa. Sabíamos que existían muy pocas posibilidades de obtener un éxito completo, y no podíamos evitar un espantoso temor ante posibles resultados grotescos de una reanimación parcial. Temíamos de un modo especial lo relativo a la mente y a los impulsos del ser, ya que en el período subsiguiente a la muerte algunas de las células cerebrales más delicadas podían haberse deteriorado. Por mi parte, tenía aún algunas extrañas ideas acerca de la tradicional «alma» del hombre, y experimentaba cierto pavor ante los secretos que podía revelar alguien que regresara de la muerte. Me preguntaba qué espectáculos podía haber contemplado aquel plácido joven en inaccesibles esferas, y qué clase de maravillas podría narrar si recobraba la vida. Aunque en el fondo compartía el materialismo de mi amigo, West estaba mucho más tranquilo que yo cuando inoculó una gran cantidad de líquido en una vena del brazo del cadáver.

La espera fue horrible, pero West no se alteró en ningún momento. De cuando en cuando aplicaba el espectoscopio al cadáver, y encajaba filosóficamente los resultados negativos. Transcurridos tres cuartos de hora sin que se produjera la menor señal de vida, West anunció en tono decepcionado que la solución no era adecuada, pero que estaba decidido a apurar su oportunidad e intentar un cambio en la fórmula antes de desprenderse del cadáver. Por la tarde habíamos excavado una fosa en la bodega, y teníamos que llenarla antes de que amaneciera, porque a pesar de que habíamos colocado una cerradura en la puerta de la granja, no queríamos exponernos a la más remota posibilidad de que se descubriera la naturaleza de nuestros experimentos. Además, a la noche siguiente el cadáver no estaría ya en condiciones para poder trabajar con él. Llevándonos la única lámpara de acetileno al laboratorio contiguo, dejamos a nuestro silencioso huésped en la oscuridad y nos dedicamos febrilmente a la tarea de mezclar una nueva solución. West lo supervisaba todo con un cuidado casi fanático.

El horrible suceso fue muy repentino, y completamente inesperado. Yo estaba vertiendo algo de un tubo de ensayo a otro, y West manipulaba una lamparilla de alcohol, a falta de un mechero Bunsen, ya que en el edificio no había gas. De pronto, en la habitación que habíamos dejado a oscuras brotó la más aterradora y demoníaca sucesión de gritos que imaginarse pueda. Fue como si el propio infierno se hubiera abierto para dejar surgir la agonía de los condenados, ya que en aquella inconcebible cacofonía se condensaban todo el terror sobrenatural y toda la sobrenatural desesperación de la naturaleza animada. Aquellos gritos no podían ser humanos —el hombre es incapaz de producir tales sonidos—, y sin pensar en el cadáver ni en su posible descubrimiento, West y yo echamos a correr como animales acosados, volcando tubos de ensayo, retortas y lámpara, y huimos como locos a través de los estrellados abismos de la noche campestre. Creo que no dejamos de gritar mientras corríamos frenéticamente hacia el pueblo, aunque al llegar a las afueras conseguimos dominarnos un poco: lo suficiente para adquirir el aspecto de un par de tambaleantes noctámbulos que regresaban de una juerga.

No nos separamos. Nos dirigimos al cuarto de West, donde susurramos con la luz encendida hasta el amanecer. Por entonces nos habíamos tranquilizado un poco con teorías racionales y planes para una futura investigación, de modo que pudimos dormir durante el día… dejando de asistir a clase. Pero al atardecer, dos noticias publicadas por el periódico, sin aparente relación entre si, nos quitaron las ganas de dormir. La abandonada granja de Chapman había ardido inexplicablemente, convirtiéndose en un montón de cenizas; esto era comprensible, teniendo en cuenta la lámpara volcada. Asimismo, alguien había intentado profanar una tumba muy reciente del cementerio de la hoyanca, aunque no había utilizado ninguna herramienta; parecía como si hubiera estado arañando inútilmente la tierra con las manos. Esto no pudimos comprenderlo, ya que habíamos apisonado la tierra con mucho cuidado.

A partir de entonces y durante diecisiete años, West miró frecuentemente por encima de su hombro afirmando oír unos extraños pasos detrás de él. Ahora ha desaparecido.

II

La plaga

Nunca olvidaré aquel espantoso verano de hace dieciséis años, cuando semejante a un maligno efrit de las cavernas de Eblis, el tifus asoló a Arkham. La mayoría recuerdan el año por aquella terrible epidemia, ya que en realidad, el terror extendió sus alas de murciélago sobre los montones de ataúdes en las tumbas del cementerio de la Christ Church. Mas, para mi, aquella época representa un horror más intenso…, un horror conocido únicamente por mi, ahora que Herbert West ha desaparecido.

West y yo éramos alumnos de la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, y mi amigo había alcanzado una gran notoriedad por sus experimentos, relacionados con la reanimación de los muertos. Tras el asesinato científico de innumerables animales, nuestro escéptico deán, el doctor Allan Halsey, le había prohibido a West la continuación de sus experimentos; pero West había seguido con ellos en el cuarto que ocupaba en una casa de huéspedes, y en una terrible e inolvidable ocasión había sacado un cadáver de su tumba en el cementerio de la hoyanca para experimentar con él en una granja desierta, situada detrás de la Meadow Hill.

Yo estaba con él en aquella ocasión, y le vi inyectar en las inmóviles venas el

elixir que, de acuerdo con las esperanzas de West, debía restablecer los procesos químicos y físicos de la vida. El experimento había terminado de un modo horrible —en un delirio de miedo que paulatinamente llegamos a atribuir a nuestros desquiciados nervios—, y a partir de entonces West no había conseguido librarse de la descabellada sensación de que alguien le acosaba. El cadáver no estaba en condiciones, eso es todo; para devolver sus atributos mentales ordinarios a un cadáver tiene que ser muy reciente; y el incendio de la antigua granja nos había impedido enterrar al muerto. Nos hubiésemos sentido mucho mejor sabiendo que el cadáver estaba bajo tierra.

Después de aquella experiencia, West había abandonado sus investigaciones durante algún tiempo; pero a medida que renacía en él el celo del científico nato, volvió a mostrarse importuno con los directores de la facultad, pidiendo que le dejaran utilizar la sala de disección y cadáveres recientes para el trabajo que él consideraba tan importante. Sin embargo, todas sus peticiones fueron rechazadas; la decisión del doctor Halsey era irrevocable, y los otros profesores le secundaban de un modo inflexible. En la radical teoría de la reanimación no veían más que la fantasía de una imaginación juvenil. Por otra parte, el aspecto de West, con sus cabellos rubios, sus ojos azules y su voz suave, no sugerían, ni mucho menos, el super-normal —casi diabólico— poder del frío cerebro que se albergaba en el interior de aquella frágil estructura. Yo puedo verle ahora tal como era en realidad… y me estremezco. Su rostro fue haciéndose más austero, pero nunca envejeció. Y ahora Sefton se ha quedado con su desgracia, y West ha desaparecido.

West chocó desagradablemente con el doctor Halsey al final de nuestro último curso, en una acalorada disputa que en materia de cortesía le dejó muy malparado ante el amable deán. West opinaba que estaba siendo innecesaria e irracionalmente retrasado en una tarea muy importante; una tarea que podría realizar por si mismo años más tarde, indudablemente, pero que deseaba empezar mientras disponía de las excepcionales facilidades de la Universidad. Para un joven del temperamento lógico de West, resultaba indeciblemente mortificante y casi incomprensible el hecho de que unos ancianos aferrados a la tradición ignoraran los resultados que había obtenido en sus experimentos con animales e insistieran en negar toda posibilidad de reanimación. Sólo la madurez podría ayudarle a comprender las crónicas limitaciones mentales del tipo «profesor-doctor», producto de generaciones de patético puritanismo, bueno, consciente y a veces amable, pero siempre intransigente, intolerante, esclavo de la costumbre y falto de perspectiva. West, joven a pesar de sus maravillosos conocimientos científicos, no supo ser paciente con el buen doctor Halsey y sus eruditos colegas; y alimentó un creciente resentimiento, mezclado con el deseo de demostrar sus teorías a aquellos obtusos ancianos de un modo impresionante y dramático. Al igual que la mayoría de los jóvenes, soñaba en la venganza, en el triunfo y en el magnánimo perdón final.

Y entonces se había presentado aquella plaga, horrible y letal, procedente de las

cavernas de pesadilla de Tartarus. West y yo nos habíamos graduado ya cuando empezó, pero nos habíamos quedado en la Universidad durante el verano, preparando unas tesis, de modo que nos encontrábamos en Arkham cuando la plaga estalló con toda su satánica furia. No poseíamos aún el título de médicos, pero en realidad habíamos terminado la carrera y fueron requeridos nuestros servicios para atender al creciente número de enfermos. La situación desbordó todas las posibilidades, y las muertes se producían con demasiada frecuencia para que los servicios de pompas fúnebres pudieran actuar de un modo eficaz. Se sucedían los entierros sin previo embalsamamiento, e incluso el cementerio de la Christ Church estaba atestado de ataúdes con cadáveres sin embalsamar, los cuales iban a parar a la fosa común. Esta circunstancia no dejó de impresionar a West, el cual pensaba a menudo en la ironía de la situación: tantos ejemplares aprovechables, pero ninguno para sus interrumpidas investigaciones… Estábamos abrumados de trabajo, y la tensión nerviosa y mental afectaba morbosamente a mi amigo.

Pero los amables enemigos de West no estaban menos abrumados. La Universidad había cerrado sus puertas, y todos los médicos de la facultad ayudaban a combatir la epidemia. El doctor Halsey se había distinguido de un modo especial, aplicando sus conocimientos y su experiencia a muchos casos que otros no hubieran aceptado por temor al contagio o por su aparente incurabilidad. Antes de que hubiera transcurrido un mes, el deán se había convertido en un héroe popular, aunque él no parecía darse cuenta de su fama mientras luchaba contra el cansancio físico y el agotamiento nervioso. West no podía negar su admiración ante la fortaleza de su adversario, pero esto era un motivo más para que deseara demostrarle la certeza de sus sorprendentes doctrinas. Aprovechándose de la desorganización existente en la Universidad y en el departamento municipal de Sanidad, una noche consiguió llevar el cadáver de un hombre recién fallecido a la sala de disección, y allí, en presencia mía, le inyectó una nueva modificación de su fórmula. El cadáver abrió los ojos, pero se limitó a mirar fijamente al techo con una expresión de petrificante horror antes de recaer en una inmovilidad definitiva. West dijo que no estaba suficientemente «fresco»: el cálido aire del verano no favorece a los cadáveres. Aquella vez casi fuimos descubiertos antes de incinerar al muerto, y West consideró poco prudente repetir la prueba en el laboratorio de la Universidad.

La epidemia alcanzó su punto más alto en agosto. West y yo estábamos casi muertos, y el doctor Halsey falleció el día 14 de aquel mes. Todos los estudiantes asistieron al entierro, que tuvo lugar el día 15, y compraron una impresionante corona, aunque esta última quedó empequeñecida por las que aportaron los ciudadanos ricos de Arkham y la propia municipalidad. El entierro fue una manifestación pública, ya que el deán había sido evidentemente un bienhechor público. Después del sepelio, todos quedamos un poco deprimidos, y pasamos la tarde en el bar de la Commercial House; West, aunque impresionado por la muerte de su principal antagonista, nos estuvo dando una conferencia acerca de sus teorías. A

medida que avanzaba la tarde, la mayoría de los estudiantes se marcharon; pero West me convenció para que le ayudara a «aprovechar la noche». La patrona de West nos vio llegar alrededor de las dos de la mañana, con un tercer hombre entre nosotros; y le dijo a su marido que por lo visto habíamos estado cenando y bebiendo más de la cuenta.

Al parecer, la avinagrada dama estaba en lo cierto, ya que a eso de las tres de la mañana toda la casa fue despertada por unos gritos procedentes del cuarto de West. Tuvieron que descerrajar la puerta para entrar, y nos encontraron a West y a mí inconscientes sobre la alfombra manchada de sangre, arañados y magullados, con los restos de las botellas y de los instrumentos de West alrededor de nosotros. Una ventana abierta señalaba el camino seguido en su huida por nuestro agresor, y muchos se preguntaron cómo se había atrevido a saltar desde un segundo piso al suelo. En la habitación había algunas extrañas prendas de vestir, pero al recobrar el conocimiento West dijo que no pertenecían al desconocido, sino que se trataba de prendas recogidas para su análisis bacteriológico en el curso de las investigaciones sobre la propagación de los gérmenes de la enfermedad. Ordenó que las quemaran lo antes posible. Cuando la policía nos interrogó, declaramos que ignorábamos la identidad de nuestro compañero, al cual habíamos encontrado en un bar, cuyo emplazamiento no podíamos precisar. Estábamos un poco alegres, y el desconocido había insistido en acompañarnos…

Aquella misma noche empezó el segundo horror de Arkham: un horror que para mi eclipsó a la propia epidemia. El cementerio de la Christ Church fue escenario de un terrible asesinato; uno de los vigilantes había sido muerto de un modo no sólo demasiado espantoso para ser descrito, sino capaz, incluso, de despertar serias dudas acerca de la naturaleza humana del agresor. La víctima había sido vista con vida mucho después de la medianoche, y su cadáver fue encontrado al amanecer. El encargado de un circo que se encontraba en el vecino pueblo de Bolton fue interrogado, pero juró que ninguna de las fieras se había fugado de su jaula en ningún momento. Los que descubrieron el cadáver observaron un rastro de sangre que conducía hasta la fosa común, y otro, más débil, que salía del cementerio y se perdía en el cercano bosque.

A la noche siguiente los demonios danzaron sobre los tejados de Arkham, y una locura sobrenatural aulló en el viento. A través del enfebrecido pueblo se arrastraba una maldición que se dijo que era mayor que la epidemia. Incluso alguien susurró que era la plaga del propio diablo corporeizado. Ocho hogares fueron visitados por una cosa indecible que sembró la muerte a su paso: en total, diecisiete cadáveres espantosamente mutilados por el silencioso y sádico monstruo. Unas cuantas personas le habían visto en la oscuridad y dijeron que era blanco y semejante a un mono deforme o a un demonio antropomórfico. No había dejado detrás de él todo lo que había atacado, ya que por lo visto a veces tenía hambre. El número de los asesinados ascendía a catorce; tres de los cadáveres pertenecían a hogares atacados

por la epidemia y ya estaban muertos.

La tercera noche, un grupo de frenéticos ciudadanos, dirigidos por la policía, capturaron al monstruo en una casa de la Crane Street, cerca del campus de la Universidad. Habían organizado minuciosamente la caza, manteniéndose en contacto por medio de llamadas telefónicas, y cuando alguien del distrito de la Universidad informó que había oído un grito detrás de una ventana cerrada, la red se tendió rápidamente. Gracias a las precauciones adoptadas y al estado general de alarma, sólo hubo otras dos víctimas. El monstruo fue detenido finalmente por una bala, que no resultó mortal, y fue trasladado al hospital local en medio de la excitación de todo el pueblo.

Había sido un hombre. El hecho era evidente a pesar de los repugnantes ojos, del mudo simianismo y del salvajismo demoníaco. En el hospital vistieron al herido y le enviaron al manicomio de Sefton, donde golpeó su cabeza contra las almohadilladas paredes de una celda por espacio de dieciséis años… hasta que ocurrió la reciente desgracia, cuando escapó en circunstancias que a nadie le gusta mencionar. Lo que más había disgustado a los ciudadanos de Arkham fue lo que observaron después de haberle sido lavado el rostro al monstruo: su increíble parecido con un eminente y bondadoso médico que, tras morir como un mártir de su profesión, había sido enterrado tres días antes: el difunto doctor Allan Halsey, bienhechor público y deán de la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic.

Para el desaparecido Herbert West y para mi, el disgusto y el horror fueron inconcebibles. Me estremezco esta noche al pensar en ello, me estremezco incluso más de lo que me estremecí aquella mañana, cuando West murmuró a través de sus vendajes:

—¡Maldición! ¡No era aún lo bastante «fresco»!

III

Seis disparos a la luz de la luna

No es normal disparar los seis tiros de un revólver cuando lo más probable es que uno sea suficiente, pero en la vida de Herbert West había muchas cosas que no eran normales. No sucede a menudo, por ejemplo, que un joven médico recién salido de la Facultad se vea obligado a ocultar los principios que le guían en la elección de un hogar y un consultorio, pero ése era el caso de Herbert West. Cuando él y yo obtuvimos nuestros títulos en la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic,

y decidimos aliviar nuestra pobreza dedicándonos a la medicina general, procuramos no decir que escogíamos nuestra casa debido a que se hallaba completamente aislada y lo más cerca posible del cementerio.

Esas reticencias suelen tener un motivo, como en nuestro caso: nuestra actitud era el resultado de la dedicación a una tarea claramente impopular. De puertas afuera éramos médicos, pero en la intimidad tendíamos a un objetivo más amplio y más terrible, ya que la base de la existencia de Herbert West era una investigación de los oscuros y prohibidos reinos de lo desconocido, donde esperaba descubrir el secreto de la vida y devolver la animación perpetua a la fría arcilla de la tumba. Una investigación de ese género requiere materiales insólitos, entre ellos cadáveres humanos recientes; y a fin de poder obtenerlos con relativa facilidad, hay que vivir aislado y en las cercanías de un cementerio.

West y yo nos habíamos conocido en la Universidad, y yo fui el único que simpatizó con sus espantosos experimentos. Paulatinamente me convertí en su inseparable ayudante, y ahora que habíamos salido de la Universidad teníamos que continuar juntos. No era fácil encontrar una buena oportunidad para dos médicos novatos y asociados, pero finalmente la influencia de la Universidad nos proporcionó un consultorio en Bolton, una ciudad industrial próxima a Arkham, la sede de la Universidad. Los Bolton Worsted Mills son los más importantes del valle Miskatonic, y sus políglotas empleados no han sido nunca demasiado apreciados como pacientes por los médicos locales. Escogimos nuestra casa con el mayor cuidado, decidiéndonos a última hora por una pequeña villa en bastante mal estado de conservación, situada al final de la Pond Street, a dos manzanas de distancia del vecino más próximo y separada del cementerio local por un pequeño prado y una extensión del denso bosque que asciende hacia el Norte. La distancia era mayor de lo que hubiésemos deseado, pero no había otra casa más cercana disponible, a menos que nos estableciéramos al otro lado del cementerio, es decir, más allá de los límites del distrito. Sin embargo, no estábamos descontentos del todo, ya que entre nosotros y nuestra siniestra fuente de suministros no vivía nadie. El trayecto era un poco largo, pero podíamos transportar nuestros silenciosos ejemplares sin ser molestados.

Nuestro consultorio se vio sorprendentemente concurrido desde el primer día: lo bastante concurrido como para complacer a la mayoría de médicos jóvenes… y para convertirse en un fastidio y una carga para unos estudiosos cuyo verdadero interés estaba en otra parte. Los obreros eran más bien turbulentos; y además de sus enfermedades naturales, sus frecuentes pendencias nos daban mucho trabajo. Pero lo que en realidad absorbía nuestras mentes era el laboratorio secreto que habíamos instalado en la bodega: el laboratorio con la alargada mesa debajo de las lámparas eléctricas, donde a primeras horas del amanecer inyectábamos a menudo las diversas soluciones de West en las venas de los seres que sacábamos del cementerio. West estaba experimentando furiosamente para encontrar algo que restableciera los movimientos vitales del hombre, interrumpidos por lo que llamamos muerte, pero

tropezaba con grandes obstáculos. La solución tenía que ser distinta para los diferentes tipos: la que servía para los conejillos de indias no servía para los seres humanos, y los diversos ejemplares requerían amplias modificaciones.

Los cadáveres tenían que ser muy recientes, ya que la más leve descomposición del tejido cerebral hacía imposible la reanimación perfecta. En realidad, el mayor problema consistía en obtener cadáveres lo bastante recientes. West había vivido unas horribles experiencias durante sus investigaciones secretas en su época de estudiante, con cadáveres de dudosa «frescura». Los resultados de la animación parcial o imperfecta eran mucho más espantosos que los fracasos totales, y West y yo conservábamos unos terribles recuerdos de tales cosas. Desde nuestra primera sesión demoníaca en la desierta granja de Meadow Hill, en Arkham, habíamos notado una impalpable amenaza a nuestro alrededor; y West, a pesar de que en muchos aspectos era una especie de autómata tranquilo, rubio y de ojos azules, confesaba a menudo una estremecedora sensación de implacable acoso. Se sentía perseguido…, una alucinación psicológica provocada por los desquiciados nervios y alimentada por el innegable hecho de que, al menos uno de nuestros ejemplares reanimados, continuaba vivo, en forma de un espantoso ser carnívoro encerrado en una celda acolchada del manicomio de Sefton. Había también otro —el primero—, cuya suerte exacta no habíamos llegado a conocer.

En Bolton tuvimos mucha suerte con nuestros ejemplares, mucha más suerte que en Arkham. Llevábamos menos de una semana establecidos allí cuando conseguimos traernos a la víctima de un accidente la misma noche de su entierro, y le hicimos abrir los ojos con una expresión racional antes de que fallara la solución. Había perdido un brazo en el accidente: de haber sido un cadáver perfecto, tal vez hubiésemos obtenido más éxito. Desde entonces hasta el mes de enero siguiente, tratamos a otros tres cadáveres. En uno de ellos fracasamos por completo, en otro obtuvimos un visible movimiento muscular, y en el tercero conseguimos que el cadáver se incorporara y emitiera un raro sonido. Luego siguió un período de mala suerte; los entierros eran escasos, y los que se producían eran de ejemplares demasiado estropeados por la enfermedad para que pudiésemos aprovecharlos. Como es lógico, manteníamos un riguroso control de todas las muertes y de sus circunstancias.

Inesperadamente, una noche de marzo obtuvimos un ejemplar que no procedía del cementerio. En Bolton, la tradición puritana había declarado ilegal el deporte del boxeo.… con el resultado habitual. Los combates clandestinos entre obreros aficionados eran frecuentes, y de cuando en cuando los arriesgados promotores contrataban a un profesional de poca categoría. Una noche de invierno, después de la celebración de uno de aquellos combates, dos asustados polacos se presentaron en nuestro consultorio rogándonos que acudiéramos a atender a un caso muy secreto y desesperado. Les seguimos hasta un abandonado granero, donde los restos de una multitud de aturdidos espectadores contemplaban una silenciosa forma negra tendida en el suelo.

El combate había tenido como protagonistas a Kid O'Brien —un robusto y desmañado joven de nariz ganchuda— y Buck Robinson, «El Rayo de Harlem». El negro había sido noqueado, y un rápido reconocimiento nos permitió comprobar que nunca recobraría el sentido. Era un negro con aspecto de gorila, con unos brazos larguísimos y un rostro que evocaba el sonido de los tam-tams en las misteriosas noches del Congo, bajo una luna fantasmal. Su aspecto en vida debió ser todavía peor…, pero el mundo contiene muchas cosas feas. La multitud se encontraba bajo los efectos del temor, ya que ignoraban lo que la ley haría con ellos, si el asunto salía a la luz. De modo que todos se sintieron muy agradecidos cuando West, a pesar de mi involuntario estremecimiento, se ofreció a librarles del cadáver en secreto… con una finalidad que yo conocía perfectamente.

Sobre el frío paisaje brillaba la luna, pero West y yo vestimos el cadáver y lo transportamos a casa a través del desierto prado, tal como habíamos transportado una carga similar otra horrible noche, en Arkham. Entramos en la casa por la parte de atrás, bajamos el cadáver a la bodega y nos preparamos para el habitual experimento. Nuestro temor a la policía era absurdamente intenso, a pesar de que habíamos cronometrado el tiempo para evitar al solitario patrullero de aquel barrio.

El resultado fue un nuevo fracaso. El cadáver no respondió a ninguna de las soluciones que inyectamos en sus negros brazos, unas soluciones preparadas para experimentar con ejemplares blancos. De modo que antes de que se hiciera de día hicimos con el cadáver lo que habíamos hecho con los otros: arrastrarle a través del prado hasta el cercano bosque, y excavar en el helado suelo una tumba para él. La tumba no era muy profunda, aunque si tan adecuada como la del anterior ejemplar: el cadáver que se había incorporado y emitido un sonido. A la luz de nuestras linternas sordas cubrimos cuidadosamente la tumba con ramas y hojas secas, convencidos de que la policía no la encontraría nunca en un bosque tan intrincado como aquél.

Al día siguiente mis temores fueron en aumento, ya que un paciente me dijo que corrían rumores acerca de un combate clandestino que había provocado una muerte. West se encontró con otra fuente de preocupación, ya que por la tarde había efectuado una visita profesional que terminó de un modo amenazador. Una mujer italiana había sufrido un ataque de nervios a causa de la ausencia de su hijo, un niño de cinco años que había desaparecido por la mañana, a primera hora, y no se había presentado a comer. La desesperación de la madre parecía exagerada, ya que no era la primera vez que el pequeño vagabundo se pasaba un día entero fuera de casa. Pero los campesinos italianos son muy supersticiosos, y aquella mujer parecía estar más impresionada por sus presentimientos que por los hechos. Alrededor de las siete de la tarde, la mujer, que tenía el corazón muy débil, falleció. Su enloquecido marido había hecho una espantosa escena en sus esfuerzos para matar a West, al cual maldecía salvajemente por no haber salvado la vida a su esposa; unos amigos le sujetaron cuando empuñó una navaja, pero West salió de la casa perseguido por sus maldiciones y sus juramentos de venganza. En su aflicción, el individuo parecía haberse olvidado de su

hijo, el cual continuaba sin aparecer. Se habló de dar una batida en el bosque, pero la mayor parte de los amigos de la familia estaban ocupados con la difunta y su trastornado marido. Los nervios de West estaban a punto de estallar, y no era para menos: a la preocupación por una posible intervención de la policía había venido a sumarse el temor a la reacción del enloquecido italiano.

Nos acostamos alrededor de las once, pero me resultó imposible conciliar el sueño. Bolton contaba con un departamento de policía sorprendentemente bueno tratándose de una ciudad tan pequeña, y me intranquilizaba pensar en las consecuencias que podía tener para nosotros su posible intervención para aclarar el caso del boxeador muerto. Podía significar el final de nuestros trabajos… y tal vez la cárcel para West y para mi. No me gustaban los rumores que corrían acerca de un combate clandestino. Cuando el reloj dio las tres, un rayo de luna cayó directamente sobre mis ojos, pero di media vuelta sin levantarme a echar la persiana. Casi inmediatamente oí un extraño ruido en la puerta trasera.

Permanecí inmóvil y algo intrigado, y al cabo de unos instantes West llamó a la puerta de mi habitación. Iba con bata y zapatillas, y llevaba en las manos un revólver y una linterna. Por el revólver supe que pensaba más en el italiano que en la policía.

—Será mejor que bajemos los dos —susurró—. Puede ser un paciente.… aunque es muy raro que quiera entrar por la puerta de atrás.

Bajamos la escalera de puntillas, con un miedo en parte justificado y en parte irracional. Los ruidos en la puerta trasera resonaban ahora con más claridad, como si alguien llamara de un modo subrepticio y empezara a impacientarse.

Descorrí cautelosamente el cerrojo y abrí la puerta. Cuando la luna iluminó de lleno la oscura silueta que apareció ante nuestros ojos, West hizo una cosa muy rara. A pesar del evidente peligro de llamar la atención y atraer sobre nuestras cabezas la temida investigación de la policía —un peligro minimizado, afortunadamente, por el relativo aislamiento de nuestra vivienda—, mi amigo descargó excitada e innecesariamente los seis tiros de su revólver contra el visitante nocturno.

Ya que aquel visitante no era italiano ni policía. Recortándose espantosamente contra la luna espectral se erguía un ser deforme y gigantesco, un ser de pesadilla, negro como la pez, con los ojos vidriosos y el cuerpo cubierto de hojas secas, que sostenía entre los dientes un objeto cilíndrico, blanco como la nieve, terminado en una mano diminuta.

IV

El grito de un hombre muerto me insufló el horror hacia el doctor Herbert West que acompañó los últimos años de nuestra asociación. Es lógico que el oír gritar a un hombre muerto produzca una fuerte impresión, ya que se trata de un hecho desagradable y anormal; pero yo estaba acostumbrado a experiencias semejantes, de modo que lo que realmente me impresionó no fue el grito del muerto, sino lo que aquel grito venía a implicar.

Herbert West, del cual yo era socio y ayudante, estaba interesado en unos experimentos científicos que trascendían de la habitual rutina de un médico de pueblo. Por eso, cuando estableció su consultorio en Bolton, escogió una casa aislada y cerca del cementerio. Dicho en pocas palabras, lo único que absorbía a West era el estudio secreto del fenómeno de la vida y de su interrupción, y la posibilidad de reanimar a los muertos mediante inyecciones de una solución que el propio West preparaba. Para sus experimentos, West necesitaba un constante suministro de cadáveres humanos muy recientes; lo más recientes posible, ya que la menor descomposición dañaba irremediablemente la estructura del cerebro, y humanos, porque habíamos descubierto que la solución tenía que ser de composición distinta para los diversos tipos de organismos.

Hasta entonces, West no había conseguido un éxito absoluto, debido a que no pudo disponer de un cadáver lo bastante reciente. Lo que necesitaba eran cadáveres que acabaran de perder la vitalidad; cadáveres con todas las células intactas y capaces de recibir de nuevo el impulso hacia aquella clase de movimiento que recibe el nombre de vida. Existía la posibilidad de que esa segunda vida artificial pudiera perpetuarse mediante repeticiones de la inyección, pero habíamos descubierto que una vida normal y natural no respondía al tratamiento. Para establecer el movimiento artificial, la vida natural debía quedar extinguida. Los ejemplares tenían que ser muy recientes, pero completamente muertos.

La horrible investigación había empezado cuando West y yo estudiábamos en la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, de Arkham, y nos habíamos dado cuenta por primera vez de la naturaleza puramente mecánica de la vida. Aquello había ocurrido siete años antes, pero West tenía ahora el mismo aspecto juvenil: era bajito, rubio, con ojos azules y una voz suave. Sin embargo, bajo aquel aspecto inofensivo se ocultaba un terrible fanatismo científico capaz de cualquier cosa para seguir adelante con sus investigaciones.

De todos modos, habíamos obtenido algunos éxitos parciales en nuestros experimentos; uno de los cadáveres había proferido un espantoso grito; otro se había levantado bruscamente, golpeándonos con brutalidad hasta dejarnos sin sentido y huyendo a través de una ventana; antes de que pudieran detenerle y encerrarle en un manicomio, causó varias víctimas en la ciudad; otro cadáver, una horrenda

monstruosidad africana, había salido de su tumba y devorado a un niño: West tuvo que matarlo de nuevo a tiros. No habíamos podido obtener cadáveres lo bastante recientes como para que mostraran síntomas de razón al ser reanimados, de modo que el resultado de nuestros experimentos había sido la creación de una especie de monstruos. Era horrible pensar que uno, o tal vez dos, de aquellos monstruos seguía viviendo. La idea no dejó de acosarnos, hasta que finalmente West desapareció en unas circunstancias espantosas. Pero en la época del grito en el laboratorio instalado en la bodega de la aislada casita de Bolton, nuestros temores estaban subordinados a nuestra avidez por obtener cadáveres sumamente recientes. West se mostraba mucho más ávido que yo, hasta el punto de que me pareció notar que miraba con un extraño brillo de codicia en los ojos a todos los hombres vivos con los que establecía contacto.

En el mes de julio de 1910 la mala suerte en lo que respecta a la obtención de ejemplares empezó a cambiar. En aquella época efectué un viaje a Illinois, para visitar a mis padres, y a mi regreso encontré a West en un estado de jubilosa exaltación. Me contó que se le había ocurrido resolver el problema que nos preocupaba enfocándolo desde un ángulo completamente nuevo: la conservación artificial. Yo sabía que estaba trabajando en un nuevo preparado para embalsamar los cadáveres, y no me sorprendió que hubiera dado resultado; pero hasta que West me explicó los detalles, me sentí algo intrigado, ya que no acertaba a ver la utilidad de aquel preparado para nuestro trabajo, dado que el irreparable deterioro de los ejemplares se producía antes de que consiguiéramos hacernos con ellos. West había admitido esa objeción, diciendo que el preparado podría ser utilizado cuando la suerte nos proporcionara un cadáver sin enterrar, como en el caso del negro que había resultado muerto en un combate clandestino de boxeo. Finalmente la suerte le había favorecido, y en el laboratorio secreto yacía un cadáver cuya descomposición no podía haberse iniciado. West no se atrevía a predecir qué sucedería al reanimar el cadáver, aunque tenía grandes esperanzas de que en este caso se produjera una reactivación de la mente y de la razón. El experimento marcaría un hito en nuestros estudios, y West había conservado el cadáver hasta mi regreso, de modo que pudiésemos compartir el espectáculo, como de costumbre.

West me contó cómo había obtenido el ejemplar. Había sido un hombre robusto; un forastero bien vestido, que al parecer se había apeado del tren en el pueblo contiguo proponiéndose efectuar una visita de negocios a la Bolton Worsted Mills. Tras una larga caminata, el viajero se había detenido en nuestro consultorio para preguntar dónde se encontraban las oficinas de la fábrica. Estaba muy acalorado y respiraba con cierta dificultad. West le había ofrecido un estimulante, que se negó a tomar, y un instante después se había desplomado sobre una silla, muerto. El cadáver, naturalmente, le pareció a West un regalo llovido del cielo. En su breve conversación el forastero había explicado que no conocía a nadie en Bolton, y un posterior cacheo de sus bolsillos permitió identificarle como a un tal Robert Leavitt, de St. Louis, al

parecer sin familiares que pudieran preocuparse por su desaparición. Si el hombre no podía ser devuelto a la vida, nadie se enteraría de nuestro experimento. Enterraríamos los restos en el bosque situado entre la casa y el cementerio. En cambio, si teníamos éxito, nuestra fama quedaría brillante y perpetuamente establecida. De modo que West había inyectado sin dilación en la muñeca del cadáver el preparado que lo mantendría fresco hasta mi llegada. El problema de la debilidad del corazón, que a mi entender ponía en peligro el éxito de nuestro experimento, no parecía inquietar demasiado a West. Esperaba obtener finalmente lo que no había obtenido hasta entonces: un renovado chispazo de razón, y quizás un ser vivo y normal.

La noche del 18 de julio de 1910, Herbert West y yo bajamos al laboratorio de la bodega y contemplamos una figura pálida y silenciosa tendida bajo la potente lámpara eléctrica. El preparado embalsamador había obrado una verdadera maravilla, ya que al mirar aquel cuerpo que llevaba allí dos semanas no pude evitar el preguntarle a West si estaba seguro de que el individuo había muerto. Mi amigo me respondió afirmativamente, recordándome que la solución reanimante sólo podía ser utilizada cuando se había producido la muerte real. Mientras West empezaba con los preparativos, quedé impresionado por la complejidad del nuevo experimento; una complejidad tan enorme que West no podía confiar en ninguna mano menos delicada que la suya. Prohibiéndome tocar el cadáver, inyectó una droga en la muñeca, al lado mismo del lugar donde su aguja había pinchado al inyectar el preparado embalsamador. La droga, dijo, debía neutralizar el preparado y provocar en el cuerpo una relajación normal, de modo que la solución reanimante actuara libremente al ser inyectada. Poco después, cuando un cambio y un leve temblor parecieron afectar a los miembros muertos, West colocó violentamente un objeto en forma de almohada sobre el rostro del cadáver, sin apartarlo de allí hasta que el cuerpo quedó completamente inmóvil y listo para nuestro intento de reanimación. Mi amigo efectuó algunas pruebas para convencerse de que la muerte era total, y finalmente inyectó en el brazo izquierdo una cantidad cuidadosamente medida del elixir vital, preparado durante la tarde con más minuciosidad que nunca. No puedo expresar la terrible ansiedad con que aguardamos los resultados en aquel cadáver realmente reciente: el primero que nos permitía tener razonables esperanzas de que abriera sus labios para hablar de un modo coherente, quizá para contarnos lo que había visto más allá del insondable abismo.

West era un materialista que no creía en el alma y atribuía el funcionamiento de la conciencia a fenómenos corporales; en consecuencia, no esperaba ninguna revelación de espantosos secretos de las vorágines y cavernas existentes más allá de la barrera de la muerte. Por mi parte, a pesar de que en teoría estaba de acuerdo con él, conservaba unos restos vagos e instintivos de la fe de mis mayores; de modo que no podía evitar el mirar el cadáver con cierta pavorosa expectación. Además, no podía apartar de mi memoria aquel espantoso e inhumano grito que oímos la noche que efectuamos nuestro primer experimento en la granja desierta de Arkham.

No tardé en darme cuenta de que la tentativa no iba a ser un fracaso total. Las mejillas hasta entonces pálidas como la cera se colorearon levemente; West, que tenía su mano sobre el pulso de la muñeca izquierda del cadáver, movió la cabeza de un modo significativo; y casi simultáneamente el espejo colocado delante de la boca del muerto se empañó. A continuación se produjeron unos cuantos movimientos musculares espasmódicos, y luego una audible respiración y un visible movimiento del pecho. Miré los cerrados párpados, y creí detectar un leve temblor. Luego los párpados se abrieron, dejando al descubierto unos ojos grises, tranquilos y vivos, pero carentes aún de inteligencia y de curiosidad.

Obedeciendo a un repentino impulso que no pude contener, empecé a susurrar preguntas a los oídos cada vez más coloreados del resucitado; preguntas acerca de otros mundos, cuyo recuerdo podía estar todavía presente. El subsiguiente terror las borró de mi mente, pero creo que la última, que repetí varias veces, fue: «¿Dónde ha estado usted?» No sé si recibí alguna respuesta, ya que de la boca perfectamente modelada no surgió ningún sonido; pero sé que en aquel momento quedé convencido de que los delgados labios se movían silenciosamente, formando sílabas que yo habría vocalizado como «sólo ahora», si aquella frase hubiese poseído algún sentido o pertinencia. En aquel momento, como digo, me sentí transportado por el convencimiento de que el gran objetivo había sido alcanzado; de que, por primera vez, un cadáver reanimado había pronunciado unas palabras dictadas por la razón. Inmediatamente después no hubo ninguna duda acerca del triunfo; ninguna duda de que la solución había cumplido, al menos temporalmente, su misión de devolver la vida racional y articulado a un muerto. Pero, con aquel triunfo me llegó el mayor de todos los horrores: no el horror del ser que hablaba, sino de la proeza de que había sido testigo y del hombre al cual estaba unida mi suerte profesional.

Ya que aquel cadáver, con ojos dilatados por el terror al recobrar plena conciencia de sus últimos instantes en la tierra, agitó las manos en una frenética lucha con el aire; y repentinamente se derrumbó en una segunda y final disolución sin posible retorno, profiriendo aquel grito que resonará eternamente en mi torturado cerebro:

«¡Auxilio! ¡Suéltame, monstruo de ojos azules! ¡Aparta esa maldita aguja de mi brazo!»

V

El horror procedente de las sombras

Muchos hombres han relatado cosas espantosas, no mencionadas en letra impresa, que ocurrieron en los campos de batalla de la Gran Guerra. Algunas de esas cosas me han hecho desmayar, otras me han convulsionado con horribles náuseas, y otras me han hecho temblar y mirar detrás de mí en la oscuridad; sin embargo, creo que puedo relatar una que las supera a todas en pavor: el impresionante, el monstruoso, el increíble horror procedente de las sombras.

En 1915 me encontraba en Flandes como médico, con la graduación de primer teniente en un regimiento canadiense; era uno de los numerosos norteamericanos que precedieron al propio gobierno en la gigantesca lucha. No había ingresado en el ejército por iniciativa mía, sino más bien como resultado lógico del alistamiento del hombre del cual era indispensable ayudante: el famoso cirujano de Boston, doctor Herbert West. El doctor West había acogido ávidamente la oportunidad de servir como cirujano en una guerra, y me había llevado con él casi contra mi voluntad. Existían motivos por los cuales me hubiese alegrado de que la guerra nos separase; motivos que me hacían encontrar cada vez más repulsivas la práctica de la medicina y la compañía del doctor West; pero cuando West regresó de Ottawa, donde a través de la influencia de un colega consiguió ser nombrado comandante médico, no pude resistir la imperiosa persuasión de alguien firmemente dispuesto a que yo le acompañara como ayudante.

Al decir que el doctor West sentía avidez por servir en una guerra, no trato de insinuar que poseyera un temperamento bélico, ni que estuviera preocupado por la seguridad de nuestra civilización. Era una máquina intelectual fría como el hielo: bajito, delgado, con cabellos rubios y ojos azules, su aspecto era la negación absoluta del hombre de acción. Sin embargo, en los campos de batalla de Francia había algo que el doctor West deseaba; y, a fin de asegurárselo, tuvo que asumir un exterior militar. Lo que deseaba no era una cosa que deseen muchas personas, sino algo relacionado con la rama especial de la ciencia médica a la cual se dedicaba clandestinamente, y en la que había conseguido sorprendentes, y ocasionalmente espantosos, resultados. Se trataba de obtener un abundante suministro de cadáveres recientes.

Herbert West necesitaba cadáveres recientes porque la tarea a la que dedicaba su vida era la reanimación de los muertos. Una tarea desconocida por la elegante clientela que había sabido crearse rápidamente después de su llegada a Boston; pero demasiado conocida por mí, que había sido su amigo más íntimo y su único ayudante desde nuestra época de estudiantes en la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, de Arkham. West había iniciado sus terribles experimentos en aquella época escolar, primero con animales y luego con cadáveres humanos obtenidos por medios inconfesables. West había inventado una solución que inyectaba en las venas de los seres muertos, y si eran suficientemente recientes reaccionaban de un modo sorprendente. Le había costado mucho trabajo descubrir la fórmula adecuada, ya que cada tipo de organismo necesitaba un estímulo especialmente adaptado para él. Se

estremecía de horror al pensar en sus parciales fracasos; en los seres indescriptibles surgidos de una solución imperfecta o de cadáveres demasiado descompuestos por la muerte. Cierto número de aquellos fracasos habían permanecido vivos —uno de ellos estaba en un manicomio, en tanto que los otros se habían desvanecido—, y al pensar en concebibles aunque virtualmente imposibles eventualidades, West se estremecía a menudo bajo su habitual aspecto de estolidez.

West no había tardado en darse cuenta de que los cadáveres, para ser aprovechables, debían reunir determinadas condiciones, y esencialmente la de ser lo más recientes posible, y en consecuencia había recurrido a espantosos procedimientos para procurárselos. En la Universidad, y durante nuestros primeros tiempos de ejercicio en el pueblo industrial de Bolton, mi actitud hacia West tuvo mucho de fascinada admiración; pero, a medida que aumentaba la osadía de sus métodos, empecé a experimentar un creciente temor. No me gustaba su modo de mirar a los cuerpos vivos y llenos de salud; y luego viví una escena de pesadilla en el laboratorio del sótano, al enterarme de que un determinado ejemplar estaba vivo cuando West se apoderó de él. Aquélla fue la primera vez que West fue capaz de devolverle a un cadáver la facultad de pensar de un modo racional; y su éxito, obtenido a tan espantoso precio, había acabado de endurecerle.

No me atrevo a hablar de sus métodos en los cincos años intermedios. Yo estaba atado a él por la extraña fuerza del temor, y presencié espectáculos que ninguna lengua humana podría repetir. Paulatinamente llegué a encontrar a Herbert West más horrible que cualquiera de las cosas que hacía, intuyendo que su afán científico, y hasta cierto punto normal, por prolongar la vida, había ido degenerando en una morbosa y horripilante curiosidad: su interés se convirtió en una diabólica y perversa afición a lo repugnantemente anormal; se recreaba tranquilamente en unas monstruosidades artificiales que hubieran paralizado de terror y de asco el corazón de un hombre normal; detrás de su pálido intelectualismo, se transformó en un Baudelaire del experimento físico, en un lánguido Heliogábalo de las tumbas.

Arrostraba los peligros sin parpadear; cometía los crímenes sin alterarse. Creo que el clímax se produjo cuando hubo demostrado su teoría de que la vida racional podía ser restablecida, y pensó en conquistar nuevos mundos experimentando en la reanimación de miembros arrancados de los cuerpos. Tenía unas ideas absurdas y originales al mismo tiempo acerca de las propiedades vitales independientes de las células orgánicas y del tejido nervioso separados de sus sistemas fisiológicos naturales; y alcanzó algunos espantosos resultados preliminares en forma de tejido perenne y alimentado artificialmente, obtenido de los huevos casi empollados de un indescriptible reptil tropical. West deseaba ardientemente comprobar dos teorías biológicas: en primer lugar, si era posible que existieran cierta conciencia y acción racional sin el cerebro, procedentes de la medula espinal y de diversos centros nerviosos; y en segundo lugar, si podía existir alguna clase de relación intangible entre las células materiales, capaz de enlazar las partes quirúrgicamente separadas de

lo que anteriormente había sido un único organismo viviente. Todo ese trabajo de investigación requería una enorme cantidad de carne humana recién sacrificada…, y por eso Herbert West se había alistado en el ejército.

El horripilante hecho ocurrió una medianoche de últimos de marzo de 1915, en un hospital de campaña situado detrás de las líneas en St. Eloi. Incluso ahora me pregunto si no se trató simplemente de una diabólica pesadilla… West tenía un laboratorio privado en el ala oriental del edificio acondicionado provisionalmente como hospital, laboratorio que le había sido asignado ante su afirmación de que estaba poniendo a punto unos métodos nuevos y radicales para el tratamiento de los casos irremediables de mutilación. Allí trabajaba como un carnicero en medio de sus ensangrentados despojos. Nunca pude acostumbrarme a la indeferencia con que manejaba y clasificaba ciertas cosas. A veces realizaba verdaderas maravillas quirúrgicas con los soldados; pero sus principales actividades eran de un tipo menos público y filantrópico, y requerían muchas explicaciones de sonidos que parecían raros incluso en medio de aquella babel de condenados. Entre aquellos sonidos figuraban frecuentes disparos de revólver, corrientes en un campo de batalla pero completamente anormales en un hospital. Los ejemplares reanimados por el doctor West no estaban destinados a una larga existencia ni a un amplio auditorio. Además de tejido humano, el doctor West utilizaba el tejido del embrión del reptil que había cultivado con tan singulares resultados. Era mejor que el material humano para conservar la vida en fragmentos desprovistos de órgano, y ésa era ahora la principal actividad de mi amigo. En un oscuro rincón del laboratorio, y sobre un mechero de alcohol que ardía continuamente, había un gran recipiente lleno de aquel tejido celular de reptil, el cual crecía y se multiplicaba de un modo espantoso.

La noche a que me refiero disponíamos de un espléndido ejemplar: un hombre que había sido muy vigoroso desde el punto de vista físico y muy bien dotado intelectualmente, de modo que la sensibilidad del sistema nervioso estaba garantizada. El caso resultaba más bien irónico, ya que se trataba del oficial que había ayudado a West a obtener su destino y que ahora tenía que haber sido nuestro socio. El mayor sir Eric Moreland Clapham-Lee, D. S. O., era el mejor cirujano de nuestra división y había sido destinado apresuradamente al sector de St. Eloi debido al recrudecimiento de los combates en los últimos días. Llegó en un avión pilotado por el intrépido teniente Ronald Hill, que fue derribado encima mismo de nuestras posiciones. La caída había sido espectacular y terrible; Hill quedó completamente destrozado, y el gran cirujano, con la cabeza casi separada del tronco y el resto del cuerpo intacto. West se había apoderado ávidamente del cadáver del hombre que había sido su amigo y compañero de estudios; y yo me estremecí al ver cómo terminaba de seccionar la cabeza, la colocaba en su infernal recipiente de tejido de reptil a fin de conservarla para futuros experimentos, y extendía el cuerpo decapitado sobre la mesa de operaciones. Inyectó sangre nueva, unió ciertas venas, arterias y nervios en el descabezado cuello, y cerró la horrible abertura con un injerto de piel de

un ejemplar sin identificar que había llevado un uniforme de oficial. Yo sabía lo que West deseaba: comprobar si aquel cuerpo descabezado podía mostrar alguna de las señales de la vida mental que había distinguido a sir Eric Moreland Clapham-Lee.

Todavía me parece estar viendo a Herbert West bajo la siniestra luz eléctrica, inyectando su solución reanimante en el brazo del cadáver sin cabeza. No puedo describir la escena: me desmayaría si lo intentara, ya que el solo recuerdo de aquella habitación me pone enfermo, con sus despojos humanos cuidadosamente clasificados, y el espantoso tejido de reptil retoñando, burbujeando y cociendo sobre un parpadeante espectro de llama verde-azulada en un rincón envuelto en sombras.

El ejemplar, como West observó repetidamente, tenía un espléndido sistema nervioso. Se esperaba mucho de él, y cuando el tronco empezó a moverse pude ver el febril interés reflejado en el rostro de West. Supongo que se disponía a presenciar la demostración de su teoría de que la conciencia, la razón y la personalidad pueden existir independientemente del cerebro: de que el hombre no posee un espíritu conectivo central, sino que es simplemente una máquina de materia nerviosa, con cada una de sus piezas más o menos completa en sí misma. En una triunfal demostración, West estaba a punto de relegar el misterio de la vida a la categoría de mito. El cuerpo se movió con más vigor, y bajo nuestros ávidos ojos empezó a agitarse de un modo espeluznante. Finalmente, el descabezado tronco proyectó sus brazos hacia adelante con un inconfundible gesto de desesperación: una desesperación inteligente, que bastaba para demostrar en todos sus puntos la teoría de Herbert West. Evidentemente, los nervios estaban recordando el último acto de la vida de aquel hombre: la lucha para evitar la caída del avión.

Nunca sabré de un modo concreto lo que sucedió a continuación. Pudo ser una alucinación provocada por la impresión que me causó el repentino y furioso tronar de la artillería alemana, la cual destruyó por completo el edificio. A West le gustaba creer eso antes de su reciente desaparición, pero acababa rindiéndose a la evidencia, ya que resultaba muy raro que los dos tuviéramos la misma alucinación al mismo tiempo.

El cuerpo extendido sobre la mesa se había levantado con un ciego y terrible impulso, y habíamos oído un sonido. No debería dar el nombre de voz a aquel sonido, ya que era demasiado espantoso. Y, sin embargo, lo más espantoso no fue el timbre de aquella voz. Ni su mensaje, ya que se había limitado a a gritar: «¡Salta, Ronald, por el amor de Dios, salta!»

Lo espantoso fue su procedencia.

Ya que la voz surgió del recipiente situado en el rincón envuelto en sombras.

VI

Las legiones sepulcrales

Cuando el doctor Herbert West desapareció, hace un año, la policía de Boston me interrogó estrechamente. Sospechaban que yo estaba ocultando algo, y quizá sospechaban cosas todavía más graves; pero no pude contarles la verdad, porque no la hubiesen creído. Sabían, desde luego, que West había estado relacionado con actividades que se apartaban de lo normal, ya que sus experimentos conducentes a la reanimación de cadáveres habían durado demasiado tiempo para garantizar un secreto absoluto; pero la catástrofe final contuvo elementos de demoníaca fantasía, hasta el punto de que incluso yo dudé de la realidad de lo que estaba viendo.

Yo era el amigo más íntimo de West y su único ayudante de confianza. Nos habíamos conocido muchos años antes, en la facultad de Medicina, y desde el primer momento compartí sus horribles investigaciones. West había trabajado para preparar una solución que, inyectada en las venas de los cadáveres recientes, debía devolverles la vida; una tarea que requería un abundante suministro de cadáveres, y, en consecuencia, implicaba los actos más anormales. Todavía más impresionantes eran los productos de algunos de los experimentos: pavorosas masas de carne que había estado muerta, pero que West despertaba a una ciega y nauseabunda animación. Ésos eran los resultados habituales, ya que para reactivar la mente era necesario operar con ejemplares tan recientes que ninguna descomposición hubiese afectado a las delicadas células cerebrales.

La necesidad de cadáveres muy recientes había provocado la ruina moral de West. Resultaban muy difíciles de obtener, y un espantoso día se había asegurado un ejemplar cuando aún estaba con vida. Una breve lucha, una jeringuilla y un poderoso alcaloide lo habían transformado en un cadáver muy reciente, y el experimento subsiguiente tuvo éxito durante un memorable instante; pero West había salido de él con el alma encallecida y unos ojos endurecidos que a veces miraban con una especie de odiosa y calculadora avidez a hombres de cerebro especialmente sensible y de físico especialmente vigoroso. Hacia el final West me inspiraba un franco temor, ya que empezó a mirarme a mí de aquel modo. La gente no parecía advertir sus miradas, pero advirtió mis temores; y después de su desaparición los utilizaron como base para algunas absurdas sospechas.

En realidad, West estaba más asustado que yo, ya que sus abominables experimentos dejaron en él una secuela de terrores más o menos justificados. Por una parte temía a la policía; pero a veces su nerviosismo era más profundo y más nebuloso, y estaba relacionado con los seres a los cuales había inyectado una vida morbosa y que posteriormente se habían desvanecido. Habitualmente, West terminaba sus experimentos con un revólver, pero en unas cuantas ocasiones no había

sido bastante rápido. Hubo aquel primer ejemplar en cuya tumba aparecieron más tarde las huellas de una especie de garras. Hubo también el cadáver de aquel profesor de la universidad de Arkham que había cometido varios actos de canibalismo antes de ser capturado y encerrado en una celda del manicomio de Sefton, donde se golpeaba la cabeza contra las paredes desde hacía dieciséis años. La mayoría de los otros posibles supervivientes eran seres menos fáciles de describir, ya que en los últimos años el celo científico de West había degenerado en una fantástica manía, y había aplicado sus conocimientos a la reanimación, no de cuerpos humanos enteros, sino de partes aisladas de cuerpos, o partes unidas a una materia orgánica que no era humana. En la época de su desaparición había llegado a convertirse en un ser repugnante; muchos de sus experimentos no pueden ser ni siquiera sugeridos. La Gran Guerra, en la cual servimos ambos como cirujanos, intensificó la anormalidad de West.

Al decir que el temor que West experimentaba, en lo que respecta a sus ejemplares, era nebuloso, pienso de un modo especial en lo complejo de su naturaleza. Una parte de aquel miedo procedía del conocimiento de la existencia de tales monstruos, en tanto que otra parte procedía del miedo al daño corporal que podían infligirle en determinadas circunstancias. Su desaparición añadía horror a la situación: de todos ellos, West conocía únicamente el paradero del desdichado encerrado en el manicomio. Luego se originó un temor más sutil, una sensación casi fantástica resultante de un extraño experimento realizado en 1915 en el ejército canadiense. West, en medio de una terrible batalla, había reanimado al mayor sir Eric Moreland Clapham-Lee, D. S. O., íntimo amigo suyo y antiguo compañero de estudios. En un accidente de aviación, la cabeza del mayor había quedado casi separada del tronco, de modo que existían posibilidades de investigar una de las últimas teorías de West: la existencia de una vida corporal inteligente independiente del cerebro. Hasta que el edificio quedó destruido por un bombardeo alemán, el experimento había sido un éxito. El tronco se había movido inteligentemente; y, por increíble que resulte, West y yo estábamos convencidos de haber oído unos sonidos articulados procedentes de la cabeza separada del cuerpo y metida en un recipiente que se encontraba en un oscuro rincón del laboratorio. El bombardeo había resultado misericordioso, en un sentido…, pero West no pudo tener nunca la certeza que deseaba. Solía hacer estremecedoras conjeturas acerca de los posibles actos de un médico sin cabeza con la facultad de reanimar a los muertos.

La última residencia de West fue una venerable casa muy elegante, con vistas a uno de los cementerios más antiguos de Boston. Había escogido el lugar por motivos puramente simbólicos, ya que la mayoría de los inquilinos del cementerio se encontraban allí desde la época colonial y, en consecuencia, no tenían la menor utilidad para un científico que necesitaba cadáveres recientes. El laboratorio se encontraba en un sub-sótano construido secretamente por obreros importados, y contenía un enorme incinerador destinado a hacer desaparecer rápida y silenciosamente las pruebas materiales de los experimentos a que se dedicaba el

dueño de la casa. Durante la excavación de aquel sótano, los obreros habían tropezado con una pared de ladrillos sumamente antigua; aquella obra de albañilería estaba conectada sin duda alguna con el viejo cementerio, aunque era demasiado profunda para corresponder a cualquier sepulcro conocido. Tras laboriosos cálculos, West decidió que se trataba de alguna cámara secreta situada debajo de la tumba de los Averrill, abierta por última vez en 1876. Yo estaba con él cuando examinó las mohosas y carcomidas paredes dejadas al descubierto por las piquetas y las palas de los obreros, y preparé mi ánimo para la impresión que iba a producirme el descubrimiento de seculares secretos sepulcrales; pero, por primera vez, la nueva timidez de West venció a su natural curiosidad, y ordenó a los obreros que dejaran intacta la obra de albañilería y que se limitaran a rebozar las paredes con una capa de yeso. De modo que hasta la horrible noche final, aquellas paredes formaron parte del laboratorio secreto. He hablado de la decadencia de West, pero debo añadir que se trataba de algo puramente mental e intangible. Externamente fue el mismo hasta el final: tranquilo, frío, delgado, con los cabellos rubios y los ojos azules, y un aspecto juvenil que ni el paso de los años ni los temores que experimentaba consiguieron cambiar. Parecía tranquilo incluso cuando pensaba en aquella tumba removida y miraba por encima de su hombro; incluso cuando pensaba en el demente que se golpeaba la cabeza contra las paredes de una celda del manicomio de Sefton.

El fin de Herbert West empezó una noche en nuestro estudio común mientras repartía su curiosa mirada entre el periódico y yo. De repente, un artículo del periódico le dejó boquiabierto, al parecer sin ánimos para reaccionar. Algo espantoso e increíble había sucedido en el manicomio de Sefton, a cincuenta millas de distancia, aturdiendo a la vecindad y desconcertando a la policía. La madrugada anterior, un grupo de hombres silenciosos había penetrado en el manicomio y su cabecilla había despertado a los enfermeros. Era una amenazadora figura militar que hablaba sin mover los labios y cuya voz parecía casi ventrílocuamente conectada con una enorme caja negra que llevaba debajo del brazo. Su rostro inexpresivo tenía una extraña belleza, pero el superintendente del manicomio quedó impresionado cuando la luz del vestíbulo lo iluminó…, ya que era un rostro de cera con ojos de cristal pintado. Aquel hombre había sido víctima de algún terrible accidente. Otro hombre guiaba sus pasos: una repugnante mole cuyo rostro azulado parecía medio comido por alguna desconocida enfermedad. El portavoz había pedido que le entregaran al monstruo caníbal detenido en Arkham dieciséis años antes; y ante la negativa del superintendente, hizo una seña que puso en movimiento a sus acompañantes, los cuales habían golpeado, pateado y mordido a los enfermeros que no huyeron con la suficiente rapidez; mataron a cuatro, y finalmente consiguieron liberar al monstruo. Las víctimas que podían recordar el hecho sin ser presa de un ataque de histerismo juraron que los atacantes no habían actuado como hombres, sino como autómatas incapaces de pensar y guiados por el cabecilla del rostro de cera. Cuando llegó la policía, el grupo de monstruos se había desvanecido sin dejar rastro.

Desde que leyó aquel artículo hasta medianoche, West permaneció sentado, casi paralizado. A medianoche sonó la campanilla de la puerta, sobresaltándole visiblemente. Todos los criados dormían en el piso alto, de modo que fui a contestar a la llamada. Como ya he dicho a la policía, en la calle no había ningún carruaje; sólo un grupo de hombres de extraño aspecto que llevaban una gran caja cuadrada, la cual depositaron en el suelo del vestíbulo después de que uno de ellos gruñera con voz anormal: «Portes pagados.» Se marcharon en grupo, y mientras les veía alejarse se me ocurrió la extraña idea de que se dirigían al antiguo cementerio situado en la parte trasera de la casa. Cuando cerré la puerta, West bajó la escalera y miró la caja. Tenía unos dos pies cuadrados de superficie, y llevaba el nombre y las señas de West correctamente escritos. El remitente era «Eric Moreland Clapham-Lee, St. Eloi, Flandes». Seis años antes, en Flandes, un hospital bombardeado había caído sobre el descabezado tronco del doctor Clapham-Lee y sobre la despegada cabeza, la cual —quizás— había emitido sonidos articulados.

West no dio la menor muestra de excitación. Pero su aspecto era horrible. Dijo: «Ha llegado el final…, pero vamos a quemar… eso.» Bajamos la caja al laboratorio. No recuerdo muchos detalles —no es difícil adivinar mi estado de ánimo en aquellos momentos—, pero es una incalificable mentira decir que lo que metí en el incinerador fue el cadáver de Herbert West. Entre los dos introdujimos en el horno la caja sin abrir, cerramos la puerta y dimos la corriente. Del interior de la caja no surgió ningún sonido.

West fue el primero en darse cuenta de que caía el yeso con que había sido rebozada la antigua obra de albañilería. Yo iba a echar a correr, pero West me detuvo. Entonces vi un pequeño agujero negro, noté una helada corriente de aire y olfateé las sepulcrales entrañas de una tierra pútrida. No se oyó el menor sonido, pero en aquel instante las luces eléctricas se apagaron y vi recortada contra alguna fosforescencia del mundo subterráneo una horda de silenciosas figuras que sólo la demencia —o algo peor— podía crear. Sus contornos eran humanos, semihumanos, parcialmente humanos y completamente inhumanos: la horda era grotescamente heterogénea. Estaban quitando silenciosamente, uno a uno, los ladrillos de la antigua pared. Y luego, cuando la brecha tuvo la amplitud suficiente, entraron en el laboratorio en fila india, precedidos por un hombre de aspecto marcial con una hermosa cabeza… de cera. Un monstruo de ojos dementes que iba detrás del cabecilla cogió a Herbert West, el cual no se resistió ni profirió ningún sonido. A continuación, todos aquellos monstruos saltaron sobre él y lo despedazaron ante mis ojos, llevándose los trozos hacia aquella bóveda subterránea de fabulosas abominaciones. La cabeza de West fue transportada por el cabecilla del rostro de cera, el cual llevaba un uniforme de oficial del ejército canadiense. Mientras desaparecía, vi que los ojos azules de Herbert West ardían espantosamente con su primer signo de frenética y visible emoción.

Por la mañana, los criados me encontraron sin sentido. West había desaparecido. El incinerador contenía únicamente un montón de cenizas inidentificables. Los

detectives me han interrogado, pero, ¿qué puedo decir? La policía no relacionará la tragedia de Sefton con West; ni tampoco a los hombres que trajeron la caja, cuya existencia niegan.

Les hablé de la bóveda, pero señalaron la intacta pared de yeso y se echaron a reír. De modo que no les dije nada más. Suponen que soy un loco o un asesino. Probablemente estoy loco. Pero tal vez no lo estaría si aquellas malditas legiones sepulcrales no hubiesen sido tan silenciosas.

HORROR EN RED HOOK

I

No hace muchas semanas, en una calle del pueblo de Pascoag, de Rhode Island, un hombre alto y robusto provocó muchos comentarios con un extraño desliz de conducta. Al parecer, había descendido la colina por el camino de Chepachet; al llegar al pueblo, había penetrado en la calle principal, donde se alzaban algunos edificios con pretensiones ciudadanas. Allí, sin visible provocación, había incurrido en su desconcertante desliz; mirando durante unos segundos y de un modo muy raro el más alto de los edificios que tenía delante de él, estalló en una serie de aterrorizados e histéricos aullidos y emprendió una frenética carrera que terminó con una espectacular caída en la próxima esquina. Levantado del suelo por unas manos serviciales, se mostró en estado consciente, orgánicamente ileso y evidentemente curado de su repentino ataque nervioso. Murmuró unas avergonzadas explicaciones acerca de una antigua lesión, y se dirigió de nuevo hacia el camino de Chepachet, perdiéndose de vista sin mirar ni una sola vez hacia atrás. El incidente causó extrañeza debido a que su protagonista era un hombre de aspecto físicamente saludable y de facciones normales, y la extrañeza no disminuyó con la observación de uno de los mirones, que le había reconocido como al huésped de un conocido lechero que vivía en las afueras de Chepachet.

Era, por lo visto, un detective de Nueva York, llamado Thomas F. Malone, al cual le había sido concedida la excedencia temporal para que se sometiera a tratamiento médico, después de su intervención en un caso que había terminado de un modo dramático. En el curso de una redada en la que había tomado parte, varios edificios de ladrillos, muy antiguos, se desplomaron, atrapando entre sus ruinas a delincuentes y policías. El suceso había afectado profundamente a Malone, infundiéndole un exacerbado horror a los edificios que recordaban, siquiera remotamente, a los derrumbados, de modo que los especialistas acabaron prohibiéndole que viera nada parecido durante un período indefinido. Un cirujano de la policía que tenía parientes en Chepachet había sugerido aquella especie de poblado de casas coloniales de madera como un lugar ideal para la convalecencia psicológica; y allí se había trasladado el paciente, prometiendo no aventurarse por las calles de ningún pueblo hasta obtener el consentimiento del especialista de Woonsocket, con el cual estaba en contacto. Aquel paseo a Pascoag para comprar unas revistas había sido un error, que el paciente había pagado con temor, magulladuras y humillación a causa de su desobediencia.

Eso era todo lo que se sabía en Chepachet y en Pascoag; y eso era, también, lo que la mayoría de los especialistas llamados a consulta creían. Pero, al principio, Malone había contado muchas más cosas a los especialistas, aunque dejó de hacerlo

cuando vio la incredulidad que demostraban. A partir de entonces se encerró en un completo silencio, sin protestar cuando afirmaban que el derrumbamiento de ciertos edificios de ladrillo en el sector Red Hook de Brooklyn, y la subsiguiente muerte de varios oficiales, había alterado su equilibrio nervioso. Había trabajado demasiado duramente, decían, tratando de limpiar aquellos nidos de desorden y violencia; y la inesperada tragedia fue la gota que hizo rebosar el vaso. Era una explicación sencilla, que todo el mundo podía comprender, y como Malone no era una persona vulgar, se había dado cuenta de que lo mejor era seguir la corriente y atenerse a aquella explicación. Sugerir a una gente sin imaginación un horror más allá de toda idea humana —un horror de casas y manzanas y ciudades leprosas y cancerosas—, sería sencillamente invitarles a que le encerraran en una celda acolchada, y, a pesar de su misticismo, Malone era un hombre dotado de sentido común. Poseía la profunda visión del celta para las cosas extrañas y ocultas, y una mentalidad lógica para las cosas aparentes; una amalgama que le había conducido muy lejos en los cuarenta y dos años de su vida, y le había colocado en puestos muy raros para un universitario nacido en una villa de Georgia, cerca de Phoenix Park.

Y ahora, mientras recordaba las cosas que había visto y captado, Malone se alegraba de no haber revelado a nadie el secreto de lo que podía convertir un osado luchador en un tembloroso neurótico; que podía transformar unos viejos edificios y un mar de rostros morenos y afilados en una escena de pesadilla. No sería la primera vez que sus sensaciones quedaban sin salir a la superficie; el simple hecho de sumergirse en el poliglota abismo del bajo mundo de Nueva York, ¿no era acaso un capricho sin explicación lógica? ¿Cómo podía hablar de las antiguas brujerías y de las grotescas maravillas que los ojos sensibles pueden distinguir en medio del ponzoñoso caldero donde todas las variadas heces de épocas nocivas mezclan su veneno y perpetúan sus inmundos terrores? Malone había sonreído amablemente cuando todos los neoyorquinos conocidos suyos se habían mofado de su ingreso en la policía con afanes experimentales. Se habían mostrado irónicos, incluso cínicos, burlándose de su fantástica búsqueda de misterios impenetrables, y asegurándole que en aquellos días Nueva York no contenía más que pobreza y vulgaridad. Uno de ellos le había apostado una fuerte suma a que no podría escribir nunca —a pesar de los interesantes artículos que había publicado en la *Dublin Review*— una historia realmente interesante acerca del bajo mundo de Nueva York; y ahora, mirando atrás, se daba cuenta de que la ironía cósmica había justificado las palabras del profeta, mientras refutaba en secreto su petulante significado. El horror, tal como había acabado por verlo, no podía constituir una historia…, ya que al igual que el libro citado por un comentarista alemán de Poe, «*es lasst sich nicht lesen*»: no se permite a sí mismo ser leído.

II

Para Malone, la existencia poseía siempre un sentido de misterio latente. En su juventud sintió la oculta belleza y el éxtasis de las cosas y había sido un poeta; pero la pobreza, las dificultades y el exilio habían vuelto su mirada hacia direcciones más oscuras, y buscó el mal en el mundo que le rodeaba. La vida cotidiana llegó a ser para él una fantasmagoría de macabros claroscuros; ora chispeantes y burlones, ocultando su podredumbre, como en las mejores obras de Beardley, ora sugiriendo terrores detrás de las formas y objetos más corrientes, como en la obra más sutil y menos explícita de Gustavo Doré. A menudo consideraba como una suerte el hecho de que la mayor parte de las personas inteligentes se mofaran de los misterios recónditos; ya que, razonaba, si las mentes superiores entraban en pleno contacto con los secretos conservados por antiguos cultos, las anormalidades resultantes no tardarían en desquiciar el mundo y en poner en peligro la propia integridad del universo. Todas esas reflexiones eran indudablemente morbosas, pero estaban presididas por una rigurosa lógica y suavizadas por un profundo sentido del humor. Malone se alegraba de que sus ideas no fueran conocidas y le sirvieran únicamente de distracción mental; la histeria llegó cuando su deber le sumergió en un infierno de revelación demasiado repentino e insidioso para poder escapar de él.

Llevaba poco tiempo de servicio en la comisaría de la Butler Street cuando llegó a su conocimiento el caso del Red Hook. El Red Hook es un barrio miserable situado cerca del antiguo muelle que se extiende enfrente de la Isla del Gobernador, con unas calles sucias que trepan por la colina como sierpes. La mayor parte de sus casas son de ladrillo y datan de la primera mitad del siglo XIX, y algunas de las callejas más oscuras tienen aquel sabor a cosa antigua que hemos dado en llamar «dickensiano». La población es sumamente heterogénea: una mezcla indescriptible de sirios, españoles, italianos, escandinavos, americanos y negros. El barrio es una babel de sonidos y de suciedad, y profiere extraños gritos en respuesta a las grasientas olas que se estrellan contra sus ennegrecidos malecones. Hace mucho tiempo el cuadro era más brillante, con marineros de ojos claros en las calles de la parte baja y hombres de gustos más refinados en las casas de la colina. No resulta difícil descubrir las huellas de aquella felicidad pretérita en las graciosas formas de los edificios, y en alguna iglesia ocasional; abundan los detalles de un arte original y de buen gusto: una gastada escalinata, un deteriorado portal o una carcomida columna de mármol. Las casas están agrupadas en manzanas y de cuando en cuando una cúpula con numerosas ventanas recuerda la época en que los familiares de capitanes y propietarios de buques contemplaban el mar.

En aquella maraña de putrefacción material y espiritual brotan blasfemias en un centenar de dialectos. Hordas de tambaleantes borrachos gritan y cantan a lo largo de las callejas, manos furtivas apagan repentinamente luces y cierran postigos, y rostros marcados por el pecado desaparecen de las ventanas cuando los visitantes empujan

las puertas entreabiertas. La policía está convencida de la imposibilidad de implantar el orden o reformar el barrio, y prefiere levantar barreras que protejan del contagio al mundo exterior. El paso de la patrulla es acogido con un silencio sepulcral, y los detenidos no se muestran nunca comunicativos. Los delitos son tan variados como los dialectos locales, y van desde el simple contrabando de ron hasta el asesinato y la mutilación en sus formas más horribles. El que los delitos no sean más frecuentes no puede ser cargado en el activo de la vecindad, a menos que el arte del ocultamiento sea una virtud. En el Red Hook entran más personas de las que salen —al menos de las que salen por el lado de tierra—, y cuanto menos locuaces son más posibilidades tienen de salir.

Malone encontró en aquel estado de cosas un leve hedor a secretos más terribles que cualquiera de los pecados denunciados por ciudadanos y deplorados por eclesiásticos y filántropos. Tenía conciencia, también, tratándose de una persona que unía a la imaginación el conocimiento científico, de que la gente moderna situada en condiciones de desorden tiende misteriosamente a repetir los módulos del más primitivo salvajismo en su vida cotidiana y en sus costumbres; y había observado a menudo con un estremecimiento de antropólogo las sonoras procesiones de jóvenes legañosos y picados de viruelas en las oscuras horas que preceden al amanecer. Continuamente podían verse grupos de aquellos jóvenes; a veces acechantes en las esquinas de las calles, a veces en algún umbral tocando instrumentos musicales baratos, a veces dormitando en las mesas de las cafeterías próximas a Borough Hall, y a veces conversando en susurros en una vieja plaza. Aquellos jóvenes impresionaban a Malone más de lo que se atrevía a confesar a sus compañeros, ya que creía ver en ellos alguna monstruosa amenaza de secreta continuidad; algún módulo infernal y antiquísimo que desbordaba la masa sórdida de hechos y costumbres estudiados con técnica minuciosidad por la policía. Aquellos jóvenes debían de ser, pensaba Malone para sus adentros, los herederos de alguna impresionante tradición; los copartícipes de cultos y ceremonias más antiguos que el género humano. Malone no había leído en vano tratados tales como *El culto a las brujas en la Europa Occidental* de miss Murray; y sabía que hasta años muy recientes había sobrevivido entre campesinos y gentes furtivas un pavoroso sistema clandestino de asambleas y orgías derivadas de oscuras religiones anteriores al mundo Ario, y que aparecen en las leyendas populares como Misas Negras y Aquelarres de las Brujas. Malone no podía creer que aquellos diabólicos vestigios de la antigua magia turano-asiática estuvieron completamente muertos, y se preguntaba con frecuencia hasta qué punto sería peor la realidad de lo que sugerían aquellas susurradas leyendas.

III

Lo que llevó a Malone al corazón de las cosas en el Red Hook fue el caso de Robert Suydam. Suydam era un ilustrado recluso descendiente de una antigua familia holandesa que habitaba en la espaciosa pero mal conservada mansión que su abuelo había construido en Flatbush cuando aquella aldea no era más que un agradable grupo de casitas de estilo colonial rodeando la Iglesia Reformada, con sus muros cubiertos de hiedra y su patio lleno de tumbas de holandeses. En su solitaria casa, separada de la Martense Street por un jardín en el cual crecían venerables árboles, Suydam había leído y meditado durante seis décadas, exceptuando un período de ocho años que pasó en el viejo mundo. No podía permitirse el lujo de tener criados, y recibía muy pocas visitas, a las cuales atendía en una de las tres habitaciones de la planta baja que mantenía en estado de habitabilidad: una inmensa biblioteca de techo muy alto, cuyas paredes estaban atestadas de libros muy manoseados y de aspecto arcaico y vagamente repulsivo. El crecimiento del pueblo y su anexión final al distrito de Brooklyn no habían significado nada para Suydam, en tanto que él había llegado a significar cada vez menos para el pueblo. La gente anciana continuaba señalándole con el dedo por las calles, mas para la mayoría de la población reciente era simplemente un anciano robusto de desordenados cabellos blancos, revuelta barba, ajados trajes negros y bastón con empuñadura de oro, que no merecía más que una divertida mirada. Malone no le conoció personalmente hasta que su deber le llevó a ocuparse del caso, pero había oído hablar de él como de una gran autoridad en supersticiones medievales, y en cierta ocasión se había propuesto buscar un opúsculo suyo acerca de la Cabala y de la leyenda de Fausto, que un amigo le había citado de memoria.

Suydam se convirtió en un «caso» cuando sus lejanos y únicos parientes solicitaron de un tribunal que se pronunciara acerca de su estado mental. Aquella petición pudo parecer repentina al mundo exterior, pero en realidad fue el resultado de una prolongada observación y de penosas discusiones. Se basaba en ciertos extraños cambios en sus costumbres y en su modo de hablar; en sus descabelladas referencias a inminentes maravillas y en la clase de relaciones que entablaba últimamente. Con el paso de los años se había hecho cada vez más descuidado en el vestir, y ahora su aspecto era el de un mendigo; unos humillados amigos veíanle ocasionalmente en las estaciones del metro o en los bancos de los alrededores de Borough Hall, conversando con grupos de desconocidos de sospechosa catadura. Cuando hablaba se refería a unos ilimitados poderes casi al alcance de su mano, y repetía palabras místicas y nombres como «Sephiroth», «Asmodeo» y «Samaël». La intervención judicial reveló que Suydam utilizaba su renta y dilapidaba su capital comprando extraños libros importados de Londres y París, y sosteniendo un piso en el Red Hook, en el cual pasaba casi todas las noches recibiendo a grupos de personas de dudosa reputación y, al parecer, celebrando una especie de servicio ritual detrás de

las verdes persianas de las ventanas de aquel piso. Los detectives encargados de seguirle informaron acerca de extraños gritos y cánticos surgidos de la casa en el curso de aquellos ritos nocturnos. Sin embargo, cuando el tribunal tuvo que pronunciarse, Suydam consiguió conservar la libertad. Ante el juez sus modales fueron corteses y razonables, y admitió que tal vez había incurrido en alguna extravagancia de conducta o de lenguaje como consecuencia de su excesiva dedicación al estudio y a la investigación. Dijo que se ocupaba de investigar algunos detalles relacionados con las antiguas tradiciones europeas, y que debido a ello necesitaba mantener un estrecho contacto con grupos de extranjeros que podían asesorarle acerca de los cantos y danzas populares de sus países de origen. La idea de que formaba parte de alguna sociedad secreta, sugerida por sus parientes, era completamente absurda; y demostraba lo limitado de su comprensión de Suydam y de su obra. Sus tranquilas explicaciones le conquistaron la simpatía del juez, el cual falló un «no ha lugar». Y los detectives pagados por los Suydam, los Corlear y los Van Brunt fueron despedidos con resignado disgusto.

Entonces entró en funciones la policía, y Malone con ella. La ley había seguido con mucho interés el caso Suydam, y en diversas ocasiones había sido llamada para ayudar a los detectives privados. A través de aquellas actuaciones se puso de manifiesto que los nuevos asociados de Suydam pertenecían a la clase más peligrosa de Red Hook, y que al menos una tercera parte de ellos eran conocidos y reincidentes transgresores de la ley, acusados de robo, de desórdenes públicos y de importación de inmigrantes ilegales. En realidad, el círculo particular del anciano erudito se componía de la hez de una población que no se distinguía precisamente por sus cualidades morales. En los atestados cuchitriles de Parker Place, donde Suydam tenía su piso, había una extraña colonia de individuos sin clasificar que utilizaban el alfabeto arábigo pero que eran elocuentemente rechazados por la gran masa de sirios que vivían en la Atlantic Avenue y en sus alrededores. Todos ellos podían haber sido deportados por inmigración ilegal, pero la ley se mueve con mucha lentitud, y nadie se mete con la gente del Red Hook a menos que la publicidad dada a un hecho le obligue a hacerlo.

Aquellos individuos asistían a una destartalada iglesia, utilizada los viernes como salón de baile, que erguía sus contrafuertes góticos cerca de la parte más baja del muelle. Era nominalmente católica; pero los sacerdotes de Brooklyn le negaban al lugar toda vigencia y autenticidad, y los policías estaban de acuerdo con ellos al escuchar los ruidos que emitía por la noche. Malone solía imaginar que oía las cascadas notas de un órgano subterráneo cuando la iglesia estaba vacía y con las luces apagadas, en tanto que todos los observadores temían los gritos y los redobles de tambor que acompañaban los servicios visibles. Al ser interrogado, Suydam dijo que en su opinión aquel ritual era un resto del cristianismo nestoriano mezclado con el samanismo del Tibet. La mayoría de los fieles eran de origen mogólico y procedían de alguna parte del Kurdistan. Malone no pudo evitar el recordar que el Kurdistan es

la tierra de los Yezidis, los últimos supervivientes de los adoradores del diablo persas. En cualquiera de los casos, la investigación de las actividades de Suydam permitió comprobar que aquellos inmigrantes ilegales llegaban a Red Hook en número creciente; protegidos por una organización desconocida por el servicio de inmigración y la policía del puerto, saturaron Parker Place y se extendieron por la colina, siendo acogidos con curioso fraternalismo por los otros moradores del barrio. Sus achaparradas figuras y sus aplastados rostros, grotescamente vestidos con ropas americanas, se hacían más y más numerosos entre los haraganes y los picaros del Borough Hall; hasta que al final se hizo evidente la necesidad de calcular su número, comprobar sus ocupaciones y sus fuentes de ingresos, y encontrar un medio para hacerles caer en una redada y entregarles a las autoridades del servicio de inmigración. Malone fue nombrado para esa tarea, y en el momento de iniciarla se sintió asaltado por unos indecibles terrores, viendo erguirse ante él la desharrapada figura de Robert Suydam como su principal adversario.

IV

Los métodos de la policía son variados e ingeniosos. Malone, a través de sencillos paseos, conversaciones cuidadosamente casuales, oportunas invitaciones a un trago y hábiles diálogos con asustados detenidos, se enteró de muchos hechos aislados acerca del movimiento cuyo aspecto se había convertido en amenazador. Los recién llegados eran efectivamente kurdos, aunque hablaban un dialecto que hubiera desconcertado a cualquier filólogo. Algunos de ellos trabajaban como descargadores en el muelle o como camareros en los restaurantes griegos, pero la mayoría no tenía ningún medio visible de vida. Era evidente que estos últimos estaban relacionados con actividades ilegales, de las cuales el robo y el contrabando de licores eran las menos deshonestas. Habían llegado en buques de vapor, y desembarcaron a favor de la oscuridad en botes de remos, los cuales se adentraron por un oculto canal hasta llegar a una laguna subterránea situada debajo de una casa. Malone no pudo localizar ni el canal ni la casa, ya que los recuerdos de sus informadores eran demasiado confusos, y su lenguaje resultaba muy difícil de comprender incluso a los más capaces intérpretes. Tampoco pudo obtener ningún dato acerca de los motivos de su sistemática importación. Se mostraban muy reticentes en lo que respecta al lugar del cual procedían, y nunca hablaban de las personas que les habían aconsejado y facilitado aquel viaje. En realidad, parecían asustarse cuando se les preguntaban los motivos de

su presencia en América. Los delincuentes de otras razas se mostraban igualmente taciturnos, y lo máximo que pudo averiguarse fue que algún dios o sumo sacerdote les había prometido que alcanzarían un poder y una gloria sobrenaturales en un país extranjero.

La asistencia de los recién llegados y de los antiguos delincuentes a las reuniones secretas de Suydam era muy regular, y la policía no tardó en averiguar que el recluso había alquilado otros pisos para acomodar a sus huéspedes; al final llegaron a ocupar tres casas enteras. Suydam pasaba ahora muy poco tiempo en su mansión de Flatbush, a la cual sólo iba para recoger y devolver libros; y su rostro y sus modales habían alcanzado un grado indecible de rudeza. Malone se entrevistó dos veces con él, y las dos veces fue rechazado bruscamente. Suydam dijo que no sabía absolutamente nada de movimientos o conjuras misteriosas; y no tenía la menor idea de cómo habían llegado los kurdos ni de lo que pretendían. Él se ocupaba de estudiar el folklore de todos los inmigrantes del distrito; una tarea en la cual no podía inmiscuirse la policía. Malone mencionó su admiración por el opúsculo de Suydam acerca de la Cabala y otros mitos, pero el ablandamiento del anciano fue sólo momentáneo. Intuía una intrusión, y acogió a su visitante con manifiesta hostilidad. Malone, decepcionado, decidió recurrir a otras fuentes de información.

Nunca podremos saber lo que Malone hubiera descubierto de haber trabajado continuamente en el caso. Pero un estúpido conflicto entre la autoridad local y los inspectores federales determinó la suspensión de las investigaciones durante varios meses, y al detective le fueron asignadas otras tareas. Pero en ningún momento dejó de interesarse por lo que empezó a ocurrirle a Robert Suydam. Coincidiendo con una ola de raptos y de desapariciones en la ciudad de Nueva York, el descuidado erudito experimentó una transformación tan sorprendente como absurda. Un día apareció en las proximidades del Borough Hall completamente rasurado, con el pelo bien cortado y un traje inmaculadamente limpio, y a partir de entonces se le vio siempre bajo aquel nuevo aspecto. Día a día parecía quitarse años de encima, adquirió una rara elasticidad de movimientos y sus cabellos empezaron a ennegrecerse, sin que pareciera teñírselos. A medida que transcurrían los meses su atuendo fue haciéndose menos conservador, y finalmente asombró a sus amigos restaurando y volviendo a decorar su mansión dé Flatbush, la cual inauguró dando una serie de recepciones, invitando a ellas a todos sus conocidos e incluso a los parientes que desde hacía mucho tiempo no se relacionaban con él. Algunos asistieron por curiosidad, otros por obligación; pero todos quedaron encantados por la cordial acogida y por los modales corteses del antiguo eremita. Suydam explicó que había llevado a cabo la mayor parte de la tarea que se había propuesto realizar; y al heredar cierta suma de dinero de un amigo europeo, había decidido pasar los años que le quedaban de vida en una especie de segunda juventud, que el dinero, los cuidados y una rigurosa dieta hacían posible para él. Dejó de frecuentar el Red Hook, y se movió cada vez más en la sociedad en la cual había nacido. Los policías observaron que los delincuentes tendían a reunirse

en la antigua iglesia y salón de baile en vez de hacerlo en el piso de Parker Place, aunque el piso en cuestión y los alquilados posteriormente seguían estando ocupados por los mismos individuos.

Luego ocurrieron dos incidentes, al parecer sin ninguna relación entre ellos, pero ambos de sumo interés para el caso, en opinión de Malone. Uno fue el anuncio aparecido en el *Eagle* del compromiso matrimonial de Robert Suydam con miss Cornelia Gerrirsen, de Bayside, una joven de excelente posición y emparentada de lejos con su maduro prometido; el otro consistió en una redada efectuada por la policía local en la iglesia-salón de baile, tras haber recibido una información en el sentido de que en una de las ventanas del sótano había sido vista fugazmente la cara de un chiquillo raptado. Malone participó en aquella redada y examinó el lugar cuidadosamente. No se encontró nada —el edificio estaba completamente desierto cuando la policía lo visitó—, pero el sensible celta quedó vagamente insatisfecho por muchas de las cosas que vio. En el interior de la iglesia había algunos retablos que no le gustaron: retablos en los que figuraban rostros sagrados con expresiones mundanas y sardónicas, cuando no francamente indecorosas. Tampoco le gustó la inscripción en griego grabada en la pared, encima del púlpito, y que traducida literalmente decía:

«¡Oh amigo y compañero de la noche, tú que te refocilas con el aullar de los perros y el chorrear de la sangre, que paseas en medio de las sombras entre las tumbas, que acosas y aterrorizas a los mortales, Gorgo, Mormo, luna de mil caras, acoge favorablemente nuestros sacrificios!»

Cuando Malone leyó aquellas palabras se estremeció, y pensó vagamente en las notas del órgano que había imaginado oír debajo de la iglesia algunas noches. Volvió a estremecerse al ver la herrumbre que manchaba un caldero de metal colocado sobre el altar, y miró nerviosamente a su alrededor cuando su olfato pareció captar un extraño y nauseabundo hedor. El recuerdo del órgano le acosaba, y antes de marcharse exploró el sótano con una atención especial, sin encontrar nada sospechoso. Después de todo, ¿serían los retablos blasfemos y las inscripciones simples crudezas perpetradas por gente ignorante?

En la época de los esponsales de Suydam, la epidemia de raptos se había convertido en un grave problema que los periódicos aireaban continuamente. La mayoría de las víctimas eran niños de las clases más bajas, pero el creciente número de desapariciones había provocado la indignación general. Una vez más, la policía envió a sus hombres a Red Hook en busca de pistas, descubrimientos y delincuentes. Malone se alegró de poder tomar parte en una incursión a una de las casas que Suydam tenía alquiladas en Parker Place. En la casa no fue encontrado ningún chiquillo, a pesar de los rumores de que en ella se habían oído gritos; pero las pinturas y las soeces inscripciones que manchaban las paredes de la mayor parte de las habitaciones, y el primitivo laboratorio químico instalado en el desván,

convencieron al detective de que estaba sobre la pista de algo horrendo. Las pinturas eran repulsivas: espantosos monstruos de todas las formas y tamaños, y caricaturas de perfiles humanos que no pueden ser descritas. Las inscripciones aparecían en rojo y variaban de alfabeto, pasando del arábigo al griego, y del romano al hebraico. Malone no pudo leer la mayoría de ellas, pero lo que descifró era suficientemente portentoso y cabalístico. Un lema frecuentemente repetido figuraba en una especie de griego helenístico hebraizado, y recordaba las más terribles evocaciones al demonio de la decadencia alejandrina:

«HEL. HELOM. SOTHER. EMMANVEL. SABAOTH. AGLA. TETRAGRAMMATON. AGYROS. OTHEOS. ISCHYROS. ATHANATOS. IEHOVA. VA. ADONAI. SADAY. HOMOVSION. MESSIAS. ESCHEREHEYE.»

En todas partes había círculos y pentagramas, hablando de las creencias y aspiraciones de la gente que vivía de un modo tan miserable en aquellas habitaciones. La cosa más rara, sin embargo, fue encontrada en el sótano: un montón de lingotes de oro cuidadosamente envueltos en un trozo de arpillera, y llevando en sus brillantes superficies los mismos extraños jeroglíficos que adornaban las paredes. Durante el registro, la policía sólo tropezó con una resistencia pasiva en los orientales que llenaban la casa. Al no encontrar nada sospechoso, tuvieron que dejarlo todo tal como estaba; pero el capitán del distrito escribió una nota a Suydam advirtiéndole que vigilara de cerca las actividades de sus inquilinos y protegidos, en vista del creciente clamor público.

V

Luego, en el mes de junio, llegó la boda y la gran sensación. Flatbush hervía de animación, e innumerables automóviles llenaban las calles contiguas a la antigua iglesia holandesa. Ningún acontecimiento local superó al enlace Suydam-Gerritsen en esplendor, y el grupo que escoltó a los recién casados hasta el *Cunard Pier* era, si no la más elegante, al menos una sólida página del Registro Social. A las cinco de la tarde, el buque se separó lentamente del muelle y se adentró en las aguas que conducían a las maravillas del viejo continente. Por la noche, el barco salió del puerto exterior, y los pasajeros pudieron contemplar el reflejo de las parpadeantes estrellas sobre un mar impoluto.

Nadie pudo decir si lo que llamó la atención en primer lugar fue el vapor volandero o el grito. Probablemente fueron simultáneos, pero la cosa no tiene importancia, en realidad. El grito surgió del camarote de Suydam, y el marinero que rompió la puerta hubiese podido contar quizá cosas espantosas de no haber enloquecido a causa de la impresión que recibió. De todos modos, empezó a gritar con más fuerza que las primeras víctimas, y echó a correr por todo el barco hasta que fue capturado y atado. El médico del buque que entró un momento después en el camarote y encendió las luces no se volvió loco, pero no dijo a nadie lo que había visto hasta mucho más tarde, cuando se entrevistó con Malone en Chepachet. Se trataba de asesinato —estrangulación—, pero las huellas de las garras que aparecían en la garganta de mistress Suydam no podían proceder de su marido ni de ninguna otra mano humana; y en la blanca pared del camarote, escrita con letras rojas, aparecía la palabra LILITH, en caracteres caldeos. En cuanto a Suydam, el médico decidió mantener a la gente apartada del camarote hasta que pudiera aclarar sus ideas. El médico había asegurado a Malone que no vio LA COSA. La abierta portañola, un momento antes de que encendiera las luces, quedó nublada durante unos segundos por cierta fosforescencia, y por un instante pareció resonar en la noche una leve y diabólica risa; pero no se hizo visible ningún contorno real. Como prueba, el médico aducía el perfecto estado de su salud mental.

Luego, el vapor volandero atrajo la atención general. Un bote se acercó al *Cunard*, y una horda de insolentes rufianes subió a bordo. Querían a Suydam o a su cadáver: se habían enterado de su viaje, y por ciertos motivos estaban convencidos de que moriría. En el despacho del capitán reinaba una confusión indescriptible; entre el informe del médico y la petición de aquellos hombres, no había modo de entenderse. Súbitamente, el cabecilla de los visitantes, un árabe con una horrible boca negroide, sacó de uno de sus bolsillos un sucio y arrugado papel y se lo entregó al capitán. Estaba firmado por Robert Suydam y contenía el siguiente mensaje:

En caso de que se produzca mi muerte de un modo repentino o inexplicable, ruego que mi cadáver sea entregado, sin hacer preguntas, al portador y a sus compañeros. Es muy importante para mí, y quizá para el que lea esta nota, el estricto cumplimiento de mi última voluntad. Las explicaciones pueden llegar más tarde… No me fallen ahora.

ROBERT SUYDAM

El capitán y el médico se miraron, desconcertados, y el último le susurró algo al primero. Finalmente, se encogieron de hombros y se encaminaron al camarote de Suydam. El médico hizo apartar al capitán de la puerta mientras la abría y permitió el paso a los extraños visitantes; no respiró a sus anchas hasta que se hubieron marchado con su macabra carga, tras una espera increíblemente larga. Habían envuelto el cadáver con la ropa de las literas, y el médico se alegró de que los

contornos del cuerpo no fueran muy visibles. Cuando el vapor volandero se hubo alejado, el *Cunard* reemprendió la marcha y el médico y un enfermero del barco revisaron el camarote de Suydam por si podían prestar algún servicio final. Una vez más, el médico se vio obligado a mostrarse reticente, e incluso a mentir, ya que había sucedido algo horrible. Cuando el enfermero le preguntó por qué había extraído toda la sangre del cuerpo de mistress Suydam, hizo ver que no había oído la pregunta ni señaló la estantería de las botellas, completamente vacías, ni aludió al olor que se desprendía del vertedero donde evidentemente habían sido vaciadas apresuradamente las botellas. Los bolsillos de aquellos hombres —si es que eran hombres— abultaban sospechosamente cuando abandonaron el barco. Dos horas más tarde, el mundo supo a través de la radio todo lo que podía saber de aquel horrible asunto.

VI

Aquella misma noche de junio, sin haber oído una sola palabra de lo sucedido en el mar, Malone estaba desesperadamente ocupado entre las callejas de Red Hook. El lugar parecía abandonado, como si sus moradores, advertidos misteriosamente, se hubieran refugiado alrededor de la iglesia-salón de baile y en las casas de Parker Place. Acababan de desaparecer tres niños —unos noruegos de ojos azules que vivían en las calles que conducen a Gowanus—, y corrían rumores de que los rudos vikingos del barrio se disponían a tomarse la justicia por su mano. Durante semanas enteras, Malone había apremiado a sus colegas para que llevaran a cabo una vasta operación de limpieza; y al final, impulsados por circunstancias más obvias que las conjeturas de un soñador policía, habían decidido entrar en acción. La intranquilidad y la amenaza de aquella noche fueron un factor decisivo en la resolución adoptada, y alrededor de medianoche un numeroso grupo de agentes pertenecientes a tres comisarías cayó sobre Parker Place y sus alrededores. Se derribaron puertas, se efectuaron detenciones, y las habitaciones iluminadas con velas vomitaron increíbles grupos de extranjeros que llevaban túnicas, mitras y otros inexplicables disfraces. En la trifulca que siguió, muchos objetos desaparecieron de un modo casi misterioso y los reveladores olores quedaron apagados por la repentina ignición de un acre incienso. Pero había salpicaduras de sangre en todas partes, y Malone se estremeció al ver sobre una especie de altar un brasero todavía humeante.

Hubiera querido estar en varios lugares al mismo tiempo, pero se decidió por el piso alquilado primeramente por Suydam cuando un mensajero le hubo informado de

que la iglesia estaba completamente vacía. Aquel piso, pensó, contendría alguna clave de un culto del cual el solitario erudito se había convertido evidentemente en centro y cabecilla; y, con verdadera expectación, revolvió de arriba abajo las mohosas habitaciones, captó su hedor vagamente carnario, y examinó los libros, los instrumentos, los lingotes de oro y las botellas con tapón de cristal esparcidos descuidadamente aquí y allá. En un momento determinado un gato blanco y negro se enredó entre sus pies haciéndole caer y derribando al mismo tiempo una bombona llena hasta la mitad de un líquido rojo. El golpe fue serio, y Malone no sabe ahora a ciencia cierta lo que vio; pero en sueños continúa imaginando al gato mientras huía con ciertas monstruosas alteraciones y peculiaridades. Luego llegó la cerrada puerta del sótano, y la búsqueda de algo para derribarla. Cerca de allí había un pesado taburete, y su macizo asiento fue más que suficiente para los antiguos entrepaños. Al abrirse, la puerta vertió un aullante tumulto de viento helado y nauseabundo, el cual envolvió al paralizado detective y le arrastró a través de la abertura, mientras a su alrededor resonaban extraños susurros y risas burlonas.

Fue un sueño, desde luego. Todos los especialistas le habían dicho lo mismo, y Malone no tenía ninguna prueba para contradecirles. Pero en aquel momento todo fue horriblemente real, y nada podría borrar de su alma el recuerdo de aquellas tenebrosas criptas, de aquellos enormes soportales, de aquellas deformes figuras diabólicas que flotaban en silencio portando seres medio devorados cuyas partes supervivientes gritaban pidiendo misericordia o reían de un modo demencial. El ambiente olía a incienso y a materia corrompida, y el aire estaba vivo con la semivisible masa de disformes seres elementales con ojos. En alguna parte, un agua fétida lamía susurrante unas pilastras de ónice, y súbitamente resonó el ronco tañido de unas campanillas para saludar la aparición de un ser desnudo y fosforescente, el cual surgió del agua y trepó a un pedestal de oro labrado.

Avenidas de tinieblas ilimitadas parecían extenderse en todas direcciones, hasta el punto de que podía imaginarse que aquélla era la base de una infección destinada a enfermar y a tragarse a las ciudades, a engullir naciones enteras hacia un vientre de híbrida pestilencia. Allí había penetrado el pecado cósmico, y emponzoñado por ritos impíos había iniciado la terrible marcha de la muerte que debía corrompernos a todos y transformarnos en monstruosidades demasiado espantosas para ser encerradas en una tumba. Satán tenía allí su corte de Babilonia, y los lazarinos miembros de fosforescentes Liliths eran lavados con la sangre de niños inocentes, íncubos y súcubos aullaban preces a Hecate, los machos cabríos brincaban al son de flautas malditas, y monstruos sin cabeza se deslizaban subrepticiamente de un lado para otro. Moloch y Ashtaroth no estaban ausentes, ya que en aquella quintaesencia de todas las maldiciones los límites de la conciencia habían desaparecido, y la imaginación del hombre se abría a todos los reinos del horror y a todas las nefandas dimensiones que el mal tenía el poder de crear. El mundo y la Naturaleza eran impotentes contra tales asaltos de las desencadenadas fuerzas diabólicas.

Súbitamente, un rayo de luz física brotó a través de aquellos fantasmas, y Malone oyó un chapotear de remos entre las blasfemias de seres que tenían que estar muertos. Un bote con un fanal en la proa apareció a la vista, atracó en la legamosa orilla y vomitó a varios hombres de tez oscura que llevaban un bulto envuelto en mantas. Lo llevaron al ser desnudo y fosforescente sentado en el pedestal de oro labrado, y el ser emitió una risita satisfecha ante el presente. Luego, los hombres apartaron las mantas y dejaron ante el pedestal el gangrenoso cadáver de un anciano corpulento de barba enmarañada y cabellos blancos y revueltos. El ser fosforescente emitió otra risita, y los hombres sacaron unas botellas de sus bolsillos y ungieron sus pies con un líquido rojo, y luego entregaron las botellas al ser para que bebiera.

De repente, desde una avenida abovedada que parecía extenderse interminablemente, llegó el demoníaco sonido de un órgano. Al oírlo, todos los seres fantasmales —machos cabríos, sátiros, íncubos, súcubos, sapos retorcidos y monstruos sin cabeza— formaron una especie de procesión encabezada por el abominable ser fosforescente que se había apeado de su trono y llevaba entre sus brazos el cadáver del anciano corpulento de ojos vidriados. Los hombres de tez oscura danzaban detrás del cortejo con furia dionisíaca. Malone dio unos pasos vacilantes detrás de ellos, completamente aturdido. Luego dio media vuelta, tropezó y cayó sobre las frías y húmedas losas, temblando de horror mientras el diabólico órgano seguía resonando y la aullante procesión se alejaba cada vez más.

Luego, muy distante, llegó a sus oídos la espantosa invocación griega que había leído sobre el púlpito de la iglesia-salón de baile.

«¡Oh amigo y compañero de la noche, tú que te refocilas con el aullido de los perros (aquí estalló un horroroso aullido) *y la sangre vertida* (aquí compitieron indecibles sonidos con morbosos clamores)*, que paseas en medio de las sombras entre las tumbas* (aquí un sibilante suspiro)*, que gozas derramando sangre y aterrorizando a los mortales* (breves y agudos gritos surgidos de miríadas de gargantas)*, Gorgo* (repetido como responso)*, Mormo* (repetido con éxtasis)*, luna de mil caras* (suspiros y sonidos aflautados)*, acoge favorablemente nuestros sacrificios!»*

Cuando el cántico terminó, se elevó un grito general, y unos sibilantes sonidos casi ahogaron el croar del órgano. Luego se oyó un suspiro surgido de numerosas gargantas y una babel de murmullos: «¡Lilith, Gran Lilith, contempla al Desposado!» Más gritos, un desenfrenado clamor y los rápidos y repiqueteantes pasos de una figura corriendo. Los pasos se acercaron, y Malone se incorporó sobre un codo para mirar.

La luminosidad de la cripta, que había ido menguando, era ahora más intensa; y en medio de aquella horrible claridad corría la forma del que no debería ser capaz de correr, ni de respirar: el gangrenoso cadáver del anciano corpulento de ojos vidriados, animado por alguna brujería infernal del rito recién terminado. Detrás de él corría el ser fosforescente, y más atrás jadeaban los hombres de tez oscura y la espantosa

multitud de seres fantasmales. El cadáver estaba ganando terreno a sus perseguidores y parecía dirigirse a un lugar determinado, forzando sus putrefactos músculos hacia el pedestal de oro labrado, cuya importancia nigromántica debía ser enorme. Un instante después alcanzó su objetivo, mientras la aullante multitud aumentaba la velocidad de su carrera. Pero llegaron demasiado tarde, ya que en una última explosión de fuerza que lo rasgó de tendón a tendón y envió su fétida masa contra el suelo en un estado de gelatinosa descomposición, el cadáver del que en vida había sido Robert Suydam alcanzó su objetivo y su triunfo. El choque había sido tremendo, y mientras el cadáver se deshacía en una pestilente charca de corrupción, el pedestal se tambaleó y finalmente se desprendió de su base de ónice, para hundirse en las viscosas aguas. En aquel instante, Malone se hundió misericordiosamente en la inconsciencia, mientras a su alrededor el universo parecía desintegrarse.

VII

El sueño de Malone, que se había producido sin que el detective estuviera enterado de la muerte de Suydam y de su extraño traslado, se vio curiosamente complementado con algunas raras particularidades del caso. Los tres antiguos edificios de Parker Place se desplomaron súbitamente mientras la mitad de los policías que efectuaban la redada y la mayoría de los prisioneros se encontraban en su interior; y un gran número de ellos resultaron muertos. Únicamente en las bodegas y sótanos se salvaron algunas vidas, y Malone tuvo la suerte de que el desastre le pillara en las profundidades de la casa de Robert Suydam. Ya que se encontraba realmente allí, un hecho que nadie puede negar. Le hallaron sin sentido al borde de una laguna de aguas negras como la pez, rodeado por un horrible revoltijo de materia putrefacta y de huesos, imposibles de identificar por la dentadura como el cadáver de Suydam, que apareció también allí. El asunto estaba claro, ya que en la laguna subterránea desembocaba el canal procedente del mar, y los hombres que se habían llevado a Suydam del barco le habían traído a su hogar. Los hombres no fueron localizados, ni siquiera identificados; y el médico del barco no quedó satisfecho con las explicaciones «lógicas» de la policía.

Suydam era evidentemente el cabecilla de una banda de contrabandistas, ya que el canal que llegaba hasta su casa no era más que uno de los diversos canales y túneles subterráneos de la vecindad. Había un canal que conducía desde su casa hasta una cripta situada debajo de la iglesia-salón de baile; una cripta que desde la iglesia sólo

era accesible a través de un angosto pasadizo secreto que se abría en el muro septentrional, y en cuyas cámaras fueron descubiertas cosas extrañas y terribles. Allí estaba el órgano, así como una amplia capilla abovedada, con bancos de madera y un altar. A lo largo de las paredes se abrían unas pequeñas celdas, en diecisiete de las cuales fueron encontrados unos prisioneros encadenados y en estado de completa idiotez, incluidas cuatro madres con unos niños de aspecto repulsivamente raro. Aquellos niños murieron poco después de ser expuestos a la luz, una circunstancia que los médicos no dudaron en calificar de misericordiosa. De entre las personas que los vieron, ninguna, a excepción de Malone, recordó la sombría pregunta del viejo Delrio: «*An sint unquam daemones incubi et succubae, et an ex tali congressu proles nascia queat?*»

Antes de cegarlos, los canales fueron cuidadosamente dragados, extrayéndose de ellos una fabulosa cantidad de huesos de todos los tamaños, aserrados y astillados. No cabía duda de que la epidemia de raptos tenía su origen allí, aunque únicamente dos de los prisioneros supervivientes pudieron ser relacionados legalmente con ella. Aquellos hombres están ahora en la cárcel, dado que se negaron a admitir su complicidad con los verdaderos asesinos. El pedestal o trono de oro labrado mencionado tan a menudo por Malone como de primordial importancia para el caso no apareció, aunque en un lugar determinado debajo de la casa de Suydam se observó que el canal se hundía en un pozo demasiado profundo para ser dragado. El pozo fue cubierto con los cimientos de los nuevos edificios que se levantaron allí, pero Malone especula con frecuencia acerca de lo que puede haber debajo de aquellos cimientos. La policía, satisfecha por haber desarticulado una peligrosa banda de maníacos y contrabandistas, entregó a las autoridades federales a los inconfesos kurdos, y antes de su deportación se comprobó de un modo concluyente que pertenecían al clan Yezidi de adoradores del diablo. Malone, por su parte, se limita a permanecer silencioso en Chepachet, tranquilizando su sistema nervioso y rogando que el tiempo transporte paulatinamente su terrible experiencia desde el reino de la realidad presente al de la pintoresca y semimítica lejanía.

Robert Suydam descansa al lado de su esposa en el cementerio Greenwood. No se celebró ningún funeral en memoria suya, y sus parientes agradecen el olvido que cayó sobre el caso. En realidad, la relación del erudito con los horrores del Red Hook no quedó nunca legalmente demostrada, dado que su muerte se anticipó a la investigación con la que de otro modo hubiera tenido que enfrentarse. Se habló muy poco de su extraña muerte, y los Suydam confían en que la posteridad pueda recordarle únicamente como a un amable recluso que dedicó su vida al estudio del folklore de los pueblos.

En cuanto al Red Hook, continúa siendo el mismo. Suydam llegó y desapareció; un terror sobrevino y se desvaneció; pero el espíritu del mal sigue reinando en aquellas viejas casas de ladrillo, en cuyas ventanas aparecen y desaparecen las luces y los rostros retorcidos. El horror de épocas pretéritas es una hidra de mil cabezas, y los

cultos prohibidos están arraigados en tradiciones sacrílegas más profundas que el pozo de Demócrito. El alma de la bestia es omnipresente y triunfante, y las legiones de jóvenes legañosos y picados de viruelas del Red Hook continúan cantando y maldiciendo y aullando mientras desfilan de abismo en abismo, empujados por ciegas leyes biológicas que nunca podrán comprender. Como antaño, en el Red Hook entra más gente de la que sale, al menos por el lado de tierra, y circulan ya rumores de que hay nuevos canales subterráneos por los cuales discurre el tráfico de licores y de cosas menos mencionables.

La iglesia-salón de baile es ahora principalmente salón de baile, aunque unos extraños rostros aparecen por la noche en sus ventanas. No hace mucho, un policía expresó su convencimiento de que la cegada cripta había sido excavada de nuevo, con propósitos inconfesables. ¿Quiénes somos nosotros para combatir ponzoñas más antiguas que la Historia y que el genero humano?

Malone no se estremece sin motivo…, ya que hace muy pocos días un oficial oyó a un individuo de sospechosa catadura enseñándole a un niño una extraña invocación, que repetía una y otra vez:

«¡Oh amigo y compañero de la noche, tú que te refocilas con el aullido de los perros y la sangre vertida, que paseas en medio de las sombras entre las tumbas, que gozas derramando sangre y aterrorizando a los mortales, Gorgo, Momio, luna de mil caras, acoge favorablemente nuestros sacrificios!»

LAURA
LA VENTANA ABIERTA
LA FUERZA DEL DESTINO
LA RETICENCIA DE LADY ANNE
EL RATÓN

SAKI

LAURA

No te estarás muriendo, ¿verdad? —preguntó Amanda.

—Tengo permiso del médico para vivir hasta el martes —dijo Laura.

—Pero, hoy estamos a sábado… —murmuró Amanda—. ¡Esto es muy serio!

—No sé si es serio —dijo Laura—. Desde luego, estamos a sábado.

—La muerte siempre es algo serio —dijo Amanda.

—Nunca he dicho que iba a morir. Probablemente dejaré de ser Laura, pero me convertiré en algo. En algún animal, supongo. Verás, cuando alguien no ha sido demasiado bueno en la existencia que acaba de vivir, se reencarna en un organismo inferior. Y yo no he sido muy buena, pensándolo bien. He sido mezquina, ruin y vengativa cuando las circunstancias lo han requerido.

—Las circunstancias no requieren nunca esa clase de cosas —se apresuró a decir Amanda.

—Si no te molesta que lo diga —observó Laura—, Egbert es una circunstancia que requeriría cualquier cantidad de esa clase de cosas. Tú estás casada con él: para ti es distinto; tú has jurado amarle, respetarle y soportarle: yo no estoy atada por ningún juramento.

—No veo qué tiene de malo Egbert —protestó Amanda.

—¡Oh! Me atrevería a decir que lo malo ha estado de mi parte —admitió Laura desapasionadamente—. Egbert ha sido simplemente la circunstancia extenuante. El otro día, por ejemplo, cuando me llevé de paseo a los perros de la granja, armó la marimorena.

—Los perros asustaron a dos gallinas que estaban empollando, haciéndolas huir de sus nidos, y destrozaron los macizos de flores. Ya sabes el cariño que Egbert siente por sus aves y sus flores…

—De todos modos, no era necesario que hablara del asunto durante toda la cena, para terminar diciendo: «No hablemos más de ello», en el preciso instante en que la discusión empezaba a interesarme. Esto provocó una de mis mezquinas venganzas —añadió Laura con una risita—. Al día siguiente, expulsé a todas las gallinas de sus nidos.

—¿Cómo pudiste hacer una cosa así? —exclamó Amanda.

—Fue muy fácil —dijo Laura orgullosamente.

—¡Y nosotros que pensamos que había sido un accidente!

—Verás —dijo Laura—, tengo buenos motivos para suponer que mi próxima encarnación se producirá en un organismo inferior. Seré algún animal. Por otra parte, teniendo en cuenta que no he sido una persona de malos instintos, a mi modo, creo que puedo confiar en que seré un animal elegante y divertido. Una nutria, quizá.

—No puedo imaginarte como una nutria —dijo Amanda.

—Bueno, no creo que puedas imaginarme como a un ángel, si viene al caso —dijo Laura.

Amanda permaneció silenciosa. Laura estaba en lo cierto.

—Personalmente, creo que la vida de una nutria tiene que ser muy agradable —continuó Laura—. Salmón para comer todo el año, y la satisfacción de ser capaz de atrapar a una trucha en su propia guarida, sin tener que esperar horas y horas hasta que la trucha se digne levantarse para alcanzar la mosca que has estado columpiando delante de ella; y una figura esbelta y elegante…

—Piensa en los perros cazadores de nutrias —la interrumpió Amanda—. En lo horrible que es verse perseguida y finalmente atrapada por esos animales.

—No creo que sea peor que morir a pulgadas y a plazo fijo, de sábado a martes; y si los perros acabaran conmigo, me convertiría en otra cosa. Si hubiera sido una nutria razonablemente buena, supongo que volvería a la vida en alguna forma humana; probablemente algo más bien primitivo: un muchachito nubio, moreno y desnudo, quizá.

—Me gustaría que hablaras en serio —suspiró Amanda—. En realidad deberías hacerlo, si sólo vas a vivir hasta el martes.

Laura murió el lunes.

—¡Vaya una inoportunidad! —se quejaba Amanda a su tío político, sir Lulworth Quayne—. Había invitado a un montón de gente a pescar y a jugar al golf…

—Laura fue siempre una muchacha desconsiderada —dijo sir Lulworth—. Se le ocurrió nacer en Semana Santa, cuando teníamos hospedado a un embajador que odiaba a los niños.

—Tenía unas ideas muy raras —dijo Amanda—. ¿Sabe usted si hay precedentes de locura en la familia?

—¿Locura? No, que yo sepa. Su padre vive en West Kensington, pero aparte de eso creo que es una persona normal.

—Laura tenía la idea de que iba a reencarnarse en una nutria —dijo Amanda.

—Se encuentra uno con esas ideas de reencarnación con tanta frecuencia, incluso en Occidente —dijo sir Lulworth—, que no pueden interpretarse como síntoma de locura. Y Laura era una persona tan desconcertante en esta vida, que no me atrevería a vaticinar lo que es capaz de hacer después de muerta.

—¿Cree usted que puede haber asumido realmente alguna forma animal? —preguntó Amanda.

Amanda era una de aquellas personas cuyas opiniones responden a los puntos de vista de los seres que las rodean.

En aquel preciso momento entró Egbert en el comedor, y su aspecto no presagiaba nada bueno.

—Han matado a cuatro de mis mejores gallinas —exclamó—. Las cuatro que pensaba presentar en la exposición avícola del viernes. A una de ellas la arrastraron y se la comieron en medio de aquel plantel de clavellinas que costó tanto dinero y tanto

trabajo… De un solo golpe he perdido mis mejores aves y mis mejores flores: como si el animal que lo hizo supiera cómo causar el mayor daño posible en el más corto espacio de tiempo.

—¿Crees que ha sido un zorro? —preguntó Amanda.

—Yo me inclinaría por una mofeta —opinó sir Lulworth.

—No —dijo Egbert—. Hemos seguido las huellas del animal hasta el arroyo. No cabe duda de que fue una nutria.

Amanda miró furtivamente a sir Lulworth.

Egbert estaba demasiado excitado para comer nada, y se marchó a supervisar los trabajos que se estaban realizando para reforzar las defensas del jardín y de los gallineros.

—Creo que Laura podía haber esperado a que se celebrara el entierro —dijo Amanda, con aire escandalizado.

—Se trata de su propio entierro —dijo sir Lulworth—. Y la etiqueta no dice nada acerca del respeto que uno debe mostrar hacia sus propios restos mortales.

El desprecio de los convencionalismos funerarios fue llevado más lejos al día siguiente; durante la ausencia de la familia con motivo de la ceremonia fúnebre, los supervivientes de la familia gallinácea fueron asesinados. Los macizos de flores sufrieron también graves daños.

—¡Voy a traer unos perros para que acaben con ese inmundo animal! —exclamó furiosamente Egbert.

—¡No puedes hacer una cosa así! —protestó Amanda—. Quiero decir que no estaría bien visto, inmediatamente después del entierro de la pobre Laura.

—Es un caso de necesidad —replicó Egbert—. Esa maldita nutria acabaría destrozándolo todo.

—Ahora que no queda ninguna gallina —sugirió Amanda—, tal vez se marche a otra parte.

—Cualquiera que te oiga diría que tratas de proteger a ese bicho —dijo Egbert.

—Ha habido tan poca agua en el arroyo últimamente… —objetó Amanda—. No creo que sea muy deportivo dar caza a un animal cuando tiene tan pocas posibilidades de buscar refugio en otra parte.

—¡Santo cielo! —exclamó Egbert—. Me importa un pepino lo deportivo de la cuestión. Lo que deseo es acabar con esa bestia lo antes posible.

Incluso la oposición de Amanda se debilitó cuando el domingo siguiente, mientras la familia asistía a los oficios religiosos, la nutria se introdujo en la casa, se apoderó de medio salmón que había en la despensa y lo hizo pedacitos sobre la alfombra persa del estudio de Egbert.

—De seguir así, no pasará mucho tiempo sin que ese asqueroso bicho se esconda debajo de nuestras camas y se dedique a mordernos los pies —dijo Egbert.

Y por lo que Amanda sabía de aquella nutria, la suposición no le pareció descabellada.

La noche anterior al día fijado para la caza, Amanda pasó una solitaria hora paseando junto a la orilla del arroyo, imitando como Dios le daba a entender el ladrido de unos perros. Los que la oyeron llegaron a la caritativa conclusión de que estaba haciendo prácticas para el concurso de imitaciones de animales que formaría parte de las próximas fiestas del pueblo.

Su amiga y vecina, Aurora Barret, la informó de la caza de la nutria.

—No sabes lo que te has perdido. Hemos pasado un día estupendo. La encontramos en seguida, en la balsa que hay debajo mismo de vuestro jardín.

—¿La habéis… matado? —preguntó Amanda.

—Desde luego. Era una nutria muy bonita. Por cierto que estuvo a punto de morder a tu marido… ¡Pobre animal! ¡Casi sentí lástima por él cuando lo mataron!… Tenía una expresión casi humana en los ojos. Dirás que soy una tonta, pero, ¿sabes a quién me recordó aquella mirada? ¡Querida mía! ¿Qué te pasa?

Cuando Amanda se hubo recobrado hasta cierto punto de su ataque de neurastenia, Egbert se la llevó al Valle del Nilo para que completara allí su convalecencia. El cambio de escenario obró milagros y contribuyó a hacerle recuperar rápidamente la salud y el equilibrio mental. Las andanzas de una nutria aventurera deseosa de variar un poco de dieta se le aparecieron bajo una luz adecuada. El temperamento normalmente apacible de Amanda hizo el resto. Ni siquiera el huracán de maldiciones, proferidas a voz en grito y procedentes de la habitación de su marido, con la voz de éste pero con un vocabulario que no era el de Egbert, consiguieron alterar su serenidad aquella noche, mientras se arreglaba cuidadosamente para salir. Estaban en un hotel de El Cairo.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Amanda con divertida curiosidad.

—¡Esa bestezuela, que ha tirado todas mis camisas limpias a la bañera, llena de agua! ¡Espera a que te eche la mano encima, granuja!

—¿De quién estás hablando? —preguntó Amanda, reprimiendo el deseo de echarse a reír.

El lenguaje de Egbert era completamente inadecuado para expresar sus ultrajados sentimientos.

—De un chiquillo nubio, moreno y desnudo —estalló finalmente Egbert.

Y ahora Amanda está gravemente enferma.

LA VENTANA ABIERTA

Mi tía no tardará en bajar, míster Nuttel —dijo una damita de quince años, muy segura de sí misma—. Entretanto, tendrá usted que conformarse con mi compañía.

Framton Nuttel trató de decir algo que resultara halagador para la sobrina del momento sin menoscabo de la tía próxima a aparecer. En su fuero íntimo, dudó más que nunca de que aquellas visitas de cumplido a una serie de personas completamente desconocidas le ayudaran mucho en la cura de nervios a que estaba sometido.

«Sé lo que va a pasar —había dicho su hermana mientras Framton se disponía a emigrar a aquel retiro rural—. Te enterrarás allí, sin hablar con nadie, y tus nervios empeorarán, en vez de mejorar. Te daré unas cartas de presentación para todas las personas que conozco allí. Algunas de ellas, por lo que puedo recordar, eran encantadoras.»

Framton se preguntó si mistress Sappleton, la dama a la cual iba a presentar una de las cartas de su hermana, pertenecía a aquella última categoría.

—¿Conoce usted a mucha gente de por aquí? —preguntó la sobrina, cuando consideró que ya habían tenido una suficiente comunicación silenciosa.

—No conozco a nadie —confesó Framton—. Mi hermana pasó una temporada aquí, hace unos años, y me ha dado unas cartas de presentación para varias personas.

Hizo la última afirmación en tono de evidente pesar.

—Entonces, ¿no sabe usted prácticamente nada acerca de mi tía? —inquirió la curiosa damita.

—Sólo su nombre y dirección —admitió el visitante.

Se estaba preguntando si mistress Sappleton era casada o viuda. En la estancia había algo indefinible que sugería una presencia masculina.

—Su gran tragedia ocurrió hace tres años —dijo la chiquilla—. Debió de ser en la época en que su hermana estuvo aquí.

—¿Su tragedia? —preguntó Framton.

En aquel apacible rincón, las tragedias parecían fuera de lugar.

—Tal vez se haya preguntado usted por qué tenemos esa ventana abierta de par en par en una tarde de octubre —dijo la sobrina, señalando hacia un amplio ventanal que se abría al jardín.

—Hace bastante calor para esta época del año —dijo Framton—. Pero, ¿qué tiene que ver esa ventana con la tragedia?

—A través de esa ventana, hace tres años, salieron a cazar el marido de mi tía y sus dos hermanos, más jóvenes que ella. Nunca regresaron. Mientras cruzaban el pantano, dirigiéndose a su puesto de acecho favorito, se hundieron en las aguas fangosas. El verano había sido desacostumbradamente húmedo, y algunos lugares que otros años podían cruzarse sin peligro, cedían repentinamente sin previo aviso. Los cadáveres no pudieron ser localizados. Eso fue lo más espantoso de todo. La

pobre tía cree que su marido y sus hermanos regresarán algún día, acompañados por el perrito de aguas que se perdió con ellos, y que entrarán por esa ventana tal como tenían por costumbre hacer. Por eso la ventana no se cierra nunca. ¡Pobre tía! A menudo me cuenta cómo se marcharon, su marido con su impermeable blanco doblado sobre el brazo, y Ronnie, el menor de los hermanos, cantando: «*Bertie, ¿por qué saltas?*», como hacía siempre para fastidiarla, porque ella decía que la canción le atacaba los nervios. A veces, ¿sabes?, en los atardeceres tranquilos como éste, tengo la horrible sensación de que de un momento a otro aparecerán a través de esa ventana…

La chiquilla se interrumpió con un repentino estremecimiento. Framton se sintió muy aliviado al ver aparecer a la tía, la cual se disculpó por haberle hecho esperar.

—Confío en que Vera le habrá entretenido —dijo mistress Sappleton.

—Me ha contado cosas muy interesantes —dijo Framton.

—Espero que no le importará que la ventana esté abierta —dijo mistress Sappleton vivamente—. Mi marido y mis hermanos no tardarán en regresar de una cacería, y tienen la costumbre de entrar por la ventana. Han ido al pantano, de modo que dejarán mis pobres alfombras hechas un asco. ¡Qué le vamos a hacer! Bueno, ¿lo pasa usted bien aquí, míster Nuttel?

Mistress Sappleton continuó hablando alegremente de la caza y de lo que escaseaban las aves acuáticas últimamente. Para Framton, aquella conversación resultaba horrible. Hizo un esfuerzo tan desesperado como inútil para desviar la conversación hacia un tema menos lúgubre; se daba cuenta de que su anfitriona sólo le dedicaba una parte de su atención, y de que los ojos de mistress Sappleton se volvían continuamente hacia la ventana abierta y el jardín que se extendía más allá.

—Los médicos estuvieron de acuerdo en recomendarme un absoluto descanso, diciéndome que procurara evitar toda excitación mental y toda clase de ejercicio físico violento —anunció Framton, el cual alimentaba la ilusión, bastante extendida, de que los desconocidos y los conocidos casuales están hambrientos de detalles acerca de las enfermedades del prójimo, de su causa y de su proceso curativo—. En lo que no se mostraron de acuerdo fue en la cuestión de la dieta —continuó.

—¿No? —inquirió mistress Sappleton, reprimiendo a duras penas un bostezo.

Luego, sus ojos se iluminaron súbitamente con una expresión interesada…, aunque no por lo que Framton estaba diciendo.

—¡Por fin! ¡Ahí están! —exclamó—. ¡Llegan a tiempo para el té! ¡Y vienen cubiertos de barro hasta los ojos!

Framton se estremeció ligeramente y se volvió hacia la sobrina para expresarle silenciosamente su comprensión. La chiquilla miraba fijamente a través de la ventana abierta con una expresión de asombrado horror. Poseído de un súbito e inexplicable temor, Framton se volvió en su asiento y miró en la misma dirección.

A la macilenta luz del crepúsculo, tres figuras avanzaban a través del jardín en dirección a la ventana; las tres llevaban una escopeta debajo del brazo, y una de ellas

lucía un impermeable blanco que se había echado por encima de los hombros. Iban acompañadas por un perrito de aguas. Avanzaban en silencio hacia la casa, y de repente una voz juvenil empezó a cantar: «*Bertie, ¿por qué saltas?*»

Framton empuñó salvajemente su sombrero y su bastón; cruzó precipitadamente el vestíbulo, echó a correr por el caminito de grava, y al llegar a la carretera estuvo a punto de chocar contra un ciclista, el cual tuvo que echarse a la cuneta para evitar la aparatosa colisión.

—¡Hola, querida! —dijo el hombre del impermeable blanco, entrando a través de la ventana—. Nos hemos cubierto de barro, pero ya está casi seco. ¿Quién era ese tipo que ha salido corriendo como alma que lleva el diablo cuando nosotros llegábamos?

—Un hombre muy raro, un tal míster Nuttel —dijo mistress Sappleton—. Sólo sabía hablar de sus enfermedades, y en cuanto os ha visto llegar ha salido huyendo, sin despedirse ni disculparse. Como si hubiera visto a un fantasma.

—Supongo que ha sido por el perro —dijo la sobrina tranquilamente—. Me estuvo contando que los perros le inspiran terror. En cierta ocasión se vio obligado a refugiarse en un cementerio, situado a orillas del Ganges, para escapar a la persecución de dos perros vagabundos. Pero los perros le siguieron hasta el interior del recinto, y tuvo que pasar la noche en una tumba recién excavada, con los dos animales gruñendo y babeando encima de su cabeza. Una cosa así es capaz de destrozarle los nervios a cualquiera.

Las fábulas improvisadas eran su especialidad.

LA FUERZA DEL DESTINO

A la agonizante luz de una sombría tarde de otoño, Martin Stoner avanzaba a lo largo de caminos cubiertos de barro que le conducían no sabía exactamente adónde. Imaginaba que en alguna parte, delante de él, se extendía el mar, y sus pasos parecían volverse insistentemente hacia el mar; no hubiese podido explicar por qué se encaminaba a aquel objetivo, pero lo cierto es que la fuerza del Destino le empujaba incansablemente. El hambre, el cansancio y la desesperación habían nublado su cerebro, y apenas tenía energías para preguntarse a sí mismo acerca del impulso subterráneo que le conducía en aquella dirección. Stoner era uno de esos desdichados individuos que parecen haberlo intentado todo; una indolencia y una despreocupación innatas habían intervenido siempre para cegar cualquier posibilidad de éxito, incluso moderado, y ahora se encontraba sin saber ya qué hacer. La desesperación no había despertado en él ninguna reserva dormida de energía; por el contrario, los sucesivos fracasos provocaron en él una especie de letargo mental, cada vez mayor. Todas sus pertenencias consistían en las ropas que llevaba y medio penique; no tenía ningún amigo ni conocido a quien recurrir, ninguna perspectiva de una cama para pasar la noche ni de una comida para el día siguiente. Martin Stoner se limitaba a andar estólidamente, entre matorrales húmedos y árboles goteantes, con la mente casi en blanco, excepto por la impresión subconsciente de que en alguna parte delante de él se extendía el mar. Otra sensación le acometía de cuando en cuando: el conocimiento de que tenía un hambre atroz. De repente, se detuvo junto al abierto portillo de una verja que conducía a una espaciosa y descuidada casa de labor; las señales de vida escaseaban, y la casa de labor tenía un aspecto frío e inhóspito. Sin embargo, había empezado a llover, y Stoner pensó que tal vez allí pudiera obtener refugio momentáneo y comprar un vaso de leche con la última moneda que le quedaba. Avanzó lentamente por el sendero que se iniciaba en la verja y terminaba en una puerta lateral. Antes de que pudiera llamar se abrió la puerta y un anciano encorvado, de cabellos blancos, se hizo a un lado en el umbral como para cederle el paso.

—¿Puedo entrar? —inquirió Stoner—. Está lloviendo, y…

Pero el anciano le interrumpió.

—Pase, master Tom. Sabía que regresaría usted uno de estos días.

Stoner cruzó el umbral y se quedó mirando al anciano con aire desconcertado.

—Siéntese, mientras le preparo algo para cenar —dijo el anciano en tono deferente.

Stoner estaba muy cansado, y se dejó caer de un modo casi inconsciente en el sillón que el anciano le había acercado. Un momento después estaba devorando la carne fría, el queso y el pan colocados sobre la mesa, a su lado.

—Ha cambiado usted muy poco £n estos cuatro años —continuó el anciano, con una voz que a Stoner le pareció que procedía de un sueño, lejana e incongruente—, pero a nosotros nos encontrará muy cambiados, desde luego. Por estos alrededores no

queda ninguna de las personas que vivían aquí cuando usted se marchó, aparte de mí mismo y de su anciana tía. Iré a decirle que ha regresado usted; no vendrá a verle, pero no pondrá ningún impedimento para que se quede. Siempre ha dicho que si usted regresaba podría quedarse, pero que ella no volvería a poner los ojos sobre usted ni a dirigirle la palabra.

El anciano colocó una jarra de cerveza sobre la mesa delante de Stoner y luego se alejó por un largo pasillo. La lluvia había redoblado en intensidad y ahora repiqueteaba furiosamente contra la puerta y las ventanas. El vagabundo pensó con un estremecimiento en el aspecto que tendría la orilla del mar bajo aquella implacable lluvia y con la oscuridad envolviéndolo todo. Se bebió la cerveza y permaneció sentado, esperando el regreso de su extraño huésped. A medida que transcurrían los minutos, una nueva esperanza empezaba a aletear y a crecer en la mente del joven: era simplemente la expansión de su anterior anhelo por un poco de comida y unos momentos de reposo bajo un techo hospitalario. El sonido de unos pasos le anunció el regreso del anciano criado.

—La señora no quiere verle, master Tom, pero dice que puede usted quedarse. Es lo justo, puesto que la casa pasará a ser de su propiedad cuando la señora cierre los ojos definitivamente. He encendido un fuego en su habitación, master Tom, y la doncella ha puesto sábanas limpias en la cama. Lo encontrará todo igual. Tal vez esté usted cansado y quiera acostarse en seguida…

Sin hacer ningún comentario, Martin Stoner se puso en pie y siguió al providencial anciano a lo largo de un pasillo y de una crujiente escalera hasta una habitación en la cual ardía un alegre fuego. En la habitación había muy pocos muebles, anticuados aunque excelentes en su estilo; una ardilla disecada en una vitrina y un calendario de pared de cuatro años atrás eran los únicos elementos decorativos. Pero Stoner no tuvo ojos más que para la cama, y desvistiéndose rápidamente se dejó caer en ella. El Destino parecía haber hecho una breve parada en su incansable carrera.

A la fría luz de la mañana Stoner sonrió sin alegría al darse cuenta de la situación en que se encontraba. Tal vez consiguiera un buen desayuno y pudiera marcharse en paz antes de que alguien descubriera el fraude —involuntario, pero fraude, a fin de cuentas— que estaba cometiendo. En la habitación de la planta baja encontró al encorvado anciano, el cual había preparado ya un plato de huevos fritos cor jamón para el desayuno de «master Tom», en tanto que una sirvienta de edad madura y rostro avinagrado le servía una taza de té. Cuando Stoner se sentó a la mesa, un pequeño perro de aguas se le acercó en actitud amistosa.

—Es el hijo de la vieja *Bowker* —explicó el anciano, al cual la sirvienta de rostro avinagrado había llamado George—. Estaba muy encariñada con usted; no volvió a ser la misma después de que usted se marchó a Australia. Murió hace cosa de un año. Éste es su hijo.

Stoner encontró difícil lamentar la muerte de la perra; como testigo para

identificarle, hubiera dejado algo que desear.

—¿Va a dar usted un paseo a caballo? —inquirió a continuación el anciano—. Tenemos un pequeño ruano que soporta muy bien la silla. El viejo *Biddy* se ha vuelto un poco cascarrabias con el paso de los años, de modo que he pensado que preferiría usted montar el ruano.

—No estoy preparado para montar —murmuró Stoner, dirigiendo una significativa mirada a sus raídas ropas.

—Master Tom —se apresuró a decir el anciano, casi con aire ofendido—, todas sus cosas están tal como las dejó. Bastará con airearlas un poco. Creo que el cabalgar le servirá de distracción. La gente de estos alrededores está mal predispuesta hacia usted. No han olvidado ni perdonado. Nadie vendrá a visitarle, de modo que lo mejor que puede hacer es distraerse todo lo que pueda con el caballo y el perro. No son mala compañía.

El anciano George se marchó a dar sus órdenes, y Stoner, sintiéndose más que nunca como en un sueño, subió a examinar la guardarropía de «master Tom». Montar a caballo era uno de sus placeres favoritos, y el hecho de que ninguno de los antiguos compañeros de Tom estuviera dispuesto a prestarle atención representaba cierta protección contra el descubrimiento inmediato de su impostura.

Mientras escogía algunas prendas aptas para cabalgar, Stoner se preguntó vagamente qué fechoría habría cometido el auténtico Tom para que todo el mundo estuviera en contra de él.

Poco después olvidaba toda reflexión para entregarse sin reservas al placer de la equitación, por los mismos caminos embarrados que el día anterior había recorrido como un mendigo. En una revuelta, aminoró el paso del ruano para permitir que dos carretas penetraran en un campo. Los muchachos que conducían las carretas encontraron tiempo para dirigirle una prolongada mirada, y cuando empezaba a alejarse Stoner oyó una excitada voz que decía:

«¡Es Tom Prike! ¡Le he reconocido perfectamente!»

Evidentemente, el parecido que había engañado desde muy cerca a un decrépito anciano, era lo bastante bueno como para confundir a unos ojos más jóvenes a corta distancia.

En el curso de su paseo, Stoner tuvo ocasión de comprobar lo cierto de la afirmación de que la gente de los alrededores no había olvidado ni perdonado el delito que pesaba sobre él como un legado del ausente Tom. Miradas enfurruñadas, murmullos y significativos codazos acogían su paso. El hijo de *Bowker*, trotando plácidamente a su lado, era el único elemento amistoso en un mundo hostil.

Mientras desmontaba junto a la casa divisó fugazmente el rostro de una mujer delgada y anciana que le observaba desde una de las ventanas del piso, oculta detrás de los visillos.

Evidentemente, se trataba de su tía adoptiva.

Le habían preparado un sustancioso almuerzo. Mientras daba cuenta de él, Stoner

pasó revista a las posibilidades de su extraordinaria situación. El verdadero Tom, después de cuatro años de ausencia, podía presentarse repentinamente en la casa; en cualquier momento podía llegar una carta suya… También, en su calidad de heredero de la propiedad, el falso Tom podía verse llamado a firmar documentos, lo cual sería una disyuntiva embarazosa. O podía presentarse algún pariente que no imitara la actitud de distanciamiento de la tía. Todas esas cosas significaban un ignominioso riesgo. La otra alternativa era el campo abierto y los caminos embarrados que conducían al mar. La casa de labor le ofrecía un refugio temporal; la agricultura era una de las muchas cosas que Stoner había «intentado», y podía realizar cierta cantidad de trabajo a cambio de la hospitalidad a la cual no tenía derecho.

—¿Querrá usted tocino frío para cenar —preguntó la sirvienta de rostro avinagrado, mientras levantaba la mesa—, o lo prefiere caliente?

—Caliente, con cebollas —dijo Stoner.

Era la única vez en su vida que había tomado una rápida decisión. Y mientras daba la orden, supo que estaba dispuesto a quedarse.

Stoner se mantuvo rígidamente en aquellos sectores de la casa que parecían haberle sido asignados por un tácito acuerdo de delimitación. Cuando tomaba parte en los trabajos del campo, lo hacía como un jornalero a sueldo y nunca los iniciaba. El anciano George, el ruano y el cachorro de *Bowker* eran sus únicos compañeros en un mundo glacialmente silencioso y hostil. Nunca veía a la dueña de la casa. En cierta ocasión, sabiendo que la anciana había salido, hizo una furtiva visita al salón de la casa en una tentativa de adquirir algún conocimiento acerca del joven cuyo puesto había usurpado y cuya mala reputación había recaído sobre él. Vio muchas fotografías colgadas de las paredes, pero no encontró entre ellas el parecido que andaba buscando. Finalmente, en un álbum colocado fuera de la vista, localizó el objeto de sus pesquisas. Había toda una serie de fotografías: un robusto chiquillo de tres años, con un vestido inverosímil, un desgarbado muchacho de once o doce años, empuñando un mazo de cricket con aire de disgusto, un joven bien parecido de dieciocho años, de cabellos lisos y cuidadosamente peinados, y, finalmente, el mismo joven, algo mayor, con una expresión audaz y algo cínica. Stoner se fijó de un modo especial en este último retrato: su parecido era indiscutible.

De labios del anciano George, que era bastante parlanchín sobre la mayoría de temas, trató de enterarse de la naturaleza del delito que había desencadenado sobre él la animadversión y el odio de las gentes.

—¿Qué es lo que dice la gente de mí? —preguntó Stoner un día, mientras regresaba del campo con George.

El anciano sacudió la cabeza.

—Están resentidos con usted, master Tom, muy resentidos. Éste es un mal asunto, un mal asunto.

Y no hubo modo de que dijera algo que aclarara la cuestión.

Una fría mañana, pocos días antes de Navidad, Stoner se encontraba en un rincón

del huerto desde el cual se dominaba un amplio panorama de la región. Detrás de él se erguía la fea y silenciosa casa de labor, donde nadie reía nunca, donde incluso un altercado hubiera parecido alegre. De pronto, se abrió una puerta y por ella asomó el anciano George. Stoner oyó que le llamaba en tono de ansiedad. Inmediatamente supo que algo malo había sucedido, y en un rápido cambio de perspectiva su santuario se convirtió a sus ojos en un lugar de paz y satisfacción, del cual temía ser expulsado.

—Master Tom —dijo el anciano con un ronco susurro—, tendrá usted que ausentarse unos días. Michael Ley se ha presentado en la aldea, y ha jurado matarle en cuanto le eche la vista encima. En sus ojos había una expresión asesina, y cumplirá su palabra. De modo que lo mejor será que se marche usted al amparo de la noche. Dentro de una semana podrá regresar: Ley ya se habrá marchado.

—Pero, ¿adonde voy a ir? —tartamudeó Stoner, que había captado el evidente terror del anciano.

—Siga a lo largo de la costa hasta Punchford, y ocúltese allí. Cuando Michael se haya marchado, iré con el ruano hasta la posada del Dragón Verde de Punchford; cuando vea usted al ruano en el Dragón Verde, puede regresar sin ningún temor.

—Pero… —empezó a decir Stoner, con aire vacilante.

—No se preocupe por el dinero —le interrumpió el anciano—. La señora está de acuerdo en que lo mejor que puede hacer es lo que yo digo, y me ha dado esto.

George le entregó tres soberanos y algunas monedas de plata.

Aquella noche, mientras cruzaba el portillo trasero de la casa de labor con el dinero de la anciana en el bolsillo, Stoner se sintió más embaucador que nunca. El anciano George y el cachorro de *Bowker* le contemplaban desde el patio en una silenciosa despedida. Stoner no se imaginaba a sí mismo regresando, y experimentó cierta lástima hacia aquellos fieles amigos que esperarían ansiosamente su regreso. Tal vez algún día se presentara el verdadero Tom, y aquellas gentes sencillas se devanaran los sesos pensando en la identidad del misterioso huésped que habían albergado bajo su techo. Stoner no experimentaba la menor ansiedad por su propia suerte; tres libras son muy poca cosa para abrirse camino en el mundo, pero a un hombre que ha contado su capital en peniques no dejan de parecerle un buen punto de partida. La fortuna parecía haber cambiado de signo para Stoner, que ahora no descartaba la posibilidad de encontrar un empleo y empezar de nuevo. A medida que se alejaba de la casa de labor, su optimismo iba en aumento. Se sentía aliviado al recobrar de nuevo su perdida identidad y dejar de ser el fantasma de otra persona. Apenas se molestó en pensar en el implacable enemigo que se había ensañado con él durante todo el curso de su vida. Por primera vez en muchos meses empezó a tararear una alegre canción.

Súbitamente, se hizo visible un hombre que había permanecido emboscado detrás de una corpulenta encina, un hombre que empuñaba una escopeta. No era necesario preguntar quién podía ser; la luz de la luna, cayendo sobre su pálido rostro, reveló

una expresión de odio irracional, inhumano. Stoner dio un salto de costado, en una salvaje tentativa para escapar de la amenaza mortal del arma. Esfuerzo inútil. La fuerza del Destino le había empujado hasta allí, y no podía eludir el inevitable final.

LA RETICENCIA DE LADY ANNE

EGBERT entró en el amplio salón, débilmente iluminado, con el aire de un hombre que no está seguro del lugar en el cual penetra, que lo mismo puede ser un palomar que una fábrica de bombas, y, por lo que pueda ocurrir, está preparado para lo peor. La discusión que se había producido durante el almuerzo no había llegado a un final definido, y el problema consistía en saber si lady Anne estaba dispuesta a renovar o a olvidar las hostilidades. Su postura en el sillón junto a la mesita de té era más bien rígida; a la difusa claridad de una tarde de diciembre, las gafas de Egbert no le ayudaban a descifrar la expresión del rostro de su esposa.

Para romper el hielo que pudiera flotar en la superficie, Egbert hizo una observación acerca de lo rápidamente que se acortaban los días. Lady Anne o él estaban acostumbrados a hacer aquella observación, entre las cuatro y media y las seis, todas las tardes de invierno: formaba parte de su vida matrimonial. El otro cónyuge no tenía la obligación de asentir, y en esta ocasión lady Anne permaneció callada.

Don Tarquinio estaba tendido sobre la alfombra persa, tostándose al fuego con olímpica indiferencia hacia el posible mal humor de lady Anne. Su árbol genealógico era tan inmaculadamente persa como la alfombra, y su pelaje estaba entrando en la gloria de su segundo invierno. El criado, que tenía tendencias renacentistas, le había bautizado con el nombre de *Don Tarquinio*. Por su propio impulso, Egbert y lady Anne le hubieran llamado indefectiblemente *Fluff*, pero no eran obstinados.

Egbert se sirvió una taza de té. En vista de que lady Anne no tomaba la iniciativa para romper el silencio, efectuó otra tímida tentativa.

—Mi observación durante el almuerzo tenía una aplicación puramente académica —anunció—. Pareces haberle atribuido un significado innecesariamente personal…

Lady Anne mantuvo su defensiva barrera de silencio. El pinzón real llenó perezosamente el intervalo con unos compases de *Ifigenia en Tauride*. Egbert los reconoció inmediatamente, ya que era la única melodía que el pinzón real silbaba, y lo habían adquirido por la fama que tenía de silbarla, precisamente. Egbert y lady Anne hubiesen preferido algún fragmento de *Los Alabarderos de la Reina*, que era su ópera favorita. En materia artística, tenían gustos similares. En pintura, por ejemplo, se inclinaban hacia los cuadros explícitos, que contaban su propia historia, con una generosa ayuda por parte del título. Un corcel de guerra sin jinete, tambaleándose en un patio lleno de mujeres pálidas y a punto de desmayarse, y con la nota marginal: «Malas noticias», sugería a sus mentes una clara interpretación de alguna catástrofe militar. Podían ver lo que significaba, y explicarlo a amigos de inteligencia más obtusa.

El silencio continuó. Por regla general, el resquemor de lady Anne se hacía articulado y notablemente voluble después de cuatro minutos de mudez preparatoria. Egbert cogió la jarra de la leche y vertió parte de su contenido en el platillo de *Don*

Tarquinio; dado que el platillo ya estaba lleno hasta el borde, la leche se derramó. *Don Tarquinio* hizo caso omiso a la invitación de Egbert para que se acercara a lamer la leche vertida. *Don Tarquinio* estaba preparado para desempeñar muchos papeles en la vida, pero el de limpiador de alfombras no era uno de ellos.

—¿No crees que nos estamos portando como dos tontos? —dijo Egbert alegremente.

Si lady Anne lo creía así, no lo manifestó.

—Bueno, en parte, la culpa ha sido mía —continuó Egbert, sintiendo evaporarse su jovialidad—. Después de todo, soy humano, ¿sabes? Pareces olvidar que soy humano.

Insistió en aquel punto, como si alguien hubiese sugerido infundadamente que estaba construido a estilo Sátiro, con prolongaciones cabrunas donde terminaba lo humano.

El pinzón real volvió a silbar el fragmento de *Ifigenia en Tauride*. Egbert empezó a sentirse deprimido. Lady Anne no bebía su té. Tal vez se encontraba indispuesta. Pero cuando lady Anne se encontraba indispuesta no se sentía inclinada a mostrarse reticente sobre el tema. «Nadie sabe lo que me hacen sufrir las malas digestiones» era una de sus afirmaciones favoritas; aunque la falta de conocimiento sólo podía obedecer a una defectuosa escucha: la cantidad de información obtenible sobre el tema hubiera suministrado material para una monografía.

Evidentemente, lady Anne no se encontraba indispuesta.

Egbert empezó a pensar que estaba siendo irrazonablemente maltratado; naturalmente, empezó a hacer concesiones.

—Confieso —declaró— que no me he portado demasiado bien. Y estoy dispuesto a cambiar de vida, si con ello puedo arreglar las cosas entre nosotros…

Se preguntó vagamente cómo le sería posible cambiar de vida. Cuando un hombre llega a cierta edad, hay hábitos que se han hecho inextirpables.

Lady Anne no pareció impresionarse lo más mínimo ante la declaración de su esposo.

Egbert la miró nerviosamente a través de sus gafas. Aquel prolongado silencio, que le obligaba a monologar absurdamente, era para él una humillante novedad.

—Voy a vestirme para la cena —anunció súbitamente, tratando de dar a su voz un tono de justificado resentimiento.

Al llegar a la puerta del salón, un ataque final de debilidad le impulsó a formular una última llamada a la cordura conyugal.

—¿No crees que nos estamos portando como dos tontos? —inquirió.

Lady Anne continuó rígida en su sillón, sumida en el mismo glacial silencio.

«¡Estúpido!», fue el comentario mental de *Don Tarquinio*, mientras la puerta se cerraba detrás de Egbert.

A continuación, *Don Tarquinio* se incorporó sobre sus aterciopeladas zarpas y saltó ágilmente sobre una librería situada inmediatamente debajo de la jaula del

pinzón real. Parecía haberse dado cuenta por primera vez de la existencia del pájaro, pero en realidad no hacía más que poner en práctica un plan cuidadosamente elaborado por su mente gatuna hacía bastante tiempo.

El pinzón real, intuyendo el peligro que representaba la proximidad de *Don Tarquinio,* se encogió repentinamente hasta ocupar un tercio de su volumen normal; luego empezó a agitar desesperadamente las alas, acompañando el gesto con un desvalido piar.

Había costado veintisiete chelines sin la jaula, pero lady Anne no movió un solo dedo en su defensa.

Hacía más de dos horas que lady Anne estaba muerta.

EL RATÓN

THEODORIC Voler había sido criado, desde la infancia hasta los confines de la edad madura, por una madre cariñosa cuyo principal cuidado fue el de mantenerle a salvo de lo que ella llamaba las realidades más ásperas de la vida. Cuando murió, dejó a Theodoric solo en un mundo que era tan real como siempre, y mucho más áspero de lo que él consideraba necesario. Para un hombre de su crianza y temperamento, un simple viaje en ferrocarril estaba lleno de molestias y de contratiempos. Aquella mañana de septiembre, mientras se instalaba en un compartimiento de segunda clase, Theodoric Voler tenía conciencia de lo irritado de sus sentimientos y de su pésimo estado de ánimo. Había pasado unos días en casa de unos amigos que vivían en el campo, y las incomodidades de aquella existencia, que él calificaba de rupestre, se le habían hecho insoportables. Para colmo de males, el carruaje que tenía que llevarle a la estación no estaba preparado a la hora prevista y no hubo modo de encontrar al cochero. Theodoric, con silencioso pero muy intenso disgusto, se vio obligado a colaborar con la hija de su anfitrión en la tarea de aparejar al caballo en un cobertizo mal iluminado al cual daban el nombre de establo y que olía muy poco a establo…, excepto en aquellos lugares donde olía a ratones. Sin que pudiera decirse que le asustaban los ratones, Theodoric los clasificaba entre los incidentes más ásperos de la vida, y consideraba que la Providencia, con un pequeño ejercicio de valor moral, debió reconocer hacía ya mucho tiempo que no eran indispensables, y haberlos retirado de la circulación.

Mientras el tren se deslizaba fuera de la estación, la nerviosa imaginación de Theodoric le acusaba a sí mismo de exhalar un leve olor a establo, y posiblemente de lucir alguna brizna de paja en su traje, habitualmente impecable. Por fortuna, el único ocupante del compartimiento, aparte del propio Theodoric, una dama de edad mediana, parecía más inclinada al sueño que al escrutinio; el tren no se detendría hasta la estación en la cual debía apearse Theodoric, dentro de una hora, aproximadamente; y el vagón era de un modelo anticuado, sin ninguna comunicación con un pasillo. En consecuencia, no era probable que el semiaislamiento de Theodoric se viera interrumpido por la presencia de otros compañeros de viaje.

Sin embargo, apenas el tren había alcanzado su velocidad normal cuando Theodoric tuvo conciencia de que no estaba solo con la soñolienta dama; de que ni siquiera estaba solo en sus propias ropas. Un cálido y serpenteante movimiento sobre su carne traicionó la desagradable presencia, invisible pero acerba, de un descarriado ratón, el cual era evidente que se había introducido en su actual refugio durante el episodio del aparejamiento del caballo. Unas furtivas sacudidas y unos pellizcos salvajemente aplicados fracasaron en su propósito de desalojar al intruso; el ocupante legal de las ropas se retrepó contra el respaldo del asiento, pensando furiosamente, tratando de encontrar algún medio que le permitiera poner término a aquella doble posesión. No podía imaginarse a sí mismo durante toda una hora en la horrible

situación de un refugio para ratones vagabundos (su fantasía había doblado ya, como mínimo, el número de los invasores). Por otra parte, lo único que le libraría de su atormentador sería el desvestirse, aunque fuera parcialmente: pero la idea de hacerlo delante de una dama era una idea que hizo enrojecer de vergüenza a Theodoric.

Y, sin embargo…, en este caso la dama parecía estar profundamente dormida; y el ratón, por su parte, empezaba a dar muestras de una extraña afición escaladora. Si hay algo de cierto en la teoría de la transmigración, en su estado anterior aquel ratón debió de ser un miembro del Club Alpino. De cuando en cuando, el animalito perdía pie y resbalaba un par de centímetros piel abajo; y entonces, asustado, o más probablemente enfurecido, mordía. Theodoric se vio abocado a la empresa más audaz de su vida. Enrojeciendo como una amapola y manteniendo una mirada agonizante sobre su dormida compañera, ató rápida y silenciosamente los extremos de su manta de viaje a la ventanilla y a la portezuela del compartimiento, estableciendo así una cortina protectora. Inmediatamente empezó a despojarse de sus ropas. Mientras el sorprendido ratón daba un salvaje salto hasta el suelo, la manta, mal atada, seguía el mismo camino, y casi simultáneamente la viajera abrió los ojos. Con un movimiento casi tan rápido como el del ratón, Theodoric saltó sobre la manta y se envolvió con ella hasta la barbilla, retirándose al rincón más apartado del compartimiento. La sangre latía furiosamente en las venas de su cuello y de sus sienes, mientras esperaba el asombrado comentario de la dama. Ésta, sin embargo, se limitó a dirigir una silenciosa mirada a su angustiado compañero. ¿Qué es lo que había visto, se preguntó Theodoric, y qué diablos debía opinar de su actual posición?

—Creo que he atrapado un resfriado —murmuró, desesperadamente.

—¡Cuánto lo siento! —respondió la dama—. Precisamente iba a preguntarle si no tenía inconveniente en abrir la ventanilla.

—Imagino que se trata de malaria —añadió Theodoric, temblando como un azogado.

—Tengo un poco de coñac en mi bolso —dijo su compañera—. Si es tan amable y quiere alcanzármelo…

—Por nada del mundo… quiero decir que soy abstemio, que nunca pruebo el alcohol —se apresuró a declarar Theodoric.

—Supongo que la cogería usted en los trópicos…

Theodoric, cuyas relaciones con los trópicos se limitaban al envío anual de un cajón de té que le hacía un tío que vivía en Ceilán, notó que incluso la malaria le estaba abandonando. ¿Sería posible, se preguntó, informar a la dama acerca del verdadero estado de sus asuntos a pequeñas dosis?

—¿Le asustan a usted los ratones? —inquirió, Theodoric tanteando el terreno.

—No, a menos que se presenten en grandes cantidades, como los que se comieron al obispo Hatto. ¿Por qué me lo pregunta?

—Hace unos momentos tenía un ratón metido entre mis ropas —dijo Theodoric con una voz que apenas reconoció como suya—. Una situación comprometida,

¿verdad?

—Desde luego —asintió la dama—. Los ratones tienen unas ideas muy raras.

—Tuve que librarme de él mientras usted dormía —continuó Theodoric; luego, tragando saliva, añadió—: Por eso me encuentro… así.

—No creo que el librarse de un ratón provoque un resfriado —dijo la dama, con una ligereza que Theodoric encontró abominable.

Evidentemente, la dama se estaba divirtiendo con aquella situación. Toda la sangre de Theodoric parecía haberse movilizado en dirección a sus mejillas, y una agonía de degradación, peor que una miríada de ratones, reptaba arriba y abajo sobre su alma. Y luego, a medida que la reflexión se abría paso en su cerebro, su sentimiento de humillación fue convirtiéndose en un intenso terror. A cada minuto que transcurría, el tren se acercaba un poco más a su estación de destino, donde el par de ojos que le contemplaban desde el otro extremo del compartimiento se convertirían en docenas y docenas… Quedaba la leve posibilidad de que, en los minutos siguientes, su compañera de viaje volviera a quedarse dormida. Pero Theodoric tuvo que renunciar a aquella remota esperanza: la dama se había desvelado definitivamente y mantenía los ojos muy abiertos.

—Creo que ya estamos cerca de la estación —observó súbitamente la dama.

Theodoric había observado ya con creciente terror los detalles del paisaje que anunciaban el final del viaje. Las palabras de la dama actuaron como un revulsivo. Cerrando los ojos, dejó caer la manta al suelo y empezó a vestirse frenéticamente. Tenía conciencia del incesante martilleo de la sangre en su garganta y en su corazón, y del silencio glacial que reinaba en el rincón hacia el cual no se atrevía a mirar. Luego, mientras se dejaba caer en su asiento, vestido y casi delirante, el tren aminoró la marcha y, finalmente, se detuvo.

La mujer habló:

—¿Sería usted tan amable de avisar a un mozo para que me acompañe hasta un taxi? Siento mucho molestarle, sabiendo que se encuentra indispuesto, pero una persona ciega se halla tan indefensa en una estación de ferrocarril…

CAMPANAS Y METAMORFOSIS

Robert Aickman

NUNCA había sido de aquellos que aborrecen profundamente las campanas de las iglesias, pero el repicar de aquella noche en Holihaven le había hecho cambiar de opinión. Las campanas podían desquiciarle a uno los nervios, desde luego, a pesar de que él acababa de llegar al pueblo.

Se había dado cuenta con demasiada claridad de los peligros que entrañaba el casarse con una muchacha veinticuatro años más joven que él, para añadirles los de una luna de miel convencional. La extraña fuerza del amor de Phrynne había modificado profundamente sus mentalidades: en él, un modo indolente y casual de entender la vida había sido reemplazado por una tendencia a planear minuciosamente las circunstancias de su felicidad; y ella, que en otro tiempo se había creído fría e indiferente, ahora se sentía dispuesta a aceptarlo todo con tal de permanecer al lado de él. Él había dicho que, si se casaban en junio, sería a costa de no efectuar el viaje de luna de miel hasta octubre. Si su noviazgo hubiese sido más largo, había explicado, sonriendo gravemente, hubieran podido hacer algún arreglo especial; pero, tal como habían ido las cosas, el negocio le reclamaba. Esto, en realidad, era cierto, debido a que su posición en el negocio era menos influyente de lo que le había permitido creer a Phrynne.

«Un pueblo —había citado él, mientras el tren se desviaba hacia el ramal secundario— desde el cual las personas de longevidad suficiente pueden tener la esperanza de alcanzar la Liverpool Street.»

Ahora era capaz de bromear acerca de la edad, aunque tal vez lo hacía demasiado a menudo.

—¿Quién ha dicho eso?

—Bertrand Russell.

Ella le había mirado con sus grandes ojos muy abiertos en su delgado rostro.

—De veras —había confirmado él, sonriendo.

—No lo he puesto en duda.

Ella había continuado mirándole. La romántica luz de gas del compartimiento no le había permitido saber a ciencia cierta si ella le devolvía o no la sonrisa. Se concedió a sí mismo el beneficio de la duda y besó a Phrynne.

El guarda había hecho sonar su silbato y el tren volvió a ponerse en marcha ruidosamente. El ramal secundario formaba un ángulo tan agudo con la línea principal, que Phrynne había estado a punto de caer del asiento.

—¿Por qué avanzamos tan lentamente si el terreno es tan llano?

—Porque el ingeniero tendió la línea a lo largo de colinas y valles, tal como estaban, en vez de cortar las primeras o terraplenar los segundos.

Le gustaba poder informarla.

—¿Cómo lo sabes? ¡Gerald! Dijiste que no habías estado nunca en Holihaven…

—La cosa tiene aplicación a la mayoría de ferrocarriles del este de Inglaterra.

—¿De modo que, siendo más llano, es más lento?

—El tiempo tiene menos importancia.

—No me hubiera gustado ir a un lugar donde el tiempo tuviera importancia o en el cual ya hubieras estado. Prefiero que puedas recordarlo asociándolo conmigo, exclusivamente.

Gerald no estaba completamente seguro de que aquellas palabras expresaran de un modo exacto lo que Phrynne pensaba, aunque no por ello dejaron de alegrarle el corazón.

La estación de Holihaven no podía haber sido construida en la época de más esplendor del pueblo, ya que aquella época se remontaba a la Edad Media; pero, de todos modos, parecía destinada a mayores servicios que los que ahora desempeñaba. Los andenes eran lo bastante grandes como para recibir a los expresos de Londres, y la arquitectura de las salas de espera las hacía dignas de ser utilizadas por cualquier soberano extranjero. Las lámparas de petróleo iluminaban a los uniformados empleados, en número de dos, los cuales, al igual que todos los nativos de Holihaven, tenían aspecto de marinos habituados a las tormentas.

El jefe de estación y el portero, como los clasificó Gerald, les contemplaron mientras avanzaban por el andén, Gerald con una pesada maleta en cada mano y Phrynne andando deliciosamente a su lado. Vieron cómo uno de ellos le hacía una observación en voz baja al otro, pero ninguno de los dos se ofreció a ayudarles. Gerald tuvo que dejar las maletas en el suelo para sacar los billetes de su bolsillo. Los otros pasajeros habían desaparecido ya.

—¿Dónde está el Campana?

Gerald había encontrado el hotel en una guía turística. Era el único hotel que la guía atribuía a Holihaven. Pero, mientras Gerald hablaba, y antes de que el portero pudiera contestar, el tañido de una verdadera campana resonó a través de la oscuridad. Phrynne se cogió a la manga de Gerald.

Ignorando a Gerald, el jefe de estación, si es que lo era, se volvió hacia su colega.

—Hoy empiezan pronto —dijo.

El portero asintió e introdujo con aire indiferente en el bolsillo de su chaqueta los billetes que acababa de entregarle Gerald.

—¿Puede indicarme el camino más corto para llegar al Hotel Campana, por favor?

El jefe de estación se volvió hacia él.

—¿Han reservado una habitación?

—Desde luego.

—¿Para esta noche?

El jefe de estación parecía inadecuadamente suspicaz.

—Sí.

El jefe de estación miró de nuevo al portero.

—Son los Pascoe.

—Sí —dijo Gerald—. Ése es el nombre. Pascoe.

—Nosotros no utilizamos el Campana —explicó el jefe de estación—. Pero lo encontrarán ustedes en la Wrack Street. —Hizo un gesto vago con la mano—. Sigan ustedes en línea recta por la Avenida de la Estación. Luego bajen por la Wrack Street. No tiene pérdida.

—Gracias.

En cuanto entraron en el pueblo, la enorme campana empezó a repicar a intervalos regulares.

—¡Qué calles más estrechas! —dijo Phrynne.

—Siguen las líneas de la ciudad medieval. Antes de que el río quedara obstruido por el aluvión, Holihaven era uno de los puertos más importantes de la Gran Bretaña.

—¿Dónde se habrá metido la gente?

A pesar de que no eran más que las seis de la tarde, el lugar parecía desierto.

—¿Dónde se habrá metido el hotel? —replicó Gerald en tono lastimero.

—¡Pobre Gerald! Deja que te ayude.

Colocó su mano al lado de la de Gerald sobre el asa de la maleta más próxima a ella, pero al ser unas quince pulgadas más baja que su marido, su ayuda resultaba inapreciable. Habían andado ya más de un cuarto de milla.

—¿Crees que es ésta la calle?

—Yo diría que no. Pero no hay nadie a quien preguntar.

El tañido de la campana se estaba haciendo ahora más frecuente.

—¿Por qué tocan esa campana? ¿Habrá algún entierro?

—Es un poco tarde para un entierro.

Phrynne miró a Gerald con cierta ansiedad.

—De todos modos, no hace frío.

—Teniendo en cuenta que nos encontramos en la costa del Este, hace un calor asombroso.

—No es que me importe.

—Espero que esa campana no repicará toda la noche.

De repente, Phrynne tiró de la maleta.

—¡Mira! Hemos dejado el hotel atrás.

Se detuvieron y Gerald se volvió a mirar.

—¿Cómo es posible que haya ocurrido eso?

—Bueno, ha ocurrido.

Phrynne estaba en lo cierto. Gerald pudo ver una gran campana colgada sobre la puerta de una casa que se encontraba a un centenar de metros detrás de ellos.

Volvieron sobre sus pasos y entraron en el hotel. Una mujer vestida con una chaqueta y una falda azul marino, de buena figura pero con el pelo teñido y un rostro

demasiado maquillado, salió a su encuentro.

—¿Míster y mistress Banstead? Yo soy Hilda Pascoe. Don, mi marido, no se encuentra muy bien.

Gerald se sintió lleno de dudas. Las cosas no marchaban como debían. No hay que fiarse de las recomendaciones de las guías turísticas. Pero Phrynne había insistido en ir a un lugar que él no conociera…

—Lo lamento —dijo.

—Ya sabe usted cómo se ponen los hombres cuando están enfermos —dijo mistress Pascoe, dirigiéndose a Phrynne.

—Imposibles —dijo Phrynne—. Y muy difíciles de manejar. ¿Qué tiene su marido?

—Don siempre tiene lo mismo —explicó mistress Pascoe—. El estómago. Desde que era un niño ha tenido dificultades con su estómago.

Gerald interrumpió:

—¿Podríamos ver nuestra habitación?

—Perdón —dijo mistress Pascoe—. ¿Tendrán la bondad de inscribirse antes en el registro?

Sacó un ajado volumen encuadernado en cuero de imitación.

—Sólo el nombre y la dirección.

Lo dijo como si Gerald se dispusiera a anotar un resumen de su vida.

Era la primera vez que él y Phrynne se inscribían en un hotel; pero su confianza en el lugar no se vio incrementada por el largo período transcurrido desde que terminó la inscripción.

—En octubre siempre estamos muy tranquilos —observó mistress Pascoe, con los ojos clavados en Gerald, el cual se dio cuenta de que los ojos de mistress Pascoe estaban ligeramente inyectados en sangre—. La temporada termina en septiembre.

—Hemos buscado un lugar tranquilo, precisamente —explicó Phrynne.

—Claro —dijo mistress Pascoe.

—¿Estaremos solos en la casa? —inquirió Gerald.

Después de todo, la mujer probablemente se estaba portando lo mejor que podía.

—Hay un solo huésped, el comandante Shotcroft. No les importará, ¿verdad? Vive aquí todo el año.

—Desde luego que no —dijo Phrynne.

—La gente dice que esta casa no sería la misma sin el coronel Shotcroft.

—Comprendo.

—¿Qué es esa campana? —preguntó Gerald.

Aparte de cualquier otra cosa, resonaba demasiado cerca, en realidad.

Mistress Pascoe apartó la mirada. Gerald creyó observar que su rostro se contraía bajo la espesa capa de maquillaje. Pero la mujer se limitó a decir:

—Están haciendo prácticas.

—¿Quiere usted decir que más tarde habrá otros repiques?

Mistress Pascoe asintió.

—Pero, no importa —dijo, en tono alentador—. Permítame que les enseñe su habitación. Siento que no haya portero.

Antes de que hubieran llegado a la habitación, la campana volvió a estremecer el aire con sus tañidos.

—¿Es ésa la habitación más tranquila que tiene? —inquirió Gerald—. ¿Qué me dice del otro lado de la casa?

—Éste *es* el otro lado de la casa. Saint Gutlach se encuentra allí.

Señaló a través de la puerta del dormitorio.

—Querido —dijo Phrynne, apoyando la mano en el brazo de Gerald—. No tardarán en callar. Sólo están haciendo prácticas.

Mistress Pascoe no dijo nada. Su expresión indicaba que era una de aquellas personas cuya afabilidad tiene unos límites concretos y raramente traspasados.

—Si a *ti* no te importa… —le dijo Gerald a Phrynne, vacilando.

—En Holihaven tienen sus propias costumbres —dijo mistress Pascoe.

Aquello significaba, ni más ni menos, que si Gerald y Phrynne preferían marcharse eran muy dueños de hacerlo. Gerald se encogió de hombros. Su actitud hubiera sido muy distinta de haber tenido otro lugar adonde ir. Las campanas le estaban poniendo nervioso.

—Es una habitación muy bonita —dijo Phrynne—. Me gusta.

—Gracias —dijo Gerald, dirigiéndose a mistress Pascoe—. ¿A qué hora es la cena?

—A las siete y media. Pero antes pueden tomar algo en el bar.

Mistress Pascoe se marchó.

—Tenemos tiempo de sobra —dijo Gerald, cuando la puerta se hubo cerrado—. No son más que las seis.

—En realidad —dijo Phrynne, que estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia la calle—, me *gusta* el tañido de las campanas.

—De acuerdo —dijo Gerald—, pero en una luna de miel distraen la atención.

—La mía, no —dijo Phrynne sencillamente. Luego añadió—: Todavía no se ve a nadie por ahí.

—Espero que estén todos en el bar.

—Yo no quiero beber nada. Quiero explorar el pueblo.

—Como gustes. Pero, ¿no sería preferible que deshiciéramos el equipaje?

—Sería preferible, pero no voy a hacerlo. No lo haré hasta que haya visto el mar.

Aquellos pequeños raptos de independencia de Phrynne encantaban a Gerald.

Mistress Pascoe no estaba a la vista cuando cruzaron el vestíbulo, y en el establecimiento no había el menor sonido que revelara alguna actividad.

En el exterior, las campanas parecían repicar inmediatamente encima de sus cabezas.

—Son como guerreros luchando en el cielo —gritó Phrynne—. ¿Crees que el mar

estará allá abajo?

Señalaba en la dirección desde la cual habían vuelto sobre sus pasos.

—Supongo que sí. Es posible que esta calle desemboque en el mar.

—Vamos.

Phrynne echó a correr, y a Gerald no le quedó otra solución que correr detrás de ella. Esperó que no hubiera ojos curiosos detrás de las persianas.

Phrynne se detuvo, y abrió los brazos para acoger a Gerald en ellos. Le llegaba apenas a la barbilla. Gerald sabía que Phrynne estaba diciéndole sin palabras que el hecho de que no hubiera podido mantenerse a su altura en la carrera carecía de importancia.

—¿No es maravilloso?

—¿El mar?

No había luna; y apenas se veía nada más allá del final de la calle.

—No sólo el mar.

—Todo, menos el mar. El mar es invisible.

—Puede olerse.

—Yo no puedo oírlo, desde luego.

Phrynne aflojó su abrazo y apartó la cabeza de Gerald.

—Las campanas suenan como si hubiera dos iglesias.

—Estoy seguro de que hay más de dos. En los pueblos tan antiguos como éste siempre las hay.

—Sí —exclamó Phrynne, entusiasmada—. *Es* la campana de otra iglesia.

—Imposible —dijo Gerald—. Dos iglesias no harían prácticas con las campanas la misma noche.

—Estoy completamente segura. Puedo oír repicar unas campanas con mi oído derecho, y otras con mi oído izquierdo.

No habían visto aún a nadie. Las dispersas luces de gas caían sobre los accesorios de un muelle de piedra, pequeño pero en perfecto estado de conservación.

—Toda la población debe de estar tocando las campanas —dijo Gerald.

—Mejor para ellos. —Phrynne le cogió de la mano—. Vamos a bajar a la playa y a ver el mar.

Descendieron un tramo de peldaños de piedra chupados y mordidos por el mar. La orilla era tan pétrea como los peldaños.

—Seguiremos en línea recta hasta que lo encontremos —dijo Phrynne.

Dejado a sí mismo, Gerald hubiera sido menos perceptivo. Las piedras eran muy anchas y muy resbaladizas, y sus ojos no acababan de acostumbrarse a la oscuridad.

—Tenías razón en lo del olor, Phrynne.

—Un íntegro olor a mar.

—Exactamente.

Para él era más bien el olor a hierbajos en estado de descomposición, a través de los cuales suponía que estaban andando. Nunca había percibido un olor tan intenso.

Apenas podían ahorrarse energías para hablar, y avanzar cogidos de la mano resultaba imposible.

Tras varias observaciones casuales por ambas partes y un lapso de tiempo que pareció muy largo, Phrynne habló de nuevo:

—Gerald, ¿dónde está? ¿Qué clase de puerto es éste, que no tiene mar?

Phrynne continuó andando, pero Gerald se detuvo y miró hacia atrás. Le sorprendió comprobar lo largo de la distancia que habían recorrido. La oscuridad era indudablemente engañosa, pero las escasas luces del muelle aparecían como en un lejano horizonte.

Con las distantes manchas de luz todavía en los ojos, se volvió hacia Phrynne. Apenas podía verla. Tal vez andaba más rápidamente sin él.

—¡Phrynne! ¡Querida!

Inesperadamente, Phrynne profirió un agudo grito.

—¡Phrynne!

Ella no respondió.

—¡Phrynne!

Entonces habló Phrynne, más o menos tranquila.

—Me dominó el pánico. Lo siento, querido. He tropezado con algo.

—¿Estás bien?

—Creo que sí.

Gerald avanzó hacia ella.

—Huele mucho peor que antes.

En efecto, el olor se estaba haciendo insoportable.

—Creo que procede de lo que he pisado. Metí el pie encima, y entonces brotó ese olor.

—Nunca había conocido un olor semejante.

—Lo siento, querido —dijo Phrynne, burlándose amablemente de él—. Apartémonos de aquí.

—Tendríamos que regresar, ¿no crees?

—Sí —dijo Phrynne—. Pero debo advertirte que estoy muy decepcionada. Yo creía que las atracciones costeras debían incluir el mar.

Gerald se dio cuenta de que, mientras retrocedían, Phrynne frotaba uno de sus zapatos contra las piedras, como tratando de limpiarlo.

—Creo que todo el lugar es decepcionante —dijo Gerald—. Debo disculparme. Iremos a alguna otra parte.

—Me gustan las campanas —replicó Phrynne.

Gerald no dijo nada.

—No quiero ir a ningún sitio en el cual ya hayas estado.

Las campanas continuaban resonando sobre la desolada orilla. Ahora, el sonido parecía proceder de varios puntos distintos a lo largo de la playa.

—Supongo que todas las iglesias hacen prácticas la misma noche a fin de acabar

de una vez con ellas —dijo Gerald.

—Lo hacen para ver cuál de ellas repica más fuerte —dijo Phrynne.

—Ten cuidado, no vayas a torcerte el tobillo.

Cuando llegaron al pequeño muelle el estrépito de las campanas pareció confirmar la sugerencia de Phrynne.

El Salón de Té era tan bajo de techo que Gerald tuvo que entrar agachado.

—¿Por qué «Salón de Té»? —preguntó Phrynne—. He visto una nota que decía que el té sólo se serviría en el vestíbulo.

—Es el principio *lucus a non lucendo*.

—Eso lo explica todo. Me pregunto dónde vamos a sentarnos.

Había una sola bombilla encendida. Y una bombilla de hotel, además. Lo cual significaba que apenas taladraba las sombras.

—El principio *lucus a non lucendo* es el principio de llamar blanco a lo negro.

—En absoluto —dijo una voz procedente de la oscuridad—. Al contrario. La palabra negro deriva de una antigua raíz que significa «blanquear».

Habían creído que estaban solos, pero ahora veían a un hombre bajito sentado ante una mesa situada en un rincón. En la oscuridad, parecía un mono.

—Bueno, rectifico —dijo Gerald.

Se sentaron ante la mesa iluminada por la bombilla.

El hombre del rincón habló de nuevo.

—¿Por qué han venido ustedes aquí?

Phrynne pareció asustarse, pero Gerald replicó tranquilamente:

—Estamos de vacaciones. Preferimos tomarlas cuando termina la temporada. Supongo que es usted el comandante Shotcroft.

—No necesita suponerlo.

Inesperadamente, el comandante encendió la bombilla más próxima a él. En su mesa veíanse los restos de una cena. A Gerald le desconcertó el hecho de que el hombre hubiera apagado la luz al oírles llegar.

—Iba a marcharme, de todos modos.

—¿Hemos llegado tarde? —inquirió Phrynne, siempre al quite para suavizar las situaciones.

—No, no han llegado tarde —dijo el comandante con una voz profunda y melancólica—. A mí me preparan siempre la comida media hora antes que al resto de los huéspedes. No me gusta comer en compañía.

Se había puesto en pie.

—Espero que me disculpen.

Sin esperar una respuesta, salió rápidamente del Salón de Té. Tenía los cabellos blancos, muy largos, unos ojos trágicos y un rostro redondo, amarillento y arrugado.

Un segundo después asomó la cabeza a través de la puerta.

—Toquen la campana —dijo, y volvió a desaparecer.

—Hay demasiada gente que toca la campana —dijo Gerald—. Pero no veo qué

otra cosa podemos hacer.

Sin embargo, la campanilla del Salón de Té resonó como una alarma contra incendios.

Apareció mistress Pascoe. Parecía haber bebido más de la cuenta.

—No les he visto a ustedes en el bar.

—Probablemente le hemos pasado inadvertidos entre la multitud —dijo Gerald en tono amable.

—¿Multitud? —inquirió mistress Pascoe, con lengua estropajosa.

Luego, tras una pausa difícil, les ofreció una lista de platos escrita a mano.

Encargaron la cena; y la propia mistress Pascoe se la sirvió. Gerald temía que la «indisposición» de la mujer fuera en aumento durante el curso de la comida; pero su malestar, lo mismo que su afabilidad, parecía tener un límite exacto y definido.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, la comida podía haber sido peor —observó Gerald, al final de la cena. Era un alivio que algo marchara razonablemente bien—. No es demasiado abundante, pero al menos los platos están calientes.

Cuando Phrynne le encargó que felicitara a la cocinera, mistress Pascoe dijo:

—La cocinera soy yo, aunque no debiera decirlo.

Gerald quedó realmente asombrado ante el hecho de que mistress Pascoe estuviera en condiciones de haber preparado aquella cena. Posiblemente, se dijo a sí mismo con cierta alarma, estaba acostumbrada a guisar encontrándose en aquel estado.

—El café se sirve en el salón —dijo mistress Pascoe.

En un rincón del salón había un biombo decorado con atractivas damas isabelinas. Por detrás de él asomaba un par de pequeñas botas negras. Phrynne tocó con el codo a Gerald y señaló las botas. Gerald asintió. Se verían obligados a hablar de cosas que les aburrían.

El hotel era antiguo y sus paredes muy recias. En el vacío salón, el ruido de las campanas no impedía que la conversación fuera oída por cualquiera, aunque resonaba alrededor de la estancia, como si el hotel fuera una fortaleza rodeada de una insistente artillería.

Después de su segunda taza de café, Gerald dijo repentinamente que no podía soportarlo.

—Querido, no nos hace ningún daño. Yo lo encuentro más bien agradable.

Phrynne se retrepó en su butaca y abrió sus bonitas piernas al fuego.

—Todas las iglesias del pueblo deben de estar repicando sus campanas. Hace más de dos horas que han empezado, y ni siquiera se toman los habituales respiros.

—Tal vez no nos demos cuenta, porque en aquel momento tocan otras campanas. Yo creo que son muy amables al tocar las campanas en honor nuestro.

Se produjo un silencio que duró varios minutos. Gerald empezaba a darse cuenta de que tendrían que someterse a una rutina de vacaciones.

—Vamos a beber algo. ¿Qué quieres tomar?

—Lo que tú quieras. Lo que tomes *tú*.

Phrynne estaba sumergida en la dicha femenina de la radiación del fuego sobre su cuerpo.

Gerald dijo:

—No acabo de comprender por qué tienen que mantener este lugar tan caliente como un invernadero. Cuando vuelva, nos sentaremos en otra parte.

—Los hombres lleváis demasiada ropa, querido —dijo Phrynne en tono soñoliento.

Contrariamente a lo que suponía, Gerald encontró el bar del vestíbulo tan vacío como todos los demás lugares del hotel y del pueblo. Ni siquiera había alguien para atender a la clientela.

Con cierta irritación, Gerald golpeó una campana de bronce que había sobre el mostrador. El campanillazo resonó como un disparo.

Apareció mistress Pascoe por la puerta que se abría entre las estanterías. Se había quitado la chaqueta y su maquillaje empezaba a correrse por su rostro.

—Un coñac, por favor. Doble. Y un kummel.

Las manos de mistress Pascoe temblaban tanto que no conseguía quitar el tapón de la botella de coñac.

—Permítame.

Gerald extendió el brazo a través del mostrador.

Mistress Pascoe le miró con aire aturdido.

—De acuerdo. Pero tengo que servirlo yo.

Gerald sacó el tapón y le devolvió la botella. Mistress Pascoe llenó una copa.

A continuación se produjo la catástrofe. Incapaz de devolver la botella a la estantería correspondiente, mistress Pascoe la dejó sobre el borde del mostrador. Al volverse para alcanzar el garrafón de kummel, tiró al suelo la botella de coñac, casi llena. La viciada atmósfera se llenó de un penetrante aroma a coñac.

En la puerta por la cual había salido mistress Pascoe apareció un hombre. No era demasiado viejo, pero tenía un rostro abotagado. Iba en mangas de camisa, sin cuello. Sus cabellos rojizos estaban veteados por numerosos mechones de color arenoso. Gerald supuso que se trataba de Don.

El hombre estaba demasiado borracho para hablar de un modo coherente. Se quedó en pie en el umbral de la puerta, agarrándose con las manos al bastidor e insultando groseramente a su esposa.

—¿Cuánto le debo? —le preguntó Gerald a mistress Pascoe.

Le pareció inútil insistir para que le sirvieran el kummel. El hotel debía de tener otro bar.

—Tres chelines y seis peniques —dijo mistress Pascoe, aparentemente serena; pero Gerald se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar.

Le entregó la suma exacta. Mistress Pascoe le dio la espalda para ingresar el dinero en la caja registradora. Cuando se volvió, terminada la operación, Gerald oyó

el crujido de un trozo de cristal de la botella rota, que la mujer acababa de pisar.

Gerald miró a Don por el rabillo del ojo. La desmadejada figura del hombre, que no había cesado en sus imprecaciones, le hizo estremecer. Algo le impulsó a decir:

—Lamento lo de la botella, mistress Pascoe.

Tenía la copa en la mano, dispuesto a marcharse.

Mistress Pascoe le miró. Las lentas lágrimas de la desesperación resbalaban por sus mejillas, pero ahora parecía estar completamente sobria.

—Míster Banstead —dijo, apresuradamente—, ¿puedo venir a sentarme con usted y con su esposa en el salón? Sólo unos minutos.

—Desde luego.

No es que lo deseara, pero la mujer le inspiraba una inesperada piedad, y le resultó imposible decir no.

Para salir del mostrador, mistress Pascoe tenía que pasar por delante de su marido. Gerald la vio vacilar; luego echó a andar con paso decidido, mirando rectamente delante de ella. Si el hombre hubiera soltado sus manos del bastidor, habría caído al suelo; pero, cuando mistress Pascoe pasaba ante él, le lanzó un escupitajo. Incapaz incluso de aquel esfuerzo, la saliva cayó sobre una pernera de sus propios pantalones. Gerald levantó la tapa del mostrador y dejó que mistress Pascoe le precediera hacia el salón. Mientras la seguía, oyó que su marido mascullaba unas frases ininteligibles.

—¡El kummel! —exclamó súbitamente mistress Pascoe, deteniéndose.

—No importa —dijo Gerald—. Tal vez pueda encontrarlo en alguno de los otros bares…

—Esta noche, no. Están cerrados. Será mejor que vaya a buscarlo.

—No. Ya pensaremos en alguna otra cosa.

No eran todavía las nueve, y Gerald se extrañó de aquella observación.

Pero en el salón le aguardaba otra inesperada escena. Mistress Pascoe se detuvo en cuanto entraron, y Gerald, atrapado entre dos altos sillones, miró por encima del hombro de la mujer.

Phrynne se había quedado dormida. Tenía la cabeza ligeramente ladeada, pero su boca estaba cerrada y su cuerpo deliciosamente relajado, de modo que parecía mucho más hermosa. A Gerald le recordó, un poco descabelladamente, a una muchacha muerta de un antiguo cuadro de Millais.

La cualidad de su belleza parecía haber impresionado también al comandante Shotcroft, ya que estaba de pie detrás de ella, contemplándola en silencio, con su melancólico rostro transfigurado. Gerald se dio cuenta de que una de las hojas del biombo seudo-isabelino estaba abierta, dejando ver una pequeña butaca forrada de cretona, con un libro abierto boca abajo sobre el asiento.

—¿No quiere usted unirse a nosotros? —dijo Gerald osadamente—. ¿Puedo traerle algo para beber?

El comandante no volvió la cabeza y parecía incapaz de hablar. Luego, en voz

muy baja, dijo:

—Me quedaré sólo un momento.

—Bien —dijo Gerald—. Siéntese. Y usted, mistress Pascoe.

Mistress Pascoe se estaba frotando el rostro. Gerald se volvió hacia el comandante:

—¿Qué prefiere usted tomar?

—Nada de bebidas —dijo el comandante, sin levantar la voz.

A Gerald se le ocurrió que si Phrynne despertaba el comandante se marcharía.

—¿Y usted?

Gerald miró a mistress Pascoe, deseando ávidamente que rechazara la invitación.

—No, gracias.

Mistress Pascoe estaba mirando al comandante. Era evidente que no había esperado encontrarle allí.

Phrynne continuaba durmiendo y Gerald se sentó. Sorbió su coñac. Resultaba imposible acompañar aquel acto de un brindis.

Los acontecimientos del bar le habían hecho olvidar las campanas. Ahora, mientras permanecían sentados en silencio alrededor de la dormida Phrynne, la marea de sonido llegó hasta él una vez más.

—No debe usted creer que Don está siempre así —dijo mistress Pascoe.

Todos hablaban en susurros. Todos parecían tener motivos para hacerlo. El comandante continuaba absorto en la belleza de Phrynne.

—Desde luego que no.

Pero resultaba muy difícil de creer.

—Esta clase de negocio pone muchas tentaciones en el camino de un hombre.

—Indudablemente.

—Nunca debimos venir aquí. En South Norwood éramos felices.

—Durante la temporada, la cosa debe marchar bien.

—Dos meses —dijo mistress Pascoe amargamente, pero sin levantar la voz—. Dos meses y medio, en el mejor de los casos.

—¿Qué les hizo marcharse de South Norwood?

—El estómago de Don. El médico dijo que el aire del mar le sentaría bien.

—Hablando del mar, ¿no queda demasiado lejos? Hemos bajado a la playa antes de cenar, pero no hemos visto el mar por ninguna parte.

Al otro lado del fuego, el comandante apartó los ojos de Phrynne y miró a Gerald.

—No lo sé —dijo mistress Pascoe—. Nunca me ha sobrado tiempo para ir a verlo.

Era una respuesta bastante plausible, pero Gerald tuvo la impresión de que no era completamente sincera. Se dio cuenta de que mistress Pascoe dirigía una mirada intranquila al comandante, el cual no miraba en aquel momento a Phrynne ni a Gerald, sino a las llamas que crepitaban en el hogar.

—Y ahora tengo que atender a mi trabajo —continuó mistress Pascoe—. Ya le

dije que sólo estaría aquí un momento.

Miró a Gerald a los ojos.

—Gracias —murmuró, poniéndose en pie.

—Quédese un poco más, por favor —dijo Gerald—. Espere hasta que mi esposa se despierte.

Mientras hablaba, Phrynne se removió ligeramente.

—No puede ser —dijo mistress Pascoe, con los labios sonrientes.

Gerald se dio cuenta de que no perdía de vista al comandante, y supo que, de no haber estado allí Shotcroft, mistress Pascoe se hubiera quedado.

Antes de marcharse, mistress Pascoe dijo:

—Probablemente les veré a ustedes más tarde, para darles las buenas noches. Siento que el agua no esté muy caliente. Son los inconvenientes de no tener ninguna criada.

Las campanas continuaban repicando.

Cuando mistress Pascoe hubo cerrado la puerta, el comandante dijo:

—En otros tiempos era un hombre excelente. No vaya usted a pensar otra cosa.

—¿Se refiere usted a Pascoe?

El comandante asintió, muy serio.

—No es mi tipo —dijo Gerald.

—DSO y bar. DFC y bar[1].

—Y ahora solamente bar. ¿Por qué?

—Ya oyó lo que dijo su esposa. Era una mentira. No se marcharon de South Norwood en busca del aire del mar.

—Lo suponía.

—Se metió en un lío. Era un hombre demasiado pendenciero.

—Una verdadera lástima —dijo Gerald—. Pero, siendo así, ¿no es éste el mejor lugar para él?

—Es el peor —dijo el comandante, con una oscura llama en sus ojos—. Para él o para cualquier otra persona.

Phrynne volvió a removerse en sueños: esta vez de un modo más convulsivo, hasta el punto de que casi se despertó. Por algún motivo, los dos hombres permanecieron silenciosos e inmóviles hasta que Phrynne respiró de nuevo sosegadamente. En medio de aquel silencio, las campanas resonaron con más fuerza que nunca. Era como si el tumulto estuviera abriendo agujeros en el techo.

—Desde luego, es un lugar muy ruidoso —dijo Gerald, en voz baja.

—¿Por qué han venido ustedes esta noche, precisamente?

El comandante hablaba también en voz baja, pero con gran vehemencia.

—¿No ocurre eso a menudo?

—Una vez al año.

—Debieron advertírnoslo.

—Habitualmente, no reservan habitaciones. No tienen derecho a reservarlas.

Cuando Pascoe estaba al cuidado del hotel, no aceptaban reservas.

—Supongo que mistress Pascoe consideró que no estaban en situación de renunciar a ellas.

—Las mujeres no tendrían que decidir en esos asuntos.

La seriedad y la amargura con que el comandante pronunció aquellas palabras dejó a Gerald sin respuesta.

—A mi esposa no le importan las campanas —dijo, al cabo de unos instantes—. En realidad, parecen gustarle.

El comandante estaba convirtiendo una molestia, desagradable, desde luego, en un melodrama.

Súbitamente, el comandante señaló a Phrynne con un gesto teatral y exclamó:

—¡Llévesela de aquí!

—Dentro de un par de días, quizá —dijo Gerald, pacientemente cortés—. Admito que Holihaven nos ha decepcionado.

—Ahora. Antes de que sea demasiado tarde. *Ahora mismo*.

La vehemencia de Shotcroft resultaba alarmante.

Gerald reflexionó. Incluso el vacío salón, con sus muebles vulgares, parecía hostil.

—No pueden estar haciendo prácticas toda la noche —dijo.

Pero ahora era el temor lo que convertía su voz en un susurro.

—¡Prácticas! —exclamó el comandante en tono sarcástico.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—¡Están repicando para despertar a los muertos!

Un soplo de viento se coló a través de la chimenea y avivó momentáneamente las llamas. Gerald se había puesto muy pálido.

—Eso será una figura retórica —dijo, con voz apenas audible.

—En Holihaven, no.

La mirada del comandante se había vuelto hacia el fuego.

Gerald miró a Phrynne, la cual respiraba menos pesadamente. Su voz se convirtió en un susurro.

—¿Qué sucede?

El comandante bajó también el tono de su voz.

—Nadie puede decir el tiempo que pasarán repicando. Varía de año en año. No sé por qué. Pueden repicar hasta medianoche. O hasta más tarde. Al final, los muertos despiertan. Primero, uno o dos: luego, todos ellos. Esta noche, incluso el mar se ha retirado. En un lugar como éste, cada año se ahogan varias personas. Este año ha habido más ahogados que de costumbre. Pero, incluso así, constituyen minoría. La mayor parte no vienen del agua, sino de la tierra. No es un espectáculo agradable.

—¿Adónde van?

—Nunca les he seguido para comprobarlo. No quiero volverme loco.

Las rojizas llamas se reflejaron en los ojos del comandante. Hubo una larga

pausa.

—Yo no creo en la resurrección del cuerpo —dijo Gerald. A medida que avanzaba la noche, el repicar de las campanas se hacía más insistente—. En la del cuerpo, no.

—¿Qué otra clase de resurrección es posible? Todas las otras son pura teoría. Ni siquiera pueden imaginarse.

Gerald no había discutido acerca de aquellos temas desde hacía veinte años.

—De modo que me aconseja usted que nos marchemos —dijo—. ¿Adónde?

—A cualquier parte.

—No tengo automóvil.

—Entonces, váyase andando.

—¿Con ella?

Gerald señaló a Phrynne únicamente con los ojos.

—Ella es joven y fuerte —dijo el comandante, con una extraña ternura—. Es veinte años más joven que usted, y, en consecuencia, veinte años más importante.

—Sí —dijo Gerald—. Es cierto… ¿Y usted? ¿Qué hará usted?

—Llevo mucho tiempo viviendo aquí. Sé lo que tengo que hacer.

—¿Y los Pascoes?

—Él está borracho. No hay nada en el mundo capaz de asustarle a uno si está completamente borracho. DSO y bar. DFC y bar.

—Y usted, ¿no bebe?

—No he vuelto a beber desde que llegué a Holihaven. He perdido la costumbre.

Súbitamente, Phrynne se incorporó.

—¡Hola! —le dijo al comandante; todavía no estaba completamente despierta. Luego añadió—: ¡Qué divertido! Las campanas continúan repicando.

El comandante se puso en pie.

—No creo que haya nada más que decir —observó, dirigiéndose a Gerald—. Todavía están a tiempo.

Saludó con un gesto a Phrynne y salió del salón.

—¿De qué estamos a tiempo? —inquirió Phrynne, desperezándose—. ¿Acaso trataba de convertirte? Estoy segura de que es un anabaptista.

—Algo por el estilo —dijo Gerald, tratando de pensar.

—¿Vamos a acostarnos? Lo siento, pero tengo tanto sueño…

—No hay nada que lamentar.

—¿O salimos a dar otro paseo? Tal vez me despejaría. Además, es posible que la marea haya subido.

Gerald, a pesar de que se despreciaba a sí mismo por ello, encontró imposible explicarle a Phrynne que debían marcharse inmediatamente; sin medio de transporte ni lugar de destino; andando toda la noche, si era preciso. Se dijo a sí mismo que probablemente no se marcharía, aun en el caso de que estuviera solo.

—Si tienes mucho sueño, probablemente es una circunstancia *favorable*.

—¡Querido!

—Me refiero a esas campanas. Sabe Dios cuándo dejarán de repicar.

Mistress Pascoe había aparecido en la puerta que conducía al bar, situada al lado opuesto de aquella por la cual se había marchado el comandante. Llevaba dos vasos humeantes en una bandeja. Miró a su alrededor, posiblemente para comprobar que el comandante se había marchado ya.

—Pensé que podría gustarles tomar algo caliente antes de acostarse. Ovaltina, con un poco de cordial.

—Gracias —dijo Phrynne—. Me sentará estupendamente.

Gerald dejó el vaso sobre una mesita y apuró rápidamente su coñac.

Mistress Pascoe empezó a mover las butacas y a ahuecar los almohadones. Su rostro reflejaba una evidente ansiedad.

—¿Es anabaptista el comandante? —preguntó Phrynne por encima de su hombro.

Se sentía orgullosa de su habilidad para dejar atrás a Gerald cuando se trataba de consumir una bebida caliente.

Mistress Pascoe interrumpió unos instantes su tarea.

—No sé lo que es eso —dijo.

—Se ha dejado su libro —dijo Phrynne, cambiando de tema.

Mistress Pascoe miró el libro con aire indiferente.

—Me pregunto qué estará leyendo —continuó Phrynne—. *El Libro de los Mártires*, supongo.

Un diablillo travieso parecía haberse apoderado de ella.

Pero mistress Pascoe conocía la respuesta.

—Siempre es el mismo —dijo, desdeñosamente—. Sólo lee uno. Se llama «Quince batallas decisivas del Mundo». Lo ha estado leyendo desde que llegó aquí. Cuando llega al final, vuelve a empezarlo.

—Podría subir a entregárselo —sugirió Gerald.

Su ofrecimiento no respondía a un impulso cortés, sino más bien al temor de que el comandante bajara de nuevo al salón.

—Se lo agradecería mucho —dijo mistress Pascoe, liberada, al parecer, de una aprensión similar—. Es la habitación número uno, enfrente de la armadura japonesa.

Continuó ahuecando los almohadones. Para los excitados nervios de Gerald, el comportamiento de mistress Pascoe resultaba demasiado forzadamente normal.

Cogió el libro y se dirigió hacia la escalera. El volumen estaba encuadernado en cuero, y tenía los bordes de las páginas dorados: un ejemplar de regalo, al parecer. Una vez fuera del salón, Gerald miró la anteportada, en la cual figuraba la siguiente dedicatoria, escrita a mano: «A mi querido hijo Reglan, que acaba de ser honrado por la Reina. De su orgulloso padre, B. Shotcroft, mayor-general.»

La armadura japonesa acechaba en un rincón oscuro, como había hecho el propio comandante la primera vez que Gerald se encontró con él. La amplia visera del casco ocultaba las negras mirillas del yelmo. La figura parecía montar guardia sobre la

puerta situada detrás de ella. En aquella puerta no había ningún número, pero, al no haber otra a la vista, Gerald supuso que sería la número uno. Gerald llamó fuertemente con los nudillos.

Si hubo una respuesta, las campanas la ahogaron; y Gerald volvió a llamar. Cuando su tercera llamada quedó igualmente sin respuesta, Gerald empujó la puerta. Echó una mirada al interior del cuarto y contuvo la respiración.

No había ninguna luz artificial, pero las cortinillas, caso de haberlas, habían sido descorridas de la única ventana, a través de la cual penetraba una fantasmagórica claridad. El comandante estaba arrodillado junto a ella, con la cabeza apoyada en el antepecho, como un hombre a punto de ser guillotinado. Tenía el rostro entre las manos, pero ligeramente ladeado, de modo que Gerald pudo captar su expresión. Alguien hubiera podido llamarla extática, pero Gerald la encontró agonizante. Le asustó más que cualquier cosa de las que le habían sucedido hasta entonces. En el interior de la habitación, el repicar de las campanas semejaba el rugido de una manada de leones.

Gerald permaneció de pie en el umbral de la puerta, incapaz de moverse. Ignoraba si el comandante estaba enterado o no de su presencia. Finalmente, se deslizó en la habitación y dejó el libro sobre la cama, que parecía ser el único mueble. Al salir, los dedos enguantados en hierro de la figura japonesa rozaron su muñeca.

Su ausencia del salón no había sido muy prolongada, aunque sí lo suficiente para que mistress Pascoe empezara de nuevo a beber. Había dejado la estancia a medio arreglar, o, mejor dicho, medio desarreglada; y estaba apoyada en la repisa de la chimenea, apurando un vaso de whisky. Phrynne no había terminado aún con su ovaltina.

—¿Cuánto tiempo durará aún ese jaleo de las campanas? —preguntó Gerald en cuanto abrió la puerta del salón.

Ahora estaba decidido a marcharse, y la imposibilidad de dormir serviría de pretexto.

—No creo que mistress Pascoe esté más enterada que nosotros —dijo Phrynne.

—Debieron advertirnos de este…, de este acontecimiento anual, antes de aceptar nuestra reserva.

Mistress Pascoe apartó un momento los labios del vaso.

—No ocurre siempre la misma noche —murmuró, mirando al suelo.

—No vamos a quedarnos —dijo Gerald bruscamente.

—¡Querido! —exclamó Phrynne, cogiéndole del brazo.

—Deja este asunto a mi cuidado, Phrynne —dijo Gerald. Se volvió hacia mistress Pascoe—: Pagaremos la habitación, desde luego. Haga el favor de avisar para que venga a recogernos un automóvil.

Mistress Pascoe le miraba ahora con una expresión asombrada. Al oír la palabra automóvil, estalló en una breve carcajada. Luego, su rostro cambió. Hizo un esfuerzo y dijo:

—No debe usted tomar al comandante tan en serio, ¿sabe?

Phrynne dirigió una rápida mirada a su marido.

Mistress Pascoe había terminado su whisky. Dejó el vaso vacío sobre la repisa de la chimenea.

—Nadie toma en serio al comandante Shotcroft —dijo—. Ni siquiera las personas más allegadas a él.

—¿Acaso tiene alguna? —inquirió Phrynne—. Parecía tan solitario y tan patético…

—Si no las tiene, las tenía —dijo mistress Pascoe en tono rencoroso.

—Me ha parecido un hombre con una fuerte personalidad —dijo Phrynne.

—Sí, desde luego —admitió mistress Pascoe—. Pero le echaron, de todos modos.

—¿De dónde le echaron?

—Del ejército, naturalmente. Le arrancaron los galones y partieron su espada por la mitad.

—¡Pobre hombre! Estoy segura de que fue un error judicial.

—Dice eso porque no le conoce.

Mistress Pascoe parecía estar esperando que Gerald le ofreciera otro whisky.

—Eso es algo que el comandante no podrá digerir nunca —dijo Phrynne—. No me extraña que se porte de un modo tan raro, si fue víctima de un error judicial.

—Acabo de decirle que no fue un error —replicó mistress Pascoe en tono insolente.

—¿Cómo podemos saberlo?

—*Usted* no puede saberlo. Pero *yo* sí. Nadie puede saberlo mejor que yo.

Mistress Pascoe se mostraba agresiva y llorosa al mismo tiempo.

—Si quiere usted cobrar —intervino bruscamente Gerald—, prepare nuestra cuenta. Phrynne, sube arriba y prepara las maletas.

Si no le hubiera hecho deshacer las maletas entre su paseo y la cena…

Phrynne se puso lentamente en pie. No tenía la intención de preparar las maletas ni de marcharse, pero tampoco quería discutir.

—Si he de preparar las maletas —dijo—, necesitaré tu ayuda.

En mistress Pascoe se produjo otro cambio. Ahora tenía un aspecto aterrorizado.

—No se marchen, por favor. Ahora, no. Es demasiado tarde.

Gerald se encaró con ella.

—¿Demasiado tarde para qué? —preguntó ásperamente.

Mistress Pascoe estaba más pálida que nunca.

—Ha dicho usted que quería un automóvil —balbució—. Y ya es demasiado tarde para conseguirlo.

Gerald cogió a Phrynne del brazo.

—Vamos.

Antes de que llegaran a la puerta, mistress Pascoe efectuó otra tentativa.

—No les pasará nada si se quedan. De veras.

Su voz, normalmente chillona, era tan débil que las campanas la ahogaban. Gerald se dio cuenta de que había sacado la botella de whisky de alguna parte y estaba volviendo a llenar su vaso.

Sin soltar el brazo de Phrynne, Gerald se dirigió a la puerta principal. Comprobó, sorprendido, que no estaba cerrada con llave, ni tenía echada ningún cerrojo: bastaba con dar media vuelta al pomo para abrirla. En el exterior del edificio, todo el cielo estaba lleno de campanas.

Por primera vez creyó observar que el rostro de Phrynne estaba también contraído.

—Llevan demasiado tiempo repicando —murmuró Phrynne, pegándose más a él —. Me gustaría que se callaran ya.

—Vamos a hacer las maletas y a marcharnos. Quería saber si podíamos salir por aquí. Debemos cerrar la puerta sin hacer ruido.

Súbitamente, algo oscuro e informe, con un brazo que parecía sostener una capa negra sobre su cabeza, aleteó, todo ángulos agudos, como un murciélago, en la angosta y mal iluminada calle, sin que el sonido de su paso fuera audible. Era el primer ser que veían en las calles de Holihaven; y Gerald se sintió enormemente aliviado al comprobar que únicamente él había posado los ojos sobre aquella sombra. Con mano temblorosa, cerró la puerta demasiado bruscamente.

Pero posiblemente nadie oyó el ruido, aunque Gerald se detuvo unos instantes fuera del salón. Pudo oír a mistress Pascoe que ahora sollozaba histéricamente; y de nuevo se alegró de que Phrynne estuviera unos peldaños más arriba que él.

Poco después se encontraban en su habitación, cerrada con doble vuelta de llave.

—¡Santo cielo! —exclamó Gerald, dejándose caer en la cama—. Es un verdadero pandemónium.

—Desde luego —asintió Phrynne, casi tranquilamente—. Y ahora no vamos a salir para meternos en él.

Gerald no podía adivinar cuánto sabía, sospechaba o imaginaba Phrynne; y cualquier palabra suya aclaratoria podía resultar inconcebiblemente peligrosa. Pero se daba cuenta de la fuerza con que resistía Phrynne, y de que carecía de reservas para luchar contra ella.

Phrynne estaba mirando a la calle a través de la ventana.

—Nosotros podríamos hacerlas callar —sugirió.

Gerald estaba ahora menos asustado por el repique de las campanas que por la posibilidad de que cesara. Aunque no cabía esperar que continuaran repicando hasta el amanecer.

Luego, una de las campanas enmudeció. No había otra explicación para la evidente disminución del volumen del sonido.

—¿Te das cuenta? —dijo Phrynne.

Gerald se sentó, muy erguido, en el borde de la cama.

Casi inmediatamente fueron apagándose uno detrás de otro los sectores de sonido,

hasta que sólo quedó una campana, la que había iniciado el repique. Aquella última campana emitió cinco o seis tañidos, de un modo irregular. Luego enmudeció también.

La cabeza de Gerald era una caverna de ecos, apagados cada vez más por la ruidosa corriente de su sangre.

Se hizo un silencio ominoso. No había sonido de ninguna clase, más allá del hotel o dentro de él; ni el crujido de una tabla, ni el maullar de un gato, ni el sisear de una lejana lechuza. Gerald no se atrevió a consultar el reloj cuando las campanas cesaron de repicar; el número de horas oscuras antes de que pudieran marcharse de Holihaven pesaba sobre él. La visión del comandante arrodillado ante la ventana no se apartaba de sus ojos, como si las paredes que separaban las dos habitaciones fueran de muselina; y la cosa que había visto en la calle aleteaba sin cesar como un murciélago a través de su recuerdo.

Súbitamente, Phrynne se acurrucó a su lado, y Gerald oyó el sonido de unos pasos en el exterior y una voz que gritaba:

«¡Los muertos están despiertos!»

Al principio, Gerald se quedó escuchando con todo su cuerpo, concentrándose más a medida que el ruido iba aumentando; luego saltó de la cama y se dirigió hacia la ventana.

Un hombre robusto, embutido en un jersey de marinero, corría calle abajo, haciéndose momentáneamente visible a su paso ante cada uno de los faroles. Mientras gritaba su alegre mensaje, iba de un lado a otro y agitaba sus brazos como un negro. Gerald pudo ver que su ajado rostro estaba transfigurado.

«¡Los muertos están despiertos!»

Detrás de él, otras personas salían de sus casas. Eran hombres, mujeres y niños. La mayoría iban completamente vestidos, y debieron de haber estado esperando la llamada en medio del silencio y de la oscuridad; pero había unos cuantos que se habían limitado a echarse por encima lo primero que habían encontrado a mano. Algunos avanzaban en grupo, cogidos del brazo; pero la mayor parte marchaban solos, extáticos y agitando los brazos por encima de sus cabezas, como había hecho el primer hombre. Todos gritaban una y otra vez, sin cohesión ni armonía:

«¡Los muertos están despiertos! ¡Los muertos están despiertos!»

Gerald se dio cuenta de que Phrynne estaba de pie a su lado.

—El comandante me advirtió —murmuró—. Debimos marcharnos de aquí.

Phrynne sacudió la cabeza y le cogió del brazo.

—No hay ninguna parte adonde ir —dijo—. No esperaba que nos molestaran *a nosotros*.

Gerald corrió rápidamente las opacas cortinillas, sumiendo la habitación en una completa oscuridad.

—Tenemos que olvidarnos de eso —dijo, ligeramente histriónico en su temor—. No importa lo que pase.

Avanzó a tientas a lo largo de la pared hasta que encontró el interruptor. Pero, al pulsarlo, la luz no se encendió.

—Se ha cortado la corriente. Vamos a meternos en la cama.

—¡Gerald! Ven y ayúdame.

Gerald recordó que Phrynne tenía un extraño miedo a la oscuridad. Encontró el camino hasta ella y la acompañó a la cama.

Tras un breve silencio, Phrynne murmuró tímidamente:

—Iban en dirección al mar.

—Tenemos que pensar en otra cosa.

Pero el ruido era cada vez más intenso. Toda la comunidad parecía desfilar calle abajo, aullando las mismas horribles palabras una y otra vez.

—¿Crees que podemos pensar en otra cosa?

—Sí —dijo Gerald—. Sólo es hasta mañana.

—No pueden ser realmente peligrosos —dijo Phrynne—. No les dejarían sueltos.

—Sí, desde luego.

Por entonces, como siempre ocurre, la multitud había amalgamado sus exclamaciones y empezaba a gritar al unísono. Eran como agitadores vociferando un slogan. Pero, al mismo tiempo, el ruido empezaba a alejarse. Gerald sospechó que toda la población del lugar participaba en la marcha.

No tardó en hacerse evidente que la multitud seguía un camino procesional. El tumulto podía ser oído moviéndose de barrio en barrio; a veces se acercaba, provocando de nuevo un indecible pánico en Gerald y en Phrynne, para volver a alejarse. Posiblemente, aquella gran variación en el volumen del sonido indujo a Gerald a creer que en el griterío de la masa se producían pausas, durante las cuales los gritos se convertían en alegres exclamaciones de bienvenida a los recién llegados.

—Resulta curioso lo que puede llegar a asustarse uno —dijo Phrynne—, aunque no esté directamente amenazado. Eso debe demostrar que todos nos pertenecemos el uno al otro, en cierto sentido.

Al final no les quedó ninguna duda de que el griterío había cesado y de que ahora la multitud estaba cantando. No era ningún canto que Gerald hubiera oído nunca, sino una especie de himno o de salmo adaptado a una melodía popular muy antigua. Una vez más, la multitud estaba acercándose; decididamente, pero con una extraña e interminable lentitud.

—¿Qué *diablos* están haciendo ahora? —inquirió Gerald en la oscuridad, sin darse cuenta de lo absurdo de su pregunta.

Evidentemente, la multitud había completado su peregrinaje y regresaba a la calle principal desde el mar. Los cantantes parecían vacilar a intervalos, como agotados por el alegre ejercicio. Se oyó un rozar de pies contra el suelo.

Phrynne murmuró:

—Creo que están *bailando*.

Se movió ligeramente, como si se dispusiera a ir a mirar por la ventana.

—¡No, no! —dijo Gerald, agarrándola fuertemente.

En la planta baja resonó un indescriptible tumulto. La puerta de la calle había sido abierta violentamente. Una multitud vociferante empezó a llenar el hotel.

Las puertas restallaban por todas partes, los muebles eran volcados, mientras la muchedumbre nocturna tropezaba en medio de la oscuridad que envolvía al antiguo edificio. Al cabo de unos instantes, Gerald oyó caer al suelo la armadura japonesa. Phrynne lanzó un grito. Luego, un hombro poderoso, endurecido por el asalto del mar, empujó la puerta de la habitación, echándola abajo.

—Los vivos y los muertos bailan juntos.

—Ahora es el momento. Ahora es el lugar.

Las palabras se repetían interminablemente, monótonamente. Cogidos de la mano, a través de la leve claridad que penetraba por el agujero de la puerta, los danzarines se agitaban frenéticamente. Penetraron en la habitación, sin dejar de cantar.

Phrynne volvió a gritar.

—¡El olor! ¡Oh, Dios mío! ¡El olor!

Era el mismo olor que habían encontrado en la playa; en la atestada habitación no era ya simplemente molesto, sino horroroso, insoportable.

Phrynne estaba histérica. Perdido todo dominio de sí misma, arañaba y golpeaba, y gritaba una y otra vez. Gerald trató de sujetarla, pero uno de las danzantes le golpeó con tanta fuerza que se vio obligado a soltarla. Inmediatamente desapareció de su lado. Gerald quiso echar a correr detrás de ella, pero otro golpe de un codo macizo le derribó al suelo, a un abismo de invisibles y pataleantes pies.

Los danzantes no tardaron en marcharse; no sólo de la habitación, sino también del edificio, al parecer. Aplastado y magullado como estaba, Gerald pudo oír la barahúnda de los cantos en la calle, a medida que los diversos grupos se reunían. Dentro del hotel únicamente quedó el caos, la oscuridad y el putrefacto hedor. Gerald luchó contra un estado muy próximo a la inconsciencia. A pesar de la desesperada necesidad que sentía de hacerlo, no podía pensar ni moverse.

Finalmente consiguió sentarse en el suelo y hundió su cabeza en las desgarradas sábanas del lecho. Durante cierto período de tiempo fue insensible a todo; luego oyó unos pasos que se acercaban por el oscuro corredor. Poco después, el comandante entró en la habitación con una vela encendida.

—Su esposa está a salvo. Aunque no gracias a usted.

El comandante miraba a Gerald con una expresión glacial. Gerald consiguió murmurar:

—Entonces, ¿ha sido gracias *a usted*?

—Estaba abajo. Bailando con los demás.

Los ojos del comandante brillaban a la luz de la vela. Los cantos casi se habían apagado en la distancia.

Lo único que Gerald pudo hacer fue sentarse en la cama. Su voz era casi

inaudible, como si procediera del exterior de su cuerpo.

—Esos danzantes…, algunos de ellos… ¿eran…?

El comandante replicó secamente:

—Su esposa estaba entre dos de ellos. La llevaban cogida de las manos.

Gerald no pudo levantar la mirada hacia el comandante.

—¿Qué hizo usted? —preguntó, con la misma voz remota.

—Hice lo que debía hacerse. Y espero haber llegado a tiempo. —Tras una breve pausa, añadió—: La encontrará usted abajo.

—Se lo agradezco mucho. Ya sé que es una tontería, pero ¿qué otra cosa puedo decir?

—¿Puede usted andar?

—Creo que sí.

—Yo le alumbraré.

El tono del comandante volvía a ser tan indiferente como siempre.

En el salón había otras dos velas encendidas, y Phrynne, llevando un abrigo de mujer que no era suyo, estaba sentada entre ellas, bebiendo. Mistress Pascoe, completamente vestida, pero con ojos extraviados, se movía entre el desorden de la estancia. Parecía estar completando la tarea que antes había dejado sin terminar.

—¡Querido, qué aspecto tienes! —Las palabras de Phrynne eran todavía histéricas, pero su voz resonó con su amabilidad habitual.

Gerald, olvidado su magullamiento, acogió a Phrynne en sus brazos. Se abrazaron en silencio durante un largo rato; luego, Gerald miró a su esposa a los ojos.

—Aquí estoy —dijo Phrynne, y apartó la mirada—. No hay por qué preocuparse.

El comandante se había retirado ya, silenciosamente.

Sin volver la mirada, Phrynne apuró el contenido de su vaso. Gerald supuso que se trataba de alguna de las infusiones de mistress Pascoe.

En el lugar donde mistress Pascoe estaba trabajando la oscuridad era tan completa, que su tarea debía progresar muy poco; pero no dijo una sola palabra a sus visitantes, ni éstos a ella. Al llegar a la puerta, Phrynne se quitó inesperadamente el abrigo y lo tiró sobre una butaca. Su camisón estaba tan desgarrado que quedó prácticamente desnuda. A pesar de la oscuridad, Gerald vio que mistress Pascoe contemplaba el hermoso cuerpo de Phrynne con evidente hostilidad.

—¿Podemos llevarnos una de las velas? —inquirió Gerald, recobrando poco a poco el dominio de sí mismo.

Pero mistress Pascoe continuó mirándoles fijamente y en silencio, de modo que Gerald cogió la vela y alumbró el camino a Phrynne a través de la maraña de muebles rotos hasta las ruinas de su dormitorio. La armadura japonesa continuaba en el suelo, y la puerta de la habitación del comandante estaba cerrada. Y el hedor casi había desaparecido.

A las siete de la mañana siguiente, el orden había quedado sorprendentemente restablecido en el hotel. Pero no había nadie a la vista, y Gerald y Phrynne se marcharon sin despedirse.

En la Wrack Street, un lechero estaba efectuando el reparto, pero Gerald se dio cuenta de que su carreta llevaba el nombre de otro pueblo. Un muchacho al que encontraron más tarde, sin embargo, era indígena, sin lugar a dudas; y cuando llegaron a la carretera que conducía a la estación, vieron un pequeño montón de tierra alrededor del cual trabajaban silenciosamente unos cuantos hombres, provistos de azadas. En la oscuridad de la noche anterior, Gerald y Phrynne habían pasado por alto aquel lugar. Un letrero indicaba que era el Nuevo Cementerio Municipal.

A la suave luz de una mañana de otoño, el espectáculo de los silenciosos trabajadores resultaba horrible; pero Phrynne no pareció encontrarlo así. Por el contrario, sus mejillas enrojecieron y sus voluptuosos labios se humedecieron levemente.

Parecía haberse olvidado de Gerald, de modo que éste pudo contemplarla a sus anchas durante unos instantes. Era la primera vez que tenía ocasión de hacerlo desde la noche anterior. Luego, Phrynne volvió a ser ella misma. Pero, en los anteriores segundos, Gerald había adquirido conciencia de algo que les separaba, y que ninguno de ellos mencionaría ni olvidaría nunca.

HARRY

Rosemary Timperley

HAY cosas normales y corrientes que me asustan. La luz del sol, por ejemplo. Las sombras sobre la hierba. Las rosas blancas. Los niños pelirrojos. Y el nombre… Harry. Un nombre tan corriente.

Pero la primera vez que Christine mencionó el nombre, experimenté una especie de premonición.

Christine tenía cinco años y debía ingresar en la escuela dentro de tres meses. Era un día cálido y bello, y Christine jugaba sola en el jardín, como hacía tan a menudo. La vi tendida boca abajo sobre la hierba, cogiendo margaritas y confeccionando coronas con ellas con laborioso placer. El sol ardía sobre sus cabellos rojos y hacía que su piel pareciera muy blanca. Sus grandes ojos azules tenían una expresión concentrada.

Súbitamente, alzó la mirada hacia el matorral de rosas blancas, el cual proyectaba su sombra sobre la hierba, y sonrió.

—Sí, soy Christine —dijo.

A continuación se puso en pie y echó a andar lentamente hacia el matorral, con sus rollizas piernas ligeramente arqueadas bajo la falda de algodón azul demasiado corta. Estaba creciendo muy aprisa.

—Con mi mamá y mi papá —dijo claramente. Y luego, tras una pausa—: ¡Oh! Pero *ellos* son mi papá y mi mamá…

Ahora estaba a la sombra del matorral. Era como si acabara de abandonar un mundo de luz para sumirse en la oscuridad. Intranquila, sin saber exactamente por qué, la llamé:

—Chris, ¿qué estás haciendo?

—Nada.

La voz sonó demasiado lejana.

—Entra en casa. Hace demasiado calor para que estés fuera.

—No hace demasiado calor.

—Entra en casa, Chris.

Chris dijo:

—Bueno, tengo que marcharme. Adiós.

Y echó a andar lentamente hacia la casa.

—Chris, ¿con quién estabas hablando?

—Con Harry.

—¿Quién es Harry?

—Harry.

No pude sacarle nada más, de modo que me limité a darle un trozo de pastel y un poco de leche y a leer para ella hasta la hora de acostarse. Mientras escuchaba, miraba hacia el jardín a través de la ventana. En un momento determinado sonrió y

agitó la mano. Para mí fue un verdadero alivio dejarla en la cama y experimentar la sensación de que estaba a salvo.

Cuando Jim, mi marido, llegó a casa, le conté lo del misterioso «Harry». Se echó a reír.

—¡Oh! De modo que ya ha empezado ese juego…

—¿A qué te refieres, Jim?

—Verás, no es raro que los niños que viven solos se busquen una compañía imaginaria. Muchas chiquillas hablan con sus muñecas. Chris no ha sido nunca aficionada a las muñecas. No ha tenido hermanos ni hermanas. Ni amiguitas de su misma edad. De manera que imagina a alguien.

—Pero, ¿por qué ha escogido ese nombre, precisamente?

Jim se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo escogen las cosas los niños. No encuentro ningún motivo de preocupación en ello, sinceramente.

—Tampoco yo, en realidad. Sólo que me siento mucho más responsable de ella. Más que si fuera su verdadera madre.

—Lo sé, pero Chris está perfectamente. Es una niña bonita, inteligente y llena de salud. Gracias a ti.

—Y a ti.

—¡En realidad, somos unos padres estupendos!

—¡Y tan modestos!

Nos echamos a reír y Jim me besó. Me sentí consolada.

Hasta la mañana siguiente.

De nuevo, el sol brilló sobre la hierba verde esmeralda y las rosas blancas. Christine estaba sentada en la hierba, con las piernas cruzadas, mirando hacia el matorral, sonriendo.

—Hola —dijo—. Esperaba que vinieras… Porque me gustas. ¿Cuántos años tienes?… Yo tengo cinco y un poco más… ¡*No* soy una cría! Pronto iré a la escuela y llevaré un vestido nuevo. Verde. Y tú, ¿vas a la escuela?… Entonces, ¿qué es lo que haces?

Permaneció unos instantes silenciosa, asintiendo, escuchando, absorta.

Noté un extraño frío mientras la miraba a través de la ventana de la cocina.

«No seas estúpida. Muchos niños tienen un compañero imaginario —me dije a mí misma desesperadamente—. Pórtate como si no pasara nada. No escuches. No seas tonta.»

Pero llamé a Christine más pronto que de costumbre para que se tomara su vaso de leche.

—Tienes la leche preparada, Chris. Ven a tomártela.

—Dentro de un momento.

Era una extraña respuesta. Normalmente, Chris acudía corriendo en busca de su vaso de leche y de los pastelillos de crema que la acompañaban y que le gustaban con

delirio.

—Ven en seguida, querida.

—¿Puede venir también Harry?

—¡No!

La vehemencia de mi negativa me sorprendió a mí misma.

—Adiós, Harry. Siento que no puedas venir, pero he de marcharme para tomarme la leche —dijo Chris, y luego echó a correr hacia la casa.

—¿Por qué no puede tomar también Harry un poco de leche? —inquirió Chris, malhumorada.

—¿Quién *es* Harry, querida?

—Harry es mi hermano.

—Pero, Chris, tú no tienes ningún hermano… Papá y mamá sólo han tenido una niña, que eres tú. Harry no puede ser tu hermano.

—Harry es mi hermano. Él me lo ha dicho. —Se inclinó sobre el vaso de leche y bebió ávidamente. Luego atacó los pastelillos. Bueno, al menos Harry no le había quitado el apetito.

Cuando hubo dado cuenta de los pastelillos, dije:

—Ahora vamos a ir de compras, Chris. Te gusta venir a las tiendas conmigo, ¿verdad?

—Quiero quedarme con Harry.

—Ahora no puedes; tienes que venir conmigo.

—¿Puede venir también Harry?

—No.

Mis manos temblaban mientras me ponía el sombrero y los guantes. En la casa hacía frío, como si planeara una sombra sobre ella a pesar del sol que brillaba en el exterior. Chris salió conmigo, aparentemente tranquila, pero mientras íbamos calle abajo, se volvió y agitó la mano.

Aquella noche no le hablé a Jim del asunto. Sabía que se lo tomaría a broma, como había hecho antes. Pero la presencia del fantástico «Harry» de Christine, día tras día, fue desquiciándome los nervios. Llegué a odiar y a temer aquellos largos días de verano. Deseaba que se presentaran los cielos grises y las lluvias. Deseaba que las rosas blancas se marchitaran y murieran. Temblaba al oír la voz de Christine en el jardín. Ahora hablaba sin restricciones con su «Harry».

Un domingo, al oírla hablar, Jim dijo:

—Parece ser que los compañeros imaginarios influyen en el lenguaje de los niños; Chris habla ahora con mucho más desparpajo.

—Y con acento —dije bruscamente.

—¿Con acento?

—Sí, un ligero acento *cockney*[2].

—Querida mía, todos los niños de Londres adquieren un leve acento *cockney*. Será mucho peor cuando vaya a la escuela y se relacione con otros niños.

—Nosotros no hablamos *cockney*. ¿Dónde ha adquirido ese acento? ¿Quién puede habérselo pegado, excepto Ha…?

No pude pronunciar todo el nombre.

—El panadero, el lechero, el basurero, el carbonero, el hombre que limpia las ventanas… ¿Quieres más?

—Supongo que no.

Tuve que echarme a reír. Jim me hacía sentirme como una tonta.

—De todos modos —dijo Jim—, *yo* no he notado en Chris ningún acento *cockney*.

—Porque no lo emplea cuando habla con nosotros, sino únicamente cuando habla con…, con él.

—Con Harry. ¿Sabes que empiezo a encariñarme con el joven Harry? ¿No sería divertido si un día nos asomáramos a la ventana y le viéramos?

—¡Calla! —grité—. ¡No digas eso! Es mi pesadilla. ¡Oh, Jim! No podré resistirlo mucho más tiempo.

Jim pareció quedar desconcertado.

—Este asunto de Harry te preocupa realmente, ¿verdad?

—¡Desde luego que me preocupa! Día tras día, no oigo más que «Harry esto», «Harry aquello», «Harry dice», «Harry cree», «¿Puede venir también Harry?». Tú te pasas el día en la oficina, pero yo tengo que soportarlo a todas horas. Y me da miedo, Jim. Es una cosa tan…, tan rara…

—¿Sabes lo que opino que deberías hacer para recobrar la tranquilidad?

—¿Qué?

—Mañana llévate a Chris a casa del anciano doctor Webster. Deja que charle un poco con ella.

—¿Crees que la niña está enferma… de la mente?

—¡Santo cielo, no! Pero cuando nos enfrentamos con algo que está más allá de nuestras posibilidades de comprensión, lo mejor es recabar la opinión de un profesional.

Al día siguiente llevé a Chris a casa del doctor Webster. La dejé en la sala de espera mientras yo hablaba brevemente con el médico acerca de Harry. El doctor Webster asintió comprensivamente y luego dijo:

—Es un caso poco frecuente, mistress James, aunque no único. He tratado varios casos de niños cuyos compañeros imaginarios llegaron a hacerse tan reales que sus padres se alarmaron. Supongo que se trata de una niña más bien solitaria, ¿no es cierto?

—No tiene ninguna amiguita de su edad. Hace muy poco que vivimos en este barrio. Pero eso quedará solucionado cuando empiece a ir a la escuela.

—Y yo opino que cuando vaya a la escuela y conozca a otros niños, esas fantasías desaparecerán. Verá, todos los niños necesitan compañeros de su misma edad, y cuando no los tienen, se los inventan. Las personas mayores que padecen de soledad

hablan consigo mismas. Eso no quiere decir que estén locas, sino que necesitan hablar con alguien. Los niños son más prácticos. Encuentran absurdo hablarse a sí mismos, de modo que inventan a alguien con quien poder hablar. Sinceramente, no creo que tenga usted motivos para preocuparse.

—Eso es lo que dice mi marido.

—Es muy lógico. Sin embargo, y puesto que la ha traído, hablaré con Christine. Déjenos solos, por favor.

Fui a la sala de espera a buscar a Chris. Estaba asomada a la ventana. Dijo:

—Harry está esperando.

—¿Dónde, Chris? —inquirí, con un súbito deseo de ver con sus ojos.

—Allí. Al lado del rosal.

El doctor Webster tenía un rosal en su jardín.

—No hay nadie allí —dije. Chris me miró con una expresión burlona—. El doctor Webster quiere verte, querida —añadí precipitadamente—. Te acuerdas de él, ¿verdad? Fue el que te atendió cuando tuviste el sarampión.

—Sí —dijo Chris, y se dirigió obedientemente hacia el consultorio del médico.

Esperé, con los nervios en tensión. Oí sus voces a través de la puerta, oí la risita del doctor y la risa cristalina de Chris. La niña hablaba con el médico como nunca había hablado conmigo.

Cuando salieron del consultorio, el doctor Webster dijo:

—A la niña no le pasa nada. Lo que ocurre es que tiene una gran imaginación. Un consejo, mistress James. Déjela que hable de Harry. Deje que se acostumbre a confiar en usted. Creo que le ha demostrado a la niña que no simpatizaba usted con ese «hermano» suyo, de modo que no le habla mucho de él. Harry hace juguetes de madera, ¿verdad, Chris?

—Sí, Harry hace juguetes de madera.

—Y sabe leer y escribir, ¿no es cierto?

—Y nadar, y subir a los árboles, y pintar. Harry sabe hacerlo todo. Es un hermano estupendo.

El pequeño rostro de Christine enrojeció de adoración.

El doctor palmeó cariñosamente su hombro y dijo:

—Parece que es un hermano encantador. Incluso tiene los cabellos rojos como tú, ¿verdad?

—Harry tiene los cabellos rojos —dijo Chris orgullosamente—, más rojos que los míos. Y es casi tan alto como papá, pero más delgado. Es tan alto como tú, mamá. Tiene catorce años. Dice que es muy alto para su edad. ¿Qué es ser muy alto para su edad?

—Mamá te lo explicará mientras regresáis a casa —dijo el doctor Webster—. Ahora, adiós, mistress James. No se preocupe. Déjela con su fantasía. Adiós, Chris. Saluda de mi parte a Harry.

—Está allí —dijo Chris, señalando hacia el jardín del doctor—. Me está

esperando.

El doctor Webster se echó a reír.

—Son incorregibles, ¿verdad? —dijo—. Conozco a una pobre madre cuyos hijos inventaron a toda una tribu de imaginarios indígenas, cuyos ritos y tabús gobernaban la casa. De modo que, hasta cierto punto, ha tenido usted suerte, mistress James.

Traté de sentirme consolada por todo aquello, pero no lo estaba. Esperaba sinceramente que en cuanto Chris empezara a ir a la escuela terminaría de una vez aquel desdichado asunto.

Chris corría delante de mí. Miraba hacia arriba, como si hubiera alguien a su lado. Durante un breve y espantoso segundo vi una sombra sobre el pavimento junto a la de Chris: una sombra larga, delgada…, como la sombra de un muchacho. Luego desapareció. Eché a correr para dar alcance a Chris y la llevé fuertemente cogida de la mano durante todo el camino de regreso. Incluso en la relativa seguridad de la casa —la casa tan extrañamente fría en aquel caluroso verano—, no la perdí ni un momento de vista. Me daba cuenta de que la niña se estaba convirtiendo en una extraña en su propio hogar.

Por primera vez desde que Jim y yo habíamos adoptado a Chris, me pregunté seriamente: ¿Quién es? ¿De dónde procede? ¿Quiénes fueron sus verdaderos padres? ¿Quién es esta pequeña y querida desconocida a la que he aceptado como hija? ¿Quién *es* Christine?

Transcurrió otra semana. El día antes del fijado para que Chris empezara a ir a la escuela, la niña dijo:

—No voy a ir a la escuela.

—¿Por qué dices eso, Chris? Siempre habías esperado que llegara este día. Allí conocerás a muchos niños y niñas.

—Harry dice que él no puede venir conmigo.

—En la escuela no necesitarás a Harry. Él… —Traté de seguir el consejo del doctor Webster y fingir que creía en la existencia de Harry—. Es demasiado viejo. A sus catorce años, se sentiría como un grandullón entre tantos niños.

—No iré a la escuela sin Harry. Quiero ir con Harry.

Chris empezó a sollozar inconsolablemente.

—¡Chris, basta de tonterías! ¡Basta!

La golpeé bruscamente en el brazo. Inmediatamente dejó de llorar. Se me quedó mirando, con los ojos azules muy abiertos y espantosamente fríos. En aquel momento, su mirada era la de un adulto, y me hizo estremecer. Luego dijo:

—Tú no me quieres. Harry me quiere. Harry me necesita. Dice que puedo ir con él.

—¡No quiero oír hablar más de esto! —grité, enfurecida, odiándome a mí misma por haberme encolerizado con una niña…, con *mi* pequeña Chris.

Me arrodillé en el suelo y extendí los brazos.

—Chris, cariño, ven aquí.

Vino lentamente.

—Te quiero mucho, Chris, y soy un ser real. La escuela también es real. ¿Irás a la escuela para complacerme?

—Si voy a la escuela, Harry se marchará.

—Tendrás otros amigos.

—Yo quiero a Harry.

Otra vez las lágrimas, ahora humedeciendo mi hombro. Abracé a Chris fuertemente.

—Estás cansada, nena. Vamos a la cama.

Chris se durmió con el rostro manchado por las lágrimas.

Aún no había oscurecido. Me acerqué a la ventana, para correr las cortinillas. En el jardín había sombras doradas, proyectadas por los últimos rayos del sol. Luego, de nuevo, como un sueño, la larga y delgada sombra de un muchacho junto a las rosas blancas. Como una loca, abrí la ventana y grité:

—¡Harry! ¡Harry!

Me pareció distinguir un brillo rojizo entre las rosas, como el de los rizos de un muchacho pelirrojo. Inmediatamente desapareció.

Cuando le conté a Jim la escena que había hecho Chris, dijo:

—¡Pobrecilla! Para los niños, empezar a ir a la escuela suele ser un problema. Pero, en cuanto se acostumbre, todo irá bien. Verás cómo deja de hablar de Harry paulatinamente.

—Harry no quiere que Chris vaya a la escuela.

—¡Eh! Hablas como si también tú creyeras en Harry…

—A veces lo hago.

—¿Creer en los malos espíritus a tu edad? —bromeó Jim. Pero sus ojos tenían una expresión preocupada.

—No creo que Harry sea malo —dije—. No es más que un chiquillo. Un chiquillo que no existe, excepto para Christine. ¿Y quién *es* Christine?

—¡Nada de eso! —exclamó Jim bruscamente—. Cuando adoptamos a Chris, decidimos que iba a ser nuestra hija. Nada de hurgar en el pasado. Nada de misterios. Chris es tan nuestra como si hubiera nacido de nuestra propia carne. ¿Quién es Christine? ¡Es nuestra hija, sencillamente! ¡No lo olvides!

—Sí, Jim, tienes razón. Desde luego, tienes razón.

Se había mostrado tan brusco, que no le dije lo que pensaba hacer al día siguiente mientras Chris estuviera en la escuela.

A la mañana siguiente, Chris estaba silenciosa y malhumorada. Jim bromeó con ella, tratando de hacerla reír, pero la niña se acercó a la ventana, miró a través de los cristales y dijo:

—Harry se ha marchado.

—Ahora no necesitarás a Harry —dijo Jim—. Vas a ir a la escuela.

Chris le dirigió aquella extraña mirada que me había dirigido a mí en varias

ocasiones.

Mientras la acompañaba a la escuela, Chris y yo no pronunciamos una sola palabra. Yo estaba a punto de llorar. Aunque me alegraba de que la niña iniciara su vida escolar, por otra parte experimentaba la sensación de que empezaba a perderla. Supongo que todas las madres experimentan esa sensación al llevar a sus hijos a la escuela por primera vez. Significa el final de la infancia para los niños, el comienzo de la vida en su cruda realidad. Al llegar ante la verja, me despedí de Chris con un beso y le dije:

—Te quedarás a comer en la escuela con los otros niños, Chris. Mamá vendrá a buscarte cuando terminen las clases, a las tres.

—Sí, mamá.

Chris sujetaba mi mano fuertemente. Otros niños nerviosos llegaban con unos padres igualmente nerviosos. Una joven maestra, rubia, con una bata inmaculadamente blanca, apareció en la verja. Reunió a los niños a su alrededor y se los llevó. Al pasar por delante de mí me dirigió una amable sonrisa y me dijo:

—No se preocupe. Cuidaremos bien de ella.

Mientras me alejaba experimenté una sensación de alivio, sabiendo que Chris estaba segura y que no tenía motivos para preocuparme.

Ahora iba a empezar mi misión secreta. Tomé un autobús hasta la ciudad y me dirigí al enorme edificio que no había visitado desde hacía cinco años. En aquella ocasión me acompañaba Jim. El piso superior del edificio pertenecía a la *Greythorne Adoption Society*. Subí los cuatro tramos de escaleras y llamé a la puerta familiar, con su pintura rascada. Me recibió una secretaria cuyo rostro me era desconocido.

—¿Puedo ver a miss Cleaver? Mi nombre es mistress James.

—¿Está usted citada con ella?

—No, pero es muy importante.

—Un momento. —La joven salió del despacho y regresó casi inmediatamente—. Pase usted, mistress James.

Miss Cleaver, una mujer alta, delgada, de cabellos grises y una encantadora sonrisa en un rostro amable, me reconoció en seguida.

—¡Mistress James! ¡Cuánto me alegro de volver a verla! ¿Cómo está Christine?

—Muy bien. Miss Cleaver, será mejor que vaya directamente al asunto. Ya sé que ustedes no suelen divulgar el origen de un niño a sus adoptantes, y viceversa, pero tengo que saber quién es Christine.

—Lo siento, mistress James —empezó a decir miss Cleaver—, pero las normas…

—Por favor, permítame que le cuente toda la historia, y se dará cuenta de que no me impulsa una simple curiosidad.

Le conté lo de Harry.

Cuando terminé, miss Cleaver dijo:

—Es un caso muy raro. Muy raro, sí. Mistress James, por una vez voy a quebrantar las normas. De un modo estrictamente confidencial, voy a decirle de

dónde procede Christine.

»Nació en un barrio muy pobre de Londres. Su familia se componía de cuatro miembros: el padre, la madre, un hijo y la propia Christine.

—¿Un hijo?

—Sí. Tenía catorce años cuando…, cuando ocurrió la cosa.

—¿Qué es lo que ocurrió?

—Permítame empezar por el principio. Los padres no habían deseado la llegada al mundo de Christine. La familia vivía en una buhardilla de una casa que, en mi opinión, debió ser declarada inhabitable por la Inspección de Sanidad. La buhardilla era ya insuficiente para tres personas, pero con el nacimiento de Christine se convirtió en un infierno. La madre era una persona neurótica, desaliñada, demasiado gorda. Después de tener a la niña se desentendió casi por completo de ella. El hermano, sin embargo, adoró a Christine desde el primer momento. Se buscó más de un disgusto porque hacía novillos a fin de poder cuidar de ella.

»El padre estaba empleado en un almacén. Ganaba lo justo para que la familia no se muriera de hambre. Luego estuvo unas semanas enfermo y perdió el empleo. Se pasaba los días en aquella sucia buhardilla, enfermo, desalentado, importunado por su esposa y excitado por el continuo llanto de la niña. Todo eso me lo contaron los vecinos, más tarde. También me dijeron que en la guerra lo había pasado muy mal, y que estuvo internado en una clínica mental varios meses, antes de su desmovilización. Súbitamente, la situación se le hizo insoportable.

»Una mañana, muy temprano, una mujer que vivía en el primer piso vio caer algo por delante de su ventana y oyó el ruido de algo que se estrellaba contra el suelo. Salió a mirar. El chico de la buhardilla estaba tendido sobre la acera, con el cuello roto. Llevaba en brazos a Christine. La niña tenía el rostro azulado, pero respiraba débilmente.

»La mujer despertó a los vecinos, avisaron a la policía y al médico y luego subieron a la buhardilla. Tuvieron que echar abajo la puerta, que estaba cerrada y precintada por dentro. Les acogió un intenso olor a gas, a pesar de la ventana abierta.

»Encontraron al marido y a la mujer en la cama, muertos, y una nota del hombre que decía:

«No puedo soportarlo más. Voy a matarles a todos. Es la única solución.»

»La policía llegó a la conclusión de que el marido había cerrado puerta y ventanas, precintándolas además con unas tiras de papel, y abrió el gas mientras su familia dormía; luego se tendió en la cama al lado de su esposa, hasta que se sumió en la inconsciencia y murió. Pero el hijo debió despertarse. Tal vez luchó con la puerta, pero no pudo abrirla. Estaba demasiado débil para gritar. Lo único que pudo hacer fue arrancar los precintos de la ventana, abrirla y arrojarse por ella, sosteniendo entre sus brazos a su adorada hermanita.

»El hecho de que Christine no resultara intoxicada por el gas es un misterio. Tal vez tenía la cabeza debajo de las ropas de la cama, apretada contra el pecho de su hermano: siempre dormían juntos. Sea como fuere, la niña fue llevada al hospital, y luego a la institución donde ustedes la vieron.

—De modo que su hermano le salvó la vida y murió —murmuré.

—Sí. Era un chico muy valiente.

—Tal vez no pensó tanto en salvarla como en conservarla a su lado… ¡Oh, querida! Esa es una idea egoísta. Perdóneme. ¿Cómo se llamaba el hermano?

—Tendré que consultar el fichero. —Así lo hizo, y al cabo de unos instantes me informó—: El nombre de la familia era Jones, y el muchacho se llamaba «Harold».

—¿Y era pelirrojo? —inquirí.

—Lo ignoro, mistress James.

—Era Harry. El muchacho era Harry. ¿Qué significa eso? No puedo comprenderlo.

—No resulta fácil, pero tal vez Christine ha conservado siempre en su subconsciente el recuerdo de Harry, el compañero de sus primeros meses de vida. Opinamos que los niños no tienen mucha memoria, pero es posible que algunas imágenes del pasado queden profundamente impresas en algún rincón de sus tiernos cerebros. Christine no ha *inventado* a ese Harry. Lo *recuerda*. Tan claramente, que casi lo ha devuelto a la vida. Sé que es una explicación difícil de aceptar, pero toda la historia es tan rara, que no se me ocurre otra.

—¿Podría facilitarme la dirección de la casa donde vivían?

Miss Cleaver no parecía muy dispuesta a darme aquella información, pero finalmente logré convencerla. Poco después me encontraba ante el número 13 del Canver Row, donde un hombre llamado Jones había intentado exterminar a toda la familia y casi lo había conseguido.

La casa parecía desierta. Estaba sucia y abandonada. Pero algo me hizo mirar y mirar. Delante de ella había un pequeño jardín. Descuidado, como la propia casa, con la hierba creciendo a su antojo sobre la parda tierra. Pero el pequeño jardín poseía una extraña gloria que le había sido negada a las otras casas de la miserable calle: un rosal. Las rosas —blancas— se abrían voluptuosamente al sol. Su perfume era muy intenso.

Me acerqué al rosal y levanté los ojos hacia la ventana de la buhardilla.

Una voz me sobresaltó:

—¿Qué está usted haciendo ahí?

Era una anciana, asomada a una ventana del primer piso.

—Creí que la casa estaba vacía —dije.

—Tendría que estarlo. Ha sido declarada inhabitable. Pero no podrán echarme. No sabría adónde ir. Y no me marcharé. Los otros vecinos se fueron sin hacerse rogar cuando ocurrió la cosa. Decían que el lugar estaba embrujado. Tonterías. ¿A qué viene tanto jaleo? La vida y la muerte están muy unidas. Ya lo aprenderá cuando sea

vieja. Viva o muerta. ¿Cuál es la diferencia?

Me miró con sus ojos amarillentos, inyectados en sangre, y añadió:

—Le vi caer por delante de mi ventana. Allí es donde cayó. Entre las rosas. Y sigue viniendo. Yo le he visto. No se marchará hasta que pueda llevársela.

—¿De…, de quién está usted hablando?

—De Harry Jones. Era un chico excelente. Pelirrojo. Muy delgado. Aunque demasiado testarudo. Siempre quería salirse con la suya. Y quería demasiado a Christine. Murió entre las rosas. Solía sentarse ahí durante horas enteras, con ella, junto a las rosas. Y ahí murió. Ahora, márchese, ¿quiere? Este lugar no es para usted. Es para los muertos que no están muertos, y los vivos que no están vivos. ¿Estoy viva, o muerta? Dígamelo. Yo no lo sé.

Los ojos dementes bajo la desordenada mata de cabellos blancos me asustaron. Las personas locas inspiran terror. Puede compadecérselas, pero continúan inspirando terror.

Murmuré:

—Me voy ahora mismo. Adiós.

Traté de echar a andar apresuradamente, pero mis piernas parecían pesar como si fueran de plomo, tal como sucede en las pesadillas.

El sol ardía implacable sobre mi cabeza, pero yo apenas me daba cuenta de ello. Había perdido toda noción de tiempo y de lugar.

Entonces oí algo que me heló la sangre.

Un reloj dio las tres.

A las tres, se suponía que yo debía estar en la verja de la escuela, esperando a Christine.

¿Dónde estaba ahora? ¿A qué distancia de la escuela? ¿Qué autobús tenía que tomar?

Interrogué frenéticamente a varios transeúntes, los cuales me miraron con aire asustado, como yo había mirado a la anciana.

Me tomaban por una loca.

Finalmente pude localizar el autobús que me llevó hasta la escuela. Crucé corriendo el patio vacío. En una de las aulas, la joven maestra de la bata blanca recogía sus libros.

—Vengo a buscar a Christine James. Soy su madre. Siento haber llegado tarde. ¿Dónde está?

—¿Christine James? —La maestra enarcó las cejas, y luego dijo—: ¡Oh, sí! Ya recuerdo, la pequeña pelirroja. Ya se la han llevado, mistress James. Su hermano vino a buscarla. Se parecen muchísimo, ¿verdad? Y tan cariñoso con ella… No es frecuente que un muchacho de su edad se muestre tan cariñoso con su hermanita. Los chicos…, ya sabe. ¿Es pelirrojo su marido, como los dos niños?

—¿Qué…, qué ha dicho su hermano? —pregunté, con un hilo de voz.

—No ha dicho nada. Cuando hablé con él, se limitó a sonreír. Ya habrán llegado a

casa, seguramente… ¿Se encuentra usted bien, mistress James?

—Sí, gracias. Tengo que marcharme a casa.

Corrí todo el camino a través de las ardientes calles.

«¡Chris! ¡Christine, dónde estás! ¡Chris! ¡Chris!»

Incluso ahora oigo a veces mi propia voz del pasado gritando a través de la fría casa:

«¡Christine! ¡Chris! ¿Dónde estás? ¡Contéstame! ¡Chriiiis!»

Y luego:

«¡Harry! ¡No te la lleves! ¡Vuelve! ¡Harry! ¡Harry!»

Enloquecida, salí al jardín. El sol ardía implacable sobre mi cabeza. Las rosas resplandecían, gloriosamente blancas. El aire estaba tan inmóvil que me pareció encontrarme situada al margen del tiempo y del espacio. Por un instante, creí estar muy cerca de Christine, aunque no pude verla. Luego, las rosas danzaron delante de mis ojos y se convirtieron en rosas rojas. Sangre roja. Humedad roja. Me desplomé sin sentido.

Durante semanas enteras permanecí en la cama: la insolación provocó una fiebre cerebral. En todo aquel tiempo, Jim y la policía buscaron inútilmente a Christine. La inútil búsqueda continuó durante meses. Los periódicos estaban llenos de la extraña desaparición de la niña pelirroja. La maestra describió al «hermano» que había ido a buscarla a la escuela.

Luego, el caso perdió interés. Otro misterio sin resolver en los archivos de la policía, sencillamente.

Y sólo dos personas sabían lo que había sucedido: una anciana loca que vivía en una casa declarada inhabitable, y yo.

Han trascurrido los años. Pero el miedo continúa latente en mí.

Hay cosas normales y corrientes que me asustan. La luz del sol. Las sombras sobre la hierba. Las rosas blancas. Los niños pelirrojos. Y el nombre de Harry. ¡Un nombre tan corriente!

ALGUIEN EN EL ASCENSOR

L. P. Hartley

¡En el ascensor baja alguien, mamá!

—No, querido, te equivocas. No hay nadie.

—Sí, mamá. Puedo verle a través de las verjas: es un hombre alto.

—No es más que una sombra, querido. ¿Ves? El ascensor está vacío.

Y siempre lo estaba.

Este mismo diálogo, con muy pocas variaciones, venía repitiéndose a intervalos desde que míster y mistress Maldon y su hijo Peter habían llegado al hotel Brompton Court, donde, debido a una crisis doméstica, iban a pasar las Navidades. Vivir en el hotel era una novedad para el niño, el cual no había visto nunca un ascensor y estaba fascinado por él. Cuando su padre o su madre pulsaban el botón para hacerlo descender a la planta baja, Peter se apartaba un poco para verlo bajar.

El vestíbulo del hotel tenía el techo muy alto, de modo que el ascensor era visible durante algunos segundos antes de llegar al nivel del suelo: y era entonces, al hacer su aparición, cuando Peter veía la figura. Estaba siempre en el mismo lugar, de cara a él, en el rincón de la izquierda. No podía verla claramente, desde luego, debido a la doble verja, la del ascensor y la del rellano, las cuales tenían que quedar bien cerradas para que funcionara el ascensor.

Le habían dicho que no utilizara el ascensor por sí mismo: una advertencia innecesaria, puesto que Peter relacionaba el ascensor con las cosas que hacían los adultos, y, al contrario de la mayoría de niños, Peter no se sentía demasiado ansioso por compartir los privilegios de los mayores: se contentaba con mirar y admirar. El ascensor le atraía más como magia que como mecanismo. La aceptación de la magia había hecho posible que creyera que el ascensor tenía un ocupante la primera vez que lo vio, a pesar del hecho demostrable de que al posarse en el suelo, con su fascinante *click* final, el ocupante había desaparecido.

—Si no me crees, pregúntaselo a papá —dijo su madre.

Peter no deseaba hacerlo, por dos motivos, uno de los cuales resultaba más fácil de explicar que el otro.

—Papá diría que soy un tonto —dijo.

—¡Oh, no! Papá nunca dice que eres tonto.

Esto no era absolutamente cierto. Al igual que la mayoría de padres modernos, míster Maldon tenía conciencia del peligro que entrañaba el ofender a un hijo de corta edad: los resultados psicológicos podrían ser lamentables. Pero, con Freud o sin Freud, los padres son siempre padres, y a veces, cuando Peter se ponía pesado, míster Maldon acababa por perder la paciencia. Aunque quería a su padre, la visión particular que Peter tenía de él era más autoritaria y atemorizante de lo que un

desconocido, al verles juntos, hubiera supuesto.

El otro motivo, que Peter se guardó para sí, era más fantástico. No se lo preguntaría a su padre porque, cuando su padre estaba con él, no podía ver la figura en el ascensor.

Mistress Maldon recordó la conversación y le habló a su marido de ella.

—El ascensor se encuentra en un lugar oscuro —dijo—, y me atrevería a decir que Peter ve algo, ya que se encuentra mucho más cerca del suelo que nosotros. Es posible que las verjas proyecten una sombra y formen algún dibujo que nosotros no podemos ver. No sé si la cosa le asusta, pero podrías hablar con él del asunto.

Al principio, Peter estaba más interesado que asustado. Luego empezó a desarrollar una teoría. Si la figura sólo aparecía en ausencia de su padre, ¿no se deducía de ello que la figura podía ser, tenía que ser, su propio padre? Resultaría difícil decir en qué zona de su conciencia creía Peter aquello; pero a efectos imaginativos lo creía, y la figura se convirtió para él en «papá en el ascensor». La idea de papá en el ascensor le asustaba, y la vecindad de la verja del vestíbulo se convirtió en un lugar temido.

Las Navidades estaban próximas y en el hotel empezaban los preparativos para la fiesta. Colgado al pie de la escalera, enfrente del ascensor, había un ramillete de muérdago, y aquello le dio una idea a míster Maldon.

Mientras estaban de pie debajo del ramillete, esperando el ascensor, le dijo a Peter:

—Tu madre me ha dicho que ves a alguien que no existe en el ascensor.

Su voz sonó más acusadora de lo que pretendía, y Peter se asustó.

—¡Oh, no! ¡Ahora, no! —replicó, sin faltar a la verdad—. Sólo algunas veces…

—Tu madre me ha dicho que lo veías siempre —insistió su padre—. ¿Sabes quién creo que puede ser?

Aterrorizado, Peter exclamó:

—¡No me lo digas, por favor!

—Vamos, no seas tonto —dijo su padre razonablemente—. ¿No quieres saberlo?

Avergonzado de su cobardía, Peter dijo que sí.

—Bueno, es Papá Noel, desde luego.

Peter suspiró, aliviado.

—Yo pensaba que Papá Noel bajaba por la chimenea —murmuró.

—Eso era antes. Ahora se ha modernizado y toma el ascensor.

Peter reflexionó unos instantes.

—¿Vas a disfrazarte de Papá Noel este año, aunque estemos en un hotel? —preguntó finalmente.

—Es posible.

—¿Y bajarás en el ascensor?

—Claro, para eso está.

Después de aquello, Peter se quedó mucho más tranquilo. Papá Noel no podía

hacerle daño a nadie, aunque fuera (como creía Peter ahora) su propio padre. Peter no tenía más que seis años, pero recordaba dos Nochebuenas en las cuales su padre se había disfrazado de Santa Claus y le había dado un delicioso susto. Estaba impaciente para que llegara la próxima Nochebuena y la aparición se convirtiera finalmente en una realidad.

Por desgracia, dos días antes de Navidad el ascensor se estropeó. En cada uno de los pisos, y había cinco (seis, contando el sótano), la caja del ascensor mostraba el letrerito de «No funciona». Peter se quejaba en voz alta como todo el mundo, aunque en su fuero interno, y sin saber por qué, exactamente, se alegraba de que el ascensor no funcionara; y no le importaba subir los cuatro tramos de escalera hasta su habitación, a la cual podía entrarse desde la habitación de sus padres, pero tenía también su propia puerta. Utilizando la escalera encontraba a los obreros y por ellos se enteraba de las últimas noticias acerca de la crisis del ascensor. Trabajaban horas extraordinarias, le decían, y estaban tan ansiosos como él por ver terminada la reparación.

Peter les preguntaba siempre cuándo terminarían, y siempre le contestaban:

—Por Nochebuena, a más tardar.

Peter no lo ponía en duda. Para él, los obreros eran infalibles y poseían poderes mágicos capaces de suspender las leyes que regían a los ascensores. Sólo había que ver cómo dejaban abiertas las verjas y se gritaban el uno al otro a lo largo de la temible caja, sin prestar la menor atención a los huéspedes del hotel, como si no existieran. Únicamente rompían aquella norma en beneficio de Peter.

Pero llegó el día de Nochebuena, transcurrió la mañana, transcurrió la tarde, y el ascensor continuaba sin funcionar. Los hombres trabajaban con los rostros contraídos y una gran prisa en todos sus movimientos; ni siquiera contestaron al «Buenas noches» de Peter cuando el niño pasó por su lado, camino de su habitación, para acostarse. ¡Acostarse! Había suplicado que le dejaran quedarse levantado hasta que los mayores cenaran; sabía que no se quedaría dormido, dijo, hasta que llegara Papá Noel. Permaneció despierto, escuchando las voces irritadas de los obreros, preguntándose si cada martillazo de los que oía sería el último; y luego, cuando el ruido amainaba, se quedó dormido.

Se despertó, sin saber a ciencia cierta si estaba soñando. ¿Sería ya medianoche? No, porque sus padres, a fin de cuentas, habían consentido en que bajara a cenar con ellos. Apartando los ojos del prohibido ascensor, empezó a bajar la escalera. En el vestíbulo había un reloj, pero se había parado. En el comedor había otro reloj, pero, ¿se atrevería a ir solo hasta el comedor, sin nadie que le guiara y expuesto a las miradas de todo el mundo?

Se aventuró, de todos modos, y allí, en su mesa, vio a su madre. Ella le vio, también, y avanzó hacia él.

—¡Querido! —dijo—. No podía encontrarte…, nadie pudo encontrarte, pero ya estás aquí. —Le condujo hasta la mesa y se sentaron—. Papá vendrá dentro de un

momento.

Transcurrieron los minutos; súbitamente se produjo un gran estrépito. Parecía proceder del interior del hotel, de la cocina, quizás. Unas sonrisas iluminaron los rostros de los huéspedes. Un hombre sentado ante una mesa contigua se echó a reír y dijo:

—¡Algo ha caído al suelo! ¡Y alguien pagará por ello!

—¿Qué pasa? —susurró Peter, demasiado excitado para hablar en voz alta.

—Nada, querido —respondió su madre—. Alguien ha dejado caer una bandeja, sencillamente.

Peter lamentó aquel incidente que echaba a perder la entrada de su padre en el comedor, ya que no tenía la menor duda de que su padre entraría disfrazado de Papá Noel. La espera se le hizo insoportable.

—¿Puedo ir al vestíbulo y esperar allí a papá?

Su madre vaciló y luego dijo que sí.

El vestíbulo estaba desierto, incluso el portero estaba libre de servicio. ¿Obraría mal, se preguntó Peter, si esperaba a Papá Noel junto al ascensor? La magia tenía sus reglas, que no debían ser desobedecidas. Pero allí estaba ahora, en su antiguo lugar delante del ascensor; y el ascensor bajaría si pulsaba el botón.

Sabía que no debía hacerlo, que estaba prohibido, que su padre se pondría furioso si lo hacía; sin embargo, alargó la mano y lo pulsó.

Pero no ocurrió nada: el ascensor no bajó. ¿Por qué? Porque alguna persona descuidada se había olvidado de cerrar la verja. Tal vez habían sido los propios obreros, en su prisa por marcharse a casa. Sólo había una solución: localizar en qué piso había quedado abierta la verja, y cerrarla.

La verja estaba abierta en el rellano de su propio piso, y a Peter no le extrañó que el ascensor no estuviera allí, bloqueando el negro agujero de la caja, aunque no se atrevió a mirar hacia abajo. Cerró la verja. Una sensación de triunfo le prestó alas para bajar; y allí estaba, en el vestíbulo, con el dedo sobre el botón. Un estremecimiento de placer recorrió su cuerpo cuando el mecanismo respondió a su orden.

Pero, ¿qué ocurría? El ascensor estaba *subiendo* del sótano, no bajando, y en su techo había algo anormal: un agujero que permitía el paso de la luz. No obstante, la figura estaba allí, en el rincón de siempre, y esta vez no había desaparecido, y continuaba allí: Peter podía verla a través de los hierros de las dos verjas, una figura vestida de rojo, con cucurucho blanco en la cabeza. Era su padre, Papá Noel, papá en el ascensor. Pero, ¿por qué no miraba a Peter, y por qué estaba manchada de rojo su barba blanca?

Las dos verjas cedieron cuando Peter las empujó. Los juguetes estaban caídos a los pies de su padre, pero Peter no pudo tocarlos porque también ellos estaban manchados de rojo, rojos y húmedos como el suelo del ascensor, rojos como la chispa de luz que penetró a través de su cerebro…

EL FISGÓN

Frank Belknap

MIKE O’Hara regresaba a su alojamiento dando un rodeo, con sus anchos hombros encorvados y el sonido de sus pasos resonando huecamente en la angosta calle. Era más de medianoche, pero unas cuantas luces parpadeaban sin alegría aquí y allá, y las sombras que surgían de los portales delante de él corrían a refugiarse en las callejas laterales apenas iluminadas.

Encontrándose en un estado lastimoso, O’Hara tenía que repetirse continuamente a sí mismo que no corría ningún peligro; la calle estaba desierta, y él se negaba a creer que alguien pudiera aprovecharse de su estado para surgir de las sombras y hacerle tragar los dientes.

A decir verdad, *Michael* O’Hara vivía con el temor de regresar tarde a casa en una noche oscura. Pero *Michael* O’Hara era un poeta que escribía relatos macabros para las revistas y creía en seres malvados que esperaban el paso de los transeúntes descuidados por las calles desiertas.

Michael O’Hara creía en tales cosas, pero esta noche no era Michael. Era Mike. Y Mike O’Hara sólo creía en los espíritus surgidos de las botellas de licor con una graduación de ochenta y cinco grados.

Esta noche no estaba espiritualmente en el asador. Era Mike O’Hara, testarudo, escéptico, y no estaba borracho, se decía a sí mismo con fervor…, a pesar de que andaba haciendo eses, y de que al subir los peldaños de la escalera que conducía a la destartalada casa de huéspedes de mistress Hammerslough notaba una sospechosa sensación en la boca del estómago.

No se oía ni un sonido en la oscuridad debajo de él, y ni una sola luz brillaba en la oscuridad encima de él. Había estado tarareando *Oh, querida mía…,* pero súbitamente su garganta pareció contraerse y su voz se apagó, dejándole a merced de un silencio que se cerró sobre él con la fuerza asfixiante de la tapadera de un ataúd cayendo sobre su rostro.

Siguió trepando a oscuras, con los hombros proyectados hacia adelante y la frente empapada en sudor. Más arriba, la oscuridad se extendía de un modo uniforme, excepto en un lugar. A un lado de la puerta y proyectándose sobre el rellano había un rastro alargado de algo que parecía desprender leves fulgores de luz.

No, no eran exactamente de luz. La cosa parecía estar envuelta en una especie de resplandor negativo que se mantenía en movimiento mientras Mike la miraba. Era como si…, como si un poco a la izquierda del umbral de la puerta la oscuridad hubiese sido desgarrada, y el vacío que había detrás de ella tratara de brillar a través de la abertura de un modo espasmódico.

Mike continuó trepando. La escalera parecía alargarse a medida que ascendía, parecía deslizarse debajo de él, y Mike tenía que realizar infinitos esfuerzos para mantenerse en pie mientras luchaba por alcanzar la cumbre.

Finalmente, tras un espacio de tiempo tan largo que toda su vida pareció desfilar ante él, se encontró de pie ante la «cosa». Seguía pareciendo una grieta en la oscuridad, una especie de rastro de resplandor negativo extendiéndose por el rellano. Pero ahora Mike pudo ver otra «cosa» que colgaba en la profundidad del resplandor: una cosa húmeda, semejante a una trenza.

Estaba pegada con una pequeña clavija a la parte superior del resplandor, y mientras la miraba Mike se estremeció.

—¡Dios mío! —murmuró.

Su visión se había aclarado un poco y pudo comprobar que la clavija no estaba pegada al resplandor, en realidad. Sobresalía del antiguo llamador de bronce situado al lado izquierdo de la puerta, y el brillo era una cosa independiente, una especie de capullo luminoso que envolvía la trenza sin mezclarse con su sustancia.

La trenza estaba unida por la clavija a la propia casa, un poco a la izquierda del anticuado llamador. Mike la contempló con extrañeza, pero sin temor. No le inspiraba ningún temor, porque esta noche no era Michael O'Hara. Esta noche era Mike, el escéptico, e incluso iba a tocarla, para dejar constancia del desdén que le inspiraba.

La cogió con ambas manos, y…

—Se ha dado usted un buen porrazo, míster O'Hara —dijo una voz áspera.

Gruñendo, Mike O'Hara trató de ponerse en pie. No recordaba haberse caído, sólo una especie de explosión en su cerebro que le había proyectado violentamente escaleras abajo.

—Mi cabeza, Kilgallen —gimió—. Mi cabeza…

El hecho de que estuviera levantándose de la fría acera con la ayuda de un teniente de la policía aclaró sus ideas, ya que era la primera vez que necesitaba la ayuda de la ley para recobrar la vertical, y esto le hizo sentir que había caído muy bajo.

—¿Ha estado celebrando usted la boda de su hija, míster O'Hara? —preguntó irónicamente el oficial.

—No tengo ninguna hija, Kilgallen —gruñó O'Hara—. Acabo de cumplir los treinta y cuatro años.

—Es una verdadera lástima. —El oficial colocó un brazo alrededor de los hombros de O'Hara y añadió—: Una hija hace que un hombre siente la cabeza. ¡Vamos, O'Hara, adelante!

—Pelo, Kilgallen —gimió O'Hara—. Colgado a secar. Dos largos mechones de pelo, tejidos como una trenza. Estaba húmedo, Kilgallen, y…

—Vamos, un buen sueño y todo pasará. Una trenza, ¿eh? Bueno, bueno, bueno…

—*Clavada* a la puerta, Kilgallen. Los griegos…

El teniente Kilgallen hizo un gesto de comprensión.

—De modo que ha estado usted celebrándolo en la taberna de Joe Saripolos, ¿eh? Bueno, hay que reconocer que Joe conoce su oficio.

—No, Kilgallen, no. Joe es un griego moderno, y yo me refiero a una antigua

costumbre. Los griegos de la antigüedad tenían la costumbre de cortar un mechón de pelo de la cabeza de un hombre muerto y clavarlo en la parte exterior de la puerta, para indicar que había un cadáver en la casa. Utilizaban clavos de madera, Kilgallen, y…

O'Hara no supo nunca cómo llegó a su habitación. Estaba seguro de que Kilgallen no le había ayudado a subir, porque recordaba haber palmeado el hombro del policía en el vestíbulo, mientras murmuraba: «Muchas gracias, Kilgallen. Ahora me encuentro perfectamente.»

Pero no podía recordarse a sí mismo subiendo la escalera, ni encerrándose en su cuarto. Apoyándose contra la puerta para convencerse de que *estaba* cerrada, y respirando trabajosamente, se dijo que sólo podía hacer una cosa razonable.

Si quería conservar la cordura, lo único razonable que podía hacer era disolver tres aspirinas en un vaso de agua, quitarse los zapatos y tenderse en la cama. Ahora estaba en casa… y a salvo. Si conseguía quedarse dormido, había una posibilidad de que no despertara gritando.

Se disponía a entrar en el cuarto de baño cuando vio la inmóvil y grisácea figura tendida sobre su cama.

La figura yacía sobre el lecho con algo que parecía una rebanada de pan a medio consumir entre las manos. Sus brazos estaban cruzados por las muñecas, y sus piernas extendidas, rectas y rígidas. Calzaba sandalias, y la carne que asomaba entre las correas tenía un horrible aspecto ceroso.

El rostro de la figura tenía también un aspecto ceroso, pero había en él algo hermoso y extraño que ni siquiera la fantasmal palidez conseguía borrar. El rostro no tenía nada de afeminado, y sin embargo se desprendía de él una sensación de belleza, hasta el punto de que un hombre que lo viera por primera vez podría creerse en presencia de un santo.

Más tarde, Mike pudo observar una expresión satánica que los santos no poseen, y llegó a la conclusión de que el rostro era el de un gran poeta capaz de invocar a los espíritus de las insondables profundidades.

Desde luego, O'Hara sabía que la inmóvil figura no era su yo *presente*. La inmóvil figura se había graduado en la Universidad de Dublín con grandes y eternas ideas en su cerebro. La inmóvil figura se había dejado crecer exageradamente los cabellos, y tenía un aspecto algo ridículo cuando andaba por la calle.

Pero había escrito historias semejantes a telarañas perladas de rocío, prismáticas y raras y con un pequeño toque macabro al final, que hacían felices a muchas personas. Personas muy sensibles e imaginativas, desde luego, ya que sólo tales personas merecían ser felices y precisamente de aquel modo.

Con una indecible sensación de horror, Mike O'Hara contempló fijamente la inmóvil y rígida figura de su yo más joven.

—Mike O'Hara, ganas un sueldo de cuarenta mil dólares al año y eres el columnista indiscreto más brillante del este de Chicago —dijo una terrible voz

acusadora, que parecía proceder del interior de la propia cabeza de O’Hara.

—Yo…, yo…

—Tu columna no está mal, en su género, Mike O’Hara. Pero, ¿qué necesidad tenías de matarle *a él*, sólo porque no podías continuar soportando sus sueños?

—¡Oh! Yo…

—Tú le mataste, Mike O’Hara. ¡Con la misma certeza que si hubieras hundido un cuchillo en su corazón!

Súbitamente, Mike O’Hara notó que sus rodillas se negaban a sostenerle. Con un ahogado sollozo cayó al pie de la cama, y por un instante no hubo más que una deslumbrante blancura dando vueltas y más vueltas en el interior de su cráneo. Luego, la blancura cedió el paso a un gris en el cual nada se movía, y finalmente a una negrura en la cual todo se hizo borroso.

¡Santo cielo, qué resaca tenía! El solo hecho de introducir una cuartilla en la máquina de escribir le hizo sudar, y sus manos temblaban, y sintió el deseo de enviar a por un cuartillo de whisky y prepararse el combinado más fuerte de que se tenga noticia.

Despertar en el suelo no había sido agradable, pero lo peor de todo fue incorporarse penosamente y descubrir que había pasado parte de la noche en su cama sin darse cuenta de ello. Su largo y anguloso cuerpo había dejado una huella sobre las sábanas, y O'Hara procuró alisarlas antes de enviar en busca de un mozo de cuerda.

Bueno, había hecho una cosa. Había superado su apego sentimental a la destartalada casa de huéspedes de mistress Hammerslough y ahora estaba instalado en el Ritz, donde probablemente se quedaría para siempre. Al menos, su equipaje estaba allí, y no tardaría en deshacerlo.

Y aunque el rebaño de elefantes de color rosa cargara contra él, su columna saldría como de costumbre. O'Hara era muy concienzudo en lo que respecta a su columna, motivo de orgullo personal para él, y no permitiría que nada le arrancara sus laureles.

Mechones de pelo colgados a secar en el umbral de su puerta, un cadáver en su cama… Podía considerarse afortunado por el hecho de estar vivo.

El alcoholismo agudo no era una broma. La semana anterior, un hombre de setenta años de New Jersey había aceptado una apuesta comprometiéndose a beberse un cuartillo de whisky en veinte minutos. Fue una estupidez, que probablemente le impidió llegar a centenario.

¡Adelante, muchacho! Te pagan ochocientos dólares semanales por una columna de doce pulgadas de altura. Si no la haces tú, la hará otro.

¡El cadáver de *sí mismo*! En cierta ocasión iba tan cargado que rompió una ventanilla del Metro mientras le recitaba la *Faustine* de Swinburne a la muchacha del asiento contiguo. Pero nunca le había sucedido nada tan horrible como encontrarse con su propio fiambre tendido en su cama.

Estremeciéndose, colocó las dos manos sobre el teclado de su máquina de escribir y empezó a mover los dedos. Primero el título, en mayúsculas: *Imágenes de Broadway por Mike O'Hara*. Y luego un párrafo que decía:

«¿A quién se ha visto recientemente en el *Pelican Club*, muy amartelada con un playboy? Si los Sanderson de Park Avenue y de Palm Beach conocieran las andanzas nocturnas de la traviesa Peggy, sus aristocráticos rostros se llenarían de rubor…»

Dejó de escribir bruscamente y se quedó mirando a través de la ventana. Cuando hubo leído lo que había escrito no pudo encontrar una sola frase que le pareciera aceptable.

Maldiciendo en voz baja, arrancó la cuartilla de la máquina, la convirtió en una bola y la arrojó por la ventana. Quizá si empezaba de nuevo…

Colocó otra cuartilla en la máquina y escribió con tanta fluidez que el párrafo *tenía* que ser bueno, forzosamente. Sus dedos apenas podían seguir el ritmo de sus ideas. Casi sollozaba de alivio a medida que surgían las palabras.

«Muchacho, aún eres capaz de escribir», se dijo a sí mismo, alzando lo que había escrito por encima del carro de la máquina y leyéndolo lentamente. Era… asqueroso.

Gruñendo, se puso en pie y salió de su oficina. Cruzó la redacción, llena de jóvenes que producían una prosa impecable a un precio que era una pequeña fracción del sueldo semanal de O'Hara.

Con manos temblorosas, llenó de agua uno de los vasos de papel del depósito filtrador. La frescura del líquido le hizo sentirse mucho mejor. Se le había ocurrido una idea para sustituir la columna que había dejado en la máquina de escribir, y se disponía a regresar a su oficina cuando… lo vio. No era gran cosa, en realidad, sólo un largo cabello negro en la manga de una chaqueta que se había olvidado de cepillar después de llevarla la noche anterior.

No era gran cosa, pero sus propios cabellos griseaban ya, habían dejado de ser negros, y el que reposaba en la manga de su chaqueta procedía de una cabeza mucho más joven.

Con el rostro empapado en sudor, O'Hara volvió a cruzar la redacción en dirección a su oficina, y se detuvo ante la puerta con la mano en un tirador que parecía vibrar entre sus dedos.

Permaneció allí durante una eternidad, mientras toda su vida parecía desfilar ante él como había desfilado la noche anterior. Luego se sintió sacudido por un convulsivo estremecimiento y abrió la puerta de par en par.

Aunque la cosa que estaba sentada en su escritorio había colocado las dos manos sobre el teclado de la máquina de escribir, O'Hara supo inmediatamente que no era humana. No llevaba ropas de ninguna clase, y O'Hara podía ver perfectamente a través de ella, y supo que era un espíritu, y… y que le estaba contemplando.

Le estaba contemplando con unos ojos cavernosos que parecían aumentar cada vez más de tamaño. Y repentinamente se puso en pie y se restregó las garras contra los costados.

No profirió un solo sonido, pero O'Hara supo que estaba enojado porque se había ensuciado las garras con la entintada cinta de la máquina.

El aire a su alrededor pareció helarse, convirtiendo al propio O'Hara en una masa congelada. Como a través de una capa de cristal, vio a la cosa agitar sus orejas en forma de alas y ascender directamente hacia el techo, con los brazos pegados a los costados.

En toda su vida no había deseado nunca gritar como en aquel momento, pero no pudo hacerlo. Ni siquiera cuando el techo se abrió y las largas piernas del ser desaparecieron por la abertura.

Repentinamente, el techo volvió a quedar cerrado, el hielo se disolvió, y en la oficina se oyó un susurro, como si una arteria en Ninguna Parte hubiera empezado a

vomitar duendes invisibles.

—Lleva esto a la redacción, hermanito —dijo una diminuta voz—. Es la esquela de defunción de *Michael* O'Hara, redactada por el Fisgón. Es el columnista indiscreto más hábil de *nuestro* lado, pero por una vez se ha olvidado de ser listo.

—¿De veras era el Fisgón aquel grotesco y desharrapado…?

—Sería un error guiarse por las apariencias en este caso, hermanito. Cuando está profundamente conmovido, escribe una prosa cadenciosa e impecable, semejante a un río de plata discurriendo hacia el mar entre los riscos de Inishowen. ¡Cuánto debió amar a nuestro Michael!

—¡Pobre Michael! Durante tres días yacerá en estado…

—¿Dónde, hermanito?

—¿Dónde va a ser? En la Posada Real del Camino de la Reina, desde luego.

—Conocida también por el nombre de casa de huéspedes de mistress Hammerslough.

—Únicamente por los mortales, hermanito. Y por Mike O'Hara, quizá, que ahora está allí, muerto.

—*¿Muerto?*

—Mira cómo tiembla, hermanito. Seguramente es un mortal muerto…

A Mike O'Hara le pareció que su cuerpo había perdido la facultad de moverse, y que incluso sus pulmones habían perdido la capacidad de respirar.

Pero, si su cuerpo parecía una concha vacía, su vista era semejante a la de un hombre que mira a través de un catalejo. Todas las cosas se le aparecieron increíblemente claras, y por un instante le fue dado ver cinco deformes figurillas sentadas a horcajadas sobre su máquina de escribir, balanceando las piernas y charlando como malignos gnomos en una casa de muñecas.

Los vio por espacio de cinco segundos, quizá. Luego quedaron cubiertos por una especie de niebla y se desvanecieron. Con un ahogado sollozo en la garganta O'Hara dio media vuelta y se acercó a la puerta, buscando a tientas un tirador que parecía eludir su mano a través de un brillante velo de bruma…

No recordaba haber cruzado la redacción y haber bajado los dos tramos de escalera que conducían a la calle. Pero debió hacerlo, ya que de pronto se encontró corriendo, sin sombrero y sin americana, por una calle que parecía cerrarse sobre él por todos los lados.

La calle parecía un osario de húmedas y goteantes paredes, y las personas con las cuales se cruzaba volvían hacia él unos rostros muertos y descarnados. Quería gritar y no podía hacerlo, y tuvo que acelerar su carrera para escapar de algo que le estaba persiguiendo.

Oyó los pasos de su perseguidor detrás de él, y quiso volverse y no pudo, y luego penetró en una larga y oscura avenida sin que la persecución cesara.

«¡No! ¡No!», aulló Mike O'Hara, corriendo cada vez más aprisa.

Tal vez hubiese sido preferible para él no tratar de huir, permanecer con los pies

firmemente clavados en el suelo de la oscura avenida, ya que entonces la cosa hubiera sucedido más rápidamente y se habría ahorrado el tormento de verse arrojado al fondo de una fosa circular llena de cadáveres, llena de espantosas formas descarnadas que sólo podían ser fantasmas.

Durante una fracción de segundo vio la guadaña que se alzaba brillante y afilada al pálido brillo que iluminaba la fosa. Y vio también la cosa que le había perseguido a través de las sombras: vio sus enormes manos huesudas y la monstruosa oscuridad en el lugar que debía ocupar su rostro.

Luego… la guadaña descendió hacia él, y Mike O'Hara notó el impacto de algo que pareció levantar su cabeza, mientras una extraña humedad llenaba sus pulmones.

No sintió nada más.

El doctor Hillary contemplaba el cadáver del columnista con ojos desconcertados. Al otro lado de la puerta, tecleaban las máquinas de escribir y repiqueteaban los teléfonos de la redacción.

El joven interno sabía, desde luego, que la vida de un periódico es más importante que la muerte de un periodista, aun tratándose de un columnista tan famoso como Mike O'Hara. Pero aquella actividad le parecía algo irreverente, y no dejaba de impresionarle.

El director del periódico había cerrado la puerta, y el doctor Hillary podía ahora expresar libremente su opinión sin exponerse a los dardos de la publicidad. La publicidad llegaría y destacaría su nombre, ya que Mike O'Hara había sido encontrado muerto en circunstancias anormales: encorvado en su silla delante de su máquina de escribir, con los brazos extendidos como para protegerse de los golpes de un atacante invisible.

La publicidad sería excelente para un joven interno que había llegado en la ambulancia pedida con urgencia media hora después de la muerte de O'Hara. Pero ahora deseaba discutir su opinión a solas con una persona inteligente, y el director del periódico parecía ser una persona inteligente y comprensiva al mismo tiempo.

—Hay personas que han muerto de miedo —dijo—. No pretendo que sea un caso frecuente, pero se ha producido. Ante una impresión demasiado fuerte y repentina, el cuerpo trata de reaccionar demasiado… digamos bruscamente. Un exceso de adrenalina penetra en la corriente sanguínea y…

—Pero, ¿qué es lo que pudo haberle asustado? —quiso saber el director.

Hillary se encogió de hombros.

—Sus suposiciones tienen tanta validez como las mías. Como usted ya sabe, el miedo puede ser subjetivo. Es posible que imaginara algo…

—¿Y esa decoloración alrededor de su garganta? —inquirió el director—. Ya que hemos iniciado esa línea de conjeturas, ¿por que no seguimos con ella? O'Hara imaginó que veía a un asesino con una cuerda, y recibió una impresión tan fuerte que quedó reflejada de un modo físico en su garganta.

Hillary no se inmutó.

—Yo estoy casi seguro de que se trata de una marca de nacimiento, pero, desde luego, es posible que no lo sea. A simple vista, las apariencias *postmortem* no pueden…

—No es usted un catedrático de Medicina, joven —le interrumpió el director.

—No, no lo soy. Pero puedo asegurarle…

—Tampoco es usted un psiquíatra —dijo el director del periódico.

Mientras hablaba, se inclinó sobre la cuartilla que sobresalía de la máquina de escribir del muerto.

«Buscad a Michael O'Hara bajo los riscos de Inishowen, donde la plateada

alondra ve nacer sus alas —leyó—. Buscad a Mike O'Hara aquí, donde será alcanzado por la Segadora.» Y está firmado: «El Fisgón.»

—¿Que trata usted de insinuar? —preguntó Hillary.

El director del periódico frunció el ceño.

—Esas frases no tienen sentido —dijo—. Parecen escritas por un lunático. ¿No es posible que O'Hara sufriera un trastorno mental, tratara de estrangularse a sí mismo, y lo consiguiera… fracturándose la laringe, o algo por el estilo?

—Es físicamente imposible que un hombre haga eso —dijo Hillary, sacudiendo la cabeza—. Además, su laringe *no está* fracturada.

El director del periódico no pareció haberle oído. Estaba mirando fijamente la cuartilla que contenía las líneas que acababa de leer.

—¡Qué raro! —murmuró.

—¿Eh? ¿Qué sucede? —inquirió Hillary.

—Ese borrón, ahí. Tiene todo el aspecto de…, de una garra.

—¡Oh, tonterías! —dijo Hillary, acercándose y sacando la cuartilla del carro de la máquina.

La miró fijamente unos instantes, y luego miró al director del periódico, y después volvió a mirar la cuartilla, con el rostro mortalmente pálido.

—¡Dios mío! —exclamó.

El joven doctor Hillary sostenía entre sus temblorosos dedos una cuartilla en la cual no había una sola línea mecanografiada.

NIÑA SOL
LA HIEDRA CRECE SILENCIOSAMENTE
EL SECRETO

FÉLIX MARTÍ-IBÁÑEZ[3]

NIÑA SOL

TAL vez fue el sol, tal vez el balido de una cabra, pero aquel día me desperté más temprano que de costumbre. A través de la ventana abierta la fría brisa me trajo un mensaje de otoñales perfumes. Salté de la cama y me di cuenta con gran alegría de que la *puna* —aquella temible enfermedad de las montañas— había terminado por cansarse de importunar a mis agotados huesos. Después de tres semanas de luchar contra la altitud, continuaba intacto. Ahora podía pensar sin esfuerzo, moverme sin que mis articulaciones crujieran, y respirar sin que mis pulmones parecieran a punto de estallar. Incluso mi corazón volvía a ser un órgano olvidado que realizaba silenciosamente su trabajo de relojería en su cámara escarlata.

Me asomé a la ventana esperando ver un pájaro, pero sólo vi la *puna*, gris y dorada —grises la tierra y la hierba, dora do el fino aire—, y las solemnes llamas paciendo a lo lejos ¡La llama, el único animal al cual la suciedad confiere dignidad! El pálido cielo era como una presencia invisible. Primero olfateé el aire como si fuera un Lachrima Christi, y luego lo aspiré profundamente, terminé de vestirme y, por último, me dirigí hacia el comedor, situado en la planta baja.

No era únicamente el espíritu inquieto del escritor, sino también el amor a la soledad lo que me había llevado a la posada llamada Parador de la Perricholi. Mientras estaba en Lima, había anhelado continuamente el Perú de las altas montañas. Para los conquistadores españoles, Perú era Lima, una enjoyada población, la Ciudad de los Reyes, con sus fabulosos tesoros; para mí, Perú era todavía una leyenda próxima a las nubes, era la *puna*, cósmica y agreste, y la errabunda llama, y el cielo como metal bruñido.

Eso explica mi itinerario: unos cuantos días en Lima, los suficientes para enamorarme de la hermosa ciudad, pequeña, perfumada y voluptuosa como una *señora criolla*; luego a Juliaca y a Cuzco; y después, a lomos de un mulo, hasta la cumbre del Ara, una escarpada colina cuyo solo nombre contiene la promesa de una leyenda. Allí encontré el Parador, una enorme casa construida con piedra de color verde aceituna, con un amplio vestíbulo que era a la vez hogar, comedor y almacén para las semillas, las guarniciones y el forraje. Cerca del fuego, que nunca se apagaba, se sentaban dos mujeres muy ancianas, con tantas faldas de vivos colores como capas tiene una cebolla, y un hombre —¿padre?, ¿hermano?— más viejo incluso que ellas. A sus pies yacían un gato y un perro cuyo aspecto sugería que habían permanecido silenciosos durante años enteros. El olor a comida, a cuero, a nueces y a vino viejo flotaba siempre en el aire, y una nacarada neblina surgía de una olla, mantenida eternamente en el fuego, como en un rito pagano, todo mezclado con los murmullos —lamentos o plegarias— de las ancianas.

Esto era lo que yo deseaba: silencio, soledad, tiempo congelado en días sin ayer ni mañana. Millares de pies debajo estaba el otro Perú con sus grandes ciudades y sus montañas argentíferas; aquí, atrayéndome como un imán, había únicamente la *puna*,

una misteriosa y titánica pradera de hierba y rocas donde yo podía vagar y soñar y dejar que la soledad apaciguara mis nervios, tensos como cuerdas de violín a causa del prolongado contacto con las grandes ciudades.

En consecuencia, no es de extrañar que me incomodara ver a otro huésped sentado a la mesa, atacando vorazmente un gran trozo de carne asada. Tenía unos treinta años y una maciza cabeza con el pelo del color del maíz maduro y unos ojos infantiles que chispeaban como aguamarinas. Vestía sencillamente, un equipo de montañero, como el mío. Junto a él había una caja de madera manchada de pintura de varios colores, un rollo de tela y pinceles.

Me saludó con una ancha sonrisa y con su tenedor, con el cual empalaba una patata hervida. Su voz era tan cálida y amistosa como el aromático vapor que surgía de la ennegrecida cafetera.

—¡Bien venido! Perdone mi voracidad, pero llegué anoche, muy tarde, y no pude cenar. Esta carne es excelente, y el café tiene un aroma delicioso. ¿Quiere usted acompañarme? Hay suficiente comida para dos. He invadido su retiro, pero le molestaré muy poco. Estaré fuera todo el día, pintando. Los amarillos de este paisaje son maravillosos. ¡Qué patatas tan deliciosas! Me llamo Jorge Mendoza. Llámeme Jorge, por favor. Algún día, mi firma al pie de un paisaje peruano valdrá un montón de dinero.

Hablaba rápidamente mientras devoraba el contenido de su plato. Su efervescencia introducía una nota tan incongruente en la oscura y silenciosa estancia que tuve que sonreír. Me presenté a mí mismo y le aseguré que, puesto que él iba a pintar y yo iba a escribir, no tendría motivo para temer competencia ni intrusiones por mi parte. Cuando íbamos por la cuarta taza de café charlábamos ya como viejos amigos, y después de un intercambio de corteses protestas acerca de cuál de nosotros debía comerse la última patata, decidimos partirla en dos pedazos.

—¿Qué es lo que atrae a un pintor a esta parte del país? —le pregunté.

—La luz —respondió con énfasis—. El misterio de la luz, me fascina del mismo modo que fascinó a Rembrandt, salvando las naturales distancias. He viajado por toda la América del Sur y nunca he visto una luz semejante a la de la *puna* peruana. En realidad, toda la luz tiene aquí el mismo color, amarillo, pero amarillo en todas sus gradaciones. La hierba es amarilla-gris, las llamas son de un amarillo oscuro, el sol amarillo ardiente, e incluso el cielo es amarillo pálido. Quiero pintar eso, una sinfonía de amarillos, un cántico a la gloriosa luz amarilla de esta gloriosa tierra que pueda llevar un poco de alegría a la gente que vive en las ciudades lóbregas y grises.

—Tiene que ser un fascinante reto trasladar a la tela la misteriosa cualidad de la *puna* —dije, un poco cansado de su entusiasmo—. A mi propio modo, yo intento…

—Sí —me interrumpió bruscamente, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos—, el secreto de la *puna* no es el silencio ni la soledad. Forman parte de ella, desde luego. Pero el verdadero secreto es la luz. Y yo voy a capturarla con esto…

Y tocó con el pie su caja de pinturas.

Nos despedimos con un apretón de manos, pero su actitud de d'Artagnan al querer luchar solo contra todo el reino de la *puna* me irritó. Cuando salí afuera, le vi andar a lo lejos, con la brillante mancha amarilla de su pelo contra el descolorido cielo.

La estrecha llanura alrededor del Parador estaba cubierta de hierba gris, entre rocas macizas y unos cuantos árboles raquíticos. Una suave ladera conducía a una amplia explanada donde pacían rebaños de llamas. Desde allí se descendía gradualmente hasta el valle, profundo y lejano, cuyas casas se agrupaban como si hubieran sido dejadas caer desde las alturas. La mirada alcanzaba hasta muy lejos, a través de un paisaje vestido de verdes y de ocres que ascendía y descendía para alzarse de nuevo a alturas mayestáticas donde recibía una corona de nieve. Se percibía el olor de la hierba húmeda, el balido de las cabras y el leve tañido de las campanas del valle mezclado con los blandos suspiros de las brisas procedentes de los altos picachos.

El día transcurrió perezosa y tranquilamente. Paseé, medité, leí y tomé notas. A mediodía almorcé solo en el Parador, servido por una de las melancólicas ancianas. Después de una corta siesta, quedé engullido de nuevo por el silencio de la tarde, profundo pero no opresivo. Cuando estaba a punto de regresar al Parador para cenar, oí un grito y vi al joven pintor que surgía repentinamente de detrás de una roca. Estaba sin aliento y parecía agotado, pero a pesar de ello ardía con el fuego del entusiasmo.

—¡Qué paisaje! ¡Qué luz! —me saludó, blandiendo un pincel del mismo modo que había blandido su tenedor por la mañana—. He recorrido millas y millas. Me he olvidado incluso de comer. Color, color, color en todas partes, siempre el mismo y siempre distinto.

—La *puna* me recuerda el mar —murmuré fríamente, ya que su actitud arrogante de aquella mañana seguía doliéndome—. Es infinita, y puede ser cruel o amable, según la hora del día.

—Es verdad —asintió, secándose el sudor con un pañuelo tan grande como una sábana—. El paisaje parece moverse como el mar, de acuerdo con la luz de cada hora del día. Es la luz la que produce ese efecto. ¡Una luz gloriosa!

Oprimió mi brazo con su ardiente mano.

—Permítame que le enseñe algo.

Desenrolló rápidamente dos telas y me las mostró con el mismo gesto de orgullo con que los comerciantes chinos debieron extender sus suntuosas sedas ante Solimán el Magnífico.

No había mucho que ver. Eran bocetos, casi idénticos, de una extensión de hierba con algunas llamas paciendo y un cielo bajo con nubes de color de óxido de cromo.

—¿Qué opina usted? —me preguntó, en tono satisfecho.

—No está mal.

—¡No está mal! —exclamó. Estaba realmente asombrado.

—Sinceramente, he visto cosas mejores.

Me miró, miró las telas, y finalmente las enrolló con un gesto de desesperación.

—Tiene usted razón. Falta algo. La luz. La luz. Se me escapa. No consigo mezclar los colores apropiados. Los métodos normales son inadecuados. Habría que pintar esta luz como Fray Angélico pintaba el cielo: de rodillas.

Cogiéndome del brazo me arrastró hacia la casa, y la bienvenida del perro y el aroma del guisado que había en el fuego no tardaron en hacerme olvidar las ansiedades del pintor.

No volví a verle en varios días. Se marchaba siempre antes de que yo me levantara y regresaba cuado ya me había retirado a descansar. En el Parador no había luz eléctrica, por lo que adquirí el hábito de irme a la cama temprano, siguiendo la costumbre de los dueños. Nunca pregunté por él, y ellos no me dijeron nada. Le oía llegar antes de quedarme dormido, y escuchaba el ruido de los platos y le imaginaba devorando la cena que le habían dejado junto al fuego. Luego se encerraba en su habitación, contigua a la mía, y le oía murmurar y romper papeles hasta que me quedaba dormido.

Transcurrieron los días, suaves y solemnes. Leí todos mis libros, llené varios cuadernos de notas, empecé a pensar en regresar a Lima y, finalmente, fijé una fecha para mi marcha.

Una noche, incapaz de dormir, encendí mi vela y me senté a escribir algunas cartas. Llevaba unos minutos escribiendo cuando oí llegar al pintor. Contrariamente a su costumbre, subió en seguida la escalera que conducía al piso alto. Sus botas hacían retemblar el pasillo. Cuando llegó a la puerta de mi habitación se detuvo y llamó. Me lecanté y abrí la puerta.

—¡Qué suerte encontrarle levantado! He visto luz en su habitación y no he podido resistir la tentación de charlar un rato con usted. ¿Puedo sentarme?

Le encontré muy cambiado. Había adelgazado mucho, y en sus ojos se reflejaba un brillo febril. Cerré la puerta. La habitación, silenciosa y tranquila antes de que él entrara, pareció vibrar súbitamente con el nerviosismo que brotaba de todos sus poros.

—Me alegro de verle —dije, llenando dos vasos de jerez, el cual brilló como una mancha de sol a la parpadeante claridad de la vela—. Por lo visto, ha estado usted trabajando de firme. En estos últimos días no he podido echarle la vista encima.

Se bebió el jerez de un solo trago. Encima de la débil llama de la vela, que esparcía más sombras que luz en la habitación, sus ojos enrojecidos relucieron extrañamente. En su vaso, una gota del líquido dorado brilló como un doblón de pirata.

—¿Que opina de esto? —inquirió repentinamente, desenrollando una tela.

Contemplé la tela unos instantes y luego le miré. En sus ojos había un irónico centelleo.

—Opina usted que es una tontería y que estoy loco, ¿no es cierto?

Estaba a punto de contestar que había adivinado mis pensamientos, pero su aspecto febril me contuvo.

—No diría eso —respondí con prudencia—. De todos modos, es completamente distinto de lo que he visto hasta ahora.

La tela estaba cubierta de manchas de un amarillo tan intenso que despedía una especie de resplandor en la semi-oscuridad de la habitación. Al principio creí que se trataba de pinceladas dadas al azar, pero al examinar más atentamente la tela me pareció descubrir unas vagas sombras y contornos entre las manchas amarillas. Quizás era el fruto de mi imaginación, pero en aquellos borrones de cálido amarillo creí percibir figuras y perfiles extrañamente inquietantes. De pronto, sin previo aviso, enrolló la tela.

—Es usted muy diplomático —dijo con sarcasmo—. Desde luego, no comprende. ¿Cómo podría comprender?

—Olvida usted —repliqué, algo picado— que no soy más que un escritor con una sensibilidad muy superficial para la pintura.

—Desde luego, desde luego.

En las danzarinas sombras esparcidas por la vacilante llama de la vela, su rostro parecía escapado de uno de los *Caprichos* de Goya.

—Pero eso no es una justificación para no reconocer lo maravilloso cuando lo tiene delante de los ojos.

Me encogí de hombros y volví a llenar los dos vasos de jerez, decidido a no enfurecerme, pero al mismo tiempo dispuesto a no tolerar ninguna impertinencia más.

—Brindemos por sus cuadros —sugerí, irónico.

—Brindemos por ella —replicó con vehemencia.

Mi vaso se detuvo en el aire.

—¿Ella?

—La *Niña Sol*, la muchacha que ha inspirado este cuadro —respondió, y volvió a apurar de un trago el contenido del vaso.

—Y, ¿qué es lo que representa ese cuadro? —inquirí.

—La luz de la *puna*.

Bebí en silencio.

—Es una historia increíble —dijo Jorge—. Usted probablemente no la creerá, pero tengo que contársela a alguien. Algún día la contará usted, y nadie va a creerla, tampoco. Pero yo la he visto, he hablado con ella, la veré mañana y todos los días. No, no estoy borracho, o quizá lo esté… de luz. Escuche…

La historia brotó de sus labios lentamente, variantemente, como si le costara un gran esfuerzo contarla. Jorge había llegado a la *puna* dispuesto a capturar la luz con su paleta. Durante días enteros trató una y otra vez de pintar lo que veía, pero sus pinceles sólo podían capturar la forma de las cosas, no su luz. Quería que el sol de la *puna* fuera el protagonista de sus cuadros, como lo es el aire en *Las Meninas* de

Velázquez y la luz en los lienzos de Rembrandt. Sus claveteadas botas habían recorrido todos los senderos de la montaña, dejando detrás de él jirones de tela embadurnados de color. Cada día trepaba por nuevas colinas, buscando luz y más luz. Hasta que una tarde…

—…Había estado andando todo el día sin rumbo determinado —dijo Jorge—. Mis pies y mis ideas giraban en círculos. Descendí por una pronunciada pendiente hasta el fondo de un angosto valle incrustado entre dos altas paredes de roca. Por todas partes había hierba gris bajo un sol tan luminoso que no irradiaba calor, porque era todo luz. «Si pudiera mezclar el sol en mi paleta y empapar mis pinceles en él…», pensaba. Recorrí toda la longitud del valle hasta llegar a una especie de escalinata que la naturaleza había labrado en la roca. Inicié la ascensión. A medio camino, me detuve. La pared lateral estaba perforada, formando una ventana en la roca a través de la cual pude ver un sendero que descendía hasta otro pequeño valle. Al otro lado del valle había una pequeña colina, y en la cima de la colina se alzaba una casita. Y luego la vi a ella.

»La colina era como cualquier otra colina, excepto por su brillante color amarillo, tan brillante que resplandecía como metal bruñido. Estaba completamente cubierta por una hierba del color del oro nuevo. En la cumbre de la colina había uncí pequeña plataforma a la cual se ascendía por un sendero cubierto de guijarros amarillos. En el centro de la plataforma se alzaba la casita con paredes y tejado de brillante paja amarilla. Alrededor de la casa, las flores amarillas oscilaban con la brisa. Y en medio de aquel resplandeciente paraíso amarillo, inmóvil y silenciosa, estaba la muchacha.

»De momento pensé que era una estatua. Mis ojos estaban tan cegados por el sol, el cual reverberaba sobre la colina y sobre la casa como un espejo, que apenas vi su silueta. Pero, al cabo de un rato, haciendo pantalla con las manos sobre mis ojos, pude verla con toda claridad. Era casi una niña, vestida con un corpiño sin mangas y una falda corta que brillaba como si estuviera confeccionada con oro. Al principio creí que llevaba un casco en la cabeza, pero luego me di cuenta de que era su pelo rubio, sobre el cual se quebraba el sol en miríadas de chispas luminosas. Pero lo que me dejó sin aliento fue su piel. No puedo darle a usted una idea ni siquiera remota del color de sus brazos, de sus piernas, de su rostro. Tenían el mismo tono dorado del paraíso que la rodeaba, pero con una transparencia, una iridiscencia, que no eran de este mundo. Era como si estuviera sentada en un resplandeciente trono de oro y ella misma hubiese sido formada con aquel metal.

»Cuando me vio, agitó un brazo. Sus cabellos sueltos flotaron al viento como una llameante bandera. No demostró ninguna sorpresa; en realidad, su acogida fue la alegre bienvenida dispensada a un huésped esperado. Las alas del viento me trajeron el gozoso campanilleo de su risa.

»Permanecí sentado a horcajadas en la ventana de piedra, incapaz de moverme, respirando con dificultad. No puedo explicar lo que sentía. Mi espíritu me apremiaba para que me acercara a la muchacha, pero mi cuerpo se negaba a moverse. Mis ojos

no hubieran resistido la ardiente luz que la colina irradiaba bajo el sol.

»Debí permanecer allí durante horas enteras, contemplando el rostro de la muchacha vuelto hacia el sol, con los ojos abiertos de par en par. De no haber agitado el brazo en mi dirección, hubiera creído que era ciega, hasta tal punto permanecían impasibles sus ojos bajo los rayos del sol.

»Cuando el amarillo disco inició su descenso, la muchacha se puso en pie y, simultáneamente, una bandada de pájaros amarillos, hasta entonces invisibles pero cuyos cantos habían sido audibles todo el tiempo, emprendió el vuelo. Por un instante, la muchacha se irguió rodeada por docenas de agitadas alas amarillas como una llama rodeada de ávidas mariposas. Luego me miró, agitó su mano con un gesto de despedida y desapareció en el interior de la casa.

»Sólo entonces pude moverme. Medio cegado, con el cuerpo abrasado por el sol, emprendí el camino de regreso. El instinto debió conducirme hasta aquí. Cuando llegué era de noche.

»Al día siguiente, y al otro, y al otro, volví a la abertura en la roca. Y siempre ocurrió lo mismo. Por la noche, a través de las interminables horas de insomnio, me juraba a mí mismo que al día siguiente iría hasta la colina dorada y hablaría con la Muchacha Sol, pero en cuanto llegaba a la ventana abierta en la roca me sentía acometido de nuevo por la misma extraña parálisis.

El pintor cogió maquinalmente su vaso. En la pared, su mano alzada proyectó una monstruosa sombra semejante a la de un murciélago. A través de la ventana, el frío aire nocturno traía un soplo de cordura y realismo. La vela parpadeó violentamente y nuestras sombras danzaron una zarabanda en las paredes. Los ojos del pintor eran dos brasas ardientes en su sombrío rostro.

—El cuarto día —continuó—, en cuanto llegué a la abertura me di cuenta de que algo era distinto. La muchacha, esta vez, tocada con una manteleta, estaba sentada sobre la hierba, trenzando un cesto de mimbres. La colina, la casa, las flores, eran las mismas. Sin embargo, algo había cambiado. El sol brillaba como siempre, pero no experimenté la extraña sensación que los días anteriores me había inmovilizado en la ventana. Y antes de darme cuenta de lo que hacía, me encontré corriendo hacia el otro lado de la ventana de piedra, cruzando el angosto valle y, con el corazón latiendo de un modo salvaje, trepando por el sendero cubierto de guijarros amarillos.

»Cuando llegué a la cima de la colina, la muchacha, sonriendo, hizo un gesto para indicarme que me sentara en la hierba, a unos pasos del lugar donde ella misma estaba sentada. Sus dedos siguieron tejiendo rápidamente y con suma habilidad. Los pájaros trinaban suavemente a nuestro alrededor. Contemplé fascinado el encantador rostro de la muchacha. En sus ojos habían caído gotitas de sol y su piel tenía una dorada luminiscencia.

»—Pareces sorprendido —me dijo finalmente la muchacha, en un musical castellano.

»—Creo que estoy soñando —contesté, en mi chapurreado español.

»—¿Por qué? —rió—. Soy de carne y hueso, y no hay nada extraño en lo que respecta a tu presencia aquí. Te estaba esperando.

»—¿Me esperabas?

»—Desde luego. Has estado mirándome de lejos bastante tiempo. Ya era hora de que te decidieras a venir. Claro que la culpa era mía. Hasta hoy no me había dado cuenta de lo que te retenía y le he puesto remedio.

»Ignoró el asombro que se reflejó en mi rostro.

»—Estás muy tostado por el sol —observó.

»—Ahora que estoy aquí, no importa. No sé por qué, pero me alegro de haber venido.

»—Sé por qué has venido. Buscabas la luz, y has acudido a ella. —Señaló mi caja de pinturas—. Enséñame tus cuadros.

»Desenrollé una de mis telas y se la enseñé. La miró desde el lugar donde estaba sentada.

»—¿Qué es lo que quieres pintar? —me preguntó.

»—No lo sé. Este paisaje, los colores… me fascinan.

»Su risa corrió a lo largo de mi espina dorsal como un riachuelo de plata.

»—¡Los colores! No hay ningún color en la *puna*. Únicamente luz.

»—Aquí, todo es amarillo —protesté.

»—Aquí, todo es luz del sol —rectificó—. Crees que es amarillo porque ése ha sido siempre el color del sol para los pintores. Pero aquí no hay colores. La casa, los pájaros, yo misma…, todo está empapado en luz. Aquí todo es sol. Esto es el Perú, la tierra del sol, y la *puna* es lo que está más cerca del sol. Por eso has venido aquí. Sin saberlo, has estado siguiendo al sol, del mismo modo que los pájaros vuelan millares de kilómetros siguiendo al sol. Empezaste buscando color para tus cuadros, y has terminado buscando el sol.

»—De buena gana daría mi vida si pudiera pintar la luz del sol.

»—¿Por qué no lo intentas?

»—Ya lo he intentado, pero fracasé. El color se me escapa. Si uno no puede ni siquiera mirar al sol, ¿cómo podría pintarlo?

»—Yo te ayudaré —dijo la muchacha, con una risita burlona—. No sé nada de pintura, pero he recorrido muchas veces el sendero de la luz.

Inclinándose hacia mí, cogió mi caja de pinturas y la estrechó contra su pecho como si fuera una muñeca. Luego me la devolvió.

»—Ahora pintarás la luz, y quien dice la luz dice el sol.

Jorge señaló la tela que acababa de enseñarme.

—Eso es lo que he estado pintando desde entonces. Para usted no significa nada, pero yo sé que he avanzado mucho en mi propósito de capturar en mi paleta la luz del sol.

—¿Sabe usted quién es esa muchacha? —pregunté, en tono escéptico.

—Lo ignoro. Se lo pregunté una vez, pero ella se echó a reír y me contestó:

«¿Acaso se le pregunta qué es a una roca o a una montaña? ¿Se le pregunta acaso a la hierba o a la luz? Yo soy como la *puna*, como el cóndor, la llama y la alpaca, como la calabaza y el casabe: todos somos hijos del Sol. Pachacama dio vida al Sol, y el Sol me dio vida a mí, la *Niña Sol*. Mis hermanos y hermanas, los quichúas *ayllúa*, adoraban el Sol, y más tarde los Incas tuvieron una corte de vírgenes, Vestales del Sol. Durante muchos siglos, mi pueblo vivió bajo las leyes del Sol. ¡Qué tiempos más gloriosos aquéllos! Danzaban la *kashua*, y en sus ropas, en sus metales e incluso en su licor había una gota de sol.

»Después de la gran matanza —incluso el Sol quedó teñido de rojo—, después de que los hombres barbudos que llegaron empuñando la espada desde el otro lado del mar hubieron empalado en sus lanzas las cabezas de los últimos Incas, en el valle nació la Ciudad de los Reyes, pero el Sol estaba perdido. Sólo quedó esta colina, por voluntad del dios Pachacama, y desde ella renacerá algún día el perdido imperio.

—¡Esa muchacha está loca! —exclamé—. ¿No se da cuenta? Está representando el papel de heroína en un cuento de fantasía.

Jorge palideció.

—Al principio —dijo—, yo también lo creía así, pero estas telas… ¿Es que no tiene ojos en la cara? ¡En ellas hay *luz*! ¡Oh! Estoy convencido de que se equivoca usted. Sé que se equivoca. Cuando estoy con ella, me siento como transportado a otro mundo. Cuando pongo los pies en la colina donde ella vive, sucede algo… ¿Cómo podría explicárselo? El tiempo deja de existir, desaparece en una extraña relatividad, se funde con las nubes, con el sol… Por favor, trate de comprender.

Sacó nerviosamente de su bolsillo un antiguo reloj de plata.

—¿Ve este reloj? Hoy, cuando estaba con ella, lo saqué para mirar la hora. Ella me preguntó qué era y, cuando se lo dije, me di cuenta de que ignoraba el significado de la palabra reloj. Me pidió que le permitiera mirarlo, y lo dejé en la hierba, cerca de ella, ya que nunca me ha permitido aproximarme demasiado. Lo cogió, lo examinó, y finalmente volvió a dejarlo en la hierba, diciendo: «¡Qué cosa más rara! Medís el tiempo con *eso*, y, sin embargo, llamáis salvajes a mis antepasados.

»Había una nota de furor en su voz. El rostro de usted, el mío, enrojecen de cólera. El suyo se convirtió en una máscara de oro incandescente.

»—¡Pretendes capturar el tiempo en esa absurda cajita! —exclamó—. ¿No sabes que el tiempo no se mide por su duración, sino por su intensidad? Un instante de felicidad o de dolor duran más que diez años de indiferencia.

»Señalando al sol, añadió con profundo fervor:

»—Ésa es la medida del tiempo. Según tú, mi edad tendría que ser marcada por tu absurda cajita. ¡Qué estupidez! ¿Acaso el sol tiene edad? ¡Tira tu cajita de metal, y con ella te desprenderás de los temores que te inspira el tiempo!

Con un grito de angustia, Jorge tiró el reloj sobre la mesa.

—¿Por qué le estoy contando todo esto? Usted no puede comprenderlo. ¿No se da cuenta de que no soy el mismo hombre al que conoció hace unos días? La *Niña Sol*

ha cambiado toda mi vida. Pero lo más probable es que usted ni siquiera me crea. ¿Por qué le habré contado todo esto?

—¿Quiere que le diga por qué? —contesté—. Porque usted sabe que esa pobre muchacha está loca, que está representando el papel de Ofelia de la *puna*, que no es más un fragmento de sol de lo que podemos serlo usted o yo.

Lo que ocurrió a continuación todavía me hace estremecer. La moribunda vela parpadeó violentamente con un ruido sibilino y luego se apagó, dejando la habitación sumida en una oscuridad total. Me puse en pie para encender otra vela pero Jorge, cogiéndome del brazo, gritó:

—¡Mire! ¡El reloj! ¡Sobre la mesa!

Yo me había dado cuenta ya y miré el reloj con ojos asombrados. En la oscuridad, el reloj era una bola incandescente de un brillo tal que la mirada humana era incapaz de resistirlo largo tiempo. No era ya un reloj: era un diminuto sol.

Jorge lo cogió bruscamente y lo acercó a su rostro. Por encima del resplandor que el objeto emitía me miró con ojos extraviados.

—¿Me cree usted ahora? —gritó—. ¿Cree usted ahora en ella? Ella sostuvo este reloj en sus manos unos instantes… ¡Mírelo ahora! ¡Es un sol, un sol en miniatura!

—Estoy convencido de que existe alguna explicación racional —repliqué, con voz temblorosa—. Deme el reloj.

Lo cogí con cierto temor, pero el reloj era frío al tacto. La radiación de luz era uniforme en el cristal y en la plata. La luz era amarillenta, como la del sol de un día otoñal. Lo froté contra mi chaqueta y luego contra mis manos, pero no produjo ninguna fosforescencia, lo cual eliminaba la explicación que se me había ocurrido.

Jorge estaba ahora junto a mí, y pude notar el intenso calor que emanaba de su cuerpo.

—Ella me dijo —susurró— que llevaba en su interior el sol de siglos, que era toda luz: la *Niña Sol*, se llamó a sí misma. Ahora comprendo. Cuando le enseñé mi cuadro… —Se interrumpió bruscamente y luego gritó—: ¡Ella tocó mis cuadros, tocó mi caja de pinturas!

Cogió las telas que estaban encima de la mesa y las desenrolló rápidamente. El fenómeno se repitió. Las telas brillaron con masas de luz, una luz radiante, como si estuvieran empapadas de sol. Pasé mis manos sobre ellas, pero no sentí nada; la luz no se adhirió tampoco a mi piel.

Jorge estalló en una risa salvaje, enrolló las telas y, sin dejar de reír, salió de la habitación, con el rollo debajo del brazo y el reloj en la mano. Me quedé frente a la puerta cerrada, rodeado por la oscuridad, contemplando a través de las rendijas de la puerta una mancha de luz que se alejaba lentamente hasta que desapareció por completo.

A la mañana siguiente me desperté después de un breve sueño que no aportó ningún descanso a mi cuerpo, fatigado por la larga vigilia. El olor del café fue un tranquilizador síntoma de la realidad. La puerta de la habitación de Jorge estaba

entreabierta y pude ver que el joven pintor había salido ya.

Desayuné con poco apetito, y pasé el día vagando alrededor de la posada, preguntándome incesantemente dónde podía encontrarse la colina de la *Niña Sol*. A la luz del día, los acontecimientos de la noche anterior parecían un sueño.

Al anochecer, mi impaciencia se había hecho insoportable. Sentadas junto al fuego, las dos ancianas se susurraban mutuamente al oído. Hice preguntas. Ninguna de ellas conocía la colina del sol ni sabía de alguien que morase en la vecindad, pero luego admitieron que desde hacía muchos años no habían ido más allá de la explanada en la cual pacían sus llamas.

Me retiré a mi habitación y abrí un libro, aunque no hice el menor intento para leerlo. Estaba esperando al pintor. Era ya muy tarde cuando oí un ruido en la planta baja. Corrí hacia la escalera. Jorge estaba sentado junto al fuego, con la mirada perdida en las llamas. Cuando me vio, me saludó con un vago ademán y continuó mirando el fuego.

—¿Qué ha sucedido hoy? —le pregunté, sentándome a su lado.

Jorge estaba tan abstraído que tuve que repetir la pregunta.

—Voy a marcharme esta noche —respondió, con aire ausente.

—¿Adonde? ¿A Lima?

Se volvió hacia mí, y la vista de su rostro me dejó asombrado. De él habían desaparecido la expresión desconcertada de la noche anterior, la angustia, las dudas. Ahora resplandecía de paz, tenía una indefinible dulzura y serenidad.

—Me marcho con ella —murmuró Jorge—. Estaremos siempre juntos, y tendré lo que ningún pintor ha tenido: tendré luz.

En su voz no había ninguna exaltación maníaca. Traté de introducir una nota de realidad en nuestro extraño diálogo.

—¿Le ha contado usted a la *Niña Sol* lo que sucedió anoche con el reloj y las telas?

Jorge sonrió compasivamente, como si estuviera muy por encima de los mezquinos problemas que me preocupaban.

—Sí, se lo he contado —respondió, en tono condescendiente— «Si sumergimos un objeto en pintura —me ha dicho— ¿no adquiere acaso el color de la pintura?» A todo lo que ella toca le da su propia luz.

Hice un esfuerzo para hablar tranquilamente de una cosa tan fantástica como aquélla.

—¿A qué se debe que durante el día su *Niña Sol* no brille como el sol?

—A que su luz está esparcida en la atmósfera como la del propio sol —respondió —. Pero —añadió impacientemente—, a mí no me afectan esos vulgares problemas que a usted le preocupan tanto. Soy un pintor que se ha pasado la vida buscando la luz y que ahora la ha encontrado. He venido a buscar mis cosas y me marcharé inmediatamente con ella. Viviré para siempre en la colina de la luz con la *Niña Sol*. Juntos, nos completaremos el uno al otro. Ella tiene en su carne y en su alma la luz

solar que en otros tiempos fue religión y ley para su raza. Dios me ha concedido lo que Rembrandt sólo pudo vislumbrar. Me ha concedido la luz. Si usted hubiera tenido entre sus manos, como yo las he tenido hoy, las manos de la *Niña Sol*, si se hubiera sentido, como me he sentido yo, semejante a Parsifal empuñando el Santo Grial, comprendería por qué tengo que volver a ella.

Se puso en pie con un gesto que daba por terminada nuestra conversación y se dirigió a la escalera. Cuando llegó a ella, no pude evitar un grito de asombro. Aquella parte de la habitación quedaba más allá del círculo de luz proyectado por el fuego, y en la oscuridad las manos de Jorge brillaban con un resplandor amarillo. Las vi —dos estrellas de fuego dorado con diez extremos llameantes— suspendidas en el aire mientras Jorge las acercaba a su rostro para examinarlas.

—¿Le inspiran temor? —me preguntó Jorge en voz baja—. Ya le he dicho que he tenido sus manos entre las mías. Mañana, todo mi cuerpo brillará con la misma luz.

Unos instantes después le oí moverse en su habitación. Me quedé sentado junto al fuego, mordiendo mi apagada pipa. Los troncos chisporroteaban y crujían en el hogar, y el gato me contemplaba con ojos severos. Traté de ordenar en mi mente todo lo que el pintor me había dicho, buscando en vano unas cuantas briznas de realidad con las cuales resolver el misterio. Unos pasos que descendían la escalera interrumpieron mis pensamientos. Era Jorge, con su mochila al hombro, un manojo de pinceles surgiendo como flechas del carjac de un arquero vagabundo.

—¿Puedo acompañarle parte del camino? —le pregunté, cuando me tendió su mano.

Se encogió de hombros.

—No me importa, si me promete no fastidiarme con sermones.

—Prometido —dije, abriendo la puerta de la casa.

Anduvimos largo rato en silencio. La noche era fría y remota como una novia nórdica. Las estrellas semejaban polvo de oro esparcido por el oscuro azul del cielo. La *puna* estaba sumida en un profundo sueño. El único sonido que turbaba el silencio nocturno era el producido por nuestras botas al aplastar la húmeda hierba, la cual brillaba como metal bruñido bajo la pálida luna. De cuando en cuando, el viento jadeaba como una alpaca agotada por una larga carrera.

—Jorge —dije finalmente—, todo esto debe tener una explicación lógica.

—En la vida —replicó, en tono burlón—, todo tiene dos explicaciones: la materialista —llámela científica, si quiere—, la cual no es completa ni verdadera, y la poética, que penetra en la verdad más íntima de las cosas. Freud no supo tanto acerca de los sueños como Poe, ni los médicos tanto acerca del amor como Byron. Lo único que sé es que mi sueño se ha convertido en realidad. No tengo por qué cargar esa realidad con explicaciones.

—¿No podría ser —continué, ignorando sus palabras— que esa colina de la luz contuviera un mineral radiactivo desconocido? Con el transcurso del tiempo, todo lo que hay en la colina —rocas, flores, pájaros— podría haberse empapado de la luz de

ese mineral. Incluso un ser humano, después de varios años de ser cargado, como una batería eléctrica, de radiactividad, podría haber absorbido la luz y podría comunicarla. De ser así, es posible que la muchacha no corra ningún peligro, pero puede correrlo cualquiera que entre en repentino contacto con ella.

Se detuvo bruscamente.

—Todo eso resulta muy fantástico —dijo, en tono despectivo.

—No tiene nada de fantástico. Puede usted estar en peligro. Mire sus manos. La muchacha las tocó sólo un instante, y mire cómo brillan. Mañana pueden quedar insensibles, y pasado mañana pueden caer, quemadas por la satánica energía que ahora las ilumina. ¿Ha pensado en lo que puede sucederle cuando se acerque a la *Niña Sol*, cuando la toque, cuando la abrace?

—¡Cállese! —gritó.

No le hice caso.

—¿Se le ha ocurrido pensar que los brazos de la *Niña Sol*, o quien diablos sea, pueden provocar su muerte entre horribles sufrimientos producidos por las quemaduras?

Se puso tan furioso, que creí que iba a atacarme. Pero, súbitamente, su rostro se relajó y cuando habló su voz volvía a ser tranquila.

—Piense lo que quiera —dijo—. Lo único que sé es que he encontrado la fuente de luz y que debo ir a ella aunque perezca. ¡Una mujer de luz! La única superviviente de las extinguidas Vestales del Sol. Ella dará luz incluso a mi corazón. Aunque su abrazo fuera seguido por la muerte, ¿puede usted imaginar una muerte más gloriosa para un pintor? ¡Amar a la *Niña Sol*, abrazar su cuerpo de luz, beber rayos de sol en sus labios! Morir en el abrazo del Sol, sentirse penetrado de luz…, eso no es muerte. ¡Eso es vida!

Sólo entonces me di cuenta de que nos encontrábamos ante la abertura en la pared de piedra descrita por Jorge. Me tendió su mano y yo la estreché en silencio. En aquel momento, la luna, rígida de frío, se envolvió en un chal de nubes, dejándonos sumidos en una oscuridad parcial. Nos rodeaba una quietud tan solemne como la de una cuna vacía.

Súbitamente, Jorge me agarró del brazo con dolorosa violencia.

—¡Mire! ¡Mire allí! —gritó, con voz ronca.

Enfrente de nosotros, en la colina que se erguía al otro lado de la ventana de piedra, había aparecido repentinamente una estatua de luz. En ella no había nada que inspirase temor. Esbelta y femenina, dorada, era como un rayo de sol encarnado en la gloriosa figura de una mujer.

—¡Se marcha! —gritó Jorge—. ¡Se marcha!

La muchacha, andando lentamente, desapareció por el lado opuesto de la colina. Jorge, llamándola, desesperado, cruzó la ventana de piedra. Tras una leve vacilación, me decidí a seguirle.

Nunca olvidaré aquella espantosa carrera en la oscuridad, tropezando a cada paso,

desgarrando mis vestidos y mi carne en las puntiagudas rocas. Delante de mí podía oír a Jorge, llamando a la *Niña Sol* con acentos desgarradores. De repente, vi el sendero cubierto de guijarros que resplandecían con una débil claridad amarilla, y lo reconocí como el que Jorge me había descrito, diciéndome que conducía a la cima de la colina. Avance por él, y poco después vi a Jorge de pie en el mismo borde de la plataforma, inmóvil, contemplando fijamente la vasta negrura que se extendía delante de sus ojos.

—¡Jorge! —grité corriendo hacia él a través de una alfombra de flores que brillaban como cristal dorado.

Cuando llegué a su lado, me miró con ojos llenos de desesperación.

—Se ha marchado —sollozó—. Ha tenido miedo, miedo de causarme daño, de consumirme con su luz. No sabe que yo daría gustosamente mi vida por abrazar la luz, por besar el sol en sus labios. Pero la seguiré… hasta el fin del mundo, si es necesario. Mire…

Señaló el suelo y yo lancé una exclamación de asombro. Al alejarse, la *Niña Sol* había dejado las huellas de sus pisadas, pequeñas como las de un niño pero resplandecientes en su dorada luz.

—Si no consigo encontrarla antes que se haga de día —añadió Jorge—, esperaré hasta que se haga de noche, y así sucesivamente. No descansaré hasta encontrarla. Sin ella, la vida no significa nada para mí. Adiós, amigo mío. Iré detrás de ella, noche tras noche, hasta que la encuentre.

Y desapareció, siguiendo el rastro de resplandecientes pisadas.

LA HIEDRA CRECE SILENCIOSAMENTE

Lo único que podía ver del hombre que estaba delante de mí en el lecho del hospital eran sus labios, la mitad de una mejilla y dos ojos de color azul pálido que la fiebre había convertido en gotas de líquido fosforescente. Pero el espíritu del hombre alentaba vigorosamente debajo de la geométrica capa de vendajes, y la mano que cogió el cigarrillo que le ofrecí era firme. Un momento después, la voz lenta e inexpresiva empezó el relato. En la inmovilidad de la soleada mañana, la voz oscureció paulatinamente de terror la inmaculada blancura de la habitación. En la cabecera de la cama, el gráfico de la fiebre señalaba una gradual ascensión y una brusca caída. El humo azul tejió una cortina entre nosotros. Y Alvin Carey habló:

—Doctor, voy a contarle en unos instantes lo que ocurrió durante un período de casi un año. Empezó en un domingo. A Georgia y a mí nos gustaban los domingos. Alguien habló en cierta ocasión de la dorada cualidad de los domingos. Aunque el resto de la semana haya sido gris, el domingo es siempre un día dorado. Y no únicamente en determinados calendarios, donde aparecen enmarcados en una franja de purpurina de oro, sino también en la sensación de descanso y de paz que impregna el aire. Georgia y yo éramos siempre completamente felices los domingos.

Aquel domingo, alrededor de las cinco de la tarde, empezamos a vestirnos para acudir a la reunión de los Sonder. Nuestro departamento de la Park Avenue, radiante a la luz del sol, era como un glorioso mirador, y por un instante sopesamos la posibilidad de quedamos en casa, para gozar a solas del resto de nuestro domingo.

Georgia y yo solíamos pasar los domingos trabajando, yo en la revisión de lo que había escrito durante la semana, y ella mecanografiando mis manuscritos. Al oscurecer encendíamos las lámparas, poníamos en marcha el tocadiscos, tomábamos unos martinis y pasábamos las horas hablando, leyendo y soñando despiertos.

Pero la asistencia a la reunión de los Sonder era obligatoria si quería permanecer en términos amistosos con ellos. Al menos, eso es lo que Georgia decía. Desde que Sonder rechazó mi colección de cuentos con el trivial pretexto de que su editorial sólo publicaba novelas, supe que algo había venido a interponerse entre nosotros. Su excusa para rechazar mi manuscrito era demasiado absurda para ser cierta. Si mis cuentos eran buenos —y lo son—, ¿por qué no cambiar su estúpida política editorial y publicarlos, cosa que, si no dinero, procuraría prestigio a la firma? A raíz de aquel incidente quise romper definitivamente con Sonder, pero Georgia me convenció de que sería una reacción infantil y poco práctica.

«¿Quieres ir a la reunión de los Sonder?», me preguntó Georgia.

«Casi tanto como deseo asistir a un entierro —le contesté yo—. Hace seis meses que no he visto a Ralph, y podría pasar otros seis meses sin verle. La gente que acude a sus reuniones es insoportablemente aburrida, y sus combinados saben a penicilina.»

«Vamos, Alvin —me reprochó Georgia—, no plantees dificultades. Es muy importante para ti que te muestres amistoso con Ralph. Y, de todos modos, sólo

estaremos allí media hora.»

Georgia me besó suavemente en los labios y luego, enlazando su brazo con el mío, me condujo hacia la puerta.

La reunión era todo lo que yo había temido. El piso de los Sonder en el Central Park South estaba atestado de gente: demasiados autores mediocres, cuyas obras publicaba Sonder por motivos incomprensibles, y demasiadas gallinas viejas cloqueando admirativamente a su alrededor; demasiado humo, demasiado ruido, y unos horribles Picassos colgados de las paredes, como si Sonder hubiera invitado a su reunión a personajes del *Infierno* de Dante. Y, lo peor de todo, el primer incidente de la tragedia.

Sonder se acercó a mí exhibiendo todos sus dientes y estrechó mi mano vigorosamente, como si nada hubiera ocurrido. Por desgracia, Georgia le saludó con el mismo entusiasmo. Se besaron y parecieron encantados de verse.

Cuando Sonder se marchó a atender a otros huéspedes, susurré a Georgia:

«Procura no pasarte de la raya, querida.»

«Sé razonable, Alvin —replicó Georgia—. Somos sus huéspedes, y hemos de corresponder a sus sentimientos amistosos.»

«¡Sentimientos amistosos! —estallé—. ¡Hipocresía! No le gustan mis cuentos, pero le gusto yo… mientras tú estás a mi lado.»

Los ojos de Georgia se llenaron de lágrimas.

«Eres un chiquillo —murmuró—, pero quizá sea ése el motivo de que te quiera tanto…»

Apretó levemente mi brazo y fue a reunirse con otros huéspedes.

La reunión se hizo insoportable, y la presencia de los admirados y de sus admiradoras más insoportable todavía. A4e pregunté repetidamente a mí mismo por qué me habían invitado los Sonder, dado que yo no pertenecía a su clan, a menos que quisieran humillarme. Pero, en realidad, eso no me hubiera importado, de no haber sido por la actitud de Georgia. No había modo de arrancarla de allí. Cada vez que la buscaba entre la oscilante jungla de cabezas, veía su cabellera roja muy cerca de los grisáceos cabellos de Sonder. Y cuando el grupo del cual formaba parte circuló alrededor de la estancia, como circulan los grupos en todas las reuniones, vi que sus labios susurraban pegados al rostro de Sonder.

Cuando regresábamos a casa discutimos, la primera discusión realmente agria desde que nos habíamos casado.

«¿Qué has estado haciendo toda la velada tan cerca de Sonder?», le reproché.

«Trataba de facilitarte el camino», protestó.

«Nadie te ha pedido que lo hicieras —dije, en tono furioso—. Tu conducta ha sido sencillamente indecorosa.»

«Mi conducta puede tener como resultado el que Sonder publique tus cuentos.»

Me di cuenta de que Georgia estaba profundamente dolida, lo cual me pareció irrazonable y terminó de exasperarme.

«Según me dijo ese imbécil —grité—, su editorial sólo publica novelas. Además, si para publicar mis cuentos debo permitir que flirtees con Sonder, prefiero que no vean la luz.»

«No estaba flirteando con Sonder —protestó vehementemente Georgia—. Si alguien flirteaba, eras tú. ¡Me he pasado la velada aburrida como una ostra, tratando de allanarte el camino para una nueva entrevista con Sonder, y me acusas de haber flirteado! ¿Qué estabas haciendo tú con Victoria Henners?»

«¿Con Victoria? No digas tonterías. Se limitó a despedirse de mí cuando abandonó la reunión.»

«Vi que la besabas dos veces, y la primera vez no fue cuando llegamos.»

«Estás diciendo cosas absurdas. Ya sabes cómo es Victoria. No hay que tomarla en serio. Siempre ha sido igual.»

«Entonces, si no quieres, que me tome en serio tus devaneos con Victoria, menos motivos tienes para reprocharme que haya hablado con Sonder.»

La cosa terminó así. Pero aquella noche no nos dirigimos la palabra. Apenas pegué el ojo, pensando en la extraña conducta de Georgia y en sus injustas acusaciones.

Unos días después se celebró una exposición canina, y Georgia, que adora a los perros, me pidió que fuera a buscarla a la exposición.

Llegué un poco antes de la hora convenida. Georgia, en cambio, llegó tarde. ¡Y era siempre tan puntual en sus citas! Entonces empezaron mis sospechas.

Al cabo de media hora me encontraba cansado y mareado: cansado de esperar y mareado de tanto chucho. El hedor que despedían, sus ladridos, se me hicieron insoportables. Estaba a punto de marcharme cuando se presentó Georgia, elegantemente vestida, sus cabellos y su boca como dos brillantes llamas rojas entre el sombrero azul marino y el vestido azul marino.

«Llevo media hora esperando en este infernal lugar», estallé.

«Lo siento mucho, querido. He estado en la peluquería y me han entretenido más de la cuenta. No debí pedirte que vinieras a buscarme aquí.»

No creí una sola palabra, pero no hice ningún comentario. Desfilamos en silencio por delante de las jaulas. En mi cerebro se atropellaban las sospechas, mientras los horribles animales me contemplaban con un brillo burlón en sus chispeantes ojos.

Mis sospechas no tardaron en verse confirmadas. Georgia estornudó, y al sacar un pañuelo de su bolso cayó al suelo una tarjeta gris. La reconocí inmediatamente.

«¿De dónde ha salido eso?», grité.

Georgia enrojeció.

«Me la dio Sonder en la reunión. Es una invitación a un coctel literario que se celebrará la semana próxima.»

«¿Por qué no me habló Sonder de ese coctel?»

«Porque te marchaste sin despedirte. Y a mí se me olvidó hablarte de él.»

«¡Claro, se te olvidó! Estoy seguro de que, a no haber sido por esta casualidad, no

habrías mencionado para nada ese coctel.»

«Supongo que no creerás que iba a asistir a una reunión sin que me acompañaras…»

En aquel momento se me ocurrió la idea de que Georgia había llegado tarde porque había estado con Sonder, y que él acababa de entregarle aquella invitación. Miré a Georgia fijamente. No parpadeó. La sorprendente limpidez de sus ojos azules no estaba enturbiada por ningún sentimiento de culpabilidad. Detrás de ella, un gato persa me contemplaba con ojos pensativos, su larga cola enroscada en forma de signo de interrogación.

Durante las semanas siguientes contemplé el triste proceso de la destrucción del delicado cristal que es el matrimonio. Un buen día, el hombre descubre una fina grieta que estropea la perfección del dibujo marital. Lentamente, la grieta se va ensanchando, hasta que al final, al más leve toque, el cristal se rompe en numerosos fragmentos.

Una mañana llegó el correo mientras Georgia estaba de compras, y vi que entre las cartas había un sobre dirigido a ella con el membrete de un banco de Nueva York, que no era el que utilizábamos normalmente para nuestras transacciones. Intrigado, abrí el sobre y encontré en su interior un recibo de un depósito de cien dólares. Cuando Georgia regresó, la enfrenté con el recibo.

«No sabía que te dedicabas a abrir mi correspondencia —observó Georgia en tono sarcástico—. Evidentemente, no toleras ningún secreto entre marido y mujer. Creo haberte dicho hace algún tiempo que depositaría el dinero que tía Mariette me envía de cuando en cuando en una cuenta separada, para comprarme algunos vestidos cuando efectuemos el proyectado viaje a Europa.»

Me di por satisfecho con aquella explicación, pero sabía que Georgia estaba mintiendo. Habíamos aplazado indefinidamente aquel viaje. Resultaba difícil creer que Georgia ahorrase dinero con tanta anticipación. Parecía más lógico el que Georgia, cada día más apartada de mí, hubiese pensado en la posibilidad de una separación. Así era de injusta: le molestaba que yo abriera su correspondencia, pero nunca le preocupó la posibilidad de que a mí me hubiese dolido el incidente del banco.

Pero unos días después, cuando llegué a casa, encontré a Georgia profundamente enojada. Encima de la mesa había un sobre azul. Reconocí inmediatamente la picuda caligrafía de Victoria Henner. Desde que nos encontramos en casa de los Sonder habíamos sostenido una inocente correspondencia y, por simple diversión, nos escribíamos en términos más bien afectuosos.

«Felicidades —me dijo Georgia—. Tienes una devota admiradora. Su vida será insoportable si no huyes con ella a La Habana. Por mí, puedes marcharte ahora mismo.»

¡Hay que ver! ¡Tomarse en serio una broma como aquélla, cuando ella misma estaba llevando una vida secreta! Me encerré en una armadura de silencio, que su

punzante lengua no pudo penetrar.

Aquella misma noche ocurrió el primer incidente grave. Mientras me estaba afeitando, la navaja resbaló de mi mano y me produje un profundo corte en la mejilla. Normalmente, Georgia, que acababa de entrar en el cuarto de baño para cambiar las toallas, se hubiera echado a gritar, ya que no puede soportar la vista de la sangre y la idea del sufrimiento físico la pone histérica. Pero en aquella ocasión se limitó a mirarme, fascinada, mientras la sangre descendía por mi cuello.

«¡No te quedes ahí como una estúpida! —grité—. Tráeme algo para detener la sangre…»

Georgia abrió maquinalmente el pequeño botiquín y me tendió el lápiz estíptico. La fascinada expresión de sus ojos debía acosarme durante mucho tiempo. Cuando la sangre dejó de manar, le pedí a Georgia la pomada de penicilina. Dijo que no sabía dónde estaba. Busqué inútilmente en el botiquín, donde se encontraba normalmente. Mientras rebuscaba en el armario, uno de los bolsos de Georgia cayó al suelo y se abrió: en su interior vi el tubo de penicilina.

«¿Qué significa eso?», pregunté.

«¡Oh, cuánto lo siento! Hacía meses que no utilizaba ese bolso. La pomada ha estado ahí desde que tía Mariette pasó unos días en casa y se cortó con las tijeras. Lo había olvidado por completo.»

Aquello me dio mucho que pensar, tanto, en realidad, que en un intento de poner en claro la extraña conducta de Georgia, a la tarde siguiente, mientras ella estaba fuera, registré cuidadosamente todos sus bolsos, todos sus vestidos, todas sus maletas: no quedó nada sin revisar. Y en uno de los cajones de su tocador encontré algo que me aterrorizó: una factura de un psiquíatra, fechada varias semanas atrás.

Aquella noche disimulé mi ansiedad lo mejor que pude. Y a la mañana siguiente, cuando Georgia se marchó a la compra, me dirigí apresuradamente a la dirección que figuraba en la factura. Mi decepción fue mayúscula al enterarme de que el psiquíatra se encontraba en Europa y no regresaría hasta dentro de un mes, aproximadamente. Pedí que me dejaran examinar el historial clínico de mi esposa, pero la enfermera se negó a mostrármelo, diciendo que los archivos del doctor eran confidenciales. Añadió que tendría que esperar hasta que regresara el psiquíatra.

Pero yo no podía esperar tanto tiempo; el temor y la preocupación no me dejaban pegar un ojo por las noches. Y durante las largas horas de insomnio, traté desesperadamente de atar los cabos sueltos. Recordé que Georgia me había aconsejado que enviara mis cuentos a Sonder. Cuando Sonder los rechazó, quedé tan dolido y decepcionado que me negué a enviarlos a otro editor. Recordé la intimidad de Georgia con Sonder en la reunión, y el incidente de la tarjeta en la exposición canina, y la actitud indiferente de Georgia ante la desaparición de la penicilina, que más tarde apareció en su bolso. ¿Por qué se había sentido tan fascinada por la sangre que corría por mi mejilla? ¿Qué ideas diabólicas cruzaron su mente en aquel instante? ¿Deseaba librarse de mí, tal vez para casarse con Sonder? Y, finalmente, como un

enorme martillo infligiendo el *coup de grâce*, la factura del psiquíatra. Me resistía a creerlo, pero todo señalaba en la misma dirección. ¡Georgia estaba loca! Estaba viviendo con una mujer demente que disimulaba astutamente su estado mental y cuyas siniestras intenciones me era imposible descubrir.

El aterrador descubrimiento me enervó hasta el punto de que descuidé por completo mi trabajo. El montón de cuentos sin terminar yacía sobre mi escritorio, mientras proseguía mis investigaciones. Uno a uno, interrogué discretamente a todos nuestros amigos, en una desesperada tentativa de descubrir alguna clave reveladora de las intenciones de Georgia. Lo único que descubrí fue que cada uno de nuestros amigos nos ve de un modo distinto, como si nos reflejásemos en centenares de espejos que nos devolvieran otras tantas imágenes diferentes, y que si queremos conocer realmente a una persona debemos acudir directamente a ella, en vez de juzgarla por las tergiversadas opiniones de sus amigos. De todos modos, me enteré de que Georgia se había encontrado dos veces con Sonder en reuniones literarias a las cuales yo me había negado a asistir. Según ella, ya que no negó el hecho cuando la interrogué, la cosa había ocurrido por casualidad. Pero mis sospechas de que aquella pareja planeaba algo monstruoso contra mí iban confirmándose.

Aquellas noches de insomnio fueron horribles. Cálidas noches de verano, con el sudor brotando de mi espalda como sangre de una herida. ¡Oh! Aquellas noches interminables, mientras Georgia dormía apaciblemente a mi lado, o fingía hacerlo… Largas noches pasadas en vela, espiándola, esperando que de sus labios escapara una palabra comprometedora en pleno sueño.

Sorprendí a Georgia muchas veces mirándome de un modo muy raro. Apenas nos dirigíamos la palabra. Su boca empezó a marchitarse, como los pétalos de una rosa moribunda, y sus ojos se nublaron con un velo de tristeza. Para empeorar las cosas, el psiquíatra que podía haber aclarado la situación prolongó su estancia en Europa. No sabía qué hacer, cómo luchar contra el laberíntico misterio de una mente enferma. Temía por mi vida.

Perdí el apetito y me negaba a comer. Georgia insistía en que tomara una taza de caldo o un huevo pasado por agua, diciéndome que tenía mal aspecto.

Una noche, el velo del misterio quedó súbitamente desgarrado. Georgia se había marchado a visitar a un pariente enfermo y yo estaba solo en el piso cuando llamaron a la puerta. Nuestra vecina, una joven pálida, estaba en el vestíbulo, sonriendo.

«¿Se encuentra su esposa en casa, míster Carey?», me preguntó.

Cuando le expliqué que había salido, la muchacha me tendió un paquetito amarillo.

«Es el insecticida que me pidió su esposa para los bichos de la terraza. Pero tengan cuidado si hay algún gato en la casa —añadió, riendo—. Es arsénico, y no distingue entre animales grandes y pequeños.»

Cerré la puerta maquinalmente. Abrí el paquetito, y contemplé horrorizado el polvo blanco e inodoro. Luego eché a correr hacia la terraza. Las plantas estaban

espolvoreadas de una sustancia blanca. Me dirigí al piso de nuestra vecina y llamé a la puerta. Abrió la misma joven que me había entregado el paquete.

«Discúlpeme —dije—. El polvo que me ha entregado, ¿es el mismo que ha venido utilizando mi esposa?»

«Sí, míster, Carey. Hace unas semanas le presté un poco, y me encargó que le comprara más. Es un insecticida muy potente.»

Regresé a nuestro apartamento empapado en sudor. Los cabos sueltos empezaban a unirse, y aparecían como un lazo estrechándose alrededor de mi cuello. ¡Resultaba tan fácil mezclar aquellos polvos con las tacitas de caldo! No era de extrañar que mi insomnio y mi falta de apetito fueran en aumento. ¡Georgia había estado envenenándome lentamente!

Apenas recuerdo lo que ocurrió a continuación. Fue como una pesadilla de la cual no he acabado de despertar. Mi esposa había estado tratando de asesinarme. Hasta entonces había fracasado, pero cuando dos personas Viven juntas, existen muchas oportunidades para cometer un crimen como el que ella planeaba. Pero, ¿por qué? ¿Por qué quería asesinarme? ¿Para casarse con Sonder, o para librarse de mí, simplemente? No me era posible averiguarlo, ni podía razonar con su mente enferma. Una mente enferma sólo razona a través de su propio mecanismo misterioso. Los actos de una persona demente sólo revelan la cara del tapiz de sus pensamientos; la verdadera trama, el laberinto de hilos que corren en todas direcciones por el lado opuesto, permanecen ocultos. La hiedra de la locura crece silenciosamente.

Tambaleándome bajo el impacto de mis pensamientos, salí de nuevo a la terraza. ¡Cuántas cosas se aclaraban repentinamente! Como las piezas sueltas de un rompecabezas que acaban encajando unas con otras y formando un cuadro. Y el cuadro que se ofrecía a mis ojos era terrible.

Hacía mucho calor. Treinta pisos debajo de la terraza, la Park Avenue era un cinturón luminoso, ora de rubíes, ora de esmeraldas, a lo largo del cual los automóviles en movimiento cortaban diminutos triángulos de luz. De los tiestos se desprendía un acre olor a tierra seca. En el aire flotaba la especie de tensión eléctrica que precede a una tormenta de verano. Desde una terraza contigua llegaban hasta mí las melancólicas notas de un blues como un suave batir de alas.

Temblando de miedo, me agarré a la barandilla. Estaba en un gran peligro. En cuanto Georgia descubriera que yo estaba enterado de sus propósitos de envenenarme, podía ocurrir cualquier cosa.

Unos relámpagos cruzaron el cielo y el trueno rugió a lo lejos. Sus ecos resonaron en el interior de mi cráneo. Súbitamente, un relámpago iluminó a una silueta a mi lado. Di un respingo: era Georgia.

«No te he oído llegar —murmuré—. Te han traído más arsénico.»

«¿Arsénico? —Otro relámpago iluminó su perfil. Suave c inocente como el de un ángel: hubiese engañado al mismo Dios—. ¡Oh! El insecticida… Las plantas están secándose, y ahora los bichos terminarán con ellas. Pero, ¿qué estás haciendo aquí?»

No contesté. Georgia estaba tan cerca de mí que podía sentir el calor de su cuerpo. Una de sus manos empezó a juguetear con una pequeña azada que estaba al lado de uno de los tiestos, en tanto que la otra mano acarició mi mejilla suavemente, como el ala de una paloma.

«Alvin —susurró—. ¿Qué es lo que nos sucede, querido? ¿Por qué nos hemos distanciado tanto?»

Se inclinó para besarme. A la luz de un relámpago, vi su mano empuñando la azada…

Alvin Carey terminó su relato. Poco después me despedí de él. Al abrir la puerta, me volví a mirarle. Estaba tendido en la cama, exhausto, envuelto en vendajes como una momia: una momia locuaz y excitada.

En el pasillo, me salió al paso un detective.

—Doctor —me preguntó—, ¿se lo ha contado todo?

—Casi todo. Quiero hablar otra vez con él esta tarde —respondí—. Antes de venir aquí he estado hablando con el médico que le atiende. Sus heridas no son graves. Tiene varios cortes muy profundos en la cara y en los brazos.

—¿Por qué se tiró a través de la puerta encristalada, doctor?

—¿Quién puede saberlo? Tal vez la tormenta le desequilibró. Tal vez no quería oír los gritos de su esposa mientras caía desde la terraza a la calle. Los vecinos que presenciaron la escena dicen que inmediatamente después de empujar a su esposa profirió un horrible alarido y se precipitó de cabeza contra la puerta vidriera que daba paso al apartamento.

—Fue una verdadera desgracia que no pudiera usted verle antes de marcharse a Europa, doctor —dijo el detective.

—Sí. Georgia Carey no debió esperar. Cuando me consultó acerca de su marido, le aconsejé que no aguardara a mi regreso, que le llevara inmediatamente a otro psiquíatra. Ella prefirió esperar. Le ha costado la vida. Ya le advertí que su marido era un paranoico.

EL SECRETO

Volveré dentro de una hora —dijo Brandon Grant y, sin mirar a su esposa, abrió la puerta y se marchó.

Elaine Grant estaba de pie junto a la ventana, contemplando cómo el sol se hundía en las tranquilas aguas del Pacífico. En aquella parte del mundo el sol se ponía rápidamente, como un doblón de oro dejado caer en una bolsa de terciopelo azul. Elaine pensó que era un espectáculo increíblemente bello, más bello aún que la primera vez que lo había contemplado. Y en aquella ocasión la había dejado sin aliento. Sin embargo, no pudo evitar la idea de su semejanza con esas llamativas postales que reproducen una puesta de sol demasiado «artística». Bruscamente, Elaine dio media vuelta y se encaró con la habitación.

Debajo de la encendida lámpara de la mesilla de noche, el redondo reloj, con sus negras manecillas señalando las cinco menos veinticinco minutos, recordaba el rostro de un chino de bigotes largos y caídos. Brandon regresaría pasada una hora. Pero cuando la hora hubiese pasado Elaine habría abandonado a su marido, para siempre, en su segunda luna de miel.

Lentamente, Elaine miró a su alrededor. La habitación estaba impregnada de recuerdos de la noche anterior. Sobre una butaca veíase el smoking de Brandon. Elaine recordó a Brandon en la cena de etiqueta que había tenido lugar unas horas antes: alto, ancho, de rostro color caoba bajo la masa de pelo rojo suavemente ondulado. El traje yacía ahora allí, vacío, arrugado, pero exudando todavía la vitalidad animal de su marido. El vestido de Elaine estaba junto al smoking, docenas de metros de gasa azul, colgada en el aire como un trozo de cielo. Sobre el tocador, al final de un zigzagueante rastro de polvo sonrosado, yacía su polvera, abierta y volcada. Elaine se estremeció. El espejo estaba roto. Muy cerca de la polvera, un pañuelito rojo asomaba un pico por el bolso entreabierto, como una burlona lengüecita escarlata.

Elaine suspiró. La velada en el Manila Nautical Club había sido un éxito. Siete horas bailando y bebiendo sin interrupción. De regreso a su hotel, Elaine y Brandon se mostraron cansados y silenciosos.

Una hora, pensó Elaine, acercándose al teléfono que había junto a la cama. Apartó rápidamente los ojos de las revueltas ropas del lecho, y captó la expresión de disgusto de su rostro en el espejo del armario. Contempló a la mujer alta y delgada que la miraba desde el espejo, con la rubia cabeza emergiendo como un girasol del almidonado cuello blanco. Las finas arrugas alrededor de los enturbiados ojos color violeta revelaban ya la proximidad de la treintena. Tres años de matrimonio habían impreso una huella de angustia en aquel rostro y, por primera vez, Elaine se dio cuenta de lo cansada que estaba de luchar contra lo desconocido.

Empuñó el teléfono.

—¿Conserjería? —inquirió—. Soy mistress Brandon. Resérveme una plaza en el

avión que sale a las seis y media para San Francisco, por favor, y suban en busca de mi equipaje dentro de media hora. Sí, un solo billete. Mi marido se quedará aquí unos días más.

El chasquido del receptor, al ser colgado por Elaine, fue como el rasgueo final de una pluma firmando una carta de despedida.

Una vez más, Elaine miró a su alrededor. Sólo a unos pies de distancia, pensó, o quizá más cerca. La desesperación puso en su garganta un sollozo que no llegó a surgir de los apretados labios. En alguna parte de aquella habitación, entre aquellas cuatro paredes, estaba oculto el secreto. Y Elaine sabía que tenía que encontrarlo. Marcharse, no ver nunca más a su marido, no era suficiente para ella. El secreto era como una espantosa víbora que anidaba en su alma, y tenía que expulsarla de allí y destruirla, si no quería que continuara torturándola, emponzoñando su vida, por lejos que se marchara.

¡El secreto! Cinco años. Mil ochocientos veintiséis días. Miles y miles de horas. ¿Qué había hecho Brandon con ellas? ¿Por qué se negaba incluso a mencionarlas, prefiriendo condenarse a sí mismo a los ojos de su esposa con su silencio? En la tormentosa vida de su marido, tan rica en aventuras y en cambios de fortuna, los cinco años eran una isla inexplorada que desaparecía como una niebla en un mar de conjeturas. Los cinco años «perdidos» habían mantenido despierta a Elaine muchas noches, con la mente invadida por descabelladas sospechas, acabando por transformar su existencia en una espantosa pesadilla.

Elaine se acercó al armario y abrió las puertas de par en par. El antiguo y familiar olor asaltó su olfato, el aroma a tabaco, a cuero viejo, a sal y a yodo, el aroma que tanto la había impresionado aquella noche en Detroit, cuando conoció a Brandon en un baile de Navidad organizado por los empleados de la fábrica de automóviles donde ella trabajaba.

—Brandon Grant, vagabundo internacional —le había presentado el amigo de Elaine. Y ella quedó cautivada inmediatamente por el apasionado rostro, curtido por el viento y por el sol, y por la mirada de los ojos azules que hablaban de mares y países remotos.

—Elaine —Brandon susurró suavemente su nombre mientras bailaban—. Suena como la campana de plata que los marinos oímos en alta mar cuando soñamos en la tierra firme.

Aprisionada entre sus fuertes brazos, con la cara muy próxima al moreno rostro surcado por extrañas cicatrices, sin apenas oír la música, Elaine se sintió absorbida por la personalidad del misterioso desconocido, mientras su novio, un joven ingeniero de facciones correctas y una atractiva cuenta en el banco, les contemplaba con aire indefenso. Por primera vez en su vida Elaine saboreó el dulce placer de obedecer a un brazo fuerte. El bien cortado traje azul de Brandon no disimulaba la fortaleza del hombre de mar, del mismo modo que el traje de su novio, hábilmente guateado, no disimulaba la canija estructura del ciudadano.

Elaine odiaba la debilidad. Tras numerosas enfermedades y achaques, sus padres habían muerto cuando ella era una niña. La vida con su neurótica tía de Detroit había sido mucho peor. En cuanto tuvo edad suficiente para trabajar, se fue a vivir sola, procurando mostrarse siempre fuerte y dominar a los que eran más débiles que ella. Su mejor amiga había sido una muchacha de temperamento apocado a la cual había dominado de un modo absoluto. Su prometido, que al principio le había gustado, acabó decepcionándola cuando descubrió su debilidad física.

Brandon la transportaba en sus fuertes brazos mientras bailaban, como si la condujera a su mundo, extraño y salvaje. El gigante pelirrojo era un ser sano y fragante, salpicado por la espuma del mar y azotado por vientos rugientes.

Cuando la música se interrumpió, estaban en una terraza que dominaba la ciudad. Nevaba, y Brandon insistió en cubrir con su americana los hombros de Elaine. Con el brazo de Brandon alrededor de su cintura, contemplaron las luces de la ciudad que parpadeaban a lo lejos a través de la cortina de nieve. Los blancos copos danzaban locamente a su alrededor, pero Elaine no sintió el helado viento. La americana de Brandon olía a tabaco, a cuero, a brea, a sal y a yodo, y el brazo de Brandon era fuerte y cálido.

—Elaine, ¿te gusta vivir en Detroit? —le preguntó Brandon.

—Lo aborrezco. En medio de esta perenne procesión de automóviles me siento como un robot.

—Te comprendo. Al poco tiempo de desembarcar, ya estoy soñando con volver al mar. Sé que esto significa renunciar a un hogar, pero llevo al mar en la sangre. Es toda mi vida.

—¿Por qué has de renunciar a un hogar?

—Porque ninguna mujer me aceptaría. Soy un marino que vuelve a casa únicamente unos cuantos días cada dos meses. Sólo me retiraré cuando sea demasiado viejo para navegar. Entonces me instalaré en una casita junto al mar, de modo que pueda contemplarlo hasta que muera.

—Una mujer enamorada aceptaría gustosamente esa vida —Elaine oyó sus propias palabras como si las pronunciara otra persona—. Unos cuantos días de felicidad llenarían de recuerdos los meses de espera…

Se miraron el uno al otro con apasionada intensidad. Inclinándose sobre ella, en mangas de camisa, con sus rojos cabellos cubiertos de copos de nieve, Brandon le recordó a Elaine a los orgullosos vikingos de las historias que tanto le gustaba leer cuando era niña.

—Elaine, ¿quieres ser esa mujer?

Y la nieve, como arroz nupcial, cayó sobre su primer beso.

En la habitación del hotel, impaciente ante sus recuerdos, Elaine empezó a buscar entre las ropas de su marido. Los olores familiares no eran ya una misteriosa sinfonía. La magia había desaparecido. En realidad, evocaban desagradables incidentes. Le recordaban el mar, al cual ahora odiaba, ya que finalmente se había interpuesto entre

ellos.

Elaine rebuscó rápidamente en la americana de dril, en la americana de algodón, en la chaqueta de pescar. Con un gesto de impaciencia volvió del revés el último bolsillo. ¿Por qué llevarían tantos bolsillos los hombres? Luego abrió la maleta de Brandon. Su contenido era como una película en color de la aventurera vida de su propietario: una cartera de cuero labrado marroquí, una bolsa de piel de acribú, para tabaco, de Groenlandia, zapatillas de Persia, un albornoz chino con espantosos dragones rojos, un cinturón de cuero hecho a mano en la Pampa argentina, un frasco de plata con una inscripción en guaraní del Paraguay, una pipa larga y delgada de Kabul… y toda clase de objetos raros coleccionados por Brandon en treinta años de viajar por el mundo.

No era la primera vez que Elaine revolvía entre las pertenencias de su marido. En los primeros meses después de su boda solía abrir sus maletas al regreso de sus viajes y sacar todos los objetos que Brandon había recogido en los países exóticos visitados por el barco. Profiriendo chillidos de placer, Elaine examinaba aquellos objetos y los olía, tratando de adivinar en qué lugar de la tierra tenían su procedencia, mientras Brandon permanecía sentado cerca de ella, sonriendo, acariciándola con los ojos. Así había abierto Elaine las puertas de la fantástica vida de su marido, y desde el momento en que abandonaron Detroit, a través de su luna de miel y de los meses siguientes en la casita que dominaba la bahía de San Francisco, el puerto-base del barco de Brandon, a una fascinante revelación acerca del hombre con el cual se había casado siguió otra.

—Hemos obrado como los chinos: primero casarnos y después conocernos — había dicho Brandon.

Habían acordado tácitamente que el conocimiento del pasado de cada uno de ellos fluyera espontáneamente en el curso de su matrimonio. Las noches de tierna pasión habían alternado con días que eran un incesante viaje a través del pasado del amado. Brandon sólo tardó unos días en saberlo todo acerca de la vida de Elaine, pero él mismo era un misterio inacabable para su esposa. Un agujero de bala en un pañuelo de seda decorado con motivos taurinos había evocado los años que Brandon pasó yendo y viniendo de los puertos del Levante español, transportando armas para las fuerzas republicanas: en uno de aquellos viajes había resultado alcanzado por el ataque de un avión alemán. Una delicada pipa siamesa le hizo recordar la historia de los años que había pasado contrabandeando armas para los revolucionarios chinos, al comienzo de su guerra civil. Un collar de cuentas blancas con las cuales los árabes mantienen ocupados sus dedos a fin de no fumar con exceso, estaba mezclado con un antiguo amor en Argelia.

Así, de un modo desordenado, el pasado de Brandon había ido surgiendo, exótico, fascinante, lleno de aventuras, cambios de fortuna, luchas, fugas, incluso encuentros con la ley, en los cuales siempre consiguió eludir el castigo por un cortísimo margen de suerte, astucia o habilidad. Y durante los largos períodos de espera en la casita

asomada a la bahía, Elaine se había distraído resolviendo el crucigrama de la vida de su marido, reuniendo pacientemente las piezas de su azarosa existencia, ordenando de un modo coherente retazos de conversaciones, una historia aquí y una historia allá, fragmentos de esto y de aquello. Había pasado muchas horas elaborando una cronología de la vida de Brandon, poniendo en orden el caos de información que había sonsacado, uniendo períodos aparentemente aislados, tratando de construir la verdadera silueta de su marido.

Luego, repentinamente, se dio cuenta de que el rompecabezas estaba completo… a excepción de una pieza. Había tratado de recordar, frenéticamente, incluso, pero a pesar de todos sus esfuerzos le fue imposible encontrar la pieza que faltaba: un período vacío, sorprendentemente blanco en medio del panorama en tecnicolor que ella había recreado con tanta paciencia. Con pluma y papel anotó todos los datos que poseía: hechos, lugares, fechas… Y descubrió que desde la época en que Brandon había huido de una granja de Oregon, a la edad de trece años, para embarcarse en su primer buque, hasta el presente, había cinco años consecutivos que eran un misterio para ella. No había podido encontrar ninguna clave para desvelar el misterio de aquellos cinco años, ni en los relatos de Brandon, ni en sus pertenencias, ni en las cicatrices de su rostro que recordaban duelos y luchas, ni en las blancas líneas que surcaban su cuello —reliquias de las torturas de los indios amazónicos— y que en los momentos de furor adquirían un tono púrpura.

Las semanas posteriores a su descubrimiento fueron terribles para ella, y el día que Brandon regresó a casa Elaine supo que iba a romper el tácito convenio establecido entre ellos, interrogando a su marido sobre aquellos cinco años.

La presencia de Brandon al regreso de uno de sus viajes se hacía notar siempre, como si el Pacífico hubiese irrumpido en la apacible casita. Dejando caer sus maletas al suelo, cogía a Elaine entre sus brazos, apretando su curtido rostro contra las suaves mejillas de su esposa, buscando ávidamente sus labios. Las paredes de la casa se estremecían con el eco de su resonante voz, y el humo de su pipa hacía más densa la atmósfera. Elaine experimentaba siempre la sensación de que Brandon traía con él el mar, con sus tumultuosas profundidades y sus palpitantes misterios. Los días subsiguientes a su llegada eran una continua fiesta, llenos de risas, de excursiones y de meriendas campestres.

Una tarde, Elaine, sentada en el regazo de su marido, con los dedos enredados en sus cabellos rojos, murmuró repentinamente:

—Brandon, he reunido pieza a pieza todos los años de tu vida, pero me queda un espacio en blanco que no consigo llenar: los cinco años que terminan dos años antes de nuestra boda. ¿Dónde estabas? ¿Qué hiciste durante aquellos cinco años?

Los azules ojos de Brandon adquirieron la dureza del acero.

—Elaine —replicó fríamente—, nunca nos hemos interrogado el uno al otro acerca de nuestro pasado, y no vamos a empezar a hacerlo ahora.

—¿Te molesta, querido? —inquirió Elaine, algo dolida.

—No. Pero no me gusta. Nunca he permitido que nadie me interrogara acerca de mi vida.

—Pero, querido, el matrimonio significa compartirlo todo. No es simple curiosidad por mi parte. Sólo deseo saberlo todo acerca de ti, para que seamos realmente un cuerpo unido.

Brandon se incorporó, obligando a Elaine a levantarse.

—El pasado está muerto y enterrado. No quiero más preguntas. Cuando nos casamos no te preocupó mi pasado. Tu curiosidad resulta impertinente.

Su tono era duro, y había odio en sus ojos.

—No comprendo —murmuró Elaine, sorprendida y asustada—. ¿Temes acaso que pueda cambiar algo entre nosotros? Aunque hubieras robado, o asesinado, no podría dejar de amarte.

—Entonces, si no importa lo que pude hacer, deja de atormentarte y de atormentarme.

Cuando Brandon se marchó, unos días después, se separaron sin la habitual ternura. Brandon estaba silencioso y como abstraído, y Elaine se sentía herida y asustada. Desde entonces, había vivido en un continuo tumulto mental. Había imaginado y descartado innumerables explicaciones para aquellos cinco años. ¿Los pasó en alguna cárcel extranjera? ¿Era un delincuente? Tal vez estaba casado con otra mujer, a la cual continuaba viendo durante sus largas ausencias. Durante el día, su mente era un hormigueante enjambre de sospechas; por la noche se convertía en una selva de espantosas pesadillas, en las cuales Brandon desempeñaba monstruosos papeles, rodeado por hermosas mujeres que la acosaban, exigiéndole que les devolviera a su marido.

Había tratado de interrogarle de nuevo, de volver a sacar el tema a colación, pero Brandon respondió siempre con la misma mueca de odio, con la misma acerada mirada.

En su desesperación, Elaine consultó los archivos policiales, leyó en la biblioteca todos los periódicos de aquellos cinco años, hasta quedar completamente agotada por la inutilidad de sus pesquisas. La presencia de Brandon sólo aportaba ahora interminables silencios alternados con violentas disputas, y el rencor fue creciendo en el corazón de Elaine como una silenciosa marea de aguas siniestras. Si Brandon prefería destruir su felicidad antes que hablar de aquellos cinco años, tenía que haber cometido algún acto tan monstruoso que no se atrevía a hablar de él. Pero, ¿qué podía haber hecho? ¿Qué horrible crimen había cometido para no confiárselo ni siquiera a ella, que le adoraba y le hubiera ayudado a sobrellevar cualquier carga que pudiera pesar sobre su conciencia? ¿Acaso existía otra mujer que continuaba desempeñando un importante papel en su vida?

La batalla que se libraba en la mente de Elaine parecía ejercer también sus perniciosos efectos en Brandon. Perdió peso y adquirió un aspecto preocupado. A menudo, en medio de una conversación, dejaba de hablar súbitamente, con una

expresión alarmada en los ojos. El mar había dejado de entrar en la casita con él; ahora parecía que la mayor parte de su ser había quedado lejos, con el mar.

Un día, cuando Elaine había decidido finalmente abandonarle, Brandon regresó y le dijo que iban a marcharse a Manila, a pasar una segunda luna de miel. Allí encontrarían una solución a su problema, le prometió.

Durante el viaje, Brandon trató desesperadamente de mostrarse el mismo que había sido en los primeros meses de su matrimonio. El mar, los vientos, las lejanas estrellas parecían reavivar su pasión. A las dos semanas de su llegada a Manila, Elaine se encontró incapaz de continuar resistiendo. Había alimentado la esperanza de que aquel viaje lo cambiaría todo, pero ahora sabía que tenía que abandonar a su marido, si no quería enloquecer.

Aquella mañana, a la hora del desayuno, Brandon había recibido una carta. Su rostro palideció espantosamente al leerla. Si pudiera encontrar aquella carta…

Furiosamente, Elaine dejó caer la caja de cuero con símbolos griegos que había sacado de la maleta. Era inútil. Nunca sabría lo que había arruinado su matrimonio. Elaine vio su imagen reflejada en el espejo y sólo entonces se dio cuenta de que estaba llorando. Los sollozos sacudieron su cuerpo. Brandon le había permitido abrir todas las puertas de su fabuloso pasado, todas menos una. Y Elaine sabía, y así se lo había dicho a su marido aquella mañana, que si él no abría aquella puerta, su matrimonio habría concluido.

—Nunca permitiré que te marches —replicó Brandon—. Suceda lo que suceda, te quedarás conmigo… para el resto de nuestras vidas.

«Para el resto de nuestras vidas.» El tono de Brandon la había hecho estremecer. Estremeciéndose ahora, entró en el cuarto de baño. Rebuscó apresuradamente en el pequeño botiquín, en la caja de cuero con los útiles, de afeitar, en la jabonera. Súbitamente, su garganta quedó seca mientras contemplaba el estuche de la crema de afeitar. Se pasó el dorso de la mano por los ojos para borrar unas lágrimas rebeldes. Apoyándose contra la pared, con el estuche de cartón en la mano, sacó lentamente un pequeño rollo de papeles. Eran tres cartas, una de ellas fechada en Manila dos días antes. Las otras dos, también de Manila pero con fecha anterior, estaban dirigidas a Brandon al Club Náutico de San Francisco.

Mientras leía las cartas, Elaine oyó vagamente el gotear del grifo del lavabo, los tumultuosos latidos de su propio corazón, y luego el teléfono. Se acercó a la cama, tambaleándose, y descolgó el receptor, sin dejar de leer la carta que tenía en la mano, borrosa en algunas partes a causa de las gotas de sudor que se desprendían del rostro de Elaine.

—Mistress Grant, ¿podemos subir a buscar su equipaje?

Elaine oyó su propia voz, rara, desconcertada.

—No se molesten.

—Pero, mistress Grant, perderá usted su avión…

—No importa —murmuró Elaine, leyendo una vez más las palabras que

resplandecían ante sus ojos:

«…y le rogamos se ponga en contacto con nosotros inmediatamente, a fin de efectuar un nuevo análisis, para decidir si debe usted someterse a tratamiento, como continuación del que recibió durante los cinco años que pasó internado en la leprosería.»

—No importa —repitió Elaine—. Voy a quedarme.

Y en el espejo del armario vio el horror que reflejaban sus ojos mientras repetía las palabras de su marido:

«Para el resto de nuestras vidas.»

ME CONVERTÍ EN BULWINKLE

Jonathan Curling

Como ya he dicho, la gota que colmó el vaso fue ver a Bulwinkle —que llevaba mi balín de shantung favorito— saliendo de mi cuarto de baño a las once y media de la mañana, con una sonrisa fatua y satisfecha en *mi* rostro. Puedo asegurarle que para mí no fue ningún consuelo contemplar lo graciosamente que se instalaba en el sofá *directoire* que yo había adquirido de un modo tan extravagante en la subasta de Dilchester: no fue ningún consuelo comprobar que yo era, o, mejor dicho, *había sido*, un hombre de acusada personalidad.

Bulwinkle me había robado aquella personalidad, desde luego. Y lo peor del caso es que la metamorfosis se había producido de un modo prosaico…, incluso sórdido. «Mucho menos maravilloso que el telégrafo o el submarino», como dijo el propio Bulwinkle, poniéndose en pie lánguidamente para ofrecerme un vaso de jerez: el jerez que yo guardaba para los huéspedes poco importantes y de paladares sin cultivar, como él mismo.

—¡Ah! —exclamó, ante mi mueca de disgusto, mientras pasaba la punta de su…, de *mi* lengua sobre su labio superior, señalando con un gesto la botella de mi mejor Tío Pepe que brillaba como ámbar a la luz del pálido sol matinal—. Olvidas que tengo que aprender a representar mi papel de un modo perfecto. Yo solía espiarte a través del espejo de la chimenea. A menudo te veía hacer juegos de manos con las botellas. Tú imaginabas que lo ancho de tu espalda ocultaba tus…, ejem…, tus egoístas manipulaciones. Pero, ahora, yo soy tú, y *tú* eres Bulwinkle.

Me oía a mí mismo replicar con su voz inexpresiva y vulgar:

—Tú eres yo.

—Exacto, aunque gramaticalmente incorrecto.

Bulwinkle se movía con la insolente agilidad de la que yo siempre me había enorgullecido. Por mi parte, adquirí una horrible conciencia de la verruga que me impedía verle bien: la verruga que él me había endosado en el lado derecho de su nariz.

—A propósito —dijo Bulwinkle—, ¿dónde está tu talonario de cheques?

Mantuve un obstinado silencio… y él suspiró.

En mi tono más suave e indiferente, me dijo:

—He de terminar de vestirme. Veo que tengo una cita para almorzar en mi club con mi corredor de Bolsa.

—Con *tu* corredor de Bolsa en *tu* club —le grité a la puerta de mi dormitorio, que Bulwinkle acababa de cerrar.

Ni siquiera me quedaba el consuelo de poder beber una copa de mi propio Tío Pepe. Bulwinkle había encerrado las dos botellas en la alacena y se había guardado la llave en el bolsillo.

Una mañana horrible, espantosa, humillante. Había empezado para mí rompiendo

la horrorosa garrafa de agua de color magenta de Bulwinkle… y luego cortando sus enormes pies (con el dolor y la sangría para mí) sobre los esparcidos fragmentos.

Cuando me desperté, la habitación estaba completamente a oscuras. Experimenté una vaga intranquilidad, y traté de recordar si tenía una cita con mi dentista, o algo igualmente desagradable en perspectiva, quizá. Presté atención, esperando oír a Sefton. A pesar de su…, ejem…, impecable servicio y de los alfombrados pasillos de mi piso, normalmente podía captar el suave ruido de una tapadera o el tintineo de una cuchara mientras Sefton preparaba mi té matutino. Mi reloj de pulsera de esfera luminosa estaba en la mesilla de noche, de modo que extendí la mano hacia ella… y entré en contacto con algo que se estrelló contra el suelo. ¿Un garrafón en mi mesilla de noche? Esperé los discretos y apresurados pasos de Sefton, deteniéndose un instante frente a la puerta antes de llamar…, antes de preguntar respetuosamente si «todo estaba en orden». Pero ningún sonido respondió a mi ruidoso despertar. Y entonces supe por qué me sentía tan asustado. Era una especie de reacción retardada: había oído el estrépito de los cristales sobre las baldosas del suelo. Y mi dormitorio está completamente alfombrado.

Mi intranquilidad se convirtió en temor. A través de la sólida pared situada a la izquierda de mi lecho se filtró un rayo de luz: una luz, al parecer, procedente de los faros de un automóvil que pasaba por la calle. Por lo tanto, allí había una ventana. No me encontraba en mi propia habitación.

No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil: al principio presa de terror, luego tratando de convencerme a mí mismo de que todavía estaba dormido. Pero era evidente que no lo estaba. Aquello no era una pesadilla, sino la realidad. ¿Cómo había podido acostarme en mi propio piso, como de costumbre…, y luego despertar en otra parte? Reconstruí mentalmente todos los detalles de la noche anterior, la rutina normal de mis preparativos para acostarme. ¿Drogas, rapto, locura? ¿Un accidente, que me había dejado inconsciente —es un decir— mientras dormía, y ahora me encontraba en un hospital, en una clínica? ¿O en un manicomio? ¿Loco? Tal vez habían transcurrido semanas o meses desde lo que para mí era la noche anterior…

Me pasé los dedos por la cara. Al lado de mi nariz había un bulto. Me toqué la frente, la cabeza. En una noche me había quedado calvo.

Salté de la cama de golpe —tal como solía hacer en las mañanas muy frías, tras prolongadas vacilaciones—, con una rapidez que me sorprendió a mí mismo. Y mis pies se posaron sobre los cristales rotos. Pero no pronuncié ninguna palabrota. Estaba demasiado asustado, supongo. Recorrí a tientas tres paredes antes de encontrar el interruptor de la luz.

Delante de mí se erguía un espejo gigantesco. Estaba festoneado con metros y metros de cintas rojas y amarillas. En el marco había pegadas tres alegres entradas de *music-hall*. Debí pasar varios minutos contemplándome en aquel espejo antes de darme cuenta de lo ensangrentado de mis pies y de lo que me rodeaba. Estaba

obsesionado por mi reflejo. No el de mi imagen, sino el de un hombre con aspecto de simio embutido en un pijama de franela. Unos mechones de pelo gris colgaban a los lados de mi brillante calva. Las cejas, encima de mis ojos huidizos y hundidos eran arqueadas y tiesas. Y en el lado derecho de mi nariz estaba aquella verruga.

La verruga fue lo que acabó de identificarme como él. Debido a aquella verruga, en la escuela le habían dado el nombre de Cromwell. Pero se llamaba Bulwinkle, Clarence Bulwinkle, exactamente.

Bulwinkle, aquel parásito entre mis conocidos, el único de mis olvidados compañeros de escuela que continuaba visitándome. Bulwinkle, al cual recuerdo que un profesor de matemáticas corto de vista decía siempre: «Usted será un genio de las finanzas, o un estúpido fracasado. En cualquiera de los casos, será usted un timador.» Bulwinkle, que me abordaba cada dos o tres meses en Park Street para que le invitara a un trago, y rara vez se marchaba sin murmurar algo acerca de un préstamo. Un préstamo a devolver cuando hubiera perfeccionado su próxima fantasía.

Me había convertido en Bulwinkle.

Sólo encendiendo un cigarrillo y sentándome precariamente en un desvencijado taburete de piano me evité a mí mismo el estallar en una salvaje carcajada.

«¿Histeria?», me oí decir a mí mismo en voz alta…, con la voz de Bulwinkle.

Reflexioné acerca de mi situación. Había cogido mi cigarrillo de un paquete de Players medio oculto por algunos calcetines sucios encima de una vieja cómoda. Cerca de los calcetines había un vaso medio lleno de cerveza pasada, y junto a él dos naipes de gran tamaño (el siete de diamantes y el as de espadas).

Las peonías de color púrpura estampadas en el papel que cubría las paredes hacían que el techo de la habitación pareciera más bajo. Había muy pocos muebles: la cama, la cómoda, el taburete de piano y —¡oh, sí!— un pequeño velador. Encima del velador había un sombrero de copa plegable lleno de pañuelos de seda multicolores. Aparte de esto, la habitación sólo disponía de un *étagère* de bambú, en el cual aparecían alineados, con una especie de cómica incongruencia, diversos elementos de trabajo del *prestidigitateur*: dados gigantes, ramilletes de flores artificiales, discos de acero y otras cosas que ahora no recuerdo.

Recogí los trozos de la garrafa y los coloqué encima de la cómoda. Abrí un cajón lleno de encendedores inservibles, hojas de afeitar oxidadas, cordeles y sobres usados. Encontré un rollo de esparadrapo y un poco de yodo. Y me curé los cortes en los pies que Bulwinkle me había endosado.

Entretanto, estaba pensando: ¿tal vez alguna complicada operación cerebral? Bulwinkle había sobornado a un especialista. Desde la noche anterior habían transcurrido semanas, quizá meses. Mis ideas se hicieron más fantásticas. No puedo recordarlas todas. ¿Mesmerismo? ¡Ah! Eso era: «Clarence Bulwinkle, maestro en magia, ventrílocuo, ilusionista, hipnotizador.» Luego recordé una conversación que había sostenido con Bulwinkle el invierno anterior. «Mi mesmerismo —hipnotismo —, no pasa de ser una trampa, al igual que mi ventriloquismo, viejo. Pero, no lo

dudes. Aunque tengo que ganarme el pan como un ilusionista de tercera fila, obtuve mi bachillerato en magia negra hace muchos años. Me encontraba entonces en Sierra Leona, en el curso de un gira por el África Occidental. Un brujo me enseñó un par de trucos que nunca me he atrevido a poner en práctica. Aunque es posible que algún día experimente uno de ellos contigo.»

La lluvia penetraba en la habitación a través de la ventana. A excepción de ella y de la garrafa vertida, no parecía haber agua para lavarse ni para afeitarse. Abrí una puerta de lo que parecía un armario. Dentro había un pequeño fregadero y un fogón de gas, varios platos sucios y un bote de leche condensada.

Finalmente salí a una calle suburbana. Llevaba el menos absurdo de los trajes de Bulwinkle. Y en uno de los bolsillos del pantalón encontré cuatro monedas de plata de medio chelín y nueve peniques en monedas de cobre.

Telefoneé a Park Street desde una cabina pública. Me respondió Sefton, en tono insolente. Le dije que iba a regresar para desayunar.

—Desde luego conozco su voz, míster Bulwinkle —me dijo—. Y me sorprende que haya podido levantarse, teniendo en cuenta el estado en que se encontraba anoche.

Le pregunté qué quería decir.

—Comprendo que estaba usted demasiado borracho para recordar algo esta mañana —replicó—. Casi me golpeó, se metió en la habitación del señorito, revolviendo su almohada… Estuvo a punto de despertarle —añadió, en el tono de un sacerdote aludiendo a un sacrilegio.

—Continúe —dije.

—Por fortuna, el señorito tiene un sueño muy pesado.

Me dijo que me negaría la entrada bajo su responsabilidad, y colgó el receptor.

«O sea que aún estoy durmiendo», me dije a mí mismo.

Era una desgracia para mí, el falso Bulwinkle, que Sefton fuera un criado tan fiel. Me gasté un chelín y medio en la Coventry Street Comes House. Y luego estuve paseando hasta las once, que era la hora en que Sefton salía a echar un trago todas las mañanas, invariablemente. Supuse, acertadamente, que la puerta trasera de mi cocina, que daba a la escalera de incendios, estaría abierta. Me deslicé hasta el salón. El silencio era absoluto. Pero la puerta del dormitorio estaba cerrada.

Tuve que esperar casi tres cuartos de hora. Luego me vi a mí mismo salir. Yo —en el cuerpo de Bulwinkle— conversé con Bulwinkle en mi cuerpo. Se mostró muy cínico. Me enseñó una cajita que contenía una especie de bola de arcilla amasada con cabellos:

—Un pequeño talismán que me regaló un brujo africano hace muchos años —me explicó—. No me he convencido de que era realmente eficaz, hasta comprobarlo personalmente. —La noche anterior, mientras yo dormía, había deslizado la cajita debajo de mi almohada—. Estaba tan borracho —admitió—, que no tenía la seguridad de recordar el conjuro…, pero repentinamente acudió a mi memoria.

Verás…, en el viejo Bulwinkle debía haber algo bueno, después de todo. Tuve que tragar un montón de alcohol antes de poder persuadirme a mí mismo para cambiar de personalidad, por así decirlo, contigo.

Más tarde, cuando salió de mi dormitorio con mi traje más elegante, los modales de Bulwinkle me enloquecieron.

—Desde luego, parece que en el trato he sacado la mejor tajada —comentó, mirando desdeñosamente el ajado traje de sarga gris que yo llevaba—. Ya podrías decirme donde está tu talonario de cheques. Así podría devolverte bien por mal, y prestarte un par de libras. En alguna ocasión hiciste lo mismo por mí…

—Te lo diré —respondí— cuando me hayas dado un vaso de mi Tío Pepe… o de manzanilla, si has terminado con el Tío Pepe.

Resultaba casi más irritante oír mis palabras pronunciadas con la voz de Bulwinkle, que ver a Bulwinkle disfrazado de mí mismo.

Bulwinkle se volvió para abrir la alacena…

—Y, mientras se inclinaba a coger el jerez, usted cogió el atizador y le golpeó en la cabeza con él…

—Exactamente, inspector.

—Tiene usted una imaginación muy fértil, desde luego.

—¡Oh! Su escepticismo no me sorprende, en absoluto. Después de todo, estoy hablándole con el rostro de Bulwinkle y con la voz de Bulwinkle. Pero aquí está la cajita con la bola de arcilla. Y mi talonario de cheques se encuentra en un bolsillo interior de un traje de franela gris en mi armario. Es el traje que llevaba ayer. Le sugiero, inspector, que requiera a Sefton para que me formule unas cuantas preguntas, si quiere usted establecer mi identidad de un modo que no deje lugar a dudas. Preguntas a las cuales sólo el verdadero «Yo» —y no Bulwinkle— puede contestar.

—No creo que sea necesario. Soy un inspector de policía, no un investigador de lo sobrenatural. ¿Admite usted haber asesinado a ese hombre?

—Lo admito.

—Entonces, sugiero que dicte usted una *breve* declaración y que la firme.

—Muy bien. Bulwinkle gana. Incluso mi firma será la suya.

EL ROSTRO INTRUSO

Michael Asquith

NOTA: *He tenido que vencer muchas vacilaciones antes de decidirme a escribir el presente relato en forma tal que algún día pueda ser asequible al público. Muchos lectores, lo sé, no tendrán ninguna dificultad para identificar a la familia principalmente afectada; y, como médico rural con casi cincuenta años de experiencia, me doy cuenta de que puedo ser acusado de abuso de confianza al revelar ciertos hechos descubiertos en el curso de mis obligaciones profesionales. Sin embargo, con autorización de los parientes más cercanos, he decidido hacerlo; en parte para servir a la verdad, y en parte porque creo que ése hubiera sido el deseo de aquel joven amigo mío que es el personaje central de esta historia.*

TAL vez recuerden ustedes la publicidad que hace unos años se dio al caso de aquel joven y brillante científico, al cual daré el nombre de Julián Ferris. En una época en que dos o tres físicos eminentes habían traicionado, por motivos ideológicos, a sus respectivas patrias, no resultaba descabellado suponer que los destacados trabajos de Ferris en el campo de la electrónica podían haber atraído el interés de alguna potencia extranjera. Pero creo que nadie que le conociera a fondo le atribuía unas ideas políticas definidas. Su apasionado interés por la electrónica excluía de su mente todo interés por las demás ideas. En realidad, muy pocas personas le conocían a fondo. No era una persona fácil de conocer. Era uno de aquellos hombres reservados e introvertidos, cuya timidez se toma a menudo por arrogancia; y sus modales retraídos, unidos a su reputación intelectual, parecían rodearle de una barrera muy difícil de cruzar. A sus anchas en la atmósfera rarificada del pensamiento abstracto, rehuía los contactos personales como si temiera aventurarse y explorar la selva de las relaciones humanas. Recuerdo que mi esposa solía llamarle «el albatros», por afinidad con el ave del soneto de Baudelaire cuyas grandes alas, que la sostienen fácilmente cuando vuela a través de la tormenta, en el suelo impiden sus movimientos y la convierten en un torpe andarín.

Julián Ferris era de estatura mediana, y tenía una cabeza maciza que quizá parecía un poco grande para su cuello delgado y sus poco robustos hombros. Su rostro era distinguido, sin ser estrictamente guapo, con unas facciones pequeñas y delicadamente modeladas, que a veces le conferían una expresión casi femenina. Como sucede con frecuencia, su reserva ocultaba una naturaleza intensamente emotiva. Sentía una apasionada adoración por su madre, y cuando hablaba de ella, siempre en un tono especial, los rígidos músculos de su rostro se relajaban, y toda su expresión se transformaba. Producía la impresión de que toda la corriente de sus afectos discurría por aquel único canal. Yo le conocí a través de su madre, y si la

amistad de aquella dama no me hubiera abierto el camino de la confianza de Ferris, no estaría contando esto.

Conocí a mistress Ferris como a una amable viuda de aspecto indescribible que se había convertido en paciente mía poco después de instalarse en Medleigh, al comienzo de la guerra. Se decía que su matrimonio, disuelto por la muerte hacía diez años, había sido singularmente desgraciado. Jack Ferris era un artista que había alcanzado cierta notoriedad como miembro del grupo de pintores llamados «surrealistas». Es decir, como intérprete en sus lienzos de los aspectos más sucios, más sórdidos y más repugnantes de la naturaleza en todas sus vertientes. Tal vez su arte era un reflejo de su vida, ya que al parecer había sido un hombre vicioso, egoísta y cruel. Había pasado la mayor parte de su existencia de casado vagabundeando por el extranjero, sin visitar a su esposa más que para pedirle el dinero que ella nunca le negaba; y al final, tras destrozar una vigorosa constitución física y dilapidar la mayor parte de la fortuna de su esposa, había regresado al hogar para morir relativamente joven, atendido por la mujer de cuyo amor había abusado vergonzosamente.

Ésa, al menos, era la historia que circulaba por Medleigh en la época de la llegada de mistress Ferris. No puedo recordar que ella dijera nunca algo que confirmara o negara aquella historia. Era una mujer muy reservada, y en las raras ocasiones en que aludía a su marido lo hacía sin la menor amargura. «El pobre Jack…» «Cuando el pobre Jack estaba vivo…», son las frases que recuerdo de ella, habitualmente cuando relataba algún incidente de la infancia de Julián. Posiblemente sea cierto que los peores hombres son amados a menudo por las mejores mujeres. Mistress Ferris, en verdad, parecía uno de aquellos seres excepcionales que alcanzan la serenidad a través del sufrimiento. Y la necesitaba, la pobre, ya que durante su estancia en Medleigh se enteró de que padecía una enfermedad incurable que la estaba matando lentamente. Un año después de su marcha, al final de la guerra, me enteré de su fallecimiento.

Julián contestó a mi pésame con una carta que yo encontré profundamente conmovedora. Sus tareas de investigación cerca de Oxford le habían permitido visitar a su madre con cierta frecuencia, y ocasionalmente habíamos conversado acerca del estado de salud de la dama. Pero nuestras relaciones habían sido superficiales, y, más que lo que escribía, el hecho de que me lo escribiera a mí parecía revelar la intensidad de su dolor. En realidad, al mirar hacia atrás, creo que la muerte de su madre le dejó indefenso, en cierto sentido: y aquel estado de indefensión condicionó la cadena de acontecimientos que siguieron.

Durante las dos semanas siguientes me acordé mucho de Julián. Medleigh se encuentra solamente a treinta millas de Oxford, y dado que yo le había manifestado que nos complacería mucho verle, medio esperaba su visita. Pero transcurrió el tiempo y no pasó nada. Mis preocupaciones profesionales casi le habían borrado de mi mente cuando en marzo, seis meses más tarde, recibí un telegrama: «Pasaré fin de semana en Medleigh, posada Hind. Necesito verle urgentemente. Julián Ferris.»

La Golden Hind es una excelente posada jacobina que se alza en la calle principal de Medleigh. Allí encontré a Julián aquel sábado por la noche que iba a abrir un nuevo capítulo en mi experiencia de la vida. Julián parecía haber envejecido considerablemente desde nuestra última entrevista. Tenía un aspecto ajado y macilento; su rostro y sus manos traicionaban una intensa excitación. No resultó fácil hacerle hablar. Durante un largo período de tiempo permanecimos sentados ante nuestras bebidas en un incómodo silencio, mirando fijamente el enorme hogar adornado con trofeos de la Guerra Civil. Al fin, ayudado por varios whiskies, me contó que durante las últimas semanas se había visto turbado por un sueño periódico, una especie de pesadilla que le traía un recuerdo de su infancia. Era un sueño de un rostro, «un sueño umbral», lo llamó, y me pareció saber lo que quería decir con ello. La mayoría de nosotros conocemos aquel estado crepuscular entre el sueño y el despertar, cuando estando tendidos con los ojos cerrados vemos desfilar ante nosotros, como en una pantalla, los más vividos cuadros de paisajes, personas y rostros que hemos visto, y a menudo olvidado, en el curso de nuestra existencia. Los rostros, particularmente, y rara vez aquellos que más nos gustaría ver, acuden a darnos las buenas noches; e impresionándonos con una intensidad visual más aguda que la que conocemos durante el día, nos sacan del umbral del sueño. La mayor parte de aquella horda de fastidiosos intrusos son identificados fácilmente como algunos de los odiosos rostros cotidianos que hemos visto, desde luego, pero que esperamos no recordar. Pero otros nos visitan de cuando en cuando, rostros que nunca hemos visto con los ojos abiertos pero que, al igual que un magistral retrato de un hombre al que nunca conocimos, nos inducen a creer en ellos. A esta última categoría pertenecía el rostro intruso que Julián trataba ahora de describir. Poco a poco captó la impresión de un rostro que no era completamente humano, sugiriendo, más bien, una grotesca fantasía basada en el tema humano. «Parahumano», creo que lo llamé. Un rostro ancho y aplastado, demasiado grande para la cabeza, con una frente estrecha encima de unos ojos pequeños y desprovistos de pestañas; una boca ancha, de labios delgados, entreabierta en una sonrisa que dejaba al descubierto los dientes. A Julián le resultó muy difícil describirme aquella sonrisa.

—No, no es maligna —dijo cuidadosamente, tirando un cigarrillo a medio consumir al fuego y encendiendo otro—. Tampoco burlona. En cierto sentido es la sonrisa de un idiota, pero en ella hay algo más. El hecho es que se trata de una sonrisa odiosamente *íntima*, una sonrisa que espera, que pide intimidad, como un viejo amigo que espera ser reconocido.

—Pero usted recuerda el mismo sueño de cuando era niño. ¿Era realmente el mismo?

—Ha pasado mucho tiempo. En aquella época yo no tenía más de seis o siete años. Pero creo que siempre que lo veía entonces era de lejos: me refiero a la figura, no al rostro. Una figura achaparrada, no más alta que un chiquillo, con una especie de capa oscura muy larga, tocando el suelo. A veces, mirando a través de la ventana de

mi cuarto, la veía de pie entre los árboles del camino. A veces al final de un largo pasadizo, una calle vacía. Había algo en sus manos, también, alguna clase de deformidad, creo; pero nunca estuve lo bastante cerca para comprobarlo.

—Pero, si no vio usted el rostro, ¿por qué cree que es el mismo sueño?

—No he dicho que no viera *nunca* el rostro. Casi siempre, la figura estaba vuelta de espaldas, pero a veces conseguía echarle una ojeada. Era siempre vago e impreciso, demasiado alejado para que pudiera verlo claramente. —Hizo una pausa para sorber su whisky, y luego añadió—: Supongo que la idea que tenía de aquel rostro era principalmente especulativa. Pero siempre supe que, si llegaba a verlo de cerca, sería exactamente como el que ahora veo en sueños.

Mientras permanecíamos sentados, fumando en silencio, recordé que mistress Ferris me había contado que Julián había pasado una época de su infancia atormentado por pesadillas. Empezaron, dijo, durante uno de aquellos raros períodos «en que el pobre Jack estaba en casa». Sabiendo que Julián preferiría no hablar de su padre, no le mencioné aquel detalle. Era, desde luego, lo que cabía esperar, ya que cualquier chiquillo tan sensible como Julián tenía que reaccionar forzosamente a las tensiones del mundo adulto del cual dependía. Aunque no soy psicólogo, me parecía evidente que la impresión de la muerte de su madre, actuando sobre el temperamento neurótico de Julián, le había retrotraído a algún estado de inseguridad y de terror infantiles, asociado con la pesadilla y simbolizado por ella. Aunque simpatizaba con Julián, tengo que admitir que en aquellos momentos no estaba dispuesto a tomarme demasiado en serio el asunto. En circunstancias normales, supongo que hubiera sugerido la intervención de un psiquíatra. Pero sabía que Julián —cosa un poco sorprendente en un joven que había recibido una educación científica— era sumamente hostil a «la nueva psicología». De todos modos, me pareció que en el caso de Julián no había nada que el tiempo, un ambiente adecuado y una cuidadosa atención al estado general de salud no pudieran arreglar. En consecuencia, opté por recetarle un sedante y, al mismo tiempo, le aconsejé que se tomara unas vacaciones lo antes posible.

Sin duda se tomó la medicina, pero aplazó continuamente las vacaciones. En las semanas siguientes vino a menudo a Medleigh. Nuestra entrevista en la Golden Hind fue la primera de muchas conversaciones similares, ya que rara vez conseguí que la charla no derivara hacia el tema que le obsesionaba. Los sueños, algo menos frecuentes, parecían haberse hecho más vividos, y Julián hablaba ahora de «una especie de tañido de campanas» acompañando a cada visita del misterioso rostro.

—Lo noto cada vez *más cerca*, Graham —me dijo Julián una noche—, cada vez un poco más cerca. Y la campana, asimismo, suena cada vez más fuerte. Empieza lenta y profunda; luego más rápida, más rápida, hasta que me despierto con el tañido en mis oídos.

La mayoría de nosotros conocemos la sensación de despertar de una pesadilla, nuestros corazones latiendo en nuestros oídos. Esto, le dije, era la causa de «la

campana». Al mismo tiempo, empecé a preocuparme seriamente por su estado. Habían transcurrido diez semanas sin la menor señal de mejora, y tenía la impresión de que, por el contrario, se había producido un empeoramiento. Comprendía la resistencia de Julián a abandonar la especie de refugio que le ofrecía la disciplina cotidiana del trabajo en su laboratorio. Pero también me preocupaba observar cuán profundamente había cambiado su actitud hacia aquel trabajo, hasta entonces considerado como una fuente infalible de satisfacciones intelectuales y emotivas. A través de la negra nube de depresión que ahora le envolvía, Julián consideraba que sus descubrimientos, pervertidos por fines destructivos, servirían para contribuir a aquella completa catástrofe humana hacia la cual, ahora estaba convencido de ello, nos encaminábamos inevitablemente.

Una noche, en el curso de nuestra conversación, Julián se quedó repentinamente silencioso. Después de una larga pausa, dijo:

—Esa sonrisa… ¿por qué es tan íntima? Parece la sonrisa de algún viejo amigo de la familia, que desea hacernos un favor. ¿Qué es lo que quiere, a fin de cuentas? Verá, a veces tengo la impresión de que me ofrece algo…, algo que quizá debería aceptar.

—Ofrecer… ¿qué? —pregunté, alarmado por su voz y por su actitud, y todavía más por la súbita visión del conflicto en que se debatía su mente, donde una intensa fascinación se mezclaba al horror del espantoso sueño.

—No lo sé —respondió Julián, encogiéndose de hombros. Luego, con palabras que más tarde yo debía recordar, añadió—: Alguna clase de libertad, quizás. Un camino de escape.

Con grandes dificultades le convencí para que fuera a consultar a un viejo amigo mío, un eminente psiquíatra que vivía en Oxford. Conociendo el temperamento y los prejuicios de Julián, no tenía demasiada confianza en los resultados, sinceramente; pero, al menos, otra opinión descargaría a mi mente de un peso que empezaba a gravitar demasiado sobre mí. Mi amigo, el doctor Uhlmann, un austríaco que había sido discípulo de Freud en Viena, no tardó en informarme de que su nuevo paciente estaba afectado por una grave neurosis, muy arraigada; la mejoría, caso de producirse, sería muy lenta. Poco después, sin embargo, la nube pareció aclararse y las pesadillas cesaron bruscamente. Aunque quedó con una resaca de agotamiento y depresión, Julián tenía el mejor aspecto que yo le había visto desde la muerte de su madre. Mis esperanzas de que el tiempo y la paciencia acabarían por producir un completo reajuste se veían cumplidas. Por lo menos, ésa fue la impresión que obtuve al verle en el mes de agosto, cuando se tomó las vacaciones por tanto tiempo aplazadas.

Poco después de su regreso, Julián fue trasladado a Londres. El doctor Uhlmann, ansioso por que continuara el tratamiento, le había dado las señas de un colega de la Harley Street; pero, que yo sepa, Julián no fue a consultarle. Sus breves cartas no decían casi nada. Aparte del hecho de que el mal sueño no había vuelto a presentarse, yo carecía de elementos para juzgar acerca de su estado anímico. Confiando en que la

falta de noticias podía significar buenas noticias, me abstuve de toda averiguación. Pero, a medida que pasaba el tiempo, vi aumentar mi ansiedad por comprobar por mí mismo cuál era su verdadero estado. A finales de octubre le escribí una carta diciéndole que nos complacería mucho recibir su visita, y me alegró su inmediata respuesta diciendo que vendría a Medleigh el sábado siguiente. En consecuencia, quedé muy sorprendido al recibir, el viernes, una carta de Julián, concebida en los siguientes términos:

Mi querido doctor Graham:

Esta noche he tenido una horrible experiencia. Considerando que el contárselo a alguien contribuirá a tranquilizar mi mente, me decido a escribirle estas líneas.

He trabajado hasta muy tarde en un problema que me había ocupado desde hace varias semanas. Cuando he dado por terminada mi tarea era cerca de medianoche y, sintiéndome demasiado cansado para ir a cenar a un restaurante, me he limitado a comer un bocadillo en un *snack-bar* antes de tomar el último autobús para Hampstead. Como siempre que me es posible hacerlo, he subido al imperial y me he instalado en el asiento delantero. Cuando hemos llegado al final de la Baker Street, me encontraba solo en el imperial. Luego, en el Park Road, nos hemos parado para recoger a unos pasajeros. El conductor ha agitado la campanilla, y el autobús se ha puesto en marcha con una sacudida. Pero *la campanilla ha continuado resonando*, estrepitosamente, como si pasara un coche de los bomberos por la calle. Súbitamente, me he dado cuenta de que ya no estaba solo. La ventanilla delantera reflejaba todos los asientos situados detrás de mí. Y en uno de ellos he podido ver a una figura pequeña y espantosamente familiar. El rostro que mejor he llegado a conocer en el mundo me estaba mirando fijamente con aquella ambigua expresión que tan a menudo he tratado de describir. He permanecido un minuto completamente inmóvil, devolviendo la mirada al rostro reflejado en el cristal. Por fin, sobreponiéndome con un gran esfuerzo, he vuelto la cabeza para enfrentarme con la materialización de mi sueño. El rostro de mi perseguidor, el rostro cuya mirada estaba posada sobre mí un segundo antes, estaba ahora oculta detrás de un periódico. El autobús se ha detenido. Una ruidosa pareja de jóvenes, ligeramente embriagados, han subido al imperial y se han sentado detrás de mí. Hemos continuado nuestro viaje. Cuando el autobús llegaba a la parada siguiente, he vuelto de nuevo la cabeza. Un hombre bajito, de aspecto andrajoso, se ha levantado de su asiento, ha doblado su periódico y ha bajado la escalera del imperial. Esto ha ocurrido hace una hora. Le he dicho a usted lo que ha

sucedido: mi experiencia debe imaginarla por sí mismo. Espéreme el sábado.

J. F.

En cuarenta y cinco años de ejercicio de la medicina, pocas cosas me han impresionado tanto como nuestra relativa impotencia para ayudar a nuestro prójimo. Una y otra vez, viendo a alguien a quien la vida ha atrapado en alguna trampa diabólica, hemos tenido que limitarnos a ser espectadores casi pasivos de su destrucción. Me daba cuenta de que una de aquellas trampas se estaba cerrando ahora sobre mi joven amigo Julián Ferris, por el cual, durante los últimos meses, había llegado a sentir un afecto casi paternal. Aquella obsesión parecía haberse apoderado de él como una enfermedad mortal cuya aparente retirada no hace más que enmascarar su ataque con renovada virulencia contra un nuevo y más vital centro del cuerpo. Éstas eran las lúgubres ideas que desfilaban por mi mente aquel viernes por la noche, en mi consultorio, mientras descifraba palabra por palabra la garabateada carta, leyéndola una y otra vez. Pero, al mirar atrás y considerar lo limitado de los hechos que entonces tenía a mi disposición, me sorprende comprobar que mi pesimismo no tuviera ninguna base racional. Mi decepción ante la recaída de Julián era lógica. Pero, tomada en sí misma, aquella alucinación en el autobús no significaba nada, o casi nada. Por lo menos, nada que no pudiera ser explicado fácilmente por la fatiga nerviosa, a la que debía añadirse la asociación establecida en la mente de Julián entre el sonido de la campana y la vista del rostro. Era, después de todo, un simple caso especial de una experiencia familiar para la mayoría de nosotros que, pasando por una calle, hemos creído haber reconocido a lo lejos a un amigo, en el cual habíamos estado pensando últimamente; y luego, cuando la figura ha estado más cerca de nosotros, nos ha intrigado comprobar la diferencia existente entre las facciones que estábamos viendo y las que teníamos en la mente.

En ese sentido le hablé a Julián la noche siguiente.

—…un reflejo condicionado, en realidad —estaba diciendo volublemente…, demasiado volublemente, quizás; ya que, impresionado por su aspecto, recurría a mis modales profesionales para no traicionar aquella impresión.

—Sí, sí —replicó Julián, con aire ausente—. Pero no le he contado aún todo lo ocurrido. Ayer, quiero decir. Verá, volvió a suceder, esta vez con una diferencia. En el parque, en el Regent’s Park, ayer tarde. A menudo voy allí; parece que un paseo junto al lago me ayuda a concentrarme. Era una hermosa tarde de otoño. Después de pasear por espacio de una hora, aproximadamente, me senté a descansar en un banco vacío, enfrente del agua. Faltaba media hora para que cerraran el parque. Oscurecía, y una leve neblina colgada sobre el lago confería a las islillas, con sus patos y sus ánades, la delicada belleza de una estampa japonesa. El parque se estaba vaciando mientras yo permanecía sentado allí, tratando de concentrarme en mi problema. Uno de los guardas pasó junto a mí, de camino para cerrar las verjas. Me pareció que me miraba

con cierta curiosidad antes de alejarse, silbando. Al cabo de un par de minutos me levanté para marcharme, y eché a andar lentamente hacia la verja. Apenas había dado unos pasos cuando oí, procedente de la pista circular que rodea el parque, la campanilla de una ambulancia que se acercaba. Vi pasar la ambulancia, pero el sonido de la campanilla no se apagó. Continuó resonando en mis oídos como el timbre de un despertador que parecía desvelarme, no de un sueño, sino *en* un sueño. Como atraído por un imán, volví la cabeza hacia el banco del que acababa de levantarme. Allí había algo; algo que podía ser un montón de ropas viejas. Luego, acercándome más, tuve conciencia de una presencia familiar. El rostro estaba vuelto hacia mí. A pesar de que la oscuridad me impedía distinguir los rasgos, no necesité ninguna luz para reconocer la expresión de aquellos ojos clavados en los míos. Bañado en un frío sudor, cerré los ojos, apoyándome al mismo tiempo contra una barandilla. Cuando miré de nuevo, el banco estaba vacío. No había nadie a la vista.

Julián hizo una pausa para sorber su whisky.

—¿Se da cuenta? —inquirí apresuradamente—. Eso confirma mi opinión. Un simple caso de asociación, la campana y el rostro. En su calidad de científico, tiene que conocer los experimentos realizados en ese sentido… Los perros de Pavlov, por ejemplo… En su caso, la campana es el «gatillo» que pone el mecanismo en marcha. El problema estriba en que sus vacaciones fueron demasiado cortas…

Casi arrastrado por mi propia elocuencia, miré a Julián para observar el efecto que le causaba. Su mirada se encontró con la mía, y, sin saber por qué, dejé la frase sin terminar.

—No he acabado aún —dijo Julián, con voz monótona e inexpresiva—. Verá, cuando llegué a la verja, encontré al guarda que esperaba mi salida para cerrarla. Junto a él había un hombre alto y locuaz. Al verme me preguntó, sonriendo: «¿Y su amigo? ¿Acaso piensa pasar la noche en el parque? Si no se da prisa le cerrarán la verja.» «¿Mi amigo?», inquirí, asombrado. «Bueno, pensé que era amigo suyo —dijo el hombre, ligeramente turbado—. Ya sabe usted a quién me refiero. Ha estado sentado en el mismo banco que usted, más de media hora. Un hombrecillo de aspecto raro, con un abrigo muy largo.»

Miré a Julián, preguntándome por primera vez desde que le conocí si me estaba diciendo la verdad. ¿Era posible que por algún retorcido motivo me hubiese estado mintiendo? La sospecha, una vez encendida, no suele carecer de combustible para alimentarse… La cadena de mis vergonzosos pensamientos quedó interrumpida por una pregunta de Julián:

—¿Sabía usted que…, que mi padre murió loco?

Estúpidamente, quizá, no lo sabía. Mistress Ferris nunca me había hablado de aquel tema. Ni yo la había interrogado. En realidad, no sabía nada de las circunstancias de la muerte de Jack Ferris, a excepción de los comentarios generales en el sentido de que no habían sido respetables. El hecho de que Julián lo hubiese sabido me aclaraba muchas cosas. Sin perder tiempo en reproches, hice que Julián me

contara cuantos detalles conocía. Muy pocos, por cierto, aparte del nombre del manicomio de Edimburgo donde su padre había pasado los dos últimos años de su vida. El actual director de aquel manicomio, el doctor McDonald, había sido compañero de estudios mío. Aquella misma noche le escribí una carta, explicándole los motivos que tenía para pedirle que me facilitara todos los detalles posibles del caso en cuestión. Entretanto, decidí que Julián debía tomarse un prolongado descanso, sometiéndose al mismo tiempo a un tratamiento psicológico regular. Con cierta sorpresa por mi parte, Julián se mostró de acuerdo con mi decisión. Convinimos en que de momento se quedaría en mi casa, pagando su hospedaje. Aquí podría leer sin que nadie le molestara, y podría trasladarse a Oxford dos o tres veces a la semana para continuar su tratamiento con el doctor Uhlmann. Pero Julián insistió en que antes debía ir a Londres por un par o tres de días, a fin de recoger sus cosas y tomar las disposiciones necesarias para que no se interrumpiera la tarea experimental a que estaba totalmente entregado en aquellos momentos.

Aunque yo consideraba completamente innecesario aquel viaje, Julián insistió tanto que terminé por ceder. Fue un acto de debilidad por mi parte, quizá, que a menudo me he reprochado a mí mismo. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? El domingo, Julián estaba mucho más tranquilo, por lo menos externamente, y el martes le dejé marchar hacia Londres, después de hacerle prometer que estaría de regreso el viernes, a más tardar.

El viernes por la tarde, en vista de que no se había presentado, llamé por teléfono a su alojamiento de Hampstead para preguntar en qué tren llegaría. Su patrona me respondió con evidente preocupación que míster Ferris no había regresado a casa la noche anterior. En su lugar de trabajo no sabían nada de él. La buena mujer temía que Julián hubiera sido víctima de un accidente, pero no había podido localizarle en ningún hospital. La planta investigadora confirmó el relato de la patrona. No, míster Ferris no había estado allí desde las cinco de la tarde del jueves. Sí, el Servicio de Inteligencia había sido informado ya. Posiblemente no tardarían en hacerme una visita. Aquella misma noche, a las nueve, se radiaría una descripción del desaparecido.

El sábado, la noticia apareció en los periódicos de la mañana. *Científico desaparecido. La policía vigila las fronteras*. Aquella misma mañana, un automóvil de la policía se detuvo delante de mi consultorio. En el curso de un largo interrogatorio les dije, tal vez no todo lo que sabía, pero sí todo lo que creí que podía resultar importante en relación con la desaparición de Julián. Entretanto, la población de Medleigh no ocultaba su satisfacción por el hecho de que el pueblo se hubiera convertido en motivo de interés periodístico. El domingo aparecieron dos o tres relatos sensacionales en la prensa popular. *¿Investigador de radar pasado a los rojos?*, era el trabajo de un celoso periodista que había descubierto que, durante su estancia en Cambridge, Julián había pertenecido a un club político de extrema izquierda. El artículo fue reproducido por un importante sector de la prensa

norteamericana, la cual expresaba, y no por primera vez, su preocupación ante lo inadecuado de las medidas de seguridad adoptadas en lo que respecta al personal científico destinado a investigaciones de interés nacional. El lunes, varios diputados de la oposición interpelaron al Gobierno en la Cámara de los Comunes. El martes, un hombre posteriormente identificado como Julián Ferris fue encontrado vagabundeando por las afueras de Edimburgo.

Oí la noticia en el boletín radiado de las seis de la tarde. «¿Edimburgo?», inquirió débilmente una vocecilla. Acallándola, cogí el teléfono. Julián padecía pérdida de memoria y un serio agotamiento, pero probablemente se repondría en muy pocos días. Al día siguiente, parcialmente recuperado de su amnesia, Julián pidió verme. No me resultó difícil conseguir que le trasladaran a una clínica de Oxford, donde pude visitarle ocasionalmente. Un mes después de su desaparición le dieron de alta y volvió a Medleigh. Aunque su aspecto físico no era demasiado bueno, su estado de ánimo parecía excelente. Habían desaparecido su expresión acosada, sus tics faciales y la constante agitación de sus dedos. Me di cuenta de que bebía y fumaba menos que antes. Parecía tranquilo y sosegado, como un hombre que finalmente ha adoptado una decisión trascendental. No mencionaba nunca su pérdida temporal de memoria, ni se mostraba inclinado a proseguir su tratamiento psicológico. De momento, no quise apremiarle. Aquello podía esperar. Me sorprendió, sin embargo, observar su absoluta indiferencia en lo que respecta al trabajo de investigación en Londres, que tanto le había costado organizar. De todos modos, la cosa resultaba natural, después de aquella sacudida, y hasta cierto punto favorable: cuanto menos pensara en su trabajo, mejor. Lo que me preocupaba un poco era su completo silencio sobre el tema de nuestras anteriores conversaciones. Antes, apenas había hablado de otra cosa. Ahora no hablaba nunca de ello, y en un par de ocasiones en que me aventuré a aludir al tema, su rostro pareció cerrarse repentinamente, cortando mi tentativa.

A pesar de todo, aquéllos fueron unos días felices; semejantes a un oasis de los que la vida nos ofrece raramente y que más tarde recordamos con nostálgico pesar. Aunque Julián parecía haber perdido temporalmente su interés por la ciencia que había monopolizado su vida de adulto, estaba encontrando otros muchos para reemplazarlo. En el curso de largos paseos se convirtió en un experto en retablos religiosos en los que tanto abundan las iglesias de Cotswold. Leía vorazmente, y estimulado por mi esposa se aficionó extraordinariamente a Shakespeare, recompensándola con frecuentes visitas al teatro de Strattford. Muy solicitado por mis dos nietos, desplegó un gran talento para inventar juegos. Contagiado de su alegría, empecé a sentirme avergonzado de mis lúgubres previsiones. Tenía la impresión de que la crisis estaba superada. Acaricié rosados sueños de un Julián, el hijo que yo nunca había tenido, feliz y triunfante como científico famoso, bienhechor del género humano.

Mis esperanzas, sin embargo, habían de derrumbarse estrepitosamente. En el correo de la mañana del día 20 de diciembre recibí un voluminoso sobre certificado,

procedente de Edimburgo. Era del doctor McDonald.

Tras disculparse por el retraso con que contestaba a mi carta, debido a una prolongada estancia en el extranjero, el doctor McDonald decía:

«El caso que usted menciona, una paranoia con alucinaciones, presentaba ciertas características de desacostumbrado interés clínico… Conociendo como conoce mis exhaustivos estudios acerca del arte de los dementes, apreciará usted el valor que concedo a los bocetos que incluyo en esta carta…, grotescos retratos de incomparable fuerza sugeridora (en opinión de dos eminentes críticos) y completamente distintos, por su estilo y por su tema, de toda la obra anterior del artista. Una circunstancia curiosa, que usted no dejará de observar, es que todos parecen corresponder al mismo «modelo»; y todos fueron ejecutados durante el último año de la vida del paciente en este hospital. Estamos muy reconocidos a la viuda del artista, la cual no manifestó la menor curiosidad por ver la obra póstuma de su marido, por su generosidad al…»

La habitación pareció oscilar ante mis ojos cuando mi mirada, apartándose de la carta, se posó en uno de los bocetos que reposaban sobre mi escritorio. Era un estudio a pluma de un rostro. ¿Necesito decir que aquel rostro era el que, visto a través de los ojos de Julián, se había hecho más familiar para mí que el de un amigo? Durante largo rato lo contemplé, fascinado, tratando de dudar de la evidencia de mis ojos. ¿«Incomparable fuerza sugeridora»? Mi amigo no había exagerado. Los bocetos producían un impacto de diabólica sinceridad. Había una docena de ellos. Mientras los examinaba, recordé que Julián había dicho algo acerca de las manos. En uno de los bocetos, la mano, dibujada con anatómico detalle, tenía cinco dedos y ningún pulgar… Encerrando los bocetos en uno de los cajones de mi escritorio, encendí una pipa y traté de concentrarme en las derivaciones de aquel descubrimiento. ¿Era concebible, me pregunté, que Julián, siendo un chiquillo, se hubiera asustado a causa de un dibujo similar y hubiese reprimido el recuerdo en su subconsciente? En teoría, y a pesar de la opinión de los críticos, era posible; pero yo no lo creía. Una cosa era evidente: de momento, Julián no debía enterarse de nada.

Era casi la hora de abrir mi consultorio. Arrancándome con un esfuerzo de mi silla, me dispuse a enfrentarme con la tarea matinal.

Fue una mañana larga y fatigosa. En su transcurso recordé con un gruñido interior que había prometido acompañar a mi familia a una fiesta que los Mathieson daban aquella noche en Medleigh Court, una casa de recreo situada en las afueras del pueblo. Los nuevos propietarios, ansiosos por contraer amistades en la vecindad, me habían parecido unas personas simpáticas. Se trataba de un baile de disfraces para niños, pero habían sido invitados también numerosos adultos. Podía inventar cualquier pretexto para no asistir, desde luego. Pero mis nietos tendrían una amarga decepción. Llevaban semanas enteras soñando en aquella fiesta. Julián les acompañaría, y yo les había prometido repetidamente que no faltaría a ella. A regañadientes, sin saber lo importante que resultaría mi decisión, resolví asistir.

Llego ahora a la parte más difícil de este relato, ya que, al rebuscar en mi mente,

reviviendo la experiencia de aquella noche, encuentro impresiones vividas, pero confusas.

Oscurece cuando llegamos a Medleigh Court. En el amplio vestíbulo iluminado con velas están puestas las mesas para los niños. Junto al hogar alegremente encendido hay otra mesa redonda para los mayores. La corriente eléctrica ha fallado, pero no importa, hay numerosas lámparas de petróleo; y numerosos extintores, también, por lo que pueda ocurrir. Todo el mundo está de acuerdo en que la cosa resulta mucho mejor así. Las velas y la claridad de las llamas prestan un encanto especial a la escena. ¡Y qué escena! Una alegre multitud de piratas, pieles rojas, monos, osos, miss Muffets… riendo y gritando todos a la vez, mientras los padres nos reunimos junto al fuego para tomar el té. Allí está el reverendo Blunt, otro recién llegado a la vecindad. Sus sermones, aderezados con vigorosas metáforas campesinas, están llamando poderosamente la atención. De pronto, se abre la puerta y aparece un espantoso gorila. Los niños estallan en una carcajada, con la única nota discordante de una pequeña, la cual empieza a gritar, muy asustada. El bromista se quita la careta y entra en la habitación con un aire más bien tímido, para recibir una dura reprimenda de su esposa. Nunca se sabe, dice mistress Mathieson, lo que puede asustar a los niños.

A continuación, juegos. Miss Badgely, la maestra de escuela, se encarga de organizarlos. Las prendas, la gallina ciega… Me doy cuenta de que Julián está disfrutando de veras. Toma parte en los juegos, se divierte como un niño más. Cuando alguien sugiere el juego del escondite, Julián se ofrece voluntario para ser el primero en ocultarse. Contamos hasta cien, y los niños se despliegan por la casa para buscarle, acompañados por dos o tres adultos a fin de evitar cualquier accidente. Los demás continuamos sentados junto al fuego. De pronto, resuena el grito de una niña mortalmente asustada. ¿Qué ha pasado? La niña ha visto a alguien, según dice: «Un hombrecillo con un aspecto muy raro.»

«¡Cosas de chiquillos!», comenta mistress Mathieson. Pero la niña insiste: «¡Sí! ¡Sí! ¡Había alguien en el pasillo! ¡Un hombre muy feo!»

Pero, entretanto, ¿dónde está Julián? ¿Oculto, todavía?

—¡Julián! —gritamos—. ¡Julián!

El sonido de su nombre despierta mil ecos en la casa vacía. ¿Puede haber sufrido míster Ferris un accidente? No hay modo de encontrarle. Todavía están buscándole cuando salgo de Medleigh Court y me dirijo rápidamente a mi casa.

Encuentro la habitación de Julián en desorden y una nota sobre la mesilla del vestíbulo. La ha escrito apresuradamente y dice:

«Ya puede usted suponer quién fue el primero en encontrarme. Esta vez comprendí que no debía decir no. J. F.»

¿«No debía decir no»? ¿Por qué me resultan familiares esas palabras? ¿Dónde las he oído últimamente? ¡Ah, sí! Se trata del estribillo del *Rey Lear* que Julián repetía hace muy pocos días:

Pronto tendré que hacer un viaje:
mi dueño me llama; no debo decir "no".

Julián no tiene automóvil. Llego a la estación para encontrarme con que el tren de las 6.51 ha salido hace cinco minutos.

—¿Ha visto usted a míster Ferris en el andén? —le pregunto a un mozo que le conoce.

—Sí, señor. Los dos tomaron el tren de las 6.51.

—¿Los dos? ¿Quiere usted decir… que míster Ferris iba con un amigo?

Tengo la boca reseca, me resulta difícil hablar. Me doy cuenta de la relatividad del tiempo. Finalmente, su respuesta llega a mí, como desde muy lejos:

—Sí, señor —está diciendo el mozo—. Sí, señor. Iba con un amigo, un caballero muy bajito. No pude distinguirle muy bien, a causa de la niebla, pero parecían muy amigos. Se paseaban por el andén cogidos del brazo…

Queda muy poco que contar. Aquella noche, como recordarán ustedes por las informaciones de los periódicos, el cadáver de Julián fue encontrado junto a la vía férrea, a unas millas de distancia de Oxford. Tenía el cráneo fracturado. Su muerte debió ser instantánea. La puerta de un compartimiento estaba abierta. No había ninguna señal de lucha, ninguna huella de violencia física en el cadáver.

Ninguna huella de violencia física… Sin embargo, en aquel último encuentro en el tren, yo sabía que Julián había hecho una elección final, había dicho «no». Mientras miraba por última vez su rostro, tan extrañamente joven, liberado con la muerte de los sufrimientos que la vida le había aportado, experimenté cierto consuelo. Ya que si Julián no hubiese dado aquel salto en la oscuridad, el que hubiera llegado a su destino no hubiese sido mi amigo, sino otro hombre: un loco, condenado a vivir en la perpetua presencia de alguien que había sido, no me cabía ya ninguna duda, el último y más íntimo compañero de su desdichado padre.

EL EXPERTO

Kate Barlay

Mi esposa, Nina, había ido a Soho a comprar algo para comer que le recordara su patria. Siempre regresa de tales expediciones cargada de bolsas de *spaghetti* y *ravioli*, de sardinas en escabeche y de otras cosas por el estilo. Nina es continental.

Siempre suele llegar a casa alrededor de las doce. Pero el pasado jueves dio la una, dieron las dos… y Nina no se había presentado. Yo estaba preocupado y hambriento. Incluso empecé a pensar en llamar a la policía.

Traté de trabajar. Pero mi mente no estaba en lo que hacía. De modo que encendí otro cigarrillo, me serví un trago y pasé otra desagradable media hora preguntándome por qué no llamaba Nina por teléfono, al menos.

Estaba a punto de llamar a la policía cuando se presentó Nina. Traía el rostro encendido y sus enormes ojos parecían más grandes y más brillantes que nunca. Nina tiene un aire infantil que resulta muy dulce. Creo que es su sonrisa. Ahora sonreía. Y yo estaba furioso.

La miré con el ceño fruncido.

—Nina —dije—, ¿dónde has estado?

Nina estaba sin aliento. La escalera, claro. Nunca puede subirla a paso normal. Se dejó caer en la butaca de terciopelo verde sin molestarse en quitarse su viejo impermeable, que le da un aspecto adorable. Había estado lloviendo y Nina tenía los cabellos mojados. Empecé a arrepentirme de haberla acogido con tanta rudeza, de modo que me incliné y la besé.

—De acuerdo —dije—. Cuéntamelo.

Nina cruzó las piernas sobre la butaca y me miró con una expresión casi solemne.

—¿Crees en los fantasmas? —me preguntó.

La miré fijamente.

—¡Santo cielo, no!

—¡Oh! —exclamó Nina, decepcionada—. No crees en ellos porque *no quieres* creer. Yo siempre he creído. Pero a partir de ahora no tendré ninguna duda.

Debí de mirarla como si pensara que se había vuelto loca, porque me dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes —me dijo—. Estoy completamente cuerda. Empezaré por el principio. Pero tienes que creerme. Tengo pruebas. Pero incluso sin ellas debes aceptarlo todo.

—De acuerdo, querida. Te creeré —dije—. Pero, cuéntamelo de una vez. La ansiedad me está matando.

Nina se echó a reír, como una colegiala traviesa.

—¿Te acuerdas de tío Thomas?

—¡Qué pregunta! ¿Tío Thomas, tu tutor, que murió antes de nuestra boda y que

me demostraba una rabiosa antipatía? ¿Cómo podría haberle olvidado?

—¡Oh! A tío Thomas no le gustabas porque me quería mucho y deseaba que me casara con un hombre rico. Tú eras pobre entonces, querido, ¿recuerdas?

—Ahora no soy precisamente rico…

—No —convino Nina—. Pero has prosperado más de lo que tío Thomas suponía.

Y Nina miró a su alrededor. Yo utilizo un amplio estudio como biblioteca. Pero, en realidad, lo único que he aportado a él son los libros. Las mesitas de café, las butacas, el antiguo fanal de navío…, todo es obra de Nina. Lo mismo que los jarrones floreados y las bordadas cortinillas de las ventanas. Sí, parece una habitación de un hogar acomodado…

—Bueno, querida —dije—, tío Thomas era siempre terriblemente rudo contigo. Te hablaba como si fueras una niña. Te tenía amedrentada. Si yo no hubiese coleccionado libros y no le hubiera hecho una visita casual, es posible que hubieses pasado el resto de tu vida en su polvorienta tienda de antigüedades.

—¡Tu colosal vanidad masculina! —exclamó Nina—. Eso es algo que no puedo saber. Lo que sé es que el pobre tío Thomas me quería, y si era rudo conmigo se debía únicamente a que él creía saberlo todo mejor que nadie.

—De acuerdo, te quería. Pero, ¿a qué viene ahora hablar de él? Murió hace seis años. Y yo tengo hambre. ¿Qué tiene que ver el que te hayas presentado tan tarde con los fantasmas y con el tío Thomas?

—Tiene relación con tío Thomas y *su* fantasma. Lo he visto a menudo.

—¿Cómo?

—Sí —dijo Nina, tranquilamente—. A menudo. Sabía que te preocuparía terriblemente. Por eso no he dicho nada hasta ahora. Verás, desde que murió tío Thomas, su fantasma me ha visitado con frecuencia, de día o de noche. Trataba de decirme algo. Al principio yo estaba asustada. Pero tenía un aspecto tan real y tan trastornado, que empezó a inspirarme lástima.

Encendí otro cigarrillo para tranquilizar mis nervios. Una de dos: o la pobre Nina había perdido el juicio, o aquélla era la historia más descabellada que *yo* había oído nunca.

—Una noche del pasado año —continuó Nina— llovía a cántaros y tronaba, también. Yo estaba hojeando unos folletos de una agencia de viajes. Súbitamente, me di cuenta de la presencia de tío Thomas. No sé el tiempo que llevaba allí. Pero al levantar la mirada de una fotografía de la Vierwald-staettersee, le vi. En aquel momento no parecía preocupado como de costumbre. En realidad, tenía un aire complacido. Sus labios se movieron —Nina imitó aquel movimiento—, y luego surgieron las palabras. Dijo: «Tienes que ir a Wallendorf.» Lo oí claramente. Después desapareció. Yo quería ir a pasar quince días en Torquay, cuando tú fueras a pescar. Pero, querido…, tío Thomas no me hubiese dejado en paz. ¡Era *tan* rudo!

—¡Dios mío! —interrumpí—. ¡No irás a decirme que tío Thomas te obligó a ir a Suiza después de su muerte!

—Pues, sí. Voy a decírtelo, porque es la verdad.

—Continúa —dije—. Es una historia muy interesante. Aunque todavía ignoro por qué te has presentado tan tarde…

—¡Oh! —exclamó Nina—. Ten paciencia, querido. Todo llegará. Bien, el caso es que fui a Suiza. Wallendorf es una pequeña aldea. Muy tranquila, muy limpia, con una antigua fuente en la plaza y unas casas de muñecas con geranios en los antepechos de las ventanas. Alquilé una habitación en la Gasthof-zum-Traube, y me pregunté qué diablos estaba haciendo allí. Almorcé sola en el jardín, a la sombra de un enorme castaño. No sabía por qué había ido a Wallendorf, ni en qué pasar el tiempo. Por la tarde di un largo paseo, sin rumbo determinado. Alrededor de las seis regresé a la posada y entré en el comedor. El clásico comedor de una posada pueblerina. Las paredes estaban cubiertas de cuadros. ¡No creerías la clase de cuadros que pueden existir, querido! Tuve que echarme a reír. Naturalezas muertas y paisajes. En uno de ellos, las vacas eran patizambas y los caballos parecían producto de un cruce entre canguro y cebra. No se trataba de cuadros surrealistas, sino de la obra de aficionados desprovistos de talento. Súbitamente me pregunté qué hubiera dicho tío Thomas si hubiese visto aquellos cuadros, con el profundo conocimiento que tenía del arte pictórico. Y luego, repentinamente, allí estaba tío Thomas, alto y huesudo, con sus ojos penetrantes y su bigote gris. Sin saludarme siquiera, señaló las vacas y dijo: «¡Compra ese cuadro! ¡Es una obra maestra!»

»Me dio un ataque de risa. “Tío Thomas —dije, cuando recobré el uso de la palabra—, estás loco. O tratas de hacerme tirar el dinero.” Tío Thomas se puso furioso. Sus pálidas mejillas enrojecieron.

»“¡Deja de reírte, y deja de discutir lo que no entiendes, ignorante, estúpida pseudo-intelectual! —aulló—. ¿Cuándo aprenderás que las cosas no son siempre lo que parecen? Ese cuadro es un Leonardo de Vinci auténtico. Cómpralo en seguida, o…, o…”

»Dio un paso hacia mí, en actitud amenazadora. Pero en aquel momento se oyó un rumor de pasos y tío Thomas desapareció. Un instante después el posadero entró en el comedor. Me sentí aliviada. Era un individuo rollizo, de aspecto jovial. Parecía muy complacido por mi presencia en su posada.

»“¿Le gusta Suiza? —inquirió—. Buena comida, ¿eh? Aquí engordará usted.”

»Le dije que Suiza me gustaba mucho, aunque no podría quedarme el tiempo suficiente para engordar, como sería mi deseo. Luego, miré casualmente a mi alrededor.

»“Tiene usted una casa muy bonita”, dije.

»“*Ja, ja* —asintió, satisfechísimo—. ¡Construida en 1575!”

»“¿De veras? —dije, conteniendo difícilmente la risa—. Ese cuadro es precioso”, añadí, señalando las vacas patizambas.

»“*Ja, ja* —dijo el posadero—. ¡Y está pintado a mano!”

»“Lo encuentro tan precioso, que me gustaría comprárselo —dije—. Como

recuerdo de una feliz estancia, ¿comprende?”

»El posadero asumió un aire compungido.

»“No —dijo—. No puede ser. ¡Imposible!”

»“Pero, ¿por qué?”, pregunté, aguijoneada por la inesperada oposición.

»“Porque quedaría un espacio en blanco en la pared —respondió el posadero—. Además, mi esposa y yo estamos acostumbrados a ese cuadro.”

»Insistí, sin que el posadero diera su brazo a torcer. Estaba a punto de darme por vencida, cuando súbitamente tuve una inspiración.

»“Mire —le dije—. Yo le enviaré a usted un cuadro inglés para sustituirlo. Un cuadro pintado a mano con auténticas vacas inglesas. A sus huéspedes ingleses les gustará. Recuerdos de la patria, ¿comprende?”

»Me di cuenta de que la idea le gustaba. De modo que continué tentándole, hasta que al final me dio el cuadro.

»Al día siguiente me dispuse a marcharme. Había esperado ver de nuevo a tío Thomas, pero desde que obtuve el cuadro no volvió a presentarse. Y, sin su bendición, yo estaba furiosa por haberme cargado con aquel trasto. El cuadro era demasiado grande y no cabía en ninguna de mis maletas. De modo que terminé por sacarlo del marco, lo enrollé y lo metí en la funda de mi paraguas. Así fue como llegó a casa. Me había olvidado de su existencia cuando, una semana después de mi regreso, tío Thomas volvió a presentarse.

»¿Cuándo? ¿Recuerdas un día que te pusiste furioso conmigo porque me habías hecho una pregunta tres veces y yo te dije que no te había oído, porque tenía tanto frío que estaba casi sorda? El verdadero motivo era que tío Thomas estaba hablando conmigo.

»“¿A qué estás esperando, estúpida? —exclamó, con su habitual dulzura—. Lleva el cuadro de una vez a algún experto en arte. ¿Tengo que decirte todo lo que has de hacer? ¿Es que no eres capaz de tomar una decisión por tu cuenta?”

»¡Llevar *aquel* cuadro a un experto! Me entró un ataque de risa. Además, la rudeza de tío Thomas empezaba a cansarme. De modo que fingí no haber oído lo que me había dicho. Pero entonces empezó a presentarse continuamente. ¡En cierta ocasión incluso apareció en el cuarto de baño, mientras yo estaba tomando una ducha! Pero murmuró una disculpa y desapareció inmediatamente a través de la pared.

—¡Qué sinvergüenza! —exclamé.

—No se quedó. ¡De veras! —me aseguró Nina—. Pero me estaba crispando los nervios. Una noche, mientras tú te encontrabas en el club, me hizo una escena.

»“¿Por qué no haces lo que te he dicho? —gritó—. Tu estupidez supera todo lo imaginable. El cuadro es auténtico, ¿comprendes? ¡Te apuesto lo que quieras a que es un Leonardo de Vinci!”, aulló.

»“De acuerdo, no te excites —dije, en tono tranquilizador—. ¿O quieres que te dé un ataque de apoplejía?”

»“Gracias —replicó—. Ya me dio uno.”

»“Lo siento —dije humildemente—. Lo había olvidado. De acuerdo. Acepto tu apuesta. Pero te advierto que si la pierdes te va a salir caro, tío Thomas. Porque tendrás que comprarme un sombrero. Un sombrero de terciopelo verde, con aves del paraíso posadas en la copa. Y… ¡Oh! A propósito, tío: ¿cómo te las arreglarás para pagar?”

»“Eso es cuenta mía —respondió—. El dinero se materializará. ¡Nunca he faltado a una promesa!”

»De modo que le prometí acudir a un experto. ¿Qué otra cosa podía hacer? —Nina tenía aún una expresión aterciopelada en sus ojos a causa del sombrero—. Pero no pude evitar la impresión de que me estaba conduciendo como una tonta mientras entraba en una de aquellas pequeñas tiendas de la St. James Street. Allí se mostraron muy corteses conmigo y me dijeron que volviera dentro de una semana para conocer el resultado de su examen.

»Durante toda aquella semana dormí muy mal. Pero el día fijado me puse mi mejor vestido y me dirigí a la tienda. El experto me reconoció inmediatamente. Se mostró muy amable. Yo estaba muy nerviosa. Hasta entonces no me di cuenta de lo mucho que me había afectado el tío Thomas.

»“Hemos examinado el cuadro a través de la pantalla de rayos X —me explicó el experto—. También hemos analizado el pigmento y realizado otras muchas pruebas. Señora, lamento mucho tener que decepcionarla. ¡El cuadro, decididamente, no es un Leonardo de Vinci!”»

—¡Desde luego que no! —estallé—. ¿Cómo diablos has podido dejarte engañar de ese modo? Bueno, ¿te compró tío Thomas el sombrero, al menos?

—No —dijo Nina—. No he vuelto a verle desde que hicimos la apuesta. ¡Pobre viejo!

Los ojos de Nina se habían humedecido.

—¿Por qué le compadeces?

—Debe de estar avergonzado por haber perdido la apuesta —dijo Nina—. Estaba tan convencido de que tenía razón…

—Bueno, estaba equivocado.

—Sí, desde luego. El experto me ha asegurado hoy que debajo de las vacas patizambas no había encontrado ningún Leonardo. Lo que había era un auténtico Rafael. Por eso me he retrasado tanto —terminó Nina.

En aquel preciso instante, un magnífico sombrero, en cuya copa había posadas varias aves del paraíso, se materializó en el aire y descendió lentamente sobre la cabeza de Nina.

LA SONATA DEL FUEGO
UNA AVENTURA DE VIAJE

Marcel Brion

LA SONATA DEL FUEGO

¿Es usted músico, sin duda?

Mi compañero de viaje había aprovechado el instante en que alcé los ojos de la partitura de Vivaldi que leía desde nuestra salida de Verona para interrogarme. En tanto que otros hojean revistas o leen novelas cuando viajan en ferrocarril, yo me dedico a repasar la música que me gusta.

Mire al hombre que acababa de interpelarme. El tono de su voz no revelaba una indiscreta curiosidad, sino una evidente simpatía. Unos ojos vivaces y tristes en un rostro atormentado, una boca de comediante, sensible, móvil, agitada por unos tics que le daban el aire de reprimir continuamente un violento deseo de reír, componían una fisonomía bastante atractiva. Pero lo que más me impresionó fue su mirada extraña, temerosa, semejante a la de un hombre perseguido por un peligro indefinible.

—Perdone que le haya interrumpido —añadió, con una cortesía en la cual se mezclaban una distinción natural y la costumbre del teatro—. Me gusta mucho Vivaldi, y esas piezas cuentan entre las mejores.

Asentí. Era un entendido.

—¿Quiere usted hojear el volumen? —dije, tendiéndoselo.

Rechazó suavemente la partitura, y su rostro se contrajo a impulsos de un vivo dolor. Sus miradas furtivas buscaron a su alrededor, a derecha, a izquierda, un ser o un objeto que le preocupaba, y cuya ausencia pareció tranquilizarle.

—No hay que tentarme —murmuró finalmente, con una sonrisa de disculpa.

De pronto, levantó los dos brazos, adoptando la actitud de un violinista exageradamente romántico, y los dejó caer de nuevo tras haber fingido tocar algunos compases, como abrumado por una tristeza insuperable. El gesto habría parecido extravagante si no hubiera contenido una vehemencia dramática que me dejó estupefacto, removiendo en mí toda clase de antiguos y confusos recuerdos.

El hombre debía de seguir atentamente las expresiones de mi rostro, ya que en el preciso instante en que una silueta turbadora y grotesca percibida unos años antes se formaba en mi memoria, dijo melancólicamente:

—Me ha reconocido usted, ¿verdad?

—¿Oreste Pignabocchi?

—Sí. *La sonata del fuego*.

* * *

Me encontraba en Ancona y muy deprimido por lo que respecta a mi velada. Si el tiempo hubiese sido bueno, me hubiera limitado de buena gana a vagar por las calles, atento a los sorprendentes encuentros que una ciudad desconocida no deja de

ofrecerme cuando la visito por primera vez, y, sobre todo, cuando paso en ella una sola noche; es decir, cuando no dispongo de tiempo para comprobar, a través de una larga estancia, la realidad de los prodigios entrevistos. Pero aquel día llovía; el vestíbulo del hotel me había parecido poco acogedor con sus terciopelos apagados, sus plantas polvorientas y su biblioteca compuesta casi exclusivamente por novelones ingleses. Mi habitación, demasiado grande, situada además en la parte trasera, con vistas a un callejón, no resultaba más hospitalaria. Después de haber paseado unos minutos bajo la lluvia, me refugié en un pequeño *music-hall* cuya fachada, llamativa e ingenua como una barraca de feria, atrajo mi atención. Encabezando el cartel, un nombre: el nombre que mi memoria me recordaba hoy. Oreste Pignabocchi. Debajo del nombre, en letras zigzagueantes que no imitaban demasiado mal la danza de las llamas, un título: *La Sonata del Fuego*.

El conjunto del espectáculo constituía la clase de diversión que estaba acostumbrado a encontrar en los teatros de «variedades» de cualquier país de Europa, pero el número del señor Pignabocchi contrastaba tanto con aquella sucesión de trapecistas, de bailarinas y de perros sabios que resultaba imposible olvidarlo, aunque sólo fuera por el extraordinario mal gusto de su presentación. La atracción que anunciaba bajo el extraño título de *Sonata del Fuego* hubiera pasado inadvertida, probablemente, y yo no hubiese conservado el menor recuerdo de ella, de no ser por lo melodramático de su presentación. Oreste Pignabocchi era un violinista mediocre: se comprendía perfectamente el hecho de que, careciendo de talento para tocar en los conciertos, se limitara a figurar en un programa de *music-hall*. Y dándose cuenta de que si interpretaba su composición, sencillamente, sin ningún artificio teatral, no obtendría el menor éxito, el pobre Pignabocchi había compuesto una *mise en scène* impresionante. Dado que la cosa sucedía en Italia, no había siquiera una sonrisa de ironía en el público; por el contrario, los hombres proferían exclamaciones, los niños gritaban.

—En más de una ocasión las mujeres se desmayaban —dijo bruscamente mi interlocutor, que por lo visto tenía el poder de leer mis pensamientos—. En resumen —añadió, como cerrando la cadena de mis recuerdos silenciosos—, una atmósfera de terror sagrado envolvía aquel espectáculo lleno de la más elevada belleza.

Tengo que confesar —aunque me abstuve de decírselo— que el espectáculo no me aterrorizó en absoluto, y que su presentación me había causado el efecto de que sobrepasaba los límites de lo absurdo y de lo pretencioso. Pero Pignabocchi estaba tan orgulloso de él, que le hubiera ofendido poniendo en duda la excelencia de su buen gusto; de modo que le dije que recordaba la pasión con que interpretaba aquella sonata, bastante bella, por cierto, y que no la había oído interpretar nunca por otro violinista.

—Yo tenía la exclusiva de *La Sonata del Fuego* —dijo, con un orgullo casi solemne—. Mis colegas de los grandes conciertos no se preocupaban por incluirla en sus programas: no impresiona lo suficiente al gran público.

—Usted, en cambio, la convertía en algo extraordinario.

—¿Verdad que sí? *Che bellezza!*

Sus ojos levantados al cielo expresaban un placer infinito, y con las puntas unidas de sus dedos lanzaba besos a los ángeles. El entusiasmo de aquel anciano era demasiado sincero y emotivo para que yo me atreviera a considerarlo ridículo. Sin embargo, si hay algo ridículo en el mundo, es la interpretación que Pignabocchi hacía de la *Sonata del Fuego*.

—¿Lo recuerda usted? ¡Las llamas! ¡Los demonios!

¿Cómo hubiese podido olvidarlo? En el momento en que el violinista hacía su aparición, el escenario quedaba sumido en la oscuridad. Se adivinaba apenas su silueta, y los primeros compases de la sonata surgían de las tinieblas, lo cual no dejaba de convertir en algo angustioso aquel efecto melodramático. De repente, desencadenadas por un furioso *stacatto* que evocaba el crepitar del fuego, brotaban unas llamas alrededor del músico. Aun a sabiendas de que se trataba de unas cintas de gasa agitadas por unos ventiladores y coloreadas de rojo por los proyectores, se experimentaba una sensación de malestar. Luego, mientras la interpretación del artista se hacía más rápida y más violenta, una luz se apoderaba bruscamente de aquel largo cuerpo, nervioso, estremecido, pegado a su violín en el cual parecía desgarrarse su alma.

Sin aquellos artificios estúpidos, la *Sonata del Fuego* interpretada por Oreste Pignabocchi hubiera podido emocionar, tal vez, a un público más difícil y más entendido. Pero, ¿cómo entregarse a aquella emoción cuando se veían dos diablillos que surgían de entre bastidores y bailoteaban en medio de las llamas ilusorias? De buena gana me hubiese reído, si no hubiera sorprendido en mis vecinos un temor que no era fingido. Para mí, todo aquello era ridículo, y hubiera apreciado mucho más la sonata si Pignabocchi la hubiese interpretado sencillamente, solo, a plena luz, en vez de rodearla de aquella escenografía de mal gusto.

Los dos diablillos se contorsionaban ferozmente alrededor del violinista mientras duraba la sonata. Llevaban un vestido de malla rojo, una máscara negra en la cual se inmovilizaba una risa monstruosa, unos cuernos, una larga cola rematada por un penacho negro y un tridente de madera dorada. Fingían atormentar al pobre músico, cuyo instrumento expresaba entonces la angustia y el enloquecimiento, hasta que el acorde final, desgarrador como un grito de desesperación, le libraba de aquellos verdugos infernales. El brasero se apagaba, la oscuridad volvía a apoderarse del escenario, y cuando se encendían de nuevo las luces, en medio de entusiastas aplausos, Oreste Pignabocchi avanzaba, la boca fatal y los cabellos románticos, para saludar una y otra vez hasta que los impacientes maquinistas ponían punto final a su triunfo haciendo caer el telón.

* * *

—Nunca quise tocar en el extranjero —dijo Oreste Pignabocchi—. Hay cosas que sólo pueden ser apreciadas aquí. Pero he de confesar que siempre me vi recompensado con los más brillantes elogios.

Sacó de su bolsillo una voluminosa cartera y desplegó unos recortes de prensa amarillentos, los cuales depositó sobre la partitura de Vivaldi abierta entre nosotros. No repetiré aquí las frases de admiración que los periodistas de las pequeñas ciudades dedicaban al arte de Oreste Pignabocchi. A decir verdad, la mayor parte de los elogios se referían a la presentación del número, bien porque los críticos carecían de los necesarios conocimientos musicales para juzgar la técnica del violinista, bien porque la danza de los diablillos y las llamas de gasa les hubieran impresionado hasta el punto de incapacitarles para pensar en otra cosa. La atmósfera infernal que Pignabocchi creaba a su alrededor era, según uno de los cronistas, «un prodigioso hallazgo».

—Un prodigioso hallazgo —repitió varias veces Pignabocchi, con un aire de viva satisfacción.

Yo hubiera podido contestarle que me había parecido de muy mal gusto. Pero, si he de ser absolutamente sincero, debo confesar que aquel exceso de mal gusto —tal como sucede a veces con los excesos de imbecilidad y de fealdad— contenía un elemento peligroso e inquietante. Tal vez soy demasiado sensible a esas cosas. El público de Ancona parecía disfrutar grandemente teniendo miedo y manifestando su miedo por medio de pataleos y vociferaciones. Yo temo mucho más los terrores silenciosos que se deslizan secretamente hasta lo más profundo del alma, dejándola helada. El lado grotesco de aquel mediocre ballet demoníaco bastaba, afortunadamente, para exorcizar la sensación del verdadero peligro que se encerraba en él.

No podía, sin disgustar al pobre hombre, negarme a leer los artículos consagrados a su gloria. Por otra parte, la cosa era demasiado cómica para que rechazara aquella ocasión de solazarme durante un largo viaje. Por lo tanto, recorrí concienzudamente las columnas de los periódicos locales que ensalzaban la *terribilità* de la *Sonata del Fuego*. A la larga, no obstante, aquellos entusiasmos repetidos me fatigaron y le devolví al maestro sus recortes.

—¿En qué ciudad va a dar usted su próximo concierto? —inquirí.

¿Cómo podía suponer que una pregunta tan vulgar provocaría semejante explosión de dolor? Oreste Pignabocchi me miró un instante, despavorido, como si acabara de decir algo monstruoso; luego se cogió la cabeza entre las manos y empezó a gemir, mientras se balanceaba a derecha y a izquierda, como si fuera presa de alguna tortura inexpresable. Cuando dejó de agitarse de aquel modo, semejante a un animal herido, vi deslizarse unas lágrimas por sus mejillas. Entonces creí adivinar la pena que devoraba al pobre hombre: saturada por demasiadas audiciones de la *Sonata del Fuego*, Italia se negaba, sin duda, a volver a escucharla.

—Nunca más interpretaré la *Sonata del Fuego* —murmuró Pignabocchi en tono

lastimero.

Traté de explicarle que aquel momento les había llegado ya a numerosos artistas, que muchos actores famosos envejecían en el olvido y la oscuridad, sin que nadie quisiera contratarles, pero no tardé en darme cuenta de que mis consuelos, mal acogidos, no ejercían en absoluto el efecto que yo esperaba. Oreste Pignabocchi se irguió, con aire ofendido, y me contempló unos instantes con una mezcla de asombro y de aquella compasión que se experimenta hacia el desdichado que acaba de cometer una grosera falta de etiqueta en la corte. La indignación había secado de golpe sus lágrimas. En sus ojos no había ya desesperación, sino una cólera olímpica que daba a su envejecido rostro una expresión solemne, cómica y emotiva a la vez.

—No crea, caballero, que los auditores se han cansado de oír la *Sonata del Fuego*. El público que me conoce y que me ha aplaudido me reclama. Tengo aquí cincuenta cartas, por lo menos, de directores y de agencias, que me ofrecen los contratos más ventajosos.

Sacó de otro bolsillo una cartera tan voluminosa como la que contenía los recortes de prensa y extrajo de ella unos sobres.

—Y no solamente de pequeñas ciudades, caballero: Milán, Turín, Roma, Florencia, Livorno… Si quisiera, serían París, Londres, Berlín, Nueva York…

Hizo una breve pausa y concluyó, encogiéndose de hombros:

—Soy yo, ahora, el que no quiere volver a interpretar la *Sonata del Fuego*.

La argucia era muy burda. ¿Cuántos artistas sin empleo no han recurrido a ella?

—¿No me cree? Se está usted diciendo: Oreste Pignabocchi está acabado. ¡Nadie quiere escuchar ya la *Sonata del Fuego*!

Su voz había subido de tono hasta convertirse en un grito. Súbitamente, murmuró, tendiendo las manos con un gesto de súplica:

—¡No puedo, caballero, no puedo volver a tocar la *Sonata del Fuego*!

Y un nuevo diluvio de lágrimas inundó su rostro.

* * *

Había vuelto a sumirme en mi Vivaldi, para no asistir a la exhibición de aquel pesar, que me parecía impúdica y desgarradora, y para darle tiempo a reponerse a mi compañero de viaje. Mi discreción fue mal recompensada. Dos manos furiosas me arrancaron la partitura, y el rostro de Pignabocchi se acercó peligrosamente al mío. Ya no lloraba. Una cólera inhumana lo afeaba hasta el punto de darle una expresión demoníaca.

—Usted, caballerete —gruñó—, usted imagina sin duda que soy como esos músicos a los cuales la bebida y las mujeres hacen perder la memoria y no se atreven ya a tocar en público. ¡Hace falta algo más para acabar con Oreste Pignabocchi, caballerete! ¡Hace falta algo más! ¡Hace falta el infierno para acabar con Oreste

Pignabocchi!

Mi rostro debía de reflejar un pavor tan intenso, que Pignabocchi se tranquilizó súbitamente. Sonrió, como si se sintiera orgulloso, o poco menos, de lo que iba a contarme. Luego suspiró y repitió varias veces:

—Y el infierno ha acabado con Oreste Pignabocchi.

* * *

Era cierto, y el relato de Pignabocchi no me permite dudar de ello. Había anochecido. El tren jadeaba su canción salvaje, taladrando cortinas de lluvia y remolinos de viento. Estábamos solos, el músico y yo, en un vagón que se balanceaba a través de la tormenta. La luz de una miserable lámpara de petróleo, próxima a apagarse, moldeaba como con unas manos los reflejos y las sombras del rostro de mi compañero. Unas fuerzas bárbaras se desataban y aullaban alrededor de nosotros, arrancando esqueletos de árboles, derribando las casas como castillos de naipes, partiendo cada cinco segundos un poste telegráfico.

—No se lo repetirá usted a nadie, caballero. Es preferible que se olvide a Oreste Pignabocchi. Ha querido desaparecer, antes de que los demonios le echasen al brasero infernal, a él y a su violín. ¡Mi violín! Se lo he regalado, caballero, a un muchacho que toca la *Serenata* de Toselli delante de los restaurantes de Nápoles. Él no corre ningún peligro. Yo, en cambio, he *jugado* con alguien que es más poderoso que yo. He perdido. Ahora, lo único que pido es vivir en paz hasta el fin de mis días.

Al ver que yo sacaba una caja de fósforos, después de haber llenado mi pipa, me sujetó la mano:

—Ahora no, caballero, por favor. Cuando esté solo…

Pero cuando Pignabocchi se apeó en M., una hora más tarde, y quedé solo en el compartimiento, no me atrevía a encender mi pipa. Era una noche de tormenta, ¿comprendéis? Y, además, su historia me había sacudido los nervios.

* * *

—Por los artículos que acaba usted de leer, caballero, habrá podido darse cuenta de cómo acogían los entendidos la *Sonata del Fuego* en todas las ciudades de la Península. Usted mismo me ha hecho el honor de decirme que conservaba un recuerdo inolvidable del día que me oyó. Nadie era más solicitado ni más aplaudido que yo. En todas partes encontraba un auditorio entusiasta. Tenía, me atrevo a decirlo, todo lo necesario para deshelar al público más glacial. Y perdone el juego de palabras.

»Al principio trabajaba sin la escenografía que vio usted. Me limitaba a tocar,

solo, pero no tardé en darme cuenta de que el número no era el más apropiado para mi *music-hall* Había que inventar una presentación que tuviera algo de «espectacular». Entonces se me presentó la ocasión de comprar los accesorios de dos acróbatas que habían resultado heridos en un número de volteo aéreo que ellos llamaban el *trapecio del fuego*. Cansados de aquel peligroso ejercicio, me cedieron sus trajes de malla y ese aparato que es una combinación de cintas, ventiladores y proyectores, y que produce la sensación —usted lo ha visto— de un verdadero fuego. He aquí, me dije, lo que necesito para crear un «espectáculo». Me había especializado en la *Sonata del Fuego*, conocida por muy pocas personas, ya que figura entre las obras inéditas de Vivaldi: yo mismo la copié en la Biblioteca de Venecia. Contraté a dos pequeñas bailarinas, que se vestían con los trajes de malla de los acróbatas, y lancé la *Sonata del Fuego* sobre todos los grandes escenarios de variedades. Ya ha visto usted cómo fue acogida. Todo el mundo me felicitó por mi iniciativa, a excepción de un anciano primo que era párroco de Todi, el cual, después de haberme visto actuar en aquella población, me dijo: «Ten cuidado, pequeño. Un antiguo proverbio popular dice que no hay que jugar con fuego.» Pero no le hice caso.

»Me sonreía el éxito. Ganaba dinero. Al principio interpretaba las cuatro sonatas de Vivaldi, llamadas las *Sonatas de los Cuatro Elementos*, pero no tardé en darme cuenta de que la única que complacía al público era la *Sonata del Fuego*, y me limité a ella. Un día traté de presentar la *Sonata del Agua*, transformando el vestido de mis bailarinas, las cuales debían convertirse en sirenas evolucionando entre unas gasas verdes que simulaban las algas y las olas, pero el fuego me tenía ya sujeto y no me soltó. Renuncié a aquella innovación que, por otra parte, no interesaba al público.

Se calló un instante, y me guardé mucho de interrumpir su meditación.

—Si hubiese interpretado la *Sonata del Agua* —dijo, finalmente—, a estas horas tal vez estaría ahogado.

Después de aquella inexplicable declaración, el silencio se estableció de nuevo entre nosotros. Oreste Pignabocchi pareció recogerse. Incluso creí que se dormía, arrullado por los vaivenes del tren: tal vez se limitaba a derivar sobre el río sombrío de los recuerdos.

—Los chinos conceden mucha importancia a la música. Tienen melodías distintas de acuerdo con las estaciones del año, con los estados de ánimo, con las horas y con las circunstancias. Saben que la música, la más imponderable de las fuerzas, puede crear objetos, lanzar unas energías materiales a través del universo, y que entonces ejerce sobre nosotros un dominio irresistible. El hombre que se limita a interpretar un fragmento musical durante toda su vida acaba por convertirse en prisionero suyo, ya que entre la melodía y el músico se establecen unos lazos misteriosos. Deberíamos utilizar esas potencias ignoradas con mucha circunspección, y desconfiar de todo lo desconocido que nos rodea. Ya le he dicho antes, caballero, que no *podía* tocar más la *Sonata del Fuego*. No *debo* tocarla. El mundo ha de olvidar a Oreste Pignabocchi y su violín.

El tren se detuvo con un rechinar de frenos en una pequeña estación. Unos empleados sacudían unos faroles a lo largo del andén. Una señal roja guiñó el ojo, lentamente, por tres veces. Mi compañero de viaje se estremeció. Y luego continuó nuestra ruta a través de la oscura campiña.

—Un error a propósito de unos cambios de trenes causó mi ruina y provocó una catástrofe de la cual tal vez haya oído usted hablar. Había salido en dirección a Lecce, donde debía empezar al día siguiente una serie de conciertos incluidos en un espectáculo de variedades. Ignoro por qué motivo, las dos bailarinas que me acompañaban no se presentaron a la cita. De momento, la cosa no me pareció demasiado grave, puesto que otro tren les permitiría llegar a Lecce más tarde, mucho antes de la hora de la representación. Empecé a preocuparme cuando llegué al teatro y me enteré de que mis bailarinas y mi material no estaban allí. Debo decirle que desde aquel día no he vuelto a verlas, y que nunca he sabido lo que fue de ellas. El mundo es enorme y tiene muchos caminos tenebrosos. ¿Quién sabe adonde fueron a parar?

Pignabocchi hizo un gesto dramático hacia la noche que se lanzaba contra las ventanillas con todo el furor de la lluvia y del viento.

—Nadie ha vuelto a verlas. Yo estaba sentado en mi camerino, helado por una angustia inexpresable, esperando siempre… no sabía qué. El último tren había pasado hacía mucho tiempo. Las bailarinas no habían venido. Y yo sabía que no vendrían nunca. Unos camaradas me hacían compañía, para calmar mi nerviosismo. Tenía junto a mí, lo recuerdo, a Dragomilo, el malabarista, y a la bailarina Delia. ¡Pobre Delia! Murió aquel mismo día. Dragomilo tuvo más suerte: salió del lance con las manos quemadas. Pero su carrera quedó rota. Figúrese, un malabarista…

Hizo el gesto de lanzar unas bolas al aire y luego sonrió, tristemente.

—Eran unos buenos camaradas. Me daban ánimos. Me decían: «Oreste, un artista sale siempre del paso. Toca como de costumbre.» Pero, en mi interior, una voz misteriosa me repetía: «No toques.» Ojalá la hubiera escuchado.

Volvió a sacar de su bolsillo el fajo de recortes de prensa, escogió un artículo y me lo tendió. Un título en letras de gran tamaño anunciaba: *Incendio del teatro de Lecce*.

—Lo recuerdo —dije—. Fue un accidente espantoso. Hubo algunos muertos y muchos heridos.

—Yo salí casi ileso —dijo Pignabocchi—. Sin duda para mayor castigo. Sufrí unas leves quemaduras: ocho días de hospital y quedé tan bien como antes. Dragomilo perdió sus dos manos. ¡Pobre Dragomilo! Y fue él quien me empujó, cuando yo vacilaba, preguntándome si debía suspender mi número. «Ni pensarlo —me decía—. Tu escenografía sólo sirve para asombrar a los papanatas. Demuéstrales que no necesitas tus bailarinas y tus ventiladores para ser un gran músico.» Le escuché, y, cuando llegó mi turno, me presenté en el escenario, solo, en plena oscuridad, como de costumbre. El silencio era tan intenso que oí a un espectador que

le murmuraba a su vecino: «Fíjese bien; ahora verá aparecer a los diablos en medio de las llamas. ¡Es extraordinario!»

»Empecé a tocar y, con esa especie de instinto que nos une a la sala y nos hace adivinar todo lo que experimenta el público, intuí que la gente estaba impaciente por ver el espectáculo del cual le habían hablado tanto, y decepcionada por la prolongada espera que le era impuesta. Sin embargo, yo tocaba bien, mejor que nunca…

»Cuando interpreto, me sumerjo en mi sonata y no me doy cuenta de nada de lo que ocurre a mi alrededor. Por lo tanto, no sé cómo empezó la cosa. Al día siguiente me describieron el pánico espantoso que se apoderó de la sala, mientras la gente se atropellaba en los pasillos llenos de humo. Lo primero que oí fueron los aullidos de los perros sabios de Bluntner que ardían vivos, encerrados en su jaula. Para mí, nada había cambiado: estaba rodeado de llamas, como de costumbre, y tocaba en medio de las contorsiones de mis dos diablos que habían reaparecido súbitamente.

Pignabocchi se secó la frente con el pañuelo; para recobrar el aliento, se entretuvo hojeando los recortes de prensa.

—No era la primera vez que oía gritar a los espectadores, va que, como le he dicho, mi presentación resultaba impresionante. Pero, aquella noche, aullaban como se aúlla a la muerte. Se habían reído, al principio, cuando alguien dijo que veía surgir unas llamas del entarimado del escenario. «Es la *Sonata del Fuego*», le dijeron, mofándose de su ingenuidad. Pero, cuando oyeron el tumulto que se desencadenaba entre bastidores, cuando los maquinistas emprendieron la huida pidiendo socorro, cuando un horrible monstruo, el gorila *Acajou*, crepitando como un pollo en el asador saltó en medio de la orquesta, la desbandada se hizo general y los espectadores sólo pensaron en ponerse a salvo lo más rápidamente posible. Creo que todo el mundo me había olvidado, a mí y a mi sonata, ya que yo seguía tocando, como un músico loco, sobre el escenario incendiado.

»No estaba loco, ni enloquecí, aunque más de uno perdiera la razón en aquella terrible aventura. Las llamas, los diablos…, todo aquello me parecía completamente natural, puesto que tocaba la *Sonata del Fuego*.

»Me salvó el propio director del teatro. Atravesando el decorado que ardía con un horrible olor a pintura recalentada, tiró de mi brazo, gritándome al oído: «¡Vamos, Pignabocchi, el teatro está ardiendo!» Aquella especie de magia en la que me sumía cuando tocaba mi violín desapareció bruscamente. Entonces oí el rugido de las llamas, el estrépito de las vigas que caían, de los cristales que estallaban, y los perros de Bluntner que aullaban como deben aullar los condenados en el infierno. El fuego me rodeaba, y no se trataba ya del inocente artificio de las gasas rojas agitadas por los ventiladores. A la llegada del director, los dos diablos habían saltado del escenario y desaparecido en medio del brasero: tal vez no eran más que dos desdichados espectadores cuyos vestidos se habían incendiado y que huían despavoridos, como dos antorchas vivientes.

»Al día siguiente, toda la ciudad llevaba luto. Hubo unos funerales solemnes. El

hospital estaba atestado de heridos. Yo me encontraba entre ellos, y debo decir que nadie me prestaba atención. Nadie parecía haberse dado cuenta del hecho de que el incendio había estallado en el preciso instante en que yo interpretaba la *Sonata del Fuego*. Si alguien notó la coincidencia, no dijo nada. Mire, ninguno de estos artículos habla de ella.

Agitó delante de mis ojos los amarillentos recortes, y me pareció discernir una nota de pesar en su voz. Quizá no le hubiera desagradado que se atribuyera el incendio a la famosa sonata. Pensé que le halagaría sugiriendo aquella posibilidad:

—Tal vez fue usted quien prendió fuego al teatro con su sonata…

Su rostro se contrajo y tendió bruscamente las dos manos hacia delante como para rechazar algo horrible.

—No diga eso. También usted cree que es posible, ¿verdad? ¿Cree usted que la música tiene un poder semejante?

Su angustia era tan real, que me apresuré a disuadirle. Afirmé que aquel trágico acontecimiento no podía ser más que una coincidencia. Hasta entonces, ¿no había tocado la sonata centenares de veces sin prenderle fuego ni siquiera a un fósforo?

—Millares de veces, caballero, millares de veces. Calcule: veinticuatro años, a una media de trescientas veces por año. Pero, durante todo aquel período, no corría peligro. Estaba protegido.

—¿Protegido?

—Sí, caballero, protegido por el fuego ilusorio que yo encendía y que mantenía a distancia al fuego real, por las bailarinas disfrazadas de demonios que impedían acercarse a los verdaderos diablos. El vacío atrae al fuego y a los demonios. Si en Lecce hubiera tenido mis accesorios habituales y mis comparsas, aquella tragedia no se hubiese producido, y en estos momentos yo estaría interpretando la *Sonata del Fuego*, en un teatro brillantemente iluminado, entre las aclamaciones de los espectadores.

—¿Quién se lo impide?

Me dirigió una mirada de asombro, como si acabara de formular la pregunta más absurda que imaginarse pueda, y de lástima, ya que yo no había comprendido, sin duda, el misterioso fondo de aquel asunto. Repitió mi pregunta.

—¿Quién me lo impide? ¡Ah, caballero! Preferiría morir de repente a volver a interpretar la *Sonata del Fuego*.

—Comprendo que ese fragmento despierte en usted dolorosos recuerdos, pero el tiempo lo borra todo. Tiene que recobrar la confianza en sí mismo.

Para dar más fuerza a mi afirmación, golpeé con el puño la partitura de Vivaldi que sostenía sobre mis rodillas. Oreste Pignabocchi sonrió y se encogió de hombros.

—Después del accidente de Lecce, no podía continuar tocando la *Sonata del Fuego*. Cuando salí del hospital, me mantuve alejado de las agencias y de los despachos de los empresarios durante algún tiempo. Ya sabe usted que en nuestro país se cree mucho en el mal de ojo, y el siniestro estaba demasiado fresco en la

memoria de la gente. Pensé que al oír mi nombre los directores se santiguarían antes de ponerme a la puerta de su teatro. Exageraba mi celebridad o la parte de responsabilidad que pudiera caberme en el incendio. Nunca he sido un hombre ahorrador y la falta de dinero empezó a hacerse angustiosa. De modo que al cabo de unas semanas me decidí a ir a ver a Baldinucci. Ya sabe, Baldinucci, el famoso intermediario para todos los números de variedades…

Me limité a asentir con un gesto, sin pronunciar palabra.

—Baldinucci obró como si no hubiera pasado nada. Consultó sus ficheros y me dijo que saliera inmediatamente para Nápoles. Ni una alusión al accidente de Lecce, ni una vacilación. «Interpretará usted la *Sonata del Fuego,* como de costumbre, ¿verdad?», me dijo. Luego me entregó una tarjeta, en la cual había garabateado unas palabras, me estrechó la mano e hizo girar su sillón hacia el teléfono, que le reclamaba con una estridente tenacidad.

»Conoce usted Nápoles, ¿no es cierto? Y recuerda el calor asfixiante que le asalta a uno en cuanto sale de la estación, las nubes de polvo que le ciegan a uno y le resecan la garganta… Nunca me había gustado Nápoles, pero al volver allí, aquel día de verano, cuando me sentí asaltado por aquella tormenta árida y ardiente, experimenté una sensación de horror que no había conocido hasta aquel momento. Me parecía que todo el mundo corría y gritaba, acosado por el viento que desencadena su cólera contra cada transeúnte en particular, que se enzarza individualmente con uno, estrangulándole y desnudándole, persiguiéndole a través de los pasillos del hotel, y que cuando uno ha cerrado todas las salidas para defenderse contra él, sacude puertas y ventanas como si quisiera derribar la casa.

»El teatro donde debía actuar me pareció viejo y feo. La sala exhalaba un olor a humedad que me descorazonó. El olor de las catacumbas, caballero. Sabía perfectamente que todo aquello cambiaría cuando se encendieran las lámparas y los espectadores empezaran a ocupar sus asientos, mientras los músicos afinaban sus instrumentos. Pero la primera impresión tenía algo de fúnebre. Añada a ello la aprensión que yo experimentaba al tener que interpretar solo, sin comparsas ni accesorios, aquella *Sonata del Fuego* que había paseado por todos los escenarios de Italia desde hacía más de veinte años. Estaba tan acostumbrado a mi presentación de llamas y diablillos, que me preguntaba cómo iba a salir del lance, entregado a mí mismo, ya que, precisamente, el lado espectacular del número tenía una gran importancia para el público.

»Nunca me he hecho ilusiones acerca de mi talento. Siempre he sabido que soy un concertista mediocre. Como máximo, podía aspirar a una plaza de violinista en la orquesta de una pequeña ciudad. Además, era muy perezoso y me horrorizaba estudiar, bastándome con el éxito que obtenía cómodamente y sin esfuerzo con la *Sonata del Fuego*. Lo que los espectadores aplaudían, me daba cuenta de ello, era la originalidad del número, y mis bailarinas, que se contorsionaban en las falsas llamas sin arte y sin gracia, recibían tantos aplausos como yo.

»La idea de aparecer solo, vestido de negro, en aquel escenario de *music-hall* entregado a los payasos, a los prestidigitadores y a los cerdos sabios, y de interpretar a Vivaldi ante un público ruidoso y vulgar, me producía una inquietud indecible. Tenía miedo de que el público no me comprendiera. Y en el secreto de mis presentimientos, sin duda temía otra cosa, aunque no supiera exactamente qué.

»Descubrí lo que me amenazaba en cuanto ataqué la segunda parte de la sonata, la que empieza con unos *pizzicatos* secos y entrecortados. Atento, después de lo de Lecce, a todos los ruidos sospechosos, oí unos crujidos que parecían proceder de debajo del escenario. Algunos espectadores los habían oído también, ya que sorprendí una atmósfera de malestar y unas miradas vueltas hacia las puertas. Algo crepitaba bajo mis pies. Una extraña sensación de calor invadió mis piernas. Entonces, sin pensarlo dos veces, di media vuelta y abandone el escenario.

»También la orquesta se había interrumpido. El maestro mantenía aún su batuta levantada, dispuesto a encadenar. En la sala se alzó un murmullo de descontento. Yo debía estar horriblemente pálido, ya que un maquinista me acercó una silla y el regidor avanzó hacia mí con un vaso de agua. «¿No puede usted continuar?», me preguntó. Incapaz de hablar, me limité a sacudir negativamente la cabeza. «Tendré que advertir al público.» No oí lo que dijo, pero sonaron algunos aplausos y muchos silbidos. No tardó en presentarse el director del teatro. «Los espectadores están furiosos —gruñó—. Me está causando usted un grave perjuicio.» Encontré las fuerzas suficientes para responder: «No sabe usted la catástrofe que le he evitado.» Me miró, desconcertado, y no supo qué replicar.

»Más tarde se comprobó que aquella noche se había producido un conato de incendio debajo del escenario. Al día siguiente no me presenté en el teatro. Hice anular mi contrato. Perdía dinero, pero era preferible, ¿no es cierto?

Me pareció que era preferible, en efecto. Satisfecho con mi aprobación, Oreste Pignabocchi se acercó a mí y continuó, en voz baja:

—Nunca le he dicho a nadie lo que acabo de contarle. No me hubieran comprendido. Se hubieran burlado de mí. Pero usted, caballero, sabe que en el mundo existen extraños encadenamientos de causas y de efectos. El incendio del teatro de Lecce podía ser una simple coincidencia: todos los espíritus superficiales lo creerían así. Pero yo he visto repetirse la cosa demasiado a menudo para no estar convencido de que una potencia maléfica iba unida a la *Sonata del Fuego*.

Le interrumpí:

—Mi querido Pignabocchi, antes del accidente de Lecce interpretó usted esa sonata durante más de veinte años, ¿no es cierto? ¿No cree usted que si hubiese tenido, como imagina, el poder fatal de provocar incendios, se hubiera manifestado antes?

La objeción me parecía importante, pero Pignabocchi la descartó con un gesto de su mano.

—Tal como le he dicho, estaba protegido por mis llamas de gasa y por esas

malditas bailarinas que me abandonaron robando todos mis accesorios. Un fuego ilusorio y unos falsos diablos me defendían contra el verdadero fuego y los verdaderos diablos del infierno.

—¿Ha visto usted alguno?

—No se han separado de mí. En cuanto cogía mi violín, les oía reír en los rincones. Al primer movimiento del arco, veía moverse sus cuernos. Estaban agazapados en un lugar oscuro, dispuestos a saltar. Si trataba de tocar, en mi habitación, sorprendía unos roces furtivos a mi alrededor. Caía una silla. El armario crujía. Algo silbaba, silbaba en las cortinas. Y yo adivinaba que los fósforos se movían, por sí solos, en su caja.

—En ese caso —dije—, debió usted volver a la escenografía que le había servido de exorcismo, comprar otros ventiladores, contratar a otras bailarinas.

—Demasiado tarde, caballero, demasiado tarde. Una vez lanzado el sortilegio, nada puede detenerlo. Le confieso, también, que me avergonzaría oponer unos simulacros irrisorios a las potencias que se encarnizan contra mí. Sólo podía hacer una cosa: ceder. Capitulé, y desde entonces los demonios me dejan tranquilo, aunque siempre tengo un poco de inquietud. Los nervios, ¿comprende? Después de lo que sucedió en Lecce…

Oreste Pignabocchi se interrumpió, sacó su reloj.

—Llegaremos dentro de cinco minutos —dijo—. Olvide todo lo que le he contado esta noche.

Se puso el abrigo y el sombrero, reunió sus maletas. El tren se detuvo. Los mozos de la estación iban de un lado para otro, a la caza de posibles clientes. Unos viajeros se llamaban a grandes gritos.

Pignabocchi había abierto la portezuela. En el instante en que iba a descender al andén, le cogí por el brazo.

—Una pregunta más, por favor. Si alguien que no fuera usted interpretara la *Sonata del Fuego*, ¿cree que sucedería algo?

Me dirigió una mirada llena de orgullo.

—La *Sonata del Fuego* pertenece a Oreste Pignabocchi —respondió en un tono de majestuosa solemnidad—. Y el diablo no se molesta por cualquiera.

Me saludó con un gesto teatral, guiñó el ojo y desapareció entre la multitud que llenaba el andén.

UNA AVENTURA DE VIAJE

UNOS volcanes cerraban el fondo del paisaje, plantando en semicírculo sus cimas empenachadas de llamas y de hollín. El humo tranquilo ascendía de las bocas entreabiertas, algunas de las cuales parecían soltar su aliento lentamente, de mala gana, entre unos labios casi cerrados. Al otro lado del valle se erguían unas montañas en forma de dientes de sierra, desnudas y pálidas como huesos. El que seguía con la mirada los dedos alzados de los cactus-candelabro encontraba un cielo de cartón gris, como la tapadera de una caja, triste, ensuciado por algunas nubes dispersas.

El viajero palpó con inquietud sus suelas requemadas. Luego se levantó bruscamente de la piedra en la cual estaba sentado, agobiado por aquel calor febril que recocía la tierra. Miró a su alrededor las bolas verdosas, erizadas de pinchos, semejantes a un rebaño de erizos paciendo una hierba cenicienta. Los arbustos espolvoreados de sal meditaban en la perfección mineral.

El suelo agrietado crujía como una corteza de pan, y entre sus rajas burbujeaba un puré de fango negro. El rumor de una respiración inquieta resonaba bajo aquella delgada capa de limo cristalizado, con unos grandes golpes de gong, a veces, que estremecían a los cactus y ensanchaban los labios de las grietas que babeaban burbujas grises. Se oían también largos suspiros, como si la tierra se volviera en medio de su sueño, y unos choques violentos, los puntapiés que unos mellizos gigantes, impacientes por una gestación demasiado prolongada, propinaban al vientre de su madre perezosa.

Los chapoteos del fango viscoso, el humo de los volcanes y aquellos rumores de revueltas subterráneas aportaban una vida sospechosa a la inmovilidad petrificada del valle. Hubiérase dicho de ellos que eran los sobresaltos de la descomposición, despertada súbitamente en un cadáver que dormía desde hacía milenios en la seguridad del carbonato de sosa.

Un olor a ceniza caliente se pegaba a la garganta. El hedor del azufre penetraba en la boca, hundiendo el dedo en ella hasta provocar la náusea. Los ojos, engañados por los ácidos, sospechaban rostros y manos en los vapores verdes que se arrastraban por el suelo, pegándose a los cactus y a los roídos roquedales. Aquel vacío rebosaba de enemigos emboscados. No eran fieras, ni serpientes. Únicamente largos insectos escamosos, laqueados de verde y de gris, que cogían con unas mandíbulas ágiles las bayas de ceniza y de sal pegadas a los arbustos.

El viajero contempló sus zapatos, y luego el suelo donde el polvo ardía traidoramente. En los lugares donde no había aquel polvo de fuego blanco, la lava espumeaba con unos grandes ojos negros en los agujeros donde trataba de deslizar sus blandos hombros estremecidos. Los cactus-candelabro que apuntaban al cielo, y aquellos, hirsutos, que pacían un prado estéril, se sobrevivían a sí mismos. El fuego interior les había chupado hasta la última gota de savia. El ácido polvo reemplazaba

en sus arterias endurecidas al dulce y vital jarabe. Unos cristales tapiaban sus poros. Sin darse cuenta de ello, cambiaban de reino, perdiendo su potencia vegetal y convirtiéndose en columnas de piedra, candelabros de orfebrería.

Cuando el viajero, tras haber dado su asentimiento a la agonía de sus suelas, alzó la cabeza, vio que un jinete se erguía ahora entre él y los volcanes. El recién llegado, vestido con un traje de color castaño muy ajustado, fingía mirar los volcanes, pero sus ojos se deslizaban imperceptiblemente hacia el viajero que balanceaba entre sus manos un pie dolorido. Estaba sentado muy recto sobre su silla, cuyo borrén llevaba una manta enrollada, de un tejido a rayas rojas y grises. Sus manos tiraban con fuerza de las riendas, obligando al caballo a mirar más alto que el horizonte, lo cual hacía con un palpitar de las ventanas de la nariz y un rodar de los ojos enloquecidos, en tanto que sus labios se arremangaban sobre unos anchos dientes, masticando unos restos de espuma amarillenta.

Cuando el jinete volvió finalmente la cabeza hacia el viajero, éste vio un rostro solemne y severo, tocado con un amplio sombrero de color castaño pegado a su frente como una corona de espinas. Los dos hombres se observaron largo rato, sin hablar. El caballo se removía, impaciente, apoyándose alternativamente en una y otra pata, irritado por la ceniza ardiente que quemaba sus cascos, y sacudía su crin dividida en cortas trenzas por unas cintas negras.

—¿Quiere usted comer y beber? —inquirió finalmente el jinete.

Había sacado de sus alforjas una botella de hojalata y un pan, tendiéndoselos al viajero. Éste miró a su alrededor las recortadas crestas, los calumets de los volcanes, el cielo raro, y luego movió negativamente la cabeza. Estaba agotado de hambre y de sed, pero los alimentos que le ofrecía el desconocido le asustaban. Ni siquiera se atrevía a hablar, temeroso de que el jinete se apoderara de su voz y enrollara sus palabras, irresistiblemente, como una cuerda, para atraerle hasta él.

—Acéptelo y coma —repitió el desconocido.

El pan tenía un buen aspecto y un aroma excelente. Olía aún a horno, a miga tierna. Y el jinete contemplaba con fijeza las manos del viajero, como si pudiera despegarlas así del pie que balanceaban y conducirlas hacia el pan, a pesar de sí mismas.

Luego sacudió la botella de hojalata donde el vino cantó alegremente, sacó el tapón, liberando un aroma a ribazos y a jardines, y alargó el oloroso gollete hacia el hombre que continuaba haciendo gestos negativos con la cabeza.

—Beba. Esto es la sangre dichosa de la tierra.

La voz del caballero tenía un acento duro y triste. Sus manos habían soltado las riendas para ofrecer el pan y el vino, pero sus rodillas estaban pegadas a los flancos del caballo. Sus ojos querían expresar la bondad, en tanto que su boca manifestaba una insolente autoridad. En sus manos, el honrado pan y el vino labriego parecían poco familiares. Tal vez los ofrecía a los viajeros porque le era imposible —o le estaba prohibido— saborearlos él mismo. El viajero, atraído por aquella sencillez de

cereales y de viñas, estuvo a punto de coger lo que estaba al alcance de sus dedos, pero recordó lo que le habían dicho acerca de los alimentos de las sombras y de su siniestro sabor, y contuvo a tiempo sus manos dispuestas a desfallecer.

El jinete no pareció tomar a mal aquella negativa descortés. Volvió a colocar el pan y la botella en sus alforjas, cerrando éstas cuidadosamente.

—Si tiene usted hambre, encontrará usted comida en el pueblo más próximo. Hay también una cómoda posada. ¿Quiere que le acompañe hasta allí?

Sus ojos de acero negro parecían tener la virtud de coger al viajero por los hombros, de obligarle a levantarse y a andar, pero el viajero no cedió un ápice en su silencio, en su inmovilidad. Una palabra podía resultar tan mortal como un bocado de pan o un sorbo de vino.

—Tiene usted aspecto de fatiga. Sus suelas están quemadas. Suba a la grupa de mi caballo, detrás de mí. Cójase a mi cintura. Abreviará así su camino.

Le tendía ahora el estribo, donde su bota se encorvaba como una garra, para que el viajero lo asiera y saltara sobre el caballo, pero el hombre se estremeció e inclinó los ojos hacia el suelo para no ver aquella bota reluciente. La lava daba grandes golpes bajo la roca que le servía de asiento. Uno de los insectos de escamas de laca se irguió a medias, agitando sus mandíbulas con la impotencia de los afásicos. Entretanto, el jinete esperaba pacientemente, refrenando su caballo.

—No debe dejarse sorprender aquí por la oscuridad —dijo, contemplando distraídamente el paisaje—. La noche caerá súbitamente. Y encontrará usted unos seres que le inspirarán miedo.

El insecto que parecía trinchar unas articulaciones de sílabas, a golpes de mandíbula, decepcionado, dejó caer de nuevo su cabeza sobre el suelo y atrapó un cristal salino, el cual masticó sin placer y sin hambre.

En aquel momento, el gong acolchado de tierra resonó varias veces, con golpes precipitados. Los volcanes empezaron a soplar largas humaredas que se enrollaban en espirales. Las grietas del suelo se ensancharon, como una boca que se abre para quejarse, y el flujo de lava babosa aumentó.

Como si el jinete hubiese reconocido una llamada, empuñó las riendas, lanzó un grito ronco y partió al galope sin despedirse siquiera del viajero, el cual se quedó solo, balanceando entre sus manos su pie torturado por el fuego de la tierra. Tal vez como el jinete había anunciado, la noche descendía ya sobre el valle. Un viento húmedo mojó las flores salinas de los arbustos. Las montañas se hicieron pesadas y opacas, como de plomo. A través de las grietas del suelo, las víboras de lava se estiraban, se hinchaban. En el aire había un ruido de succión producido por las plantas sedientas que se lanzaban ferozmente sobre el frescor nocturno.

El jinete se había marchado hacía algún tiempo, y el viajero no se decidía a reemprender la marcha, aunque unas tinieblas inquietantes empezaban sus conciliábulos en los huecos de los roquedales, tinieblas gigantes en las chimeneas pétreas de las montañas, tinieblas enanas entre los guijarros roídos por los ácidos. El

humo de los volcanes se iluminaba ya con claridades sonrosadas. Los gruñidos de la tierra parecían un cántico. En el fondo de las grietas, el fango ardiente se retiraba, dejando paso a unas formas misteriosas que ascendían entre los labios resecos de un planeta febril.

El viajero vacilaba en levantarse. Cada vez que apoyaba en el suelo sus pies doloridos, se le escapaba un gemido. Lamentaba no haber aceptado el ofrecimiento del jinete. Ahora estaría sentado en el fresco patio de una posada, ante una jarra de vino con sabor a frambuesa, escuchando el tintineo de las cacerolas y las risas de las criadas en la cocina ennegrecida por el humo. Tal vez se hubiera resignado a pasar la noche en el valle si el aire no se hubiese llenado, súbitamente, de una especie de espera, como si espiara la llegada de alguien, el retorno del jinete —¡quién sabe!—, apareciendo de pronto seguido de un cortejo siniestro y principesco.

Reuniendo todo su valor, el viajero había reemprendido su camino cuando fue alcanzado por las campanillas de unas mulas que tintineaban alegremente detrás de él. Se apartó a un lado del camino, para dejar pasar la carreta, pero el hombre que la conducía tiró de las riendas al verle. No se trataba de una carreta, sino de una especie de berlina, decorada con ramilletes de flores minuciosamente dibujadas y coloreadas con la paciencia de los miniaturistas. Estaba cubierta con un toldo a rayas rojas y grises.

—¿Quiere usted subir? —dijo el conductor.

Los ojos oscuros de aquel hombre brillaban en un rostro dorado. Tenía el cabello rizado sobre las sienes, en pequeños bucles. Parecía uno de esos gitanos que venden cestos para robar gallinas. Pero había tanta benevolencia en su gesto y en su voz, que el viajero aceptó la invitación sin pensárselo mucho. Ayudándose con la mano que el gitano le tendía, subió al carruaje y se sentó al lado del conductor.

Detrás de él se movió algo, suspirando. El viajero miró hacia atrás y vio a una mujer tendida sobre una especie de banqueta de terciopelo parecida a un sofá. La mujer estaba leyendo a la luz de una vela colocada sobre un estante. La lectura la apasionaba tanto, que levantó la cabeza un breve segundo para mirar al viajero y volvió a clavar los ojos en su libro.

—Mi esposa me lee historias para abreviar lo largo del camino —explicó el conductor.

—Continúe, por favor —dijo el viajero—. Me gustan mucho las historias, y ésa debe de ser muy hermosa. Si me lo permite, escucharé hasta que lleguemos a la posada donde quiero pasar la noche.

—No tema, le llevaremos a la posada. Espero que la encontrará cómoda y divertida.

El conductor hizo chasquear su látigo, añadiendo a aquel incentivo un rugido gutural que espantó a las mulas, las cuales partieron al galope. La mujer suspiró y se removió, enojada, sobre su sofá rojo. No parecía dispuesta a reanudar su lectura.

—¿Qué libro es ése? —preguntó el viajero, para estimularla.

La mujer le miró un instante con sus grandes ojos oscuros, y luego cerró el volumen y contempló la cubierta como si no recordara el título.

—Una historia de otros tiempos —dijo finalmente, en tono de indiferencia—. La historia del Príncipe de la Muerte.

Al oír aquellas palabras, el viajero se estremeció. ¿Le recordaba algo aquel nombre? ¿O había leído ya una historia semejante?

—No interrumpa su lectura por causa mía —dijo, cortésmente—. Me hace el efecto de que ese relato tiene que ser muy interesante.

—¡Oh! —dijo la mujer, con la misma indiferencia—. Estábamos llegando ya al final de la historia.

El viejo la estimuló a leer, con un gesto, y la mujer abrió de nuevo el libro e inclinó la cabeza sobre las grandes páginas.

* * *

Era noche cerrada cuando el carruaje se detuvo delante de la posada. El pueblo entero parecía tallado en una montaña, con las fachadas de las casas mirando al valle. Para trazar las calles, se habían utilizado probablemente antiguos pasos cruzados por los torrentes, o por filones de metal, ya que unos reflejos de cobre y de plata brillaban aún a intervalos sobre las paredes de las casas. En cuanto a la posada, parecía haber escapado a un desastre marino, ya que las piedras de sus muros estaban rugosas de conchas salientes, sin que pudiera distinguirse si se trataba de los sedimentos del diluvio, de un capricho de escultor o del reconocimiento de los peregrinos, que habían querido dejar a un anfitrión generoso el testimonio de su gratitud por un hospedaje sin gastos.

Siguiendo el camino sinuoso que se iniciaba al pie de la montaña, habían llegado casi sin darse cuenta al centro de las viviendas. Por lo menos, el viajero no había captado el momento en que las rocas se transformaban en casas, súbitamente. Habían pasado bajo el ángulo agudo de las puertas que levantaban la fina quijada de los rastrillos para dejar libre acceso a los forasteros. Unos palacios avanzaban sus verjas como manos, tal vez para ocultar sus ojos detrás de unos dedos de hierro. Las iglesias, que empezaban en cavernas oscuras a ras de tierra, terminaban en vuelos de flechas lanzadas hacia el cielo, ya que había que recordar a Dios algún urgente deber. Había mansiones roídas por la vejez, y orgullosos edificios graves, impenetrables, secretos, todo armaduras y viseras, y la posada, finalmente, con su puerta entreabierta por la cual fluía un chorro luminoso que se esparcía sobre el suelo de la calle y obligó a detenerse a las mulas.

El viajero dio las gracias a sus compañeros y se apeó del carruaje. El olor a pan chorreaba hacia la calle, como si acabaran de abrir el horno, y alguien había volcado probablemente una jarra, ya que un intenso perfume a espuma y a mosto siguió al

olor del pan. Se percibían también, semejantes a brisas de islas malayas, la canela, el clavo, la nuez moscada, la pimienta, acompañadas por otras especias desconocidas que excitaban al mismo tiempo el apetito y la imaginación.

El viajero hubiera querido decir algo más a los ocupantes del carruaje, tal vez invitarles a detenerse con él, pero las mulas habían partido al galope en cuanto el viajero posó los pies en el suelo.

Empujó la puerta de la posada y entró.

Esperaba penetrar en un patio, pero se encontró ante una sala muy amplia, con unas vigas extrañamente entrelazadas en el techo, hasta el punto de que uno creía encontrarse en el interior del esqueleto de un monstruo marino. De los cruces de las vigas pendían unos fanales de navíos que permitían distinguir todos los detalles de aquella osamenta grisácea, en la cual algunas vetas de la madera parecían sangrar aún un poco de savia. Unos amplios garfios fijaban las articulaciones para impedir a aquel vasto organismo que moviera sus miembros un día de capricho nómada. Los fanales colgaban de unas cadenas de anclas que desaparecían en los escobenes del techo. A veces, una estrella asomaba el ojo por una de aquellas aberturas y comparaba vanidosamente su luz con la de los fanales. Un aroma a salsas y a frutas ascendía de un pasillo tenebroso, al fondo del cual giraba un asador rojizo.

Dos hombres, sentados ante una mesa, eran los únicos huéspedes de la posada. Hablaban en voz baja, con unos semblantes inquietos, a pesar de que no había nadie cerca de ellos y de que se encontraban solos en aquella enorme sala. Al ver entrar al viajero se apartaron el uno del otro, le observaron un instante con aire de desconfianza y de reproche, y luego reanudaron su conversación. Una sensación de entumecimiento, que no resultaba desagradable, ni mucho menos, espesaba la atmósfera de la posada.

Un mozo cojo, que llevaba un gran delantal gris y guiñaba los ojos con aire aturdido, como alguien que acaba de despertar con un sobresalto, se acercó al viajero y le condujo hacia una mesa, por la cual pasó un trapo con un gesto lento. Cuando el viajero se hubo sentado, el mozo se inclinó hacia él con un aire que parecía solicitar todas las confidencias, y tocándose el pecho con el dedo se nombró a sí mismo: Domingo.

«Puede usted pedirme todo lo que desee —significaba aquel gesto—, puesto que yo soy Domingo.»

El viajero encargó su cena con la minuciosidad de un sibarita; sin embargo, a cada uno de los platos que pedía, Domingo sacudía la cabeza de un modo desalentador. A pesar del aroma de las salsas y de aquella selva de especias que llegaba hasta la calle, Domingo no podía servirle más que pan y vino. Al ver la expresión de asombro del viajero, Domingo señaló con un gesto la mesa de los dos huéspedes: encima de ella no había más que un pan redondo sobre un plato de metal, y una botella de hojalata de gollete corto. De cuando en cuando, los dos hombres arrancaban de la hogaza un bocado de pan que masticaban largo tiempo, y luego

vertían en sus vasos un sorbo de vino oscuro que bebían con una especie de placer religioso.

A pesar de su decepción y de su apetito, el viajero se resignó a tomar lo que Domingo le proponía. El mozo se marchó y no tardó en reaparecer con un plato y una botella semejantes a les que se encontraban en la otra mesa. El pan era tierno y el vino generoso, de modo que el viajero soportó sin quejarse demasiado la frugalidad de aquel condumio. Los dos huéspedes le observaban con una atención casi inquietante, pero el viajero no les prestaba atención, ocupado como estaba por su fatiga y su apetito.

Los dos hombres habían vuelto a susurrar entre ellos, dirigiendo de cuando en cuando furtivas ojeadas al viajero. El rumor de aquella conversación en voz baja en una sala tan inmensa semejaba el murmullo del viento en un pasillo rocoso. Finalmente, uno de los interlocutores abandonó la mesa y salió. Al oír que se cerraba la puerta, el viajero levantó los ojos. Había terminado su pan, por otra parte, y la botella estaba vacía.

El hombre que había permanecido sentado mostraba la correcta apariencia de un anciano vestido de negro, con un levitón abrochado muy arriba, una corbata cuidadosamente anudada y unos cabellos blancos peinados de un modo singular, como las líneas concéntricas que señalan los niveles de terreno en los mapas. Mantenía los ojos casi cerrados y hubiérase creído ver una estatua de madera de no haberse observado que toda la vida de aquel cuerpo se concentraba en las manos apretadas alrededor de un bastón de ébano. De cuando en cuando, aquel bastón oscilaba ligeramente, dictando a las manos un temblor que a continuación ascendía a lo largo de los brazos, hasta los hombros. El anciano parecía escuchar un rumor que acompañaba a aquel temblor, y al cual acogía sacudiendo la cabeza con aire satisfecho, como el de un hombre que hubiera resuelto un difícil problema. Luego recaía en su inmovilidad habitual, y hubiérase dicho que su bastón se hundía en el suelo para alcanzar el eje del globo alrededor del cual gira desde hace demasiado tiempo una tierra fatigada.

Unos minutos después de la salida de su compañero, el anciano fue acometido por un temblor tan prolongado y violento que el viajero, asustado al ver oscilar aquel cuerpo enjuto y gastado, abandonó su mesa y se acercó a él.

—¿Se encuentra usted mal, caballero? —inquirió—. ¿Puedo ayudarle en algo?

El anciano alzó los párpados y le miró con un aire de supremo asombro. Poco a poco, sus temblores se apaciguaban. Sin contestar a la pregunta que le había sido formulada, replicó tranquilamente, después de haber reflexionado unos instantes:

—Ha sido en Méjico.

Desconcertado, el viajero iba a preguntar qué acontecimiento acababa de producirse en Méjico, capaz de emocionar hasta tal punto a aquel hombre serio y razonable, cuando el que había salido volvió a presentarse y ocupó su lugar en la mesa. Parecía irritado y decepcionado. El viajero observó sus manos resecas,

ennegrecidas y corroídas como si las hubiera expuesto demasiado tiempo a la acción del fuego o de los ácidos. Se dijo, sin saber por qué, que aquellos largos dedos eran exactamente los que hacían falta para hurgar entre unas cenizas calientes.

—¿Ha encontrado algo? —le preguntó el anciano.

El hombre de las manos quemadas se encogió de hombros sin contestar, pero dirigió una mirada de soslayo al desconocido como para dar a entender que no era oportuno hablar de aquellas cosas delante de él. El viajero recogió la indirecta, saludó con cierta sequedad y volvió a su mesa.

Apenas se había sentado cuando resonó una voz fresca, con un trinar tan puro y tan perfecto que ninguna garganta humana parecía capaz de imitar hasta tal punto el canto de los pájaros. El viajero levantó la cabeza en la dirección de aquella voz y distinguió un balcón situado a media altura, aproximadamente, de la pared que tenía delante. Aquel balcón, redondeándose en un gálibo muy pronunciado, estaba adornado con ramilletes de hierro forjado, los cuales conservaban aún unas huellas de dorado y de pintura verde y rosa. Se abría sobre una habitación mediocremente iluminada, probablemente tapizada de damasco rojo, ya que la luz de las velas hacía fluir del balcón hasta la sala de la posada pequeños arroyos sangrientos.

Una mujer iba y venía, desde el fondo de la habitación hasta la verja florida, cantando; aquel canto, ora se ahogaba en la angosta gruta adamascada, ora se expandía hasta la complicada armazón de la cual pendían los fanales de navíos. A veces, la mujer se detenía, se inclinaba por encima del balcón, observando con curiosidad a los huéspedes de la posada, y luego volvía a meterse en la habitación, llevándose al mismo tiempo su canción y aquel perfume de claveles oscuros que revoloteaba a su alrededor.

La mirada del viajero se encontró con los ojos de la mujer, y le asombró descubrir en ellos la sequedad brillante y fija de los ojos de los pájaros.

Los otros dos huéspedes no parecían haberse dado cuenta de la presencia de la cantante. Sin duda estaban tan acostumbrados a ello que ni siquiera la veían. Por su parte, ella no les prestaba la menor atención, concentrándola en el viajero: en sus idas y venidas, sus ojos de pájaro se detenían sobre él, puntiagudos y cortantes, recortando la silueta del recién llegado, buscando tal vez el punto débil donde hundir una aguja, un cuchillo. El viajero estaba tan absorto en los movimientos de la mujer que no había observado el hecho de que, tras un breve conciliábulo con su compañero, el hombre de las manos quemadas se había acercado a su mesa y se mantenía en pie delante de él.

—Le debemos una disculpa, caballero, por lo que nuestra actitud de hace unos instantes puede haber tenido de descortés —dijo—. No teníamos la intención de ofenderle, pero la experiencia nos ha enseñado a desconfiar de los vagabundos. Usted parece una persona digna, y puesto que el azar nos obliga a pasar la noche…, o mucho más tiempo…, una eternidad, quizá…, en esta incómoda posada, no estará de más que trabemos conocimiento.

Se nombró colocando su mano quemada sobre su pecho, en el lugar donde había tenido un corazón, probablemente, y luego nombró al anciano señalándole con un índice roído, y finalmente saludó con más gracia de la que cabía esperar de aquel personaje.

—¿Quiere usted hacernos el honor de sentarse a nuestra mesa? —inquirió a continuación—. Ahora no hay motivo para que no seamos amigos…

El viajero hubiera preferido unirse a la mujer del balcón, a instalarse junto a aquellos tristes y viejos individuos, tanto más por cuanto la dama agitaba extrañamente la cabeza sonriéndole, y haciendo toda clase de gestos divertidos con los dedos, pero la invitación del hombre de las manos quemadas no parecía admitir una negativa. En consecuencia, se inclinó amablemente y fue a ocupar un asiento junto a ellos. Los dos hombres reanudaron inmediatamente su conversación, como si el viajero no estuviera allí.

A través de las incoherentes frases de sus compañeros, el viajero creyó comprender que el hombre de las manos quemadas había ido a buscar inútilmente algo en la plaza del pueblo, «pero ni siquiera había rastros de cenizas», dijo. El anciano, aferrando siempre su bastón de ébano, sacudió la cabeza con más indiferencia que compasión. Súbitamente, dándose cuenta de que había que informar al forastero acerca del tema de la conversación, apartó trabajosamente una mano de su bastón, apuntó un dedo hacia su compañero y explicó:

—Salió de la hoguera medio quemado, pero su alma había sido ya consumida por entero. Desde aquel día la busca entre las cenizas, pero, tal como ha oído usted, dice que ahora ya no hay ni siquiera cenizas. ¿Dónde encontrarla, pues?

El hombre de las manos quemadas suspiró dolorosamente y repitió:

—¿Dónde encontrarla?

El viajero se calló, ya que no conocía ninguna respuesta para aquella pregunta.

El anciano continuó:

—Su alma ardió con sus manuscritos. Habían amontonado todos sus libros a su alrededor, y también sus aparatos. Todo se quemó, pero él sólo ardió de un modo imperfecto y superficial.

El hombre quemado tendió sus manos, con un gesto triste, y, en el lugar de las uñas, había unas duras placas de ónice oscuro.

—Siempre se arde, más o menos —dijo melancólicamente. Y se sumió en la contemplación de sus uñas.

—Yo no creía que un alma pudiera arder con tanta rapidez —insistió obstinadamente el anciano—. Es cierto que siempre está muy mal protegida por el cuerpo, y siempre se inclina a sobrepasar la comodidad de la epidermis.

Una expresión de inconsolable pesar contrajo el rostro de su compañero, lacerado como si un horno de alquimista hubiera estallado ante sus ojos. Bajo una especie de larga levita de paño negro, el cuerpo parecía ser una simple osamenta de crepitantes sarmientos.

—La hoguera fue encendida en uno de los ángulos de aquella plaza triangular —explicó—. Habían vertido pez sobre las ramas secas.

Se calló unos instantes, agotado por aquel abrumador recuerdo.

—Todas las ventanas de las casas estaban llenas de cabezas recortadas que reían, hablaban, cantaban, masticaban, bebían. Algunas incluso se besaban a la sombra de los visillos. Yo veía todo aquello desde lo alto de los haces de leña. Me habían hecho subir a un taburete, además. A los tres lados de la plaza no había ya casas, sino únicamente cabezas, lo mismo que en el interior de la plaza: cabezas apretadas como albaricoques en un plato hondo. Nunca había visto nada tan ridículo. Sólo cabezas, que giraban y se apretaban unas contra otras cuando se agitaba el plato. En primer lugar estallaron los aparatos de cristal; luego, los libros se retorcieron en cien lenguas rojas; finalmente, unas pequeñas serpientes de fuego me mordieron los dedos de los pies.

Mientras el hombre hablaba, la cantante había permanecido silenciosa, inclinada por encima de su balcón. Las llamas de las velas flotaban en el agua oscilante de los damascos rojos. Un loro desvariaba, senilmente, en el fondo de la habitación. La mujer fue a buscarle y le sacó al balcón, erguido sobre su muñeca con el porte orgulloso de los halcones en las miniaturas antiguas. Luego le dejó sobre la florida barandilla, por la cual el animal se paseó silenciosamente, atento y lejano como un funámbulo. Domingo se había sentado en un taburete en un rincón de la sala, y contemplaba con aire enojado a los huéspedes sentados a la mesa, silbándole al mismo tiempo al loro una canción que el animal, despreciativo, se negaba a repetir.

—Cada uno de nosotros pertenece a su propio fuego —dijo el anciano del bastón de ébano—. Usted se acuerda de la hoguera, mi querido amigo, que un día le asó imperfectamente, pero yo me he visto agobiado por el fuego de la tierra, por todos los fuegos de la tierra, durante todos los días de mi existencia. Por otra parte, estoy convencido —añadió, señalando al viajero— de que si este caballero quisiera hacernos confidencias, tendría también cosas singulares que confesarnos acerca del fuego.

—He visto unos volcanes, esta tarde —confesó el viajero—, y una lava, resbaladiza y oscura, que surgía de las grietas del suelo como una familia de serpientes. Y los árboles de aquel valle no tenían flores ni frutos, sino unas bayas de sal, y por sus venas circulaba un jugo ácido. Mientras estaba allí, apareció un jinete…

No se atrevió a continuar. Los dos compañeros se miraron con aire de complicidad. El loro estalló en una risotada, y la mujer le reprendió propinándole unos golpecitos en la cabeza con la punta de los dedos. Domingo abandonó su taburete, abrió la puerta de la posada, miró hacia la calle y volvió a entrar. La atmósfera ardiente, seca y cruel del valle se instaló alrededor de la mesa, con su olor a fuego y a sal.

El anciano del bastón de ébano se estremeció ligeramente. Sus ojos asumieron una expresión meditativa. Inclinó la cabeza hacia sus manos y volvió a estremecerse.

Se oyó el chasquido de sus secas rodillas contra el bastón. Su mirada se apagaba y se encendía, alternativamente. Un gran suspiro levantó sus hombros. Su cabeza osciló. La empuñadura del bastón arrastró a las manos que golpearon el borde de la mesa. Parecía escuchar un sonido que sólo él podía percibir —ya que el viajero no oía nada — y que ascendía del fondo de la tierra.

—Las angustias, las inquietudes, los remordimientos de la tierra —dijo—, le dan un sueño agitado. Se cree que se pasea apaciblemente, en el espacio, pero no, las cóleras y las pasiones le retuercen las entrañas, y se sofoca, solloza, grita. Querría retorcerse los brazos, pero no es más que un torso mutilado, y su corazón le ahoga, ese corazón que rueda de un lado a otro, mortalmente pesado. Y el último aliento de su desesperación sube aquí —señaló su bastón—, y luego aquí —alzó el puño—, y aquí —se tocó el corazón—, y aquí —se golpeó el cráneo con la palma de la mano—. No hay un suspiro de la tierra que no suspire también en mí.

Golpeó furiosamente el suelo con la punta de su bastón y sacudió la cabeza con un aire de reproche. El hombre de la hoguera se inclinó hacia el viajero y susurró confidencialmente:

—No se produce un temblor de tierra, por leve que sea, y en los continentes más lejanos, sin que él lo experimente inmediatamente en su cuerpo. Y no solamente tiembla con la tierra, sino que sabe también, en seguida, cuál es la parte de la tierra que tiembla. Conoce todos los volcanes y los caminos más secretos por los cuales pasan los dolores de la tierra.

El anciano había cerrado los ojos. Una sacudida más fuerte y más prolongada le sacudió de derecha a izquierda hasta el punto de que el viajero temió verle caer y alargó las manos para sujetarle. Su rostro había adquirido el color grisáceo de la piedra y permanecía inmóvil y al mismo tiempo trastornado como una roca que va a estallar.

—Las campanas de los templos empezaron a resonar, todas juntas —dijo finalmente—, y no había nadie que las hiciera resonar. Empezaron a oscilar, por sí mismas, el bronce aullando ya la catástrofe. Unos hombres salieron de sus palacios pintados con laca roja, y cuando las mujeres se movieron hubiérase dicho que el jardín, a su vez, empezaba a correr. Pero el jardín no corrió hasta más tarde, después de que las casas se derrumbaron como cajas de papel, después de que los pinos hubieron despegado, sin esfuerzo, sus raíces del suelo, del mismo modo que uno libra sus pies del fango o de la arena. La ruina de las flores fue terrible, porque el mar venía delante de ellas rugiendo y no había ya aire porque las olas lo sorbían al pasar, y la tierra lamía el agua a lengüetazos inmensos. Un ciervo rompió su cuerda cuando el niño que la sostenía descendió entre los labios de la tierra, y desapareció entre las nubes, más hinchadas aún que las olas. En el extremo de la cuerda había un nudo de papel dorado que las nubes no podían tragar. Finalmente lo digirieron, y el ciervo entró en la beatitud celestial. Siempre sucede así en el Japón —añadió, tras unos instantes de silencio.

La mujer empezó a canturriar de nuevo en su balcón. Su voz, su perfume, su carne tan pálida bajo los volantes abigarrados de su vestido, atraían al viajero, pero éste no sabía cómo alcanzar su habitación. Hubiera podido interrogar a Domingo, si no le hubiese retenido de hacerlo una timidez absurda. Aunque el deseo de acariciar a aquella mujer le parecía impregnado de una culpable futilidad en presencia de aquellos dos compañeros trágicos, el pensar en sus piernas desnudas le proporcionaba un delicioso frescor. Pensaba también en su pecho, en sus caderas, en el movimiento de su cuerpo, en el secreto de su sueño. La miraba desaparecer en su habitación, regresar acompañada de reflejos carmesíes, de sombras rojas que la envolvían: la escuchaba interpelar al loro, que respondía murmurando secos insultos; respiraba el perfume de jardín que danzaba con su vestido, impaciente por conocer los aromas que se expandían en las altas ramas de sus cabellos. Casi había olvidado a los dos hombres sentados enfrente de él. Algo inexpresable le atraía hacia arriba. Iba a abandonar su silla y a aventurarse en la búsqueda de una improbable escalera cuando volvió la cabeza al oír que se abría la puerta.

Ya he dicho que no había vestíbulo, ni pasillo, y que la sala de la posada desembocaba directamente en la calle. Al abrirse la puerta penetró un soplo de noche, con los relinchos y el olor ácido de un caballo sudoroso. Una forma grande y delgada surgió de la sombra y avanzó con aquella vaharada de noche. Un hombre, en el cual el viajero reconoció inmediatamente al jinete de la mirada triste y severa que había encontrado en el valle.

Al verle entrar, los dos huéspedes se habían puesto en pie, bruscamente. Saludaron su paso con una profunda inclinación.

—¿Le conocen ustedes? —preguntó el viajero.

—Es el Príncipe —respondieron los dos hombres en voz baja, acompañando aquellas palabras con una mirada llena de respeto hacia el jinete, el cual se hallaba sentado ya ante una mesa.

La atmósfera de la posada había cambiado después de la llegada de aquel individuo. La mujer se había inmovilizado en el balcón, alzando sobre su muñeca al loro, el cual agitaba silenciosamente su lengua negra en la concha entreabierta de su pico. El silencio se había hecho tan compacto, que se oyeron crujir los pliegues del grueso delantal de Domingo cuando se acercó para servir al nuevo huésped. Le llevó, como a los otros, un pan y una botella de hojalata que depositó con gran deferencia sobre la mesa, sin que el jinete pareciera prestar atención a sus gestos. Tampoco miraba a la mujer que se había detenido a la puerta de su habitación, ni a los tres huéspedes. Sus ojos estaban clavados con aire indiferente en un rincón de la sala donde había únicamente unas flores en un jarrón colocado sobre un taburete. Pero no veía las flores. Tal vez miraba más allá del espacio o dentro de sí mismo. Su látigo, en el suelo, conservaba la inmovilidad peligrosa y sospechosa de una víbora.

El silencio que pesaba sobre la sala de la posada paralizó las confidencias del hombre quemado y del anciano de los temblores de tierra. Los dos tenían un aire

inquieto y se agitaban, preocupados, detrás de su mesa.

La mujer del balcón puso fin a aquella tensión, entrando en su cuarto. Desató las celosías, las cuales cayeron ruidosamente ante la ventana. Los reflejos rojos de su lámpara se apagaron. El loro se había dormido, apretando con una pata uno de los ramilletes dorados de la reja. Gruñía palabras inconexas, como un hombre que sueña.

El viajero, sin pronunciar una sola palabra, había regresado a su mesa y su angustia aumentaba a medida que el silencio se hacía más espeso. Pero, ¿quién se hubiera atrevido a hablar en presencia de aquel rostro severo y triste, cuyos ojos inmóviles permanecían clavados en un rincón de la sala?

Siguiendo aquella mirada, el viajero vio el jarrón de flores colocado sobre el taburete. Y he aquí que, mientras las miraba, aquellas flores rojas se movieron dolorosamente. Se estiraron sobre sus tallos, alargando sus pétalos, como si un dolor insoportable las alcanzara en el corazón mismo de su savia, y empezaron a marchitarse: los pistilos se irguieron en un sobresalto, y luego volvieron a caer, encogidos, desmedrados. Las flores perdían sus colores, morían, se descomponían, y aquello fue tan repentino, tan trágico, que el viajero profirió un grito de sorpresa.

Al oír aquel grito, el hombre quemado y el anciano de los temblores de tierra miraron a su vez el jarrón donde las flores se consumían como si las hubiesen acercado al fuego. Sacudieron la cabeza con aire turbado y, para disimular, uno de ellos se sumió en la contemplación de sus manos, en tanto que el otro hacía girar su bastón entre sus dedos. El jinete, por su parte, no se había movido, pero la extremidad de su látigo vibraba como una lengua, se encorvaba como una garra o un anzuelo.

Algunos pétalos cayeron sobre la madera del taburete, semejantes a gotas de sangre cuajada. El resto de las flores, reducido a una broza amarga y seca, se hundió en el fondo del jarrón. Domingo dormía en su rincón, con los brazos cruzados sobre el pecho. El loro rumiaba imperdonables agravios. La habitación en la cual había desaparecido la mujer alargaba detrás de la protección de las celosías los pasillos tenebrosos, las naves de estalactitas, los lagos subterráneos, las trampas, las maravillas y los abismos de una gruta inexplorable.

Entonces, el jinete movió suavemente la mano a la cual estaba atado el látigo, y la fusta silbó, dispuesta a morder. Estaba aún estirado sobre el suelo de la posada, pero se le intuía capaz de alzarse bruscamente y de coger a un adversario por la garganta, con un rápido salto de cobra. Con la otra mano, el jinete se quitó el sombrero, y se hicieron visibles unos rizos negros que se curvaban como anzuelos sobre sus sienes. Dejó el amplio sombrero de color castaño sobre la mesa y alisó cuidadosamente sus bordes. Todo ello sin apartar los ojos del taburete hasta el momento en que el jarrón que había contenido las flores se rajó bruscamente y cayó al suelo con la broza que había en su interior.

Incapaz de dominar su miedo, el viajero volvió a gritar. Su grito despertó al loro, el cual se puso en pie sobre el cáliz de un yaro de hierro forjado, agitó sus alas y aulló increíbles juramentos exóticos. Detrás de las celosías de la habitación, la luz volvió a

encenderse, reanimando los reflejos sangrientos que descendieron del balcón hasta la sala. Domingo, arrancado a su sueño, profería unos roncos gruñidos de mudo.

El viajero vio que el hombre quemado y el anciano de los temblores de tierra le miraban con piedad. Olvidaban, por un instante, su propio suplicio para acercarse, compasivos, a aquella nueva víctima; quizá con la curiosidad, también, de saber qué ingeniosa tortura le sería infligida. Aquella mirada de piedad condensó súbitamente el vago terror que el viajero experimentaba desde el atardecer.

Sin que su cabeza se moviera, los ojos del jinete rozaron la mesa de los torturados, los cuales, como alcanzados por la punta de una llama, encogieron los hombros, cerraron los ojos, tendieron las manos en un gesto de súplica. Pero la mirada les había ya abandonado, y buscaba a alguien más en la sala. El viajero esperaba el momento en que aquellos ojos se encontrarían con los suyos, dispuesto a recibir el choque de una implacable crueldad, pero, con gran sorpresa por su parte, cuando el rostro del jinete se volvió hacia él y, alzando los párpados, la mirada de los ojos tristes se pegó violentamente a los ojos del viajero, éste no vio en aquella mirada más que una abominable indiferencia. Y comprendió, por aquella misma indiferencia, que no había salvación.

* * *

«Entonces, el Príncipe de la Muerte se levantó…»

La súbita detención del carruaje interrumpió la lectura de la mujer, la cual levantó la cabeza y preguntó, con voz cansada:

—¿Qué sucede?

—Hemos llegado a la posada —respondió el conductor.

El viajero sacudió la cabeza como para aclarar sus ideas. Las calles del pueblo serpenteaban entre unas casas cuyas fachadas parecían excavadas en la propia roca de la montaña. No sabía lo que había sucedido desde que montó en el carruaje. Tal vez se había limitado a escuchar la historia que la mujer acostada en el sofá rojo había estado leyendo a lo largo del camino. La antigua historia del Príncipe de la Muerte.

A través de la puerta entreabierta de la posada se filtraba un agradable olor a carne asada y una acogedora luz. La mujer cerró su libro y se agitó sobre el sofá, arreglando los pesados volantes de su vestido de gitana, sacudiendo los rizos oscuros pegados a sus sienes.

Al ver que el viajero no parecía dispuesto a apearse, el conductor dijo, en tono significativo:

—¡Tenemos aún un largo camino que recorrer antes de llegar a nuestra casa!

Antes de abandonar el carruaje, el viajero volvió a mirar el sofá carmesí sobre el cual se hallaba instalada la mujer del vestido multicolor, la pequeña lámpara colgada bajo el toldo rojo y gris; finalmente, sus ojos se volvieron hacia la calle, hacia la

puerta entreabierta. Se sintió invadido por una alegría infantil. Hubiera querido abrazar a sus compañeros. Se limitó a acariciar la grupa de una mula, la cual relinchó y sacudió sus cascabeles.

—La posada es buena —dijo el conductor—. Encontrará usted en ella todo lo que pueda desear.

Y como para subrayar aquellas palabras, el aroma de las especias y los trinos claros de una mujer que cantaba siguieron al rayo luminoso a través de la calle.

—Muchas gracias. Han sido ustedes muy amables conmigo.

Su dicha era inmensa. Nunca había conocido una exaltación semejante. Como si, un día, hubiese resucitado de entre los muertos. Los ocupantes del carruaje no debían de estar acostumbrados a unas manifestaciones de júbilo tan entusiastas, ya que la mujer le miró unos instantes con expresión de asombro, y el conductor silbó una melodía entre dientes.

—Muchas gracias —repitió el viajero.

Saltó al suelo, con ligereza. Sus pies casi no le dolían ya. La noche era fresca, el viento pasaba sobre las cosas como espuma de agua.

El viajero repitió, una vez más:

—Muchas gracias…

Pero sus compañeros de viaje no le oyeron, ya que las mulas habían partido al galope. Debían de encontrarse lejos, pues no se oían ya los cascabeles ni el chocar de los cascos contra las losas de la calle.

«Soy feliz —se dijo el viajero a sí mismo—. Estoy salvado.»

Tendió el oído, pero ningún rumor llegaba del pueblo dormido. Las casas tenían las puertas y ventanas herméticamente cerradas. Únicamente la posada se entreabría y llamaba con unos cantos de mujer, perfumes de salsas, dedos de alegre luz que se movían sobre el suelo. Iba a encontrar a otros viajeros y a unos campesinos sentados alrededor de las mesas, a unos forasteros que habían vagabundeado y contaban historias de países lejanos. Habría unas mozas de brazos desnudos, que le servirían los platos, y cuyos lechos eran blandos y profundos como sus cuerpos. Y risas, y cantos, y conversaciones, y luego el silencio sagrado de las habitaciones y de los sueños.

El viajero empujó la puerta.

La luz en la sala de la posada era tan violenta que deslumbraba al que llegaba de la calle. Cuando el viajero pudo distinguir lo que había a su alrededor, vio un techo semejante a la carena de un navío del cual colgaban unos fanales, un balcón pegado a la pared, como una araña, con su reja de flores doradas y pintadas, y un taburete sobre el cual reposaban los restos de un jarrón que había contenido flores.

Aquella noche había pocos huéspedes en la posada: dos hombres sentados detrás de una mesa, un anciano vestido de negro con un bastón de ébano entre las manos, y otro roído por las llamas o por los ácidos. Cerca de ellos dormía un mozo que llevaba un amplio delantal de tela gris. Y, a cierta distancia, solo, triste y severo, había un

caballero vestido con un ajustado traje de color castaño y cuya fusta se arrastraba por el suelo.

El viajero lanzó un grito y se precipitó hacia la calle. Pero el paisaje de piedra se deshacía ya a su alrededor y se hundía en la nada, entre pequeños aludes de polvo y de niebla.

DIJO JACK EL DESTRIPADOR

Robert Arthur

Dos semanas antes de la inauguración de la temporada, Atlantic Beach Parle era un pueblo fantasma por la noche, envuelto en un sombrío silencio. La niebla procedente del mar convertía las luces de las calles en unas brumosas manchas amarillas.

En el interior de una amplia habitación del edificio que albergaba a la Cámara de los Horrores de Pop Dillon —*El Supremo Museo de Figuras de Cera*—, una polvorienta bombilla colgada de un largo cordón proyectaba un poco de luz, pero dejaba los rincones llenos de sombras que parecían estar agazapadas, como a punto de saltar. Toda una vida dedicada al negocio del espectáculo había convertido a Pop, un hombrecillo marchito, en una ave nocturna. Ahora estaba repasando su colección de asesinos, estranguladores, criminales y víctimas, a fin de ponerlos a punto para la inminente temporada. Casi todo el trabajo consistía en librar a las figuras del polvo del invierno o en coser los agujeros que las polillas habían hecho en los trajes.

Canturriando en voz baja, Pop apretó ligeramente la corbata de Holmes, el rey de los asesinos de Chicago, cuya extraña afición había consistido en descuartizar a bonitas jóvenes en el sótano de su casa. Luego se acercó a John Dillinger.

—«Rema, rema, batelero» —canturriaba Pop—. «La vida no es más que un sueño.» Hola, míster Dillinger. Tiene usted muy buen aspecto. Pero, su revólver… ¡Está completamente oxidado!

Dillinger no contestó. A veces lo hacía, y a veces no. Dependía de su humor. Pop siempre estaba dispuesto a charlar con una de sus figuras de cera, y había sostenido interesantes conversaciones con algunas de ellas, especialmente con Jack el Destripador, que era un tipo jactancioso por naturaleza. Otras, en cambio, no pronunciaban nunca una sola palabra: pertenecían a tipos silenciosos. Pop no trataba nunca de obligarles a hablar: incluso un muñeco de cera tenía derecho a la introversión, pensaba.

Pop estaba quitándole el polvo a Jack el Destripador, el cual estaba inclinado, empuñando un cuchillo, sobre una víctima femenina, con una diabólica sonrisa en el rostro, cuando oyó que se abría la puerta de la calle.

—¡Pop!

Era Hendryx, un joven policía amigo de Pop. Avanzó hasta situarse dentro del círculo de luz, mientras Pop se volvía.

—Tengo algo que decirle —anunció el agente.

—¿De veras? —inquirió Pop con evidente curiosidad.

—Quiero advertirle de algo que ha sucedido hace un par de horas.

—¿Sí?

—Su antiguo compañero Burke Morgan se ha fugado cuando le conducían a la penitenciaría de Shore Beach.

—¿Se ha fugado Morgan? —El ajado semblante de Pop reflejó una viva contrariedad—. Pero, ¿no tenían que ejecutarle a medianoche?

—Sí. Tuvo la desfachatez de dirigir una petición para que la ejecución fuera aplazada, alegando que no estaba en condiciones para ir a la silla eléctrica. Desde que le detuvieron había estado en la enfermería de la cárcel, quejándose de que le dolía esto o aquello. ¿Qué le parece?

Pop se limitó a sacudir la cabeza.

—Desde luego, el gobernador denegó la petición. Pero, al efectuar las pruebas reglamentarias con la silla eléctrica antes de la ejecución, el director de la cárcel descubrió que no funcionaba. Entonces, el gobernador ordenó que Morgan fuera trasladado a la penitenciaría de Shore Beach, para ser ejecutado allí.

—¿Cómo consiguió fugarse?

—Un camión de gran tonelaje chocó de frente con el coche celular que conducía a Morgan y lo hizo volcar. En el camión iban dos hombres. Después de liquidar a los cuatro guardianes que custodiaban al preso, cortaron la plancha del coche celular con un soplete de acetileno y liberaron a Morgan. He pensado que sería mejor advertirle a usted.

—¡Oh! ¡Tienen que cogerle! —gimió Pop—. Si no le cogen, este verano será una ruina para mí.

—Bueno, ya le he advertido. Los jefes creen que Morgan está herido. Tal vez sea una circunstancia favorable, tal vez no. Ahora, tengo que marcharme.

—¡Todo mi verano! —volvió a lamentarse Pop—. Mire esto, Hendryx: es mi nuevo cuadro. Será una atracción estupenda, pero sólo en el caso de que Morgan sea electrocutado.

Hendryx contempló la reproducción a tamaño natural de una silla eléctrica instalada sobre una plataforma en el centro de la habitación.

—¿Qué significará eso?

—Bueno, estoy haciendo una figura de cera de Burke Morgan. La sentaré en esa silla eléctrica. Parece auténtica, ¿no? La conseguí a un precio muy razonable en aquella tienda de la Race Street que se dedica a alquilar trajes y muebles a las compañías teatrales de aficionados.

—Esa muchacha que sostiene la bandeja representa a Alice Johnson, ¿no es cierto?

—Sí. Y el joven sentado ante la mesa es Pretty Boy Thomas. Es la misma mesa que ocupaba en el restaurante cuando se presentó Morgan, discutió con él y le mató.

—Desde luego, su parecido con Pretty Boy es asombroso, Pop. Diríase que está vivo…

—Voy a llamar a este cuadro «Burke Morgan, el Perdonavidas Jactancioso, Electrocutado mientras Sus Víctimas asisten a la Ejecución».

—Una buena idea, Pop. Pero ahora voy a marcharme. Sólo quería advertirle. Si oye usted a alguien que trata de entrar aquí, será mejor que nos avise rápidamente.

—Ese Burke Morgan es un vanidoso. Siempre alardeando de lo mucho que había leído acerca de crímenes y criminales…

—Sí, así es Morgan —asintió Hendryx.

—¿Sabe lo que me dijo en cierta ocasión? Que otros criminales eran analfabetos o poco menos, y que por eso les cogían. Y me dijo que él había matado a doce hombres —toda una docena— y que nunca habían sospechado de él.

—Bueno, Pop. Tenga mucho cuidado.

Hendryx se marchó. Pop parecía estar algo preocupado mientras se acercaba a la mesa del restaurante, cuidadosamente puesta. Un joven de facciones correctas y cabello rizado estaba sentado a la mesa, como si almorzara. Pop empezó a frotar la vajilla con un paño.

—Así es la vida, Pretty Boy —suspiró—. Preparas un cuadro magnífico, destinado a un gran éxito, y a Burke Morgan se le ocurre fugarse. Aunque tal vez pueda salvarlo… reproduciendo el momento del asesinato, cuando Morgan disparó sobre ti en el momento en que estabas comiendo unas ostras. ¿Cuál fue el motivo de vuestra discusión?

Esperó, pero Pretty Boy no contestó. Probablemente Pretty Boy estaba también preocupado por la fuga. Naturalmente, prefería formar parte de un cuadro en el cual se electrocutara a Morgan que en otro que reprodujera su propia muerte violenta.

Pop se volvió hacia la figura de cera de Alice Johnson, una muchacha esbelta de cabellos castaños y ojos más bien pensativos, la muchacha que había sido testigo del asesinato. Pop estiró el delantal de Alice, se aseguró de que la bandeja estaba bien sujeta. Luego ahuecó los cabellos de la muchacha.

—Estás muy guapa, Alice —dijo.

Le pareció oír que la muchacha decía «Gracias», pero no podía estar seguro. Alice era sumamente tímida y, cuando hablaba, su voz no pasaba de ser un susurro.

Pop continuó:

—Si no hubieras gritado, Alice, Morgan no se habría dado cuenta de tu presencia y no habría disparado contra ti. Vamos, vamos, no pongas esa cara. Ya sé que es un recuerdo penoso, pero aquí serás feliz, Alice, de veras. Este verano conocerás a millares de personas, y todas te admirarán, ya verás. Y, después de todo, gracias a tus gritos atraparon a Morgan.

Discretamente, Pop dejó que Alice recobrara la serenidad y avanzó, plumero en mano, hacia el rincón más oscuro de la estancia. Allí se detuvo. La figura que estaba allí de pie se encontraba fuera de lugar.

—Vamos, Burke Morgan —dijo en tono de reproche—, ¿qué estás haciendo en este rincón?

—No te excites, Pop —dijo la figura en voz baja—. No me obligues a matarte.

La expresión de Pop se hizo más severa. Sus figuras podían hablar, pero no les estaba permitido amenazarle.

—No hables así, Morgan —dijo—, si no quieres que te encierre una semana en

un armario oscuro. Además, aún no estás terminado. De modo que lo mejor será que vuelvas al taller.

La figura avanzó unos pasos, empuñando un revólver.

—Soy yo, Burke Morgan en persona —dijo la voz, extrañamente cultivada—. No irás a creer que uno de tus muñecos puede hablar contigo…

—Desde luego que lo creo —replicó Pop, dándose cuenta de que tenía delante a Burke Morgan en carne y hueso. Al parecer, se había introducido en la Cámara de los Horrores para ocultarse—. Casi todos ellos me hablan. En especial, Jack el Destripador y Billy el Niño. Les gusta mucho hablar. En cambio, Jesse James no dice nunca nada. Creo que está furioso porque la gente no le dedica ya demasiada atención.

—Cierra el pico, Pop. Estás hablando más de la cuenta. —Morgan palpó los bolsillos de Pop y luego se guardó su propio revólver—. Si quieres conservar el pellejo, será mejor que hagas lo que yo te diga.

—Desde luego, Morgan, desde luego —prometió Pop—. Todos te obedeceremos. No queremos salir perjudicados. La mayoría de los que están aquí, excepto yo, han sido muertos ya una vez, y no quieren repetir la experiencia.

—Los polizontes tienen rodeado este lugar. Y yo estoy herido en el hombro. He de llegar al escondite que mis amigos me han preparado. Por eso he venido aquí.

Pop sacudió la cabeza con aire de duda.

—No creo que puedas salir. La policía reconocerá inmediatamente ese traje de penado.

—Exactamente. Sin embargo, no creo que otro polizonte les llame la atención, ¿comprendes? Tú tienes aquí media docena de muñecos que llevan uniforme de policía. Quiero uno de esos uniformes.

—Una buena idea, sí, señor. —Pop tendió el oído—. Todos opinan que es una buena idea, Burke. Jack el Destripador dice que eres un tipo muy listo.

—No me importa lo que opine Jack el Destripador —replicó desdeñosamente Morgan—. Para sobresalir en cualquier aspecto, un hombre ha de tener cerebro e imaginación, Pop, y yo tengo las dos cosas. Por eso estoy ahora aquí, en vez de encontrarme en la penitenciaría, a punto de sentarme en la silla. Ahora, manos a la obra… ¡Mi hombro! Tendrás que cortar la manga de mi chaqueta.

—¡Oh! No quisiera tener que hacerlo. Verás, si puedo hacerme con ese traje de penado sin cortar, mi cuadro tendrá mucho más realismo. Podré anunciar, sin faltar a la verdad, que llevas el mismo traje que vestías cuando te fugaste, la noche en que ibas a ser electrocutado.

—Pop, no me hagas perder la paciencia. El médico de la cárcel dijo que el enfurecerme era muy perjudicial para mí, y por eso procuro conservar la calma. Me tiene sin cuidado que este negocio te haya desquiciado hasta el punto de que creas que tus muñecos hablan contigo, pero no trates de hacerme ninguna jugarreta.

—¡Oh! No sólo hablan conmigo —explicó Pop—, sino que se hablan el uno al

otro. Debiste oírles la noche que mataste a Pretty Boy y a Alice Johnson. Estaban excitadísimos… ¡Oh! Lo siento. Voy a cortar la manga de ese traje y no diré una palabra más.

—¡Pop! —La palabra resonó como un pistoletazo—. ¡Alguien está abriendo la puerta de la calle!

—Probablemente es Hendryx, que ha terminado su ronda —dijo Pop—. No puede ser nadie más.

—¡Procura librarte de él!

El hombre alto, de ojos azules —un azul desvaído—, fue a unirse a un grupo de figuras reunidas alrededor de una mesa de póquer. Una de los jugadores era Jesse James. Detrás de él, Howard, su asesino, empuñaba un revólver. Morgan se inmovilizó junto a la mesa, como si fuera un espectador más.

—Me quedaré aquí hasta que Hendryx se haya marchado —susurró—. No olvides que os estaré apuntando. Un paso en falso, y el polizonte y tú pasaréis a engrosar la nómina de este cementerio tridimensional.

—Tendré cuidado —prometió Pop—. Atención: tenéis que prometerme todos que no haréis el menor ruido. Especialmente tú, Billy el Niño. —Levantó la voz—: ¿Es usted, Hendryx?

El agente entró en la habitación.

—Sólo quería advertirle de nuevo, Pop. Morgan fue visto cuando entraba en el parque de atracciones, hace una hora. Vamos a registrar el lugar pulgada a pulgada. Tenemos órdenes de tirar a matar.

—¡Oh, por favor, no le maten! Si le cogen vivo, irá a la silla eléctrica y entonces podré utilizar mi nuevo cuadro.

Se produjo un leve sonido, un breve movimiento. El joven Hendryx clavó la mirada en el grupo de muñecos reunidos alrededor de la mesa de póquer.

—¡Pop, uno de esos muñecos se ha movido!

—¡Oh, imposible! Les he hecho prometer que no se moverían.

Pero Hendryx había empuñado ya su revólver y avanzaba hacia la plataforma donde se asentaba la mesa. Apenas había dado un par de pasos cuando el fogonazo de un 38 iluminó los rostros de cera de varias figuras, revelando en ellos una mueca de excitación y de horror. Alcanzado por el disparo, Hendryx gimió débilmente y se desplomó, boca abajo.

Pop se quedó muy quieto.

—Será mejor que te marches, Morgan —dijo—. Aun suponiendo que la policía no haya oído el disparo, no tardará en presentarse, puesto que está registrando todo el parque. Encontrarán a Hendryx y te encontrarán a ti, ya que aquí no hay ningún lugar donde poder ocultar el cadáver ni ocultarte tú.

—Yo opino lo contrario, Pop —dijo Burke Morgan—. De modo que voy a quedarme. En primer lugar, coge tres o cuatro muñecos vestidos de policía y amontónalos en un rincón. Si alguien te pregunta, dile que tienes que llevarlos a

reparar al taller. Desde luego, los muñecos cubrirán a ese fiambre.

—Una buena idea, sí, señor —admitió Pop—. El doctor Crippen, el envenenador inglés, opina que es una buena idea. Pero, ¿qué vas a hacer tú?

—No te preocupes por mí, Pop. ¡No olvides que tengo imaginación! Cuando se presente la policía, estaré preparado. Y no trates de jugarme una mala pasada, si no quieres terminar como Hendryx. Ahora, manos a la obra. Arrastra ese cadáver hasta un rincón, y amontona unos cuantos muñecos sobre él.

—Sí, Morgan, lo haré. Y no diré una sola palabra a la policía. Esto cuenta para el resto de vosotros. —Pop levantó la voz—. Si viene la policía, ni una palabra acerca de esto, ¿entendido?

Esperó unos instantes, y luego asintió.

—Lo han prometido, Morgan —dijo—. Incluso Billy el Niño lo ha prometido. Lo harán por mí. No dirán ni una sola palabra.

—Mantenga los ojos bien abiertos, Pop —dijo el inspector de policía, mientras se encaminaba hacia la puerta—. Si oye algo, toque el silbato que le he dado. Vendremos inmediatamente. Morgan no puede andar muy lejos de aquí.

—Lo haré, inspector —dijo Pop Dillon, procurando ocultar con su cuerpo a la figura sentada en la silla eléctrica: una figura con el rostro cubierto por un paño negro, una placa metálica pegada a la cabeza, y brazos y pantorrillas atados a la silla.

—Buenas noches —dijo el inspector Mansfield, y se marchó, siguiendo a sus hombres.

Cuando la puerta se hubo cerrado, la figura sentada en la silla eléctrica se movió. Burke Morgan levantó los falsos vendajes que parecían atar sus brazos y piernas. Echó hacia atrás la placa metálica que tenía en la cabeza y levantó el paño negro que cubría su rostro. Hizo una mueca de dolor respondiendo a una punzada del hombro herido.

—Parece que hayan estado aquí una hora —dijo—. Menos mal que tenían prisa: el hombro empezaba a dolerme de un modo insoportable. Pero ya has visto que mi treta ha dado resultado.

—Un truco excelente —convino Pop—. Pero, ¿qué vas a hacer ahora? Si sales de aquí, incluso disfrazado de policía, te reconocerán. Hay demasiados agentes.

—Yo no opino igual. Pero, de todos modos, voy a quedarme aquí un par de horas más, hasta que se marchen a otra parte del parque. Si entra alguien, utilizaremos el mismo truco. Me quedaré en esta silla, y tú puedes sentarte ahí, en tu vieja mecedora. Esperaremos juntos, Pop.

Pop se limitó a asentir. Le pareció oír que Jack el Destripador preguntaba: «¿Y qué piensa hacer contigo cuando se marche, Pop?» Pero no juzgó oportuno repetirle la pregunta a Burke Morgan.

—Apaga esa luz —ordenó Morgan—. Saben que te quedas aquí y que no puedes

dormir con la luz encendida.

Obedientemente, Pop apagó la luz. El hombre sentado en la silla eléctrica maldijo en voz baja.

—¡Pretty Boy Thomas y la muchacha! —exclamó—. ¡Sus rostros brillan en la oscuridad!

—Fósforo —explicó Pop, mientras se instalaba en su vieja mecedora—. Se supone que son fantasmas, contemplando tu ejecución. Tendrías que oír el discurso que he preparado. Es muy dramático.

—¡Basta de charla! —gruñó Morgan.

Pop se retrepó en su mecedora. No era la primera noche que pasaba en ella. Contempló a Morgan tratando de relajarse en la rígida e incómoda silla eléctrica, y se dio cuenta de que el hombro del asesino le dolía cada vez más…, mucho más. Morgan empezó a removerse, intranquilo.

—Ese individuo está sufriendo la ansiedad de los toxicómanos —susurró el doctor Crippen—. Morfina, supongo.

—Mal asunto —intervino Dillinger, en tono frío, profesional—. Probablemente le inyectaron después de herirle, y ahora necesita otra dosis.

Pop asintió en silencio. Había conocido a demasiados adictos en el negocio del espectáculo para no reconocer los síntomas. Burke Morgan estaba sufriendo. Pero Pop no podía hacer nada para remediarlo. Cerró los ojos. Su respiración fue haciéndose más profunda, más regular. Al cabo de unos minutos empezó a roncar.

El hombre sentado en la silla oyó los ronquidos y frunció el ceño. El hombro le dolía de un modo insoportable. El sudor empapaba su frente. Sus manos temblaban. Deseó aullar, maldecir, abrirse paso a tiros a través del cordón policial.

Pero no hizo nada. Sabía que lo peor que puede hacer un hombre era actuar impulsivamente. Había matado a Pretty Boy Thomas impulsivamente, y le habían cogido. Ahora estaba dispuesto a permanecer inmóvil en la silla, y nada quebrantaría aquella decisión. Trató de distraer su mente.

Había estado aquí, en el museo de figuras de cera de Pop Dillon, muchas veces. Ahora, en medio de la oscuridad apenas rota por la claridad de uno de los faroles de la calle que penetraba a través de las ventanas, notó la presencia a su alrededor de las figuras de asesinos, estranguladores, criminales y víctimas. Experimentó la sensación de que estaban a punto de hablar, de moverse. No era de extrañar que Pop, después de tantos años, oyera hablar a los muñecos. Burke Morgan se encontró a sí mismo esperando que una voz quebrara el silencio.

«Morgan…»

Casi podía jurar que había oído pronunciar su nombre.

«Burke Morgan…»

¡Lo había oído!

A la leve claridad vio a Pop dormido en su mecedora, con los labios entreabiertos mientras roncaba.

Burke Morgan se pasó la lengua por los labios. El ansia de morfina se había convertido en una obsesión. No debió dejarse inyectar cuando le sacaron del coche celular. Claro que había sido un alivio…

Trató de dar un giro a sus pensamientos. Su fuga había sido una proeza. Se necesitaba imaginación para pensar en sobornar a un electricista a fin de que inutilizara la silla eléctrica, previendo que aquello significaría el traslado a otra prisión…

«Burke Morgan…»

Esta vez lo había oído claramente, pero sabía que el nombre había resonado en su cerebro, no en sus oídos. El rostro fosforescente de Pretty Boy Thomas parecía sonreírle.

«¿Qué sensación se experimenta mientras se espera que pulsen el interruptor, a medianoche? ¿Qué impresión produce saber que sólo nos quedan un par de minutos de vida?»

Morgan apretó fuertemente los labios, dándose cuenta de que había estado a punto de contestar. Así es como enloquecía uno, contestando a unas voces que no existían. El silencio se hizo más intenso.

«Él no lo sabe.» Ahora hablaba una muchacha. Morgan miró a Alice Johnson y hubiera jurado que veía moverse sus labios. «Dile que sueña que está libre y lo comprenderá.»

«Eso es, Burke —y esta vez Morgan reconoció la voz de Pretty Boy—. Estás soñándonos. Es casi medianoche y necesitas un pinchazo, y te han atado a la silla eléctrica. No puedes soportar la idea de morir, de modo que sueñas que te has fugado. Pero no es cierto.»

Burke Morgan cerró la boca, conteniendo la respuesta que había estado a punto de dar. Había oído hablar de que los condenados a muerte, en el momento fatal, imaginaban que estaban en libertad. La mente evadiéndose de la realidad… Pero esto era real. No se trataba de ningún sueño.

Se mordió los labios hasta hacerse sangre, y los rostros de Pretty Boy Thomas y de la muchacha cesaron de estar vivos, volvieron a convertirse en simples máscaras de cera.

De nuevo el silencio…

«Casi es medianoche», dijo Alice Johnson, y Morgan dio un respingo.

«Dentro de unos instantes se reunirá con nosotros —dijo Pretty Boy—. Escucha, van a dar las doce en el campanario.»

Efectivamente, la primera campanada de las doce vibró en el aire, y para Morgan fue como el tañido de una campana doblando a muertos. Doblando a muertos por él.

«Se acerca el momento —continuó Pretty Boy, en tono casi amable—. Cuando suene la sexta campanada, pulsarán el interruptor y tres mil voltios penetrarán en tu cuerpo, quemarán tus nervios y harán estallar tu cerebro. Escucha…, la cuarta campanada…, la quinta…»

Burke Morgan creyó oír todo un coro de voces contando:

Cuatro…, cinco…, seis…

Burke Morgan saltó salvajemente. Profirió un solo grito, y le pareció que un centenar de gargantas lo repetían. Luego, silencio, oscuridad…

Pop Dillon se retrepó en su vieja mecedora. No tardarían en presentarse los reporteros y los fotógrafos. Al día siguiente, los periódicos publicarían columnas enteras acerca de la Cámara de los Horrores. Sí, sería un verano estupendo. La policía se había marchado ya, llevándose los cadáveres de Burke Morgan y del pobre Hendryx, los cuales quedarían inmortalizados en cera en la Cámara de los Horrores.

«Pop. —Era la voz de Pretty Boy Thomas…, sí—. Fue una buena jugada, Pop. Incluso a mí me pareció que era mi propia voz.»

«Lo mismo digo.»

Aquélla era Alice Johnson: su voz, tímida, suave, resultaba inconfundible.

—Bueno, a fin de cuentas, la cosa no tiene tanto mérito —respondió Pop, modestamente, aunque satisfecho por el elogio—. Durante más de diez años, trabajé en un gran espectáculo como ventrílocuo. Y no lo hacía del todo mal.

«Lo has hecho muy bien. —Esta vez era Jack el Destripador—. Me estaba preguntando si utilizarías aquella lluvia de chispas con la que piensas impresionar a los espectadores, cogiéndoles por sorpresa.»

—Sí —respondió Pop—. Estuve calculando si le desconcertaría el tiempo suficiente para que yo pudiera escapar…

«Desde luego, ignorabas que Morgan padecía del corazón —intervino el doctor Crippen, el envenenador, en tono profesional—. Pero la combinación de su ansiedad por la droga, la enorme tensión y un corazón débil, acabaron con él. En tu propia silla eléctrica.»

«Recibió lo que merecía —gruñó Dillinger—. Si hubiera tenido balas de verdad en mi revólver, te hubiera ahorrado la molestia.»

«Es preferible que haya terminado así —dijo Billy el Niño—. Tendremos un gran verano. La gente acudirá como moscas a la miel.»

«¡Vendrán a verme *a mí*, espantapájaros, no a ti!», gritó una voz, y un repentino y asombrado silencio llenó la amplia estancia.

Pop Dillon abrió los ojos, desconcertado, y contempló la figura de Burke Morgan, que había venido a sentarse en la silla eléctrica, esperando a los fotógrafos.

—Ésa no es forma de hablar, Morgan —le reprochó severamente Pop—. ¿Apenas has muerto y ya estás fanfarroneando?

«Es cierto, y tú lo sabes —insistió Morgan—. La gente vendrá a ver la silla eléctrica en la cual fallecí, en el preciso instante en que tenía que cumplirse mi sentencia de muerte.»

Pop estaba a punto de contestar cuando Jack el Destripador tomó la palabra:

«Déjale que hable todo lo que quiera —dijo Jack—. No le contestes y ya se cansará de que no le hagan caso. No importa lo que la gente venga a ver, porque lo que es bueno para uno de nosotros es bueno para todos. ¿Qué pasaría si Pop se cansara del negocio, por ejemplo? Seríamos vendidos, fundidos…, *asesinados*.»

Hubo un pequeño murmullo en toda la estancia, expresando una evidente ansiedad.

—Bueno, muchachos, calma —dijo Pop—. Por ahora no pienso retirarme. Pero quiero que este verano os portéis mejor que nunca. Éste tiene que ser nuestro mejor verano, ¿entendido?

Desde luego… Desde luego… Desde luego…

Pop cerró los ojos, satisfecho. Daba gusto trabajar con aquellos muchachos.

Antes de quedarse dormido, oyó el susurro de numerosas voces en la oscuridad. Todos comentaban los acontecimientos de aquella noche.

Incluso Jesse James.

UNA GRACIA DIVINA

William Sansom

La hora que precede al crepúsculo, cuando los pájaros empiezan a susurrar en los árboles, cuando la cálida tarde se hace vieja y fría. La casa se erguía vacía a través del jardín. Algunas ventanas estaban cerradas, otras abiertas; pero a medida que el sol descendía a la izquierda y detrás de la casa, aquella parte del jardín iba sumiéndose en la sombra. Cada una de las ventanas, abiertas o cerradas, ofrecía un rectángulo negro sin reflejo. Sus blancos marcos subrayaban aquella rigidez negra, y en el interior no se veía ninguna cortinilla…, ya que las cortinillas eran oscuras como las nuevas sombras que ahora se introducían furtivamente en las ocultas habitaciones. A la cálida luz del atardecer, el césped —alto y sin cortar— tenía un brillo verde líquido; la luz resplandecía a través del tegumento transparente de cada hoja verde, aunque los tallos más altos semejantes a lanzas emplumadas estaban barnizadas con el oro viejo del sol. El césped conducía directamente al porche, con sus esbeltas columnas blancas, y sus blancos enrejados de hierro por los cuales trepaban las enredaderas. Desde aquel porche acechaban cuatro ventanas negras, y en el centro se alzaban dos altas puertas encristaladas revelando una gran boca de oscuridad entre los otros ojos oscuros y ciegos. En aquel aire inmóvil, la casa aislada y vacía parecía en cierto sentido estar moviéndose dentro de sí misma. Uno recordaba que aquél no era ningún lugar desierto…, que estaba amueblado con cosas perfectamente conocidas, que únicamente por la noche estaba vacío de gente. Las vibraciones de vida no la habían abandonado nunca. Parecía esperar, simplemente, entregada en silencio a muchas ocupaciones invisibles: acumulando quizás un poco de polvo, hundiéndose una millonésima de milímetro en el suelo, ora dilatándose con el calor, ora contrayéndose de nuevo. Parecía preocupada por mantenerse en pie, dispuesta para el regreso de sus hijos, siempre esperando.

Entretanto, el sol se extendía sobre un cielo que iba ensanchándose con el enfriamiento del día. Tales atardeceres, tranquilos y claros, sin nubes y de una prístina belleza, pueden parecer menos ciertos que el recuerdo de otros momentos semejantes, inmovilizados en el pasado, irrecuperables. Son imperfectos en sí mismos…, ya que los otros atardeceres perdidos se visten con un ropaje de perfección. La entidad de tales momentos está hecha de tristeza, de las palabras «nunca más»; albergan una perdida melancolía que no resulta desagradable, sino que es apta para ser saboreada, bebida como una porción narcótica que aporte el olvido, ya que los recuerdos de esa clase no son más que el fantasma de una esperanza, los restos de anhelados atardeceres del primer verano ahora recordado, esperanzas que quizá nunca se realizaron pero que en sí mismas se convirtieron en la savia de la vida y que incluso ahora, como recuerdos, continúan vigorizando con una sombra al menos de su antigua ambición.

Pensando así…, considerando que, después de todo, esos melancólicos misterios

no son nunca demasiado extraños sino que tienen su explicación —a menudo en simples términos de esta o aquella decadencia biológica—, pensando y mirando ociosamente a través del césped hacia la casa, quedé súbitamente sorprendido al no ver como antes el recuadro vacío y oscuro de las abiertas ventanas, sino la figura de una mujer enmarcada por la misma oscuridad interior. Parecía vestir de blanco, un ancho sombrero blanco y un blanco vestido floreado que llegaba al suelo. A la distancia a que yo me encontraba, parecía un vestido cortado a la moda de hacía algunas décadas, y pensé que se trataba de alguna visitante que había acudido a recabar ayuda para alguna obra benéfica, alguna anciana feligresa que llevaba un vestido estrenado hacía muchos veranos. Estaba a punto de dar a conocer mi presencia, cuando la figura se movió, avanzó, y vi quién era. Un perro danés, de gran tamaño, salió detrás de ella. Les reconocí a los dos. Me senté. Eran mi tía Hester y el perro *Daniel*. Los dos habían muerto hacía más de treinta años.

Conocía perfectamente a tía Hester y a *Danny*. *Danny* era el perro de mi padre, un compañero íntimo; tía Hester no era una verdadera tía, sino una vecina, amiga de la familia, que a menudo cuidaba de mí durante las ausencias de mi madre (recuerdo perfectamente su velo, sus sombreros adornados con plumas blancas, el aire de perfume que la envolvía y la atmósfera extrañamente excitante de los muebles de su casa, tan distintos de los nuestros. Supongo que tía Hester pudo haber representado la primera imagen de una mujer que no fuera mi madre, exótica e intoxicante incluso para un chiquillo). De modo que, conociéndoles tanto, su aparición no me produjo la menor extrañeza, de momento. Mi mente estaba demasiado familiarizada con ellos. La muerte no puede envejecer, ningún cambio puede afectar a la forma del recuerdo: así que aquel cuadro, momentáneamente realizado después de una pausa de varias décadas, apenas resultaba anormal. Hasta que intervino la razón para decir que estaban muertos.

Recordé las viejas historias: «¡Pellízcate!» Lo hice. Nada cambió. Tía Hester continuó andando por el césped, seguida de *Danny*, y luego se detuvo junto a unos macizos de flores. Miraba hacia mí, aunque no directamente: más bien a los árboles que se erguían detrás de mí. Tenía la impresión de que tía Hester estaba mirando a través de mi cuerpo, en vez de ser yo el que miraba a través del suyo, como hubiese sido de rigor, de acuerdo con la tradición. Tía Hester no era transparente, desde luego, sino tan compacta como había sido siempre; el sol alcanzaba a brillar pálidamente en la copa de su sombrero blanco, y tía Hester proyectaba una oscura sombra a lo largo del suelo, o a su derecha.

Luego —a través de la misma ventana— salió míster Chisholm. Con sus largas y arqueadas piernas embutidas en unos pantalones de franela, y una camisa a rayas. Con su bigote castaño rompiendo la monotonía de su rostro mofletudo y rubicundo, y una leve expresión exasperada en su ojos. También él estaba muerto.

Pero apenas había observado su presencia cuando mi tía verdadera, tía Connie, salió de la casa. Avanzó, se detuvo, y se unió a los otros dos. Ninguno de ellos

parecía tener conciencia de la presencia del otro, no intercambiaron ninguna palabra, no se saludaron. Connie era la tía del hueso. En su alacena, detrás de sus quesos, decía que guardaba un largo y delgado hueso blanco. De cuando en cuando me había aterrorizado con él. Sus oscuros cabellos amontonados sobre la fruncida frente, sus pálidos ojos rodeados de círculos azulados, sus largos dientes: los mismos que había abatido sobre mí cuando estaba a mi cuidado y descubría alguna travesura mía. «Bueno —decía en tales ocasiones—. Bueno, ¿quieres probar mi hueso? ¿Quieres saber qué gusto tiene el hermoso hueso blanco de tía Connie? —Luego una pausa y, más lentamente—: Voy… a… buscar… mi… HUESO.» Pero tía Connie estaba tan muerta como los otros, dormía desde hacía mucho tiempo debajo del ángel de granito.

Luego surgieron las formas de Ella y Bridie, más rápidas que las otras, como si sus negros uniformes y sus tocas blancas pudieran ensuciar el aire, la senda de dueños y amas. Se detuvieron, juntas, apartadas de los otros y ligeramente detrás. Y a renglón seguido, como persiguiendo a sus criadas, salieron mi padre y mi madre, llevando de la mano a mi hermana May. May había muerto en un incendio, una noche, en una casa de huéspedes de la costa. No tenía más que dieciséis años. Mi padre y mi madre habían regresado de un concierto para encontrarse con el fuego ya moribundo. Mi padre se colocó en el centro del grupo, con mi madre a su lado, más pequeña que él, pálida y encogida junto a su robusto marido. Mi padre estaba muy erguido, con sus cabellos y su barba tan negros como siempre, sus seis pies de estatura y su gran corpulencia dándole el aspecto de un inmenso carnicero vestido de negro, un hombre de recia musculatura y sangre ardiente, seguro de la firmeza de su pulso.

Estaban en línea: tía Hester, *Danny*, míster Chisholm, May, mi madre, mi padre, tía Conny y Ella y Bridie. Permanecían inmóviles, aunque eran completamente reales; podía captarse una sensación de vida alrededor de cada una de las figuras, como si más allá de la visión inmediata se intuyera una leve respiración, una emanación de aliento que puede ser captada en el durmiente más inmóvil, pero nunca en un muerto. Y desde cada una de ellas, más oscuras que la sombra más luminosa del porche, se extendían longitudes de sombra sosteniéndolas contra el dorado reflejo del sol poniente. Como una fotografía a contraluz.

Resulta difícil expresar la aceptación de aquellos muertos míos que experimenté en aquel momento. ¿Puede recordarse, como ejemplo, algún episodio insólito casi paralelo, y el modo en el cual la sensación de ignorancia personal lo sitúa, en el primer instante de sorpresa, dentro del plan razonable de la existencia normal? Digamos…, uno está sentado en una barca anclada en la orilla de un río. Es su barca. Los remos reposan en la chumacera; la barca está inmóvil. Uno está inmóvil, gozando del sol, profundamente abstraído. Súbitamente, una figura se interpone entre uno y el sol. Respirando pesadamente, esa figura sube a la barca de uno, la desamarra, empuña los remos… Con los ojos completamente abiertos uno ve que es un anciano que lleva un jersey azul de pescador, que introduce los remos en el agua y que la barca empieza

a deslizarse por el río. El hombre rema. No dice nada. En un momento determinado le mira a uno y, sin sonreír, seriamente amable, hace un gesto de asentimiento con la cabeza. ¿*Qué* es lo que hace uno? Corresponder a su gesto, sencillamente, asintiendo a su vez. No hay otra respuesta. Uno puede creer que podría decir: «¿Y quién diablos se ha creído que es usted?», o, «Se ha equivocado usted de barca». O algo por el estilo. Pero eso sería absurdo, uno no puede decir nada semejante, ya que la absoluta seguridad de propósito del hombre, su pasiva calma, la falta de todo gesto efusivo por su parte, la aceptación de uno mismo implícita en su asentimiento hacen imposible toda pregunta. Uno admite que es él quien está en lo cierto. Probablemente es uno el que ha cometido algún error. De modo que, a pesar de que no existe ningún motivo racional para ello, uno decide esperar. Entonces —exactamente entonces— se produce la aceptación. Ningún motivo consciente la justifica. Pero, puesto que uno admite que su acto es correcto, admite al mismo tiempo que en alguna parte, más allá de las posibilidades de comprensión inmediata, existe un motivo completamente lógico para su visita a la barca de uno. Uno debe presuponer su propia ignorancia, atribuirle al hombre un lugar, cierto aunque inconcreto todavía, en el esquema de las cosas. En realidad, aunque tal vez interrogándose acerca del motivo exacto, uno lo ha aceptado. De modo que se limita a dejarse llevar.

Resulta, desde luego, que unos minutos antes, cuando uno agitó la mano para espantar una mosca, aquel hombre, que era el barquero de aquel trozo de río, creyó que el gesto iba dirigido a él. No esperaba ser acogido con ninguna palabra: la región era taciturna, y los visitantes se mostraban silenciosos, adoptando un aire de superioridad con los nativos. Además, tenía un tumor en el paladar. Y, piénsese lo que se quiera, aquel tumor era la única extrañeza concurrente. Pudo haber sucedido, y sin duda sucede cada día, sin tales tumores.

De un modo semejante, por tanto, era necesario aceptar durante aquellos primeros momentos de perplejidad el fenómeno de aquel grupo de personas muertas. Mirándolo retrospectivamente puede parecer que se trataba de un caso de «aceptación» más difícil. Pero no es así. La impresión de la aparición repentina era la misma; la ausencia de toda relación con la normalidad; la pasiva seguridad de su presencia; el primer momento de interrogación a los propios sentidos…, en realidad, de admitir que estaban en lo cierto. De modo que, por extensión, solo en el jardín y a aquella hora crepuscular, la suposición inmediata fue la de que tal vez yo mismo era una ficción de mi propia imaginación, que mi adolescencia era un sueño, que aquellos adultos estaban tan vivos como lo habían estado siempre. E incluso después de confirmar mi adultez por la camisa y los pantalones materiales que había debajo de mis ojos, sólo podía estar seguro de que si aquellas personas estaban realmente muertas, lo que fallaba era mi propio concepto de que la muerte significaba desaparición. En aquel solitario momento, ¿qué es lo que tenía yo, en realidad, para probar que la muerte significa que ellos no debían encontrarse allí? Una idea en mi cerebro, simplemente. ¿Instinto? Allí no había nada para confirmar el instinto.

Ninguna carta escrita, ninguna orden, nadie a mi lado para convenir conmigo en que yo tenía razón y ellos estaban equivocados. Me encontraba solo —esto es importante —, solo en un jardín desierto, y con una mente impresionada y, en consecuencia, poco digna de confianza.

De modo que allí estaban, nueve antiguos amigos en hilera. Si estaban tan inmóviles, es que existía un motivo para ello. Parecían esperar. Esperar, ¿qué? No podía saberlo, aunque aquella especie de pausa parecía encerrar una amenaza. Esperaban, en realidad, que ocurriera algo. ¿Algo que crecía dentro de ellos mismos? ¿Una silenciosa aversión reuniendo fuerzas para un ataque imprevisto? ¿El delgado hueso de tía Connie? ¿El temible cuchillo de carnicero de mi padre? ¿La melancolía de mi querida e inalcanzable Hester? El crepúsculo se estaba espesando, intensificándose como las silenciosas sombras malva, en los corazones muertos de aquellas nueve personas…

Las moscas de agua danzaban en el aire inmóvil del atardecer. Empezaba a caer el rocío. Las hojas, las sombras cada vez más profundas, se humedecían. Una especie de vacío, precursor de la larga noche muerta, llenaba el mundo. Bruscamente, el sol desapareció. La fotografía dejó de ser un contraluz. Los vestidos blancos empezaron a brillar, en tanto que los oscuros se fundían con las sombras circundantes. La prolongada tensión había embotado mis sentidos, que ahora estaban tensos como un caballo largo tiempo refrenado y que está ansioso por emprender una veloz carrera…

Y en aquel preciso instante, otra figura salió por la ventana, bailando, contoneándose… ¡Absurdamente pequeña, rolliza, púrpura y sonrosada! Simultáneamente, el sol volvió a brillar: se había ocultado detrás de una chimenea. Con un estallido de risa, la figura recién aparecida avanzó con las manos en las caderas… y empezó a danzar a lo largo y alrededor de la hilera de inmóviles figuras; se movía con tanta rapidez que mis ojos apenas podían seguirla. Pero paulatinamente se acercó: un hombre bajito, rechoncho, de cabellos castaños; con las mejillas enrojecidas por la risa; con unas largas patillas cuadradas y rojizas; con una camisa de color morado, una corbata de color rosa y una americana y unos pantalones de color marrón; con una enorme dalia roja en el ojal, diamantes brillando en sus dedos, y una perla prendida a su corbata. No dejaba de moverse, haciendo muecas, riendo, inclinándose hacia adelante, hacia atrás, dando saltos… Bailaba, bailaba sin cesar. Le sonrió a mi padre, luego a May. Lanzaba besos con las manos, palmeaba espaldas. El sudor brillaba en sus enrojecidas mejillas, su voluminoso vientre se agitaba con espasmódicas sacudidas. Y no cesaba de cantar: «¡ICunckle, Kunckle…, ha llegado Kunckle!», agitando los brazos, demasiado cortos. Repentinamente se alejaba con la cabeza vuelta hacia atrás, de modo que no se sabía si iba o venía… Y de pronto se balanceaba sobre las dos manos, agitando las piernas en el aire. Luego colocaba las manos sobre sus rodillas y las movía rápidamente de un lado para otro, hasta que no se sabía qué mano se apoyaba sobre qué rodilla. Sacó una tira de pañuelos de colores de la boca abierta de tía Connie, unos brillantes papeles floreados del fondillo de los

pantalones de míster Chisholm… Surgieron unos conejos de los bolsillos de mi padre, unas monedas de oro de las sonrosadas orejas de tía Hester… ¡Kunckle! ¡Payaso! ¡Malabarista! ¡Prestidigitador!

Y, paulatinamente, como cera que se funde, la rigidez abandonó a aquella hilera de figuras, una detrás de otra movieron sus cabezas, agitaron sus pies, apartaron sus ojos de sus extraños horizontes perdidos para fijarlos en Kunckle, que danzaba a su alrededor; la rigidez abandonó sus hombros, sus erguidos cuellos: como si un millar de fibras y de pequeños músculos se soltaran por milésimas de pulgada. A medida que disminuía la rigidez, disminuían los peligros premonitorios. Kunckle los había hecho desaparecer, del mismo modo que había terminado con la amenazadora inmovilidad. Mi padre estalló repentinamente en una gigantesca carcajada, el tenso rostro de mi madre se distendió en una sonrisa, mientras iniciaba un paso de baile con May. Chisholm y tía Hester se cogieron del brazo y empezaron a girar como consumados danzarines. Ella y Bridie bailaban con unas invisibles parejas, y en el centro de aquel círculo de divertidas figuras, tía Connie conducía musicalmente el movimiento con una blanca y delgada batuta: ¡su hueso!

Finalmente, vi a Kunckle, el irracional, encantador y travieso Kunckle, encaminándose hacia el porche sin interrumpir sus giros y piruetas. Le vi cruzar el oscuro umbral de la puerta…

Antes de desaparecer en el interior de la casa se detuvo. Miró a su alrededor, como un artista que ha terminado su representación y espera los aplausos del público, saludó con una profunda inclinación, lanzó un beso con la punta de los dedos hacia el jardín… y se desvaneció.

Pero su compañía se quedó hasta más tarde. Hasta que, mucho más tarde, las figuras tan conocidas por mí se disolvieron… y me quedé de nuevo solo con aquella casa vacía.

¿CÓMO PUEDO ESTABLECER CONTACTO CON PERSIA?

Janet Frame

A una edad muy temprana empezó a desconfiar de los mensajes por vía oral o por carta. Se había aficionado a las comunicaciones invisibles, transmitidas a través de hilos telefónicos, antenas de radio, válvulas y conmutadores, y, últimamente, las cuatrocientas cinco líneas invisibles de la pantalla de un televisor. La electricidad le fascinaba. Cuando sus padres hablaban de los «viejos tiempos» de los faroles de gas en la calle, él experimentaba un orgullo especial por el hecho de haber conocido siempre la electricidad, el poder de darle a un interruptor e invadir la habitación con oleadas de luz o condenarla a la oscuridad. Cuando su madre enchufaba la plancha eléctrica, él solía pasar un dedo a lo largo del asiento de la plancha, captando las místicas vibraciones transmitidas por el cordón. Las repetidas advertencias de CUIDADO CON LA ELECTRICIDAD, EL ASESINO INVISIBLE, no hacían más que aumentar su fascinación. Le atraía incluso cuando dormía, y soñaba con su misterio.

Construyó su primer aparato transmisor y receptor. Estaba lleno de maravilla y de amor ante la variedad de los mensajes que surcaban el aire. A veces, le llegaban mensajes incluso cuando estaba paseando por la calle o trabajando. En tanto que los otros muchachos de su edad buscaban la compañía de las chicas y se divertían yendo al baile o al cine, él extraía todo su entretenimiento y su solaz del pequeño taller instalado en el desván de la casa, donde tenía una fabulosa cantidad de material eléctrico, hilos, conmutadores, y su aparato transmisor y receptor. A menudo permanecía allí hasta altas horas de la noche, efectuando llamadas en clave y hablando con personas de países lejanos, los cuales sólo podían ser encontrados en el mapa buscándolos con el índice y localizando cuidadosamente el área entre sus límites de latitud y longitud. Todos los países quedaban atrapados de ese modo. Ninguno podía ocultarse ni hacerse el muerto para no ser visto, hasta tal punto era implacable el mapa del mundo.

Pero todas las cosas eran implacables, todo los hombres y sus instrumentos.

¿Y qué decir de la Muerte?

Solía permanecer sentado en la oscuridad, a veces sin atender a las señales de su receptor, pensando en el problema de la Muerte y en los medios de resolverlo con su única aliada: la Electricidad. Luego conectaba la B. B. C. y sonreía cuando el clérigo que cerraba la emisión nocturna le invitaba a Levantad Vuestros Corazones, Ya que Dios Mora En Lo Alto, Acudid A Él Todos Los Que Cargáis Con El Peso De Alguna Preocupación Y Él Os Dará Descanso.

Bueno, él no cargaba con el peso de ninguna preocupación especial. Él estaba destinado a recibir mensajes. Las ondas de sonido le envolvían, acariciaban su piel, las palmas de sus manos, inundándole de mensajes.

Trabajaba como empaquetador en una empresa de Brixton dedicada a las Ventas

por Correo. Buscó aquel empleo después del episodio de las vacaciones en el mar, cuando el médico de la familia había dicho que necesitaba descanso, que había crecido demasiado aprisa, y que ahora que había cumplido los veinte años debía llevar una vida «más normal».

Antes había trabajado en el supermercado, en la máquina sumadora, ya que era aficionado a los números y le gustaban las máquinas. Luego se quedó una temporada en casa, mientras el médico insistía en decirle que tenía que marcharse a la costa.

Pero, ¿quién proporcionaría el dinero? Estaba cansado de oír hablar de la costa.

Durante tres días y tres noches comunicó incesantemente con países extranjeros. Él llamaba a eso sus vacaciones en la costa. Le infundía nuevas fuerzas. Además, tenía un plan en la mente. Un plan que asombraría al mundo. Dormía con hilos metálicos alrededor de sus muñecas para captar y almacenar mensajes que le llegaban mientras reposaba, ya que el completar su plan requería mucho tiempo y mucho estudio, y no podía desperdiciar un solo instante de su vida.

Le preocupaba el hecho de que cuando solicitó aquel empleo en Brixton le obligaron a firmar un formulario diciendo que estaba dispuesto a dejarse cachear todas las tardes antes de salir de la fábrica. ¿Por qué tenía que decir que estaba dispuesto a dejarse cachear, si no estaba dispuesto a dejarse cachear? ¿Qué es lo que trataban de encontrarle encima? Se alegraba de que sus mensajes, transmitidos por las ondas, fueran invisibles, y su corazón estaba aprendiendo a latir en código Morse, a fin de poder transmitir respuestas secretas para que nadie se enterara de sus preocupaciones íntimas ni de su creciente poder y alianza con la electricidad.

—Tendrías que salir a distraerte —dijo su padre—, en vez de pasar tanto tiempo en el desván hablando con Persia.

De modo que una noche fue a la lucha libre, y aunque escuchó cuidadosamente los nombres de las presas —Doble Nelson, Contrapeso, Corbata, Tijera Invertida— y trató de captar su significado especial aplicado a sus planes secretos, el espectáculo no le interesó. Había ido allí sólo para complacer a su madre, la cual le había dicho:

—Sí, hijo mío, haz lo que dice tu padre, sal una noche, vete a las carreras de galgos, o a cualquier parte.

Su corazón había latido apresuradamente cuando su madre dijo «o a cualquier parte», ya que la expresión era tan vaga que él supo que trataba de sugerirle algo especial, quizás una advertencia. ¿Habría interceptado su madre un mensaje destinado a él?

A veces, cuando llegaba a casa por la noche, su padre se había marchado a la taberna y él se quedaba a solas con su madre. Le encantaban aquellas noches. Se sentaba en el sillón de su padre, junto a la estufa, y contemplaba a su madre doblando y retorciendo el alambre para confeccionar las armazones de las pantallas que más tarde recubría con un papel recio, imitando el pergamino, sobre el cual pintaba flores, rostros y diversos adornos. Confeccionar pantallas era su *hobby*. Tenía pedidos de tanta gente, que apenas podía atender la demanda. Algunas las regalaba, otras las

vendía. Mientras estaba allí sentado, mirando y hablando con ella de los últimos mensajes que había recibido de Persia y de su trabajo en la fábrica, se sentía asaltado a menudo por un horrible temor al ver el rostro de su madre y el tono macilento de su piel. Y hablaba, hablaba sin cesar para olvidar sus temores.

Cuando su padre regresaba de la taberna, dejaba de hablar con su madre, se levantaba del sillón de su padre, se iba rápidamente a su habitación, cerraba la puerta con llave, echaba las persianas y se sentaba a meditar en las maravillosas perspectivas de la electricidad. En cierta ocasión oyó rumores de que sus enemigos estaban apretando filas a su alrededor, pero reprimió su pánico momentáneo y sonrió desdeñosamente: ¿acaso no tenía por poderosa aliada a la electricidad?

«Pero necesito captarla urgentemente —pensó—. Debí estudiarla desde el primer momento. En el mundo médico es un milagro. Debí marcharme y convertirme en un médico.»

¿Marcharse? ¿Adonde? ¿A Persia?

Chisporroteo, pip-pip, dot-dot-dot.

Ése era el lenguaje que había aprendido y que ahora podía comprender con más facilidad que el lenguaje de la gente, de su padre y de su madre. Ahora mismo podía oírles murmurar en su habitación, un sonido susurrante, como el de una escoba barriendo residuos de alguna sustancia dura, de metal o de piedra.

Dejó de escucharles y encendió su receptor.

Chisporroteo, pip-pip, dot-dot-dot.

Se sintió solo. Aquel lenguaje le enfureció súbitamente. Apagó el receptor y se tendió en la cama a escuchar la radio.

Ocurrió que hubo una epidemia de gripe en el distrito. Todo el mundo parecía cogerla. El primero de su casa en atraparla fue su padre, aunque se recobró. Él sabía que no podía enfermar, ya que necesitaba todas sus fuerzas para la importante tarea que iba a decidir su destino. No podía ser distraído de sus conversaciones nocturnas con lejanos países ni de su estudio de los absorbentes problemas de la electricidad.

La gripe le respetó, y atacó a su madre. Una noche, su madre habló en sueños, cosa que nunca había hecho, y su padre le llamó, y le dijo:

—Mamá está hablando en sueños. Delira. Tenemos que ir a buscar el médico.

Él no aprobó la sugerencia de su padre. La rabia y los celos enrojecieron su rostro e hicieron latir tumultuosamente su corazón. ¿Por qué su padre no le consultaba a él, en vez de llamar a un médico?

Su cólera remitió, su rostro palideció; la decepción oprimió su corazón. Nadie conocía sus aptitudes secretas; deseaba actuar, ponerse a prueba a sí mismo; había muchas vidas humanas en juego, toda la raza humana dependía de él. Había llegado el gran momento. Tenía que actuar. ¿Cómo?

El médico vino al cabo de cuatro horas. Y a la mañana siguiente su madre estaba muerta.

Cuando se enteró de la noticia se encerró en su habitación y encendió el receptor,

poniéndolo en la frecuencia de Persia.

Su madre estaba muerta. Las pantallas sin terminar yacían sobre la mesa, al lado de las inútiles armazones de alambre. No acababa de comprenderlo, no podía pensar con claridad. Se pasó toda aquella noche y la noche siguiente inclinado sobre su aparato transmisor y receptor, tratando de interpretar el significado de las nuevas señales que se habían abierto paso entre el chisporroteo, pip-pip, dot-dot-dot.

El día del entierro hacía un sol espléndido, y el fúnebre cortejo tenía un aire de fiesta, con los caballos apresurándose a fin de que su madre llegara a tiempo a su última cita.

Pero a su madre no le gustaban las citas; nunca había tenido ninguna. Y aquélla no sería su última cita… ¡Oh, no! ¡Oh, no! Estalló en una nerviosa carcajada.

—El dolor afecta a las personas de diversas maneras —dijo su padre.

—Todos necesitamos llorar un poco para desahogarnos —dijo su tía de Liverpool.

Y cuando vio que bajaban el ataúd de su madre a la fosa no lloró, y después del entierro se marchó directamente a casa y estableció contacto con Persia.

Estaba hablando con Persia, tratando de comprender las complejidades de la nueva clave, cuando concibió su plan. Habían decidido que su padre se marcharía a Liverpool, a pasar unos días en casa de su hermana. Él se quedaría solo en la casa. Aquélla sería su oportunidad.

Dos días después alquiló un automóvil. Cuando se hizo de noche se dirigió al cementerio, desenterró el ataúd, lo abrió, sacó el cadáver de su madre, lo envolvió en una manta y lo colocó suavemente en el asiento trasero del automóvil.

Besó a su madre. Empezó a llorar.

«No te preocupes —dijo—. Nunca lo he creído. Ni siquiera cuando querían cachearme para quitarme la vida. Todos los mensajes han demostrado que no es cierto. No existe la muerte, ahora que he resuelto el misterio. Nunca pensaste que había resuelto el misterio, encerrado en mi cuarto, con el hilo de cobre, y los conmutadores y unas cuantas tiras de aluminio, ¿verdad? Voy a devolverte a la vida. Y no volverás a morir, nunca más. La gente está esperando tus pantallas para protegerse de la luz, y pronto estarás haciéndolas, y yo estaré sentado junto a la estufa, contemplándote, hablando contigo…»

Aparcó el automóvil delante de la casa, subió a su madre a su habitación y la tendió sobre la cama. Pasó la mayor parte de la noche conectando los hilos y los conmutadores a su cuerpo. Su madre yacía sobre la cama, completamente inmóvil, cubierta de una red de hilos plateados y dorados, como Gulliver atado a la tierra por los enanos.

«Está recobrando su fuerza», murmuró lleno de confianza, distribuyendo hilos, colocando interruptores, instalando una bombilla sobre su seno.

A las tres y media de la mañana se preparó una taza de té en el fogón de gas que había en un rincón de su cuarto. Ofreció el té a su madre, después de tomar unos

cuantos sorbos para comprobar que no era demasiado fuerte ni demasiado dulce, ya que a ella le gustaba más bien flojo y un poco amargo. Su madre no se movió. Ni siquiera levantó la cabeza para tomar el té. Entonces encendió la corriente. Un leve cosquilleo recorrió sus dedos y su brazo al tocar la red de hilos, pero su madre continuó sin moverse. Se bebió la taza de té. Luego besó el rostro frío y grisáceo; debajo de la piel había un tinte ligeramente azulado, como de agua subterránea. Desmenuzó un trozo de galleta sobre la boca, con la esperanza de que su madre sacaría la lengua, tal como hacen los reptiles, para atrapar las migajas. Pero no hubo el menor movimiento. Revisó cuidadosamente los hilos y los conmutadores. Estaba muy pálido y tenía la boca seca.

«Está recobrando su fuerza», repitió.

Suspiró. Fue en busca de otra manta y se tendió al lado de su madre sobre la angosta cama.

«Cuando haya contado hasta veinte —se dijo a sí mismo—, recobrará la vida.»

Contó hasta veinte; su madre continuó sin respirar.

«Si oigo el motor de una motocicleta mientras cuento hasta quince, y si el borde de los visillos se mueve antes de llegar a treinta, y la luz del farol de la calle se refleja en la pared antes de llegar a cuarenta y cinco, recobrará la vida.»

Contó hasta quince, escuchando ansiosamente por si oía el motor de una motocicleta, y con los ojos muy abiertos para ver en la pared el reflejo de la luz del farol.

Oyó el motor de una motocicleta. Siguió contando. Un soplo de viento agitó los visillos, dejando penetrar el reflejo de la luz del farol.

Pero su madre continuó sin despertar.

«La cosa requiere algo de tiempo», se dijo, humillado por la necesidad de incluir motores de motocicletas, números y faroles callejeros en su plan perfecto, de confiar en vulgares objetos visibles cuando el mundo secreto de la electricidad estaba a sus órdenes, era su agente y su esclavo.

Se tapó con otra manta y se quedó dormido. Permaneció allí durante dos días, sin perder del todo su fe en el poder de la electricidad, pero confiando cada vez más en acontecimientos casuales, sombras, ruidos, aparatos de radio de la casa contigua, para despertar a su madre. Pero las motocicletas, los automóviles y los camiones pasaban calle arriba o calle abajo; las sombras se formaban y se disolvían y la luz trazaba dibujos sobre el empapelado de las paredes; y su madre continuaba muerta. De cuando en cuando, encendía y apagaba la corriente con la esperanza de reanimarla.

«Es una cuestión de tiempo —pensaba—. Una estación, una primavera o un verano.»

Le dolía la cabeza, y en sus sienes redoblaban un millar de tambores.

Al tercer día, a las tres de la tarde, cuando el empleado de la compañía de automóviles de alquiler se presentó en la casa, llamó y no obtuvo respuesta, cuando los vecinos vieron las botellas de leche acumuladas en la puerta y el chico de los

periódicos encontró los ejemplares sin recoger, cuando el mundo, como en una simple operación aritmética sumó dos y dos y descubrió que eran cuatro, avisaron a la policía. La policía descerrajó la puerta y entró en la casa. Encontraron a su madre tendida en la cama, envuelta en una red de hilos y conmutadores. Él estaba inclinado sobre el aparato transmisor en un rincón de la habitación, con los ojos llenos de lágrimas, tratando de establecer contacto con Persia.

EL AFICIONADO

Robert Bloch

DEBÍAN de ser alrededor de las diez cuando salí del hotel. La noche era calurosa y yo necesitaba un trago.

No cabía pensar en acudir al bar del hotel, porque el lugar era un manicomio. Los efectos de la Convención de Jugadores de Bolos habían llegado también hasta allí.

Mientras bajaba por la Euclid Avenue tuve la impresión de que Cleveland estaba lleno de jugadores de bolos. Y la mayoría de ellos parecían tan necesitados de un trago como yo. Todos los bares estaban atestados de hombres en mangas de camisa, con su escarapela. Y no es que precisaran de tal medio de identificación: muchos de ellos iban cargados con la bolsa de lona —todas iguales— que contenía un bolo.

Yo no quería mezclarme con aquella algazara. De modo que me desvié de la Euclid Avenue y continué andando, en busca de un lugar tranquilo. Mi propia bolsa de lona empezaba a convertirse en una pesada carga. En realidad, me proponía llevarla a la estación y guardarla en una gaveta de la consigna hasta la hora de tomar el tren, pero antes necesitaba aquel trago.

Finalmente encontré un lugar. Semioscuro, sucio, pero también desierto. El único camarero estaba solo en un extremo del mostrador, escuchando un programa de radio.

Me senté cerca de la puerta y dejé la bolsa sobre el taburete contiguo al mío. Pedí una cerveza.

—Tráigame una botella —dije—, y así no le molestaré más.

Trataba únicamente de ser cortés, pero podía haberme ahorrado la molestia. Antes de que el camarero tuviera ocasión de regresar a su aparato de radio, entró otro cliente. —Póngame un whisky. Doble.

Levanté mirada.

Los jugadores de bolos habían tomado por asalto toda la ciudad, desde luego. El recién llegado era un hombre robusto de unos cuarenta años, casi calvo. Llevaba chaqueta, pero iba cargado con la inevitable bolsa de lona; negra, abultada y muy similar a la mía. Mientras le miraba, dejó cuidadosamente la bolsa sobre el taburete contiguo y cogió su vaso.

Echó la cabeza hacia atrás y apuró el whisky de un solo trago. Luego dejó el vaso sobre el mostrador.

—Vuelve a llenarlo —le dijo al camarero—. Y apaga la radio, ¿quieres, Mac?

Sacó un fajo de billetes de uno de sus bolsillos.

Por un instante, la expresión del camarero osciló entre una mueca de disgusto y una sonrisa. Luego vio el fajo de billetes y la sonrisa ganó. Se encogió de hombros y manipuló en los mandos de la radio, hasta que la voz del locutor se convirtió en un lejano mosconeo. Supe lo que estaba pensando: «Si fuera cerveza le mandaría a paseo, pero ese tipo bebe whisky».

El segundo whisky desapareció casi con tanta rapidez como la voz del locutor.

—Vuelve a llenarlo —dijo el hombre robusto.

El camarero se acercó, sirvió el whisky, cogió su dinero y volvió a su asiento. Pegó el oído al aparato de radio, tratando de captar la voz del locutor.

Contemplé cómo desaparecía el tercer whisky. La tez del desconocido había enrojecido ahora notablemente. Seis onzas de whisky en dos minutos obran maravillas en los pigmentos de la piel. Y, además, desatan la lengua.

—¡Seriales! —murmuró el desconocido—. No comprendo cómo puede haber gente que pierda el tiempo escuchando esa porquería.

Se pasó la mano por la frente y se volvió hacia mí.

—¿Qué encuentran en los seriales?

—Todo el mundo necesita alguna afición —dije.

—Sí. Pero, ¿qué clase de afición es ésa? La comparo con la afición al fútbol. ¿Cómo puede excitarles ver a dos grupos de monos luchando por coger una pelota? —Frunció el ceño—. No me diga que les importa realmente quién gana o quién pierde. La mayoría de individuos van a un partido de fútbol por un motivo distinto. ¿Ha ido usted alguna vez a un partido, Mac?

—De vez en cuando.

—Entonces, ya sabe a qué me refiero. Ya les ha oído usted. Les ha oído aullar. Por eso van allí: para poder gritar. ¿Y qué es lo que gritan la mayor parte del tiempo? Voy a decírselo: *¡Mata al árbitro!* Sí, eso es lo que gritan: *¡Mata al árbitro!*

Apuré rápidamente lo que quedaba de mi cerveza y empecé a deslizarme del taburete. El hombre robusto golpeó el mostrador con el puño.

—Sírvenos otra ronda, Mac —dijo—. Pago yo.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, pero tengo que tomar el tren que sale a medianoche —dije.

Consultó su reloj.

—Queda mucho tiempo.

Abrí la boca para protestar, pero el camarero estaba ya abriendo una botella y sirviéndole un whisky al desconocido. Y éste me hablaba de nuevo.

—En un partido de fútbol, un jugador puede resultar gravemente lesionado. Eso es lo que la multitud quiere ver. Y cuando empieza a aullar pidiendo sangre, se le revuelve a uno el estómago.

—No sé —dije—. Después de todo, es un modo inofensivo de liberarse de una tendencia agresiva.

Tal vez me entendió, o tal vez no, pero asintió.

—Sirve para liberarse de algo, como usted dice, pero yo no estoy tan seguro de que sea inofensivo. El boxeo y la lucha, por ejemplo. ¿Puede llamarse al boxeo un deporte? ¿Puede llamársele una afición?

—Bueno —admití—, a la gente le gusta ver cómo golpean a alguien.

—Desde luego, aunque se niega a admitirlo. —El rostro del desconocido estaba cada vez más rojo; había empezado a sudar—. ¿Y qué me dice de la caza y de la

pesca? Pensándolo bien, viene a ser lo mismo. Sólo que en este caso el agresor es uno mismo. Uno coge una escopeta y dispara contra un animal indefenso. O parte en dos a una lombriz viva y coloca uno de los pedazos en un anzuelo, y el anzuelo se clava en la boca de un pez, con gran alegría del pescador. Cuando el anzuelo se clava en la carne del pez y la desgarra…

—Un momento —le interrumpí—. Quizá sea una cosa beneficiosa. A fin de cuentas, ¿qué es un pez? Si el pescar evita que la gente sea sádica…

—¡Pamplinas! —me interrumpió a su vez el desconocido—. Sabe perfectamente que lo que digo es verdad. Más tarde o más temprano, todo el mundo experimenta la sed de sangre. El fútbol y el boxeo no acaban de satisfacerles. De modo que de cuando en cuando tenemos una guerra. Entonces se puede matar impunemente. A millones de personas.

Antes opinaba que Nietzsche era un filósofo lúgubre. No sabía el efecto que pueden producir los whiskies dobles…

—¿Cuál es su solución? —inquirí, procurando que a mi voz no asomara el sarcasmo—. ¿Cree usted que mejorarían las cosas si se derogaran las leyes contra el asesinato?

—Tal vez. —El desconocido estudió su vaso vacío—. Depende de la clase de personas que fueran asesinadas. Supongamos que se tratara de simples holgazanes o vagabundos, de personas sin familia, sin parientes ni nada. Alguien a quien nadie echara de menos…

Me incliné hacia delante, mirando fijamente al desconocido.

—¿Sería usted capaz? —pregunté.

El desconocido no me miró. Clavó los ojos unos instantes en su bolsa de lona antes de contestar.

—No se equivoque conmigo, Mac —dijo, con una forzada sonrisa—. No soy un asesino. Pero estaba pensando en un individuo que lo era. Y en esta ciudad, precisamente. Hace cosa de veinte años.

—¿Le conocía usted?

—No, desde luego que no. Nadie le conocía. Por eso quedaron impunes sus crímenes. Pero todo el mundo había oído hablar de él.

»Le llamaban el Descuartizador de Cleveland. Cometió trece asesinatos en cuatro años, todos en los alrededores de Jackhall Hill. La policía se volvió loca buscándole. Al parecer, operaba en los fines de semana. Engatusaba a algún vagabundo con la promesa de una botella o de algo por el estilo. Y cuando los había atraído al lugar conveniente, utilizaba su cuchillo. Mató también a varias mujeres.

—Quiere usted decir que aquel hombre no trataba de engañarse a sí mismo, acudiendo a partidos de fútbol o a combates de boxeo para dar rienda suelta a sus instintos, ¿verdad? Los satisfacía de un modo *real*, ¿no es cierto?

El hombre asintió.

—Eso es. Una emoción real, con un verdadero trofeo al final. Verá, le gustaba

trocear a sus víctimas. Y les cortaba la…

Me puse en pie y alargué la mano hacia mi bolsa. El desconocido se echó a reír.

—No se asuste, Mac —dijo—. Aquel individuo desapareció en 1939. Tal vez se marchó a Europa al estallar la guerra, se alistó en uno de los dos bandos y continuó haciendo lo mismo… con la diferencia de que entonces era un héroe, en vez de un asesino. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Desde luego —dije—. Lo comprendo perfectamente. No se excite. Al fin y al cabo, todo eso no pasa de ser una teoría.

El desconocido bajó la voz.

—¿Una teoría? Es posible, Mac. Pero esta noche he visto algo que me ha puesto los pelos de punta. ¿Por qué cree que me he echado al coleto todos esos whiskies?

—Todos los jugadores de bolos beben —le dije—. Lo que no acabo de entender es que sea usted jugador de bolos, opinando lo que opina acerca de los deportes.

El desconocido se inclinó hacia mí.

—Todos los hombres necesitan tener alguna afición, Mac, para desahogarse. ¿De acuerdo?

Abrí la boca para asentir, pero antes de que pudiera hablar la calma nocturna se vio interrumpida por un sonido.

Los dos lo oímos al mismo tiempo: el sonido de una sirena en la calle.

El camarero levantó la mirada.

—Parece que viene hacia aquí, ¿verdad?

El hombre robusto se había puesto en pie y se dirigía a la puerta.

Corrí tras él.

—Tome, no olvide su bolsa.

Ni siquiera me miró.

—Gracias —murmuró—. Gracias, Mac.

Y cruzó la puerta. No se quedó en la calle, sino que se deslizó hacia un solar que se extendía entre dos edificios contiguos. Un instante después había desaparecido. Me quedé en el umbral mientras el aullido de la sirena iba haciéndose más próximo. Un coche patrulla se detuvo delante de la taberna, con el motor en marcha. Un sargento uniformado había estado corriendo a lo largo de la acera, acompañando al coche, y se detuvo también, jadeando.

Miró hacia el interior de la taberna, me miró a mí.

—¿Ha visto a un hombre robusto, casi calvo, que llevaba una bolsa de lona? —me preguntó.

Tenía que decirle la verdad.

—Sí. Salió de aquí hace apenas un minuto…

—¿Hacia dónde ha ido?

Señalé el solar que se extendía entre los dos edificios, y el sargento les gritó unas órdenes a los hombres del coche patrulla. El coche se puso de nuevo en movimiento; el sargento se quedó a mi lado.

—Vamos a hablar de ese hombre —dijo, empujándome hacia el interior de la taberna.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirí.

—Han asesinado a un hombre en un hotel. Hace una hora, aproximadamente. Uno de los botones vio salir a ese hombre de la habitación de la víctima. Pensó que era un rata de hotel, porque vio que bajaba por la escalera en vez de utilizar el ascensor.

—¿Un rata de hotel?

—Sí. Suelen aprovechar las convenciones para operar. Resulta fácil confundirlos con cualquiera de los huéspedes. Pero al botones le pareció que ese hombre salía demasiado precipitadamente de la habitación. Se fijó bien en él, e informó al encargado del hotel. Encontraron a la víctima tendida sobre la cama.

Respiré profundamente.

—Ese hombre me estuvo hablando del Descuartizador de Cleveland —dije—. Pero pensé que estaba borracho.

El sargento miró la bolsa de lona que se encontraba sobre uno de los taburetes del mostrador.

—Se ha llevado su bolsa, ¿verdad?

Asentí.

El sargento suspiró.

—Eso es lo que nos ha ayudado a seguir su rastro hasta aquí —dijo—. Su bolsa.

—¿La vio alguien, y la describió?

—No, no necesitaban describirla. La bolsa dejaba un rastro. Por eso he venido andando al lado del coche patrulla. Seguía el rastro. Y… mire, ahí, debajo del taburete.

Miré.

—Ese hombre no llevaba ningún bolo en su bolsa, ¿comprende? Los bolos no gotean.

Me senté en el taburete, aturdido. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que debajo del taburete había un charquito de sangre.

Luego levanté la cabeza. Un patrullero acababa de entrar en la taberna. Había estado corriendo, a juzgar por lo agitado de su respiración, pero su rostro no estaba enrojecido: tenía una palidez verdosa.

—¿Le habéis cogido? —preguntó el sargento.

—Lo que quedaba de él —respondió el patrullero—. No quiso detenerse. Disparamos un tiro al aire, tal vez lo oyó usted. Pero continuó corriendo. Saltó una cerca que hay detrás de esta manazana… y cayó bajo las ruedas de un tren de mercancías.

—¿Muerto?

El patrullero asintió.

—El teniente viene hacia aquí. Y el carro de la carne. Tendrán que recogerle con una pala.

El sargento maldijo entre dientes.

—Entonces, no podremos saber a ciencia cierta si era el asesino —dijo—. Tal vez no era más que un rata de hotel, después de todo.

—Pronto lo sabremos —dijo el patrullero—. Ahí llega Hanson con la bolsa del muerto. Salió despedida cuando el tren le golpeó.

Entró otro patrullero, llevando la bolsa. El sargento la cogió y la colocó sobre el mostrador.

—¿Es ésa la bolsa que llevaba ese hombre? —me preguntó.

—Sí —dije, con voz estrangulada.

Aparté la mirada. No quería ver cómo el sargento abría la bolsa. No quería ver los rostros de los tres hombres cuando examinaran su contenido. Pero no podía evitar el *oírles*. Creo que Hanson se mareó.

A instancias del sargento, le hice una declaración oficial. Le di también un nombre y una dirección. Hanson redactó la declaración y yo la firmé.

Hablé de la conversación que había sostenido con el desconocido, de su teoría del asesinato como una afición, de su idea de escoger como víctimas a vagabundos y a personas que nadie pudiera echar de menos.

—Parece absurdo, ¿verdad? —concluí—. Desde luego, estaba convencido de que se trataba de una broma.

El sargento miró la bolsa que había traído Hanson, y luego me miró a mí.

—No era ninguna broma —dijo—. Probablemente, la mente del asesino funcionaba así. Hemos estudiado los casos del Descuartizador durante años enteros. Todo encaja con éste. El asesino se marchó de esta ciudad hace veinte años, cuando las cosas empezaban a ponerse feas para él. Lo más probable es que se marchara a Europa y que se quedara allí una vez terminada la guerra. Luego experimentó la necesidad de regresar y de volver a las andadas.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Quién puede saberlo? Tal vez el asesinato *era* realmente una afición para él. Una especie de juego que le divertía. Tal vez le gustaba conquistar trofeos. Desde luego, tenía una audacia inaudita… Se aprovechó de la Convención de Jugadores de Bolos para introducirse en el hotel y conquistar un trofeo más. Y cargó con la bolsa para que su presencia pasara más inadvertida y, al mismo tiempo, para poder llevarse la…

Supongo que el sargento vio la expresión de mi rostro, porque apoyó su mano en mi hombro.

—Lo siento —dijo—. Comprendo sus sentimientos en este momento. Ha tenido que ser un mal trago para usted. Pensar que ha estado hablando con el más listo de los asesinos psicopáticos que ha existido nunca… De todos modos, creo que puede usted considerarse un hombre de suerte.

Me limité a hacer un gesto de asentimiento y me encaminé hacia la puerta.

Bueno, me quedaba tiempo para tomar el tren de medianoche. Y esto era lo más

importante para mí.

Estaba de acuerdo con el sargento en lo que respecta al mal trago que acababa de pasar. También estaba de acuerdo con él en lo del asesino psicopático más listo del mundo.

Y también estaba de acuerdo en que podía considerarme un hombre de suerte.

Me refiero a que en el último momento, cuando aquel estúpido rata de hotel salió corriendo de la taberna, le di la bolsa que goteaba.

Tuve la suerte de que no se diera cuenta de que había cambiado de bolsa con él.

EL DESPERTAR DE LA MEMORIA

Dr. Alfonso Álvarez Villar

AQUELLA tarde de abril el cielo se había oscurecido y nubarrones de color plomo oxidado gravitaban sobre la Tierra. Era como si las ráfagas de aire hubiesen barrido la luz que se había posado sobre las hojas de los rododendros del jardín, levantando como un polvo de vidrios rotos sobre los pétalos de los pensamientos. Todos los pacientes del sanatorio psiquiátrico del doctor K se habían retirado a sus habitaciones o al amplio *hall* Sólo Alberto permanecía sentado en el banco de listas verdes y rojas, allá enfrente del pequeño estanque. Acaba de ingresar y aún se sentía un extraño en aquel ambiente entretejido de delirios y de terribles complejos que se mascaba en los pasillos o en las habitaciones comunes del establecimiento psiquiátrico. Una hoja comenzó a girar a gran velocidad sobre el agua del estanque y pronto los peces y los pólipos de células de mosaico no se ofrecieron tan a la vista tras la delgada capa de agua, sino que parecían recogerse más en el fondo, para disfrutar de una segunda existencia fantasmal en la que las piececillas de piedra se convertían en carne y en espinas.

Alberto vio que unos dedos invisibles golpeaban rítmicamente la superficie del estanque como si fuese el tambor, produciendo estremecimientos líquidos que iban a morir sobre la orilla. Y las hojas del emparrado que protegían a los enfermos de los rayos del sol comenzaban a emitir el clásico tecleteo que produce la lluvia.

¿Por qué había solicitado voluntariamente el ser internado en aquel sanatorio? Alberto recordaba su vida pretérita: una cadena sucesiva de color ceniza y cuyos eslabones crujían dolorosamente. Primero, sus humillaciones en el colegio, las burlas de los compañeros; luego, un sentimiento de rabia e impotencia que se había trocado en un odio feroz hacia la vida y hacia todos los hombres en general.

¿Por qué no se rebelaba contra los que le perseguían? ¿Por qué esa agresividad se manifestaba luego, una vez pasada la ocasión de expresarla de una manera constructiva? Seguía siendo idéntico a aquel niño que se dejaba torturar en los patios del colegio sin una sola queja, sin un solo reproche, como la bestia a la que arrastran al matadero. Por supuesto, ya nadie le agredía físicamente, pero había torturas morales mil veces más temibles que los golpes. Un día, ante una burla inocente había reaccionado propinando un espantoso puñetazo al supuesto ofensor: ésto le había causado un auténtico shock nervioso del que había tardado más de una semana en restablecerse. Y en más de una ocasión había soñado en vengarse, con un alarde de sadismo, de aquellas personas que le habían infligido alguna ofensa.

A veces, en los momentos más oportunos, estas imágenes de venganza, de crueldad refinada, desequilibraban su vida, hasta tal punto que debía interrumpir el trabajo. Otras veces estas imágenes le asediaban por la noche, y a la mañana siguiente se levantaba de la cama como si hubiese recorrido muchos kilómetros persiguiendo a un fantasma.

Alberto se dirigió al hall. Allí había personas de todas las edades, pero predominaban los ancianos: esquizofrénicos «no peligrosos», alcohólicos, morfinómanos, neuróticos de todas las categorías y varias demencias seniles. Eran hombres y mujeres que se retiraban a una de las orillas del gran torrente de la existencia con las almas maltrechas por los guijarros del fondo que desgarran como cuchillas o por los rápidos que llenan de espuma los pulmones. Allí se detenía un instante el gran rio de la vida, aunque el reloj de la muerte siguiese repitiendo en sordina su trágico tic-tac. Era un taller de automóviles desvencijados que anhelaban volverse a poner en marcha, cruzando a toda velocidad las autopistas. Algunos lo conseguirían, otros, quizá la mayoría, no. ¿Se curaría él? No tenía gran confianza en la psiquiatría, pero, como la mayor parte de los enfermos que se hallaban allí presentes, se agarraba a la ciencia médica como el clavo ardiendo del aforismo famoso, como la única tabla de salvación. La tabla podría aparecer endeble; el clavo inaguantable, pero fuera de allí sólo existía un abismo en el que aullaba como un ánima en pena la locura o el suicidio.

Sentada en uno de los sillones del hall, una muchacha de unos veinticinco años y rabiosamente rubia, desleía en el aire una espiral azul con su cigarrillo. Alberto era tímido, pero en aquel ambiente flotaba una atmósfera de camaradería; todos eran viajeros de una gran nave que les habría de conducir a la luz o a las tinieblas. Se acercó, pues, a la joven y entabló conversación. Era una muchacha brillante, culta. Los padres la habían recluido allí porque su conducta era extravagante, se enfrentaba con todos, no respetaba las reglas de convivencia ni la autoridad paterna. Se había refugiado en la bebida desde hacía algunos meses. Bebía sola, para olvidar sus problemas, para suicidarse lentamente sin tener que enfrentarse con ese terrible momento en que uno debe decidirse por apretar el gatillo de la pistola o por permanecer de pie tropezando con todo y con todos.

Pasó uno de los médicos internos por delante de la pareja.

«Mañana por la mañana comenzaremos el tratamiento»— Y acto seguido le preguntó si se encontraba allí a gusto. Luego hizo un mohín simpático a la muchacha y desapareció por uno de los pasillos. Era como un dios que ordena silencio al trueno o como el Espíritu de las aguas que aplaca la cólera de los océanos. De aquella bata blanca iban colgadas como náufragos cincuenta almas que anhelaban pasar a la otra orilla.

A la mañana siguiente le ordenaron tumbarse en una *chaise longue*. Los instrumentos de la clínica brillaban como un mediodía de agosto. Había un olor a antisépticos y a narcóticos. Un rayo de sol hacía aún más blancas las baldosas y los paños. Le hicieron tomar unas gotas de una sustancia misteriosa, y el doctor K, con una sonrisa confortadora, le rogó que no se preocupase.

«Cierre los ojos y dígame lo que vaya viendo. Sea usted sincero. No me oculte nada, aunque le parezca una estupidez o algo sin importancia. Para mí puede tenerla»

Cerró los ojos y al cabo de unos segundos sólo escuchaba los pasos del médico sobre las frías baldosas. Su corazón seguía pulsando como un martillo pilón, y hasta en las sienes sentía el impacto de aquél cómplice suyo. Una mosca pasó rozando su cara, y le pareció el rugido de un reactor que despega.

Luego empezó a ver manchas de todos los colores en el campo visual, un caleidoscopio que iba componiendo y recomponiendo figuras, como si un niño travieso se estuviera divirtiendo. Vio a la muchacha del día anterior que le sonreía de una manera enigmática como una de las gracias de Sandro Botticelli. Luego, contempló las gotas de la lluvia que trazaban círculos concéntricos en la superficie del estanque y las aguas se rizaron al pasar el viento su pulgar sobre la gelatina incolora.

Y entonces tuvo un recuerdo, un recuerdo que permanecía agazapado como una liebre acosada en uno de los pliegues de su memoria. Vio un velero que flotaba sobre una superficie tersa. Sí, no cabía duda, era un velero de juguete, pero que parecía enorme, como en esos trucajes cinematográficos. Luego el viento hizo cabrillear el agua de aquel mar que dejaba un sabor salobre en sus labios, y sentía una sensación extraña, tan extraña que le fue imposible describírsela al doctor K.

«Doctor, es como si el tiempo se hubiese detenido en ese instante, como si yo hubiese sido transportado a un mundo distinto.»

«A un mundo distinto dice usted.»

«Sí, siento que hay algo vivo en todo esto, como si el viento fuese una persona… y este barco me fuese a llevar a otro lugar.»

Pero la imagen del velero de juguete se borraba y aparecía las páginas de una revista. Pero esas páginas eran también enormes y las miraba de rodillas en el suelo. ¿Dónde había ocurrido aquello? Sí, ahora recordaba, había sido al otro lado de la frontera, en un momento crítico para su familia y para él.

Debía tener entonces cuatro años. El grabado en colores de aquella publicación era una propaganda turística de cierta isla, quizá cualquiera de las Bermudas. Se veían árboles tropicales, y algunos hombres y mujeres, en traje de baño, sonreían beatíficamente sobre las arenas amarillas, deslumbrantes de sol. Y aquella imagen le embargaba también de una extraña nostalgia.

«¿Qué le recuerda a usted esta isla? —sonó como en una cámara de resonancia la voz del médico.»

«No recuerdo nada. Sí… espere usted, un verso que he leído hace poco tiempo y que se llama *Isla del Paraíso*.»

«¿Y no recuerda usted nada más, algo que pertenezca a la misma época en que usted hojeó esa revista?»

«Sí, ahora veo algo terrible; en ese mismo armario había otras revistas. Una de ellas debía contener narraciones terroríficas. Por ejemplo, —y Alberto se estremeció ligeramente como si una nota demasiado aguda hubiese sido enviada por un diapasón escondido— una sombra negra que levantaba un puñal sobre una persona, mucho

más pequeña que ella. Veo también el armario, enorme… parece que va a desplomarse sobre mí. Y ahora veo otro armario que apareció en uno de mis sueños, un año más adelante. No era un armario, era como una persona con forma de armario que me infundía miedo y que quería apoderarse de mí… Y ahora un armario distinto en el que me refugiaba de unos fantasmas que querían devorarme. Yo me encerraba en él y miraba a través de la cerradura.»

Los efectos de la droga habían pasado. Alberto ya no percibía las imágenes mentales con tanta plasticidad como unos momentos antes. Sus colores eran ya más apagados, como si un álcali hirviente hubiese corroído su superficie recién pulida o como si una nube grisácea hiciese de pantalla entre los objetos y el cielo azul de un planeta distante en el que el sol brillara cien veces más que en la Tierra.

«No me dice usted nada de sus padres —exclamó el doctor K—. Mañana hablaremos de ellos.»

El padre de Alberto había sido asesinado, durante la guerra civil, por los comunistas. El tenía entonces cuatro años de edad. La madre también había muerto, pero diez años después.

De su padre apenas conservaba el recuerdo de sus facciones; era como un fantasma que flotaba sobre las ruinas de ese castillo derruido que era su niñez. De su madre si que guardaba, como en un pomo de esencias, las impresiones más agradables. Era un perfume que todavía no se había evaporado, un sabor que aún permanecía en las papilas de la lengua, un contacto suave que aún no había sido limado por el esmeril de la vida.

Además, su madre no había muerto. Volvía a aparecer en sus sueños. Pero siempre sola, sin la compañía de su esposo. En uno de aquellos ensueños la había visto en la ventanilla de un tren que se alejaba a gran velocidad. Y él había corrido con todas las fuerzas de sus piernas en persecución de aquel vehículo fantasmal. Sólo había quedado de su presencia efímera una nube que se desvanecía en el horizonte.

A la mañana siguiente, la droga volvió a ejercer sus efectos. Paseaba como por una calle de gigantes. Figuras monstruosas cruzaban a derecha e izquierda de él; tenía que extender su cabeza para verles los rostros, preocupados y sombríos, rara vez alegres. Una corbata de colores chillones se acercaba a él. Era tan grande que hubiese podido utilizarla como toalla. Parecía una sábana empapada con la sangre de un sacrificio. Luego desapareció, mientras sentía en su mano derecha el contacto suave de una mano grande que lo conducía con delicadeza a través de aquel mundo espeluznante. El sabía que aquella mano acariciadora, abierta como una caleta en donde se recogen las barcas huyendo de la tempestad, era la de su madre. Ahora sí la contemplaba a su placer. Entonces había sido una de las mujeres más hermosas de la ciudad. Luego, los disgustos y una larga dolencia habían marchitado sus facciones, pero sin que pudiesen borrar las huellas de su belleza. En el campo visual aparecían los cabellos negrísimos, las facciones delicadas como las de una muñeca de jade, y los ojos que parecían perderse más allá del mar, en aquella región paradisíaca donde

ella había nacido. Alberto tuvo que reprimir un sollozo. El doctor le interrumpió.

«¿Por qué llora usted?»

«Lloro porque en estos momentos me ha recordado aquellos versos de Warsthwooth: “No os aflijáis porque se agosten las flores y se marchite el esplendor de la hierba, pues la belleza perdura en el recuerdo”.»

«Continúe por favor.»

Ahora veía unos sellos de correos de países completamente desconocidos por él. Debía tener entonces siete u ocho años, y su madre le había regalado una pequeña colección filatélica. Pero no la estaba contemplando en su casa, en aquella vieja casa, que aún seguía siendo para él una región misteriosa, perdida para siempre. Tenía delante de sí el mar. Su madre le había conducido allí. Había montado en los caballitos y probado fortuna en el tiro al blanco. Sentía en su boca el sabor dulce del helado de vainilla y la intuición de que aquel había sido uno de los días más felices de su vida.

«¿Y no recuerda usted algo más de aquella misma época?», interrogó el médico.

«Sí, pero los sellos me hacen recordar la primera vez que fui al colegio (yo tardé uno o dos años en ir a un Centro de enseñanza). Recuerdo los primeros golpes que recibí, pero no veo nada que usted ya no sepa.»

«No me ha hablado usted de su padre. Intente recordarlo.»

Y fue entonces cuando aquel fantasma que era la memoria de su padre se materializó. Era un hombre bastante vulgar. Tenía una complexión atlética, parecía un boxeador; sólo un bigote le daba cierta apariencia de un líder mejicano. Pero chisporroteaba la antipatía en sus ojos, una antipatía dirigida hacia él. Fue evocando escena tras escena tras escena. Su padre seguramente le consideraba un estorbo; no había deseado nunca tener un hijo. Más de una vez le había pegado, pero sobre todo, era ese aura eléctrica de odio y de rechazo lo que paralizaba las fibras más profundas del alma de Alberto.

Luego, la imagen de su padre se fue desvaneciendo como la de un ectoplasma en una sesión de espiritismo. Y ya no quedaba más en la mente de Alberto, sino las típicas imágenes mentales y los círculos cromáticos que aparecían y desaparecían sobre el encerado del campo visual.

Aquella tarde volvió a encontrarse en el *hall* con la muchacha rubia de la tarde anterior. Pero esta vez había cortado el chorro de la conversación; sólo un hilillo apenas imperceptible de monosílabos se deslizaba de su boca. Una barrera electromagnética se había erizado entre ambos. Permanecía taciturna y como distante. Alberto se alejó algo molesto y se introdujo en la biblioteca para hojear algunas revistas. Luego, cenó como de costumbre y se quedó profundamente dormido con una fuerte dosis de ganglioplejicos en el cerebro.

A la mañana siguiente volvió a someterse a la psicoterapia con fármacos alucinógenos. Evocó otras muchas escenas y, como en una sesión de chamanismo,

surgieron a la memoria miles de recuerdos muertos que yacían emanando su podredumbre en el gran panteón de su inconsciente. Alberto se sentía cada vez menos tenso, más seguro de sí mismo, más optimista. Ahora sabía quién era el que le había inculcado ese sentimiento de inferioridad, ese desprecio de su propia persona. Pero quedaba una zona oscura en la sentina de su espíritu.

Un día el trépano del psicoanálisis comenzó a calar en esa zona profunda, en esa región en donde los peces abisales de los complejos refulgen en mil luminarias fosforescentes, haciendo guiños macabros. Y ese día fue cuando vio «aquello». Lo veía además con tanto relieve que se sonrojó intensamente, como si estuviera ocurriendo en la actualidad. Allí, sobre la cama, sobre esa cama mágica en donde dormían sus padres, se hallaba acostada una mujer que no era, desde luego, su madre. Tenía las ropas en desorden y un hombre la estaba abrazando. Aquel hombre volvía de repente el rostro hacia él y le fulminaba con su mirada. Era su padre. Luego sentía sobre su cuerpo una descarga de golpes. Alberto se retorció en la *chaise longue* como si mil alacranes le desgarraran la piel. El doctor K tuvo que interrumpir la sesión.

En los ensueños siguientes se fueron aclarando los detalles. Aquella mujer extraña era la señorita de compañía. Ahora se explicaba perfectamente los malos tratos con que desde entonces le había abrumado y también, en gran parte, el odio de su padre. Había descubierto el secreto. En efecto, un día apareció la escena de aquella terrible acusación, formulada con una mezcla de ingenuidad y de rencor. Su padre le había vuelto a golpear, negando todo lo que había confesado su hijo. Pero desde entonces la mirada de la madre había adquirido esa expresión de lejanía, de ausencia irremediable que la había acompañado hasta su muerte varios años después. Pero nunca se había quejado de su marido. Por el contrario, le describía en términos encomiásticos: era un hombre trabajador y de talento. Jamás le había dado un solo disgusto. Descendió al sepulcro con una llaga sin cicatrizar.

Pero la curación de Alberto se inició ya de una manera decidida. Una cierta mañana recordó completamente un suceso que había de marcar de una manera indeleble la curva de su existencia. Ahora lo comprendía todo. Lo percibía con una claridad meridiana. Aquello había ocurrido en plena guerra civil. Unos milicianos habían llamado a la puerta. Su padre vivía escondido entonces en la buhardilla de la casa. Cuando alguien les visitaba se escondía en un arcón medio apolillado que en otros tiempos había servido para guardar trastos inútiles.

Recordaba aquellos rostros mal encarados, y hasta el de una mujer vestida con un mono de color azul que llevaba en bandolera un inmenso revólver. Él les había abierto la puerta, porque, tanto la madre como la sirvienta, se hallaban fuera de casa.

Le habían preguntado por su padre. Sintió un estremecimiento al recordar «aquello», pero el doctor K le animó a que continuara.

«Sí. Yo subí con ellos a la buhardilla y les señalé en dónde estaba mi padre. —Sudaba profusamente al rememorar aquellos recuerdos olvidados—. Luego salí

corriendo. Desde una esquina vi como aquellos individuos le introducían a patadas en un coche polvoriento que arrancaba produciendo un gran estrépito.»

Alberto lloró profusamente de remordimiento y de nostalgia. De remordimiento, por haber sido el asesino de su padre; de nostalgia, por aquella infancia desgraciada que había podido ser muy distinta. Pero era el doctor K el que ahora hablaba:

«Ahora ya comprendo por qué usted se dejaba torturar por sus compañeros. Quería expiar el delito que había cometido y cuyo recuerdo permanecía encerrado en su inconsciente. Además, su madre se enteró de su acción. Y aunque se lo ocultó toda su vida, no pudo perdonárselo nunca. Por eso, en aquella escena de tanta felicidad que me contó usted al principio de este tratamiento, lo del paseo con su madre a orillas del mar, su memoria le estaba ocultando algo que usted debió notar entonces con toda su intensidad: que su madre también le odiaba.»

Al cabo de unos días Alberto estaba curado. Le habían dado de alta. Por eso, cuando salió del sanatorio del doctor K, le pareció más hermoso que nunca el jardín en donde triunfaba plenamente la primavera. Aquella muchacha alcohólica había sido también dada de alta, pero había muchas mujeres hermosas en el mundo, más hermosas aún que su madre. Una imagen en cerámica de Jesucristo, refugiada bajo uno de los saledizos del muro, entre un chaparrón de lilas que se evaporaban en el aire, le hizo pensar que también él tenía derecho a un Padre Universal que nunca odia a sus criaturas.

Notas

[1] DSO: *Distitiguished Service Order*; DFC: *Distinguished Fíying Cross*; dos altas condecoraciones militares inglesas. *(N. del T.)* <<

[2] *Cockney*: lenguaje de los londinenses de la clase baja. *(N. del T.)* <<

[3] *Nota:* Aunque el autor de estas historias es español, la versión original está escrita en inglés. <<